

PATRICIA BRIGGS

CRY WOLF

SERIE ALFA
Ωmega

INCLUYE EL RELATO ALFA Y OMEGA
QUE DIO ORIGEN A LA SERIE



Lectulandia

Nunca tuve miedo de los monstruos, hasta que me convertí en uno. Ahora tengo miedo hasta de mi sombra.

Anna desconocía la existencia de licántropos, vampiros u otras criaturas hasta que ella misma se convirtió en una. Tras sobrevivir a un brutal ataque, Anna descubre que se ha transformado en una mujer lobo. Durante tres años se ve obligada a soportar los continuos abusos a que es sometida por los miembros de su manada y a subsistir como una loba sumisa, el último escalafón de la jerarquía de los licántropos. Sin embargo, gracias a la intervención de uno de los Alfa más poderosos del país, Anna descubrirá que en realidad es una Omega, lo que la convierte en uno de los seres más extraños del grupo. El Alfa no tardará en reclamarla como suya... en todos los sentidos.

Lectulandia

Patricia Briggs

Cry Wolf

Alfa y Omega - 1

ePub r1.0

Titivillus 27.12.2018

Título original: *Cry Wolf*
Patricia Briggs, 2008
Traducción: Daniel Aldea Rosell

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

*Noroeste de Montana,
Parque Nacional Cabinet: Octubre*

Nadie sabía mejor que Walter Rice que el único lugar seguro era el más alejado de todo el mundo. Seguro para ellos, claro está. El único problema es que seguía *necesitándolos*; anhelaba el sonido de las voces humanas, sus risas. Para su vergüenza, en ocasiones merodeaba por las proximidades de un campamento solo para oír las voces e imaginar que iban dirigidas a él.

Aquella era una de las razones por las que estaba tendido boca abajo sobre las agujas de kinnickinnic y viejos tamarack, a la sombra de un grupo de árboles, observando al joven que escribía con un lápiz en una libreta de espiral tras haber recogido una muestra de excremento de oso y guardar la consiguiente bolsa de plástico medio llena en su mochila.

Walter sabía que el chico no le descubriría: el *Tío Sam* se había asegurado de que Walter supiera ocultarse y seguir una pista, y décadas de soledad en uno de los parques naturales más hostiles de los Estados Unidos le habían convertido en una buena imitación de uno de aquellos indios milagrosamente invisibles que poblaban los libros y películas favoritas de su infancia. Si no quería que le viesen, no le veían; y, además, aquel chico tenía todos los modos de un ama de casa de ciudad. No deberían haberle permitido que se internara solo en aquella región infestada de osos pardos; alimentarlos con universitarios no era muy buena idea, ya que podrían ocurrírseles cosas peores.

No es que aquel día los osos estuvieran cerca. Como Walter, sabían leer las señales: en las próximas cuatro o cinco horas se produciría una gran tormenta. Podía sentirla en sus huesos, y aquel extraño no llevaba una mochila lo suficientemente grande para hacerle frente. Era aún pronto para una tormenta invernal, pero aquella región era así. Walter había visto nevar en agosto.

Aquella tormenta era la otra razón por la que seguía los pasos del chico. La tormenta y qué hacer ante ella; hacía mucho tiempo que no se sentía tan agitado por la indecisión.

Podía dejar que el chico se marchara. La tormenta llegaría y le arrancaría la vida; aquella era la ley de la montaña, de la naturaleza salvaje. Una muerte limpia. Sin embargo, aquel chico era demasiado joven. Tiempo atrás había visto morir a tantos chicos que podría pensarse que estaba habituado a ello. Por el contrario, la idea de uno más era inconcebible.

Podía alertarlo. Pero todo en su interior se rebelaba ante aquella idea. Hacía demasiado tiempo que no hablaba con alguien cara a cara... la mera idea le cortó la respiración.

Demasiado peligroso. Podía provocar otro recuerdo. Hacía mucho que no tenía uno, pero aparecían inesperadamente. Sería mucho peor si intentaba alertar al chico y acababa matándolo.

No. No podía arriesgarse a perder la pequeña paz que había logrado alertando a aquel extraño; aunque tampoco podía dejar que muriera así como así.

Frustrado, le había estado siguiendo durante varias horas mientras el chico se internaba en el bosque ignorando el peligro que le acechaba, alejándose de la carretera más cercana y de la seguridad. El saco de dormir indicaba que planeaba pasar la noche a la intemperie, lo que tenía que significar que creía saber lo que estaba haciendo al internarse en los bosques. Por desgracia, cada vez era más evidente que se trataba de una falsa confianza. Era como ver a June Cleaver pasándolo mal. Triste, muy triste.

Como ver llegar a los reclutas a Vietnam dispuestos a convertirse en hombres cuando todo el mundo sabía que no eran más que carne de cañón.

Aquel maldito chico estaba despertando todo tipo de sentimientos que Walter prefería mantener ocultos. Pero la irritación no era lo suficientemente intensa como para afectar su conciencia. Había seguido al chico durante diez kilómetros, incapaz de tomar una decisión. La inquietud que sentía le impidió percibir el peligro hasta que el joven estudiante se detuvo en seco en mitad del sendero.

El espeso arbusto que los separaba solo le permitía ver la parte superior de su mochila. Por tanto, fuera lo que fuese lo que le había hecho detenerse, era más bajo que él. Las buenas noticias eran que no se trataba de un alce. Se puede razonar con un oso negro, incluso con uno pardo, si no está demasiado hambriento (lo que, según su experiencia, no era muy habitual), pero los alces...

Walter desenvainó su gran cuchillo pese a no saber aún si pretendía ayudar al chico o no. Incluso un oso negro sería una muerte más rápida que la tormenta que se avecinaba, aunque algo más sangrienta. Y Walter conocía al oso que solía deambular por aquella zona, lo que ya era más de lo que podía decir del chico. Se movió lentamente a través del arbusto, sin hacer ningún ruido pese a que el suelo estaba cubierto de agujas de álamo. Cuando no quería hacer ningún ruido, no lo hacía.

Un débil rugido hizo que un escalofrío le recorriera la espalda, soltando suficiente adrenalina para perforar la capa de ozono. No era un sonido habitual por aquellos parajes, y él conocía a todos los depredadores que vivían en el territorio.

Un metro más y nada se interpondría en su línea de visión.

Vio un perro en mitad del sendero; o, al menos, algo perruno. Al principio, Walter pensó que se trataba de un pastor alemán por el color de su pelaje, pero había algo extraño en las articulaciones de sus patas delanteras que lo asemejaban más a un oso

que a un perro. Y era mucho más grande que cualquier perro o lobo que hubiera visto nunca. Tenía unos ojos de hielo, de asesino, y unos colmillos imposibles.

Puede que Walter no supiera cómo llamarlo, pero sabía lo que era. En el rostro de aquella bestia acechaban todas las pesadillas que atormentaban su vida. Era la cosa a la que se había enfrentado en tres ocasiones en Vietnam y todas las noches desde entonces: la muerte. Aquella era una batalla para un guerrero sangriento, maltrecho y corrompido como él, no para un inocente.

Salió de su escondrijo con un bramido salvaje diseñado para atraer la atención y echó a correr a toda velocidad, ignorando la protesta de unas rodillas demasiado viejas para la batalla. Aunque había pasado mucho tiempo desde la última pelea, no había olvidado la sensación de la sangre circulando por sus venas.

—Corre, chaval —dijo al pasar como una exhalación junto al muchacho con una fiera sonrisa pintada en el rostro, preparado para entablar combate con el enemigo.

Era posible que el animal huyera. Se había tomado su tiempo estudiando al chico, y, en ocasiones, cuando la comida de un depredador arremete contra él, el depredador suele dar media vuelta. Pero, de algún modo, Walter sabía que aquella bestia no era aquel tipo de animal; sus cegadores ojos dorados desprendían una inteligencia perturbadora.

Puede que algo le impidiera atacar al joven, pero con Walter no tuvo reparos. Se lanzó sobre él como si no fuera armado. Tal vez no era tan listo como creía, o se había dejado engañar por su apariencia inofensiva sin comprender de lo que era capaz un viejo veterano armado con un cuchillo y su propio brazo. Tal vez se dejó llevar por la huida del chico, ya que este había seguido el consejo de Walter a las primeras de cambio y corría como una bala perdida, y solo veía a Walter como un obstáculo que se interponía a su deseo de carne fresca y jugosa.

Pero Walter no era un chico indefenso. Había conseguido su cuchillo de un general enemigo al que había asesinado en la oscuridad, como le habían enseñado. El cuchillo estaba cubierto de amuletos mágicos grabados en la hoja, símbolos extraños que ya estaban ennegrecidos, ocultando lo que tiempo atrás fue una superficie plateada. Pese a toda la parafernalia exótica, era un buen cuchillo y se clavó profundamente en el lomo del animal.

La bestia era más rápida que él; más rápida y más fuerte. Pero al llevarse el primer tajo, la dejó lisiada y aquello decidió el combate.

Walter no ganó, pero se salió con la suya. Mantuvo ocupada a la bestia y la dejó muy mal herida. Aquella noche no podría ir tras el chico; y si este era listo, por entonces ya tendría que estar a medio camino de su coche.

Finalmente el monstruo se marchó, arrastrando una pata delantera y sangrando por una docena de heridas; aunque no había ninguna duda de quién se había llevado la peor parte. Walter había visto morir a muchos hombres, y supo por el olor a intestino perforado que había llegado su hora.

Sin embargo, el joven estaba a salvo. Tal vez aquello compensaría, de algún modo, todos los jóvenes que no habían logrado sobrevivir.

Relajó los músculos de la espalda y sintió la hierba seca y la tierra abrirse paso bajo su peso. El suelo estaba frío bajo su cuerpo caliente y sudoroso, y se sintió aliviado. Le parecía adecuado terminar su vida allí, tras salvar a un extraño, porque la muerte de otro extraño había sido la causa que le trajera por primera vez a aquel lugar.

Se levantó viento y tuvo la sensación de que la temperatura descendía unos cuantos grados, aunque también podía deberse a la pérdida de sangre y a la conmoción. Cerró los ojos y esperó pacientemente a que la muerte, su vieja enemiga, le reclamara finalmente. El cuchillo seguía en su mano, por si el dolor era insoportable. Las heridas en el estómago no son precisamente la forma más rápida de morir.

Sin embargo, no fue la muerte lo que llegó con la primera ventisca de la temporada.

Capítulo 1

Chicago: Noviembre

Anna Latham intentó desaparecer en el asiento del pasajero.

Hasta aquel momento no comprendió hasta qué punto su confianza había estado ligada al hecho de tener a su lado a Charles. Solo había estado con él un día y medio, pero en aquel tiempo había cambiado todo su mundo... al menos mientras permaneció a su lado.

Sin él, su recién recuperada confianza había desaparecido. La simulada ausencia solo había servido para poner de relieve toda su cobardía. Como si fuera necesario recordárselo.

Observó al hombre que conducía con aire relajado el todoterreno alquilado de Charles a través del escaso tráfico posterior a la hora punta por la autopista cubierta de nieve derretida como si fuera un habitante más de Chicago en lugar de un visitante llegado de los bosques de Montana.

El padre de Charles, Bran Cornick, tenía el aspecto de un estudiante universitario, un genio de la informática o, tal vez, un especialista en arte. Alguien sensible, dulce y joven; pero ella sabía que no era ninguna de aquellas tres cosas. Era el Marrok, ante quien respondían todos los Alfas, y nadie dominaba a un hombre lobo Alfa con dulzura y sensibilidad.

Tampoco era joven. Sabía que Charles tenía casi doscientos años, y eso significaba que su padre era aún mayor.

Lo miró detenidamente por el rabillo del ojo, pero aparte de algo en la forma de las manos y los ojos, no reconoció en él a Charles. Este tenía un aspecto de nativo americano puro, como lo había tenido su madre, pero, aun así, Anna creía que debería encontrar alguna semejanza entre ambos, algo que le indicara que el Marrok era el mismo tipo de hombre que su hijo.

Su mente deseaba creer que Bran Cornick no le haría ningún daño, que era distinto al resto de los lobos que conocía. Pero su cuerpo estaba adiestrado para temer a los machos de su especie. Cuanto más dominante era un hombre lobo, más probabilidades había de que le hicieran daño. Y no existía ningún lobo más dominante que Bran Cornick, por muy inofensivo que fuera su aspecto.

—No dejaré que te ocurra nada —le dijo sin mirarla.

Anna olió su propio miedo, por tanto, él también podía hacerlo.

—Lo sé —consiguió decir, odiándose a sí misma por haberles permitido que la convirtieran en una cobarde.

Confiaba en que él creyera que no era más que la reacción natural ante la idea de enfrentarse a los otros lobos de su manada tras haber precipitado la muerte de su Alfa. No quería que supiera que también estaba asustada de él. O incluso más.

Bran sonrió sin convicción y no dijo nada más.

El aparcamiento tras el edificio de apartamentos de cuatro pisos de Anna estaba lleno de coches que no conocía. Entre estos, una reluciente furgoneta gris con un pequeño remolque de color naranja brillante y blanco con un manatí gigante pintado en uno de sus lados, justo encima de un rótulo que anunciaba a todo el mundo que circulara a una calle de distancia que Florida era «El Estado Manatí».

Bran aparcó detrás del remolque sin detenerse a considerar que su vehículo bloqueaba el callejón. Bueno, pensó Anna mientras salían del coche, ya no tendría que preocuparse más por lo que pensara su casero. Se marchaba a Montana. ¿Sería Montana «El Estado de los Hombres Lobo»?

Cuatro lobos en forma humana les esperaban frente a la puerta de seguridad, entre ellos, Boyd, el nuevo Alfa. Sus desolados ojos la recorrieron de arriba abajo. Anna clavó la vista en el suelo tras la primera mirada y se mantuvo detrás de Bran mientras pasaban entre ellos.

Después de todo, estaba más asustada de ellos que del Marrok. Qué extraño, porque hoy no percibía ni el más mínimo rastro de la especulación ni de la avaricia que normalmente hacían aflorar todos sus miedos. Parecían controlados... y agotados. El día anterior, el Alfa había sido asesinado, y aquello les dolía a todos. Ella también lo había sentido, pero lo había ignorado porque creía que Charles no lograría sobrevivir.

Ella era la responsable de aquel dolor. Todos lo sabían.

Se recordó a sí misma que Leo necesitaba matar; había matado a muchos y autorizado la muerte de otros tantos. No volvería a mirar a ninguno de ellos a la cara. Intentaría no hablar con nadie, confiando en que ellos la ignoraran a ella.

Aunque estaban allí para ayudarla en el traslado. Había intentado evitarlo, pero no estaba en condiciones de discutir con el Marrok. Aventuró una nueva mirada rápida a Boyd, pero en aquella ocasión tampoco pudo leer nada en su expresión.

Cogió la llave y se enfrentó a la cerradura con dedos agarrotados por el miedo. Aunque ningún hombre lobo hizo movimiento alguno que indicara su impaciencia, intentó darse prisa mientras sentía varios ojos clavados en su espalda. ¿En que estarían pensando? ¿Estarían recordando lo que alguno de ellos le había hecho? Ella no quería recordar. *No quería.*

Respira, se reprendió a sí misma.

Uno de ellos se balanceó ligeramente y emitió un sonido de ansiedad.

—George —dijo Boyd, y el lobo se relajó.

Anna sabía que era su miedo lo que estaba espoleando al lobo. Tenía que tranquilizarse, y la pegajosa cerradura no era de gran ayuda. Si Charles estuviera allí, podría enfrentarse a cualquier cosa, pero Charles se estaba recuperando de varias

heridas de bala. Su padre le había dicho que su reacción a la plata era mucho más intensa de lo habitual.

—No esperaba que vinieras —dijo Bran.

Anna supuso que se dirigía a ella dado que aquella mañana la había manipulado para conseguir que dejara solo a Charles.

Aunque debía de dirigirse a Boyd, ya que fue este quien le respondió:

—Tenía el día libre.

Hasta la noche anterior, Boyd había sido el tercero. Pero ahora era el Alfa de la Manada del Suburbio Oeste de Chicago. La manada que Anna estaba abandonando.

—Pensé que aceleraría un poco las cosas —continuó Boyd—. Thomas ha accedido a conducir la furgoneta hasta Montana.

Anna empujó la puerta, pero Bran no entró inmediatamente, de modo que ella se detuvo en el umbral, justo a la entrada, y la sostuvo abierta.

—¿Cómo están las finanzas de tu manada? —preguntó Bran—. Mi hijo me ha comentado que Leo le dijo que necesitaba dinero.

Anna percibió cómo la típica sonrisa seca de Boyd teñía sus palabras.

—Y no mentía. Su compañera era cara de mantener. No perderemos la finca, pero es la única noticia buena que me ha dado el contable. Conseguiremos algo con la venta de las joyas de Isabella, pero ni mucho menos lo que Leo pagó por ellas.

Anna podía mirar a Bran, así que observó sus ojos mientras estos evaluaban a los lobos que había traído Boyd como un general reconociendo a sus tropas. Su mirada se detuvo en Thomas.

Anna también le miró, y vio lo mismo que el Marrok: viejos tejanos con un agujero en la rodilla y unas zapatillas de tenis que habían visto mejores tiempos. Bastante parecido a lo que ella llevaba puesto, salvo que su agujero estaba en la rodilla izquierda en lugar de en la derecha.

—¿El tiempo que se tarda en ir y volver de Montana pondrá en riesgo tu trabajo? —le preguntó Bran.

Cuando respondió, en voz muy baja, Thomas mantuvo sus ojos clavados en los tobillos:

—No, señor. Trabajo en la construcción, y estamos en temporada baja. Tengo el permiso de mi jefe; dos semanas de vacaciones.

Bran extrajo un talonario de cheques del bolsillo y, apoyándose en el hombro de uno de los lobos para escribir sobre una superficie estable, hizo un cheque.

—Esto es para los gastos del viaje. Pensaremos en una cantidad y tendrás el dinero en Montana, cuando llegues.

El alivio iluminó los ojos de Thomas, pero no dijo nada.

Bran cruzó el umbral de la puerta, pasó junto a Anna y empezó a subir las escaleras. En cuanto Bran dejó de observarlos, los otros lobos levantaron la vista para mirar a Anna.

Esta levantó el mentón y se enfrentó a sus miradas, olvidando completamente su decisión de no hacer precisamente eso hasta que fue demasiado tarde. Los ojos de Boyd eran insondables, y Thomas seguía con la vista clavada en el suelo... pero los rostros de los otros dos, George y Joshua, eran fáciles de leer. Con el regreso de Bran, el recuerdo de lo que ella había sido en la manada era totalmente visible en sus ojos.

Y ellos habían sido los lobos de Leo tanto por su inclinación como por sus actos. Ella no era nada, y había propiciado la muerte de su Alfa: si hubieran tenido el coraje necesario, la habrían matado.

Intentadlo, les dijo ella sin recurrir a las palabras. Les dio la espalda sin bajar los ojos; al ser pareja de Charles, en teoría, les superaba en rango. Sin embargo, no solo eran hombres lobo, y su parte humana jamás olvidaría lo que le hicieron, con la inestimable ayuda de Leo.

Notó un peso en el estómago y, con la tensión agarrotando su nuca, intentó mantener el equilibrio mientras subían las escaleras hasta su apartamento en el cuarto piso. Bran esperó a su lado mientras Anna abría la puerta. Se apartó para dejar que Bran entrara primero, mostrando a los demás que, al menos él, tenía su respeto.

Bran se detuvo en el umbral y estudió el apartamento con el ceño fruncido. Anna sabía lo que estaba viendo: una mesa de juego con dos sillas plegables maltrechas, un futón y poco más.

—Te dije que podía tenerlo listo esta mañana —le dijo Anna. Sabía que no era mucho, pero le ofendió lo que revelaba su silencio—. Y que después podían venir a recoger las cajas.

—No nos llevará más de una hora recogerlo y cargarlo en la furgoneta —dijo Bran—. Boyd, ¿cuántos de tus lobos viven así?

Al ser convocado, Boyd pasó junto a Anna, entró en el apartamento y frunció el ceño. Era la primera vez que estaba allí. Miró a Anna, se acercó a la nevera y la abrió: estaba completamente vacía.

—No sabía que estaba tan mal. —Miró hacia atrás—. ¿Thomas?

Al ser invitado, Thomas también cruzó el umbral del apartamento.

Miró a su nuevo Alfa con una mirada de disculpa.

—No soy tan malo, pero mi mujer también trabaja. Las facturas son muy caras.

Thomas tenía un rango tan bajo en la estructura de la manada como Anna, y, al estar casado, nunca le habían invitado a «jugar» con ella. Aunque tampoco había protestado. Anna supuso que no podía esperarse mucho más de un lobo sumiso, aunque aquello no impedía que no se lo recriminara.

—Probablemente cinco o seis —dijo Boyd con un suspiro—. Veré qué puede hacerse.

Bran abrió su billetera y le entregó al Alfa su tarjeta.

—Llama a Charles la semana que viene y convoca una reunión con tu contable. Si fuese necesario, podríamos pedir un préstamo. No es muy seguro tener hombres lobos hambrientos y desesperados por las calles.

Boyd asintió.

El negocio del Marrok pareció concluir, los otros dos lobos pasaron junto a Anna como una exhalación y George chocó deliberadamente contra ella. Anna se apartó y se cubrió el cuerpo con los brazos de forma instintiva. George la miró con expresión desdeñosa que ocultó rápidamente a los demás.

—*Illegitimis nil carborundum* —murmuró Anna.

Fue una estupidez. Lo supo incluso antes de que George le diera el puñetazo.

Anna se agachó y lo esquivó. En lugar de un puño en el estómago, acabó con uno en el hombro. Rodó por el suelo. El estrecho pasillo de la entrada no le permitiría huir de un segundo golpe.

Aunque no se produjo ninguno.

Boyd tenía a George inmovilizado en el suelo con la rodilla sobre su espalda. George no se resistía, simplemente hablaba muy rápido:

—No tendría que haberlo hecho. Leo dijo que no utilizamos el latín. ¿Lo recuerdas?

Tiempo atrás, Anna se había dado cuenta de que nadie de la manada excepto Isabella, a quien había creído una amiga, entendía el latín y, por tanto, lo había usado como una forma de rebeldía secreta. A Leo le costó bastante tiempo descubrirlo.

—Leo está muerto —dijo Boyd con calma, su boca a escasos centímetros de la oreja de George—. Nuevas reglas. Si quieres seguir viviendo, será mejor que no golpees a la hembra de Charles delante de su padre.

—No dejas que los cabrones te pisoteen, ¿verdad? —dijo Bran desde la puerta. La miraba como un crío que se creía más listo que ella—. Tu latín es horrible, has de mejorar la pronunciación.

—Es culpa de mi padre —le dijo ella mientras se masajeaba el hombro. El moratón desaparecería al día siguiente, pero por el momento era doloroso—. Hizo un par de años de latín en la universidad y lo usaba para divertirse. Toda mi familia acabó aprendiendo algo. Su cita favorita era: «*Interdum feror cupidine partium magnarum europe vincendarum*».

—¿«A veces siento la necesidad de conquistar grandes zonas de Europa»? —dijo Boyd con cierta incredulidad. Aparentemente, Isabella no había sido la única en entender sus actos de rebeldía.

Anna asintió.

—Normalmente solo lo decía cuando mi hermano o yo nos portábamos mal.

—¿Y era su cita favorita? —dijo Bran, examinándola como si fuera un insecto... aunque un insecto que cada vez le caía mejor.

—Mi hermano era bastante travieso —dijo ella.

Bran sonrió lentamente y Anna reconoció a Charles en aquella sonrisa.

—¿Qué quieres que haga con este? —preguntó Boyd inclinando la cabeza para señalar a George.

La sonrisa de Bran desapareció de su rostro y todos miraron a Anna.

—¿Quieres que lo mate?

El silencio se impuso mientras todos esperaban su respuesta. Por primera vez se dio cuenta de que el miedo que había estado oliendo no era únicamente el suyo. El Marrok los atemorizaba a todos.

—No —mintió. Solo quería terminar de recoger el apartamento y acabar cuanto antes con aquello, para no tener que ver nunca más a George ni a los otros—. No. — Aquella vez lo dijo sinceramente.

Bran inclinó la cabeza y Anna vio cómo sus ojos adquirían, de forma casi imperceptible, una tonalidad dorada que fulguró en la penumbra del pasillo.

—Ponlo en pie.

Anna esperó hasta que todo el mundo hubo entrado en su apartamento para abandonar el anonimato del descansillo. Cuando entró, Bran estaba deshaciendo el futón hasta dejar el colchón desnudo. Era como ver al presidente cortando el césped o sacando la basura en la Casa Blanca.

Boyd se acercó a ella y le entregó el cheque que había dejado en la puerta de la nevera. Su último cheque.

—Supongo que querrás esto.

Anna lo cogió y lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—Gracias.

—Todos estamos en deuda contigo —le dijo—. Ninguno de nosotros podía avisar al Marrok cuando las cosas empezaron a ponerse feas. Leo nos lo prohibió. No puedes ni imaginar las horas que pasé frente al teléfono intentando eludir su control.

Anna no se atrevía a mirarle a los ojos.

—Tardé bastante en reconocer lo que eras —añadió con una sonrisa amarga—. No presté atención. Me esforcé por no prestar atención ni pensar en ello. Hacía las cosas más fáciles.

—Los Omegas son algo muy raro —dijo Bran.

Boyd no apartó los ojos de ella.

—Entendí demasiado tarde lo que estaba haciendo Leo, por qué te trataba de aquel modo cuando siempre había sido más bien del tipo «deshazte de ellos rápidamente». Hacía mucho tiempo que le conocía, y jamás había permitido esta tipo de abuso. Ahora comprendo que lo consumió... aunque Justin parecía disfrutar con ello.

Anna controló un estremecimiento y se recordó a sí misma que Justin también había muerto la noche anterior.

—Cuando entendí que Leo no podía confiar en que cumplieras sus órdenes, cuando supe que no eras un lobo muy sumiso, que eras una Omega... ya era demasiado tarde. —Suspiro—. Si te hubiera dado el número del Marrok hace dos años, no habrías tardado tanto en llamarlo. De modo que os debo a los dos mis disculpas más sinceras y mi agradecimiento. —Y entonces bajó la mirada, inclinando la cabeza para mostrarle su cuello.

—¿Te asegurarás...? —Anna tragó saliva para humedecerse la garganta—. ¿Te asegurarás que no vuelva a ocurrir? ¿Con nadie? No soy la única a la que hicisteis daño. —No miró a Thomas. Justin había disfrutado mucho atormentando a Thomas.

Boyd inclinó la cabeza con solemnidad.

—Te lo prometo.

Anna asintió ligeramente con la cabeza, lo que pareció satisfacerle. Boyd cogió una caja vacía de las manos de Joshua y se dirigió apresuradamente hacia la cocina. Habían traído cajas, cinta adhesiva y material de embalaje más que suficiente para empaquetar todas sus pertenencias.

Anna no tenía maletas, de modo que cogió una de las cajas y metió en ella todo lo básico. Se guardó muy mucho de mirar a nadie. Las cosas habían cambiado demasiado y no conocía otro modo de enfrentarse a la nueva situación.

Estaba en el cuarto de baño cuando el móvil de alguien empezó a sonar. El oído de licántropo le permitió seguir toda la conversación telefónica.

—¿Boyd? —Era uno de los nuevos lobos, Rashid, el médico. Parecía aterrorizado.

—Yo mismo. ¿Qué ocurre?

—*El lobo de la sala de seguridad, está...*

Pese a que Boyd y su móvil estaban en la cocina, Anna pudo oír el estrépito a través del auricular.

—*Es él* —susurró Rashid desesperado—. *Es él. Está intentando salir... y está destrozando la habitación. No creo que pueda intentarlo.*

Charles.

Cuando se marchó estaba grogui, pero aparentemente había aceptado que se marchara con su padre mientras él se recuperaba de los efectos de varias balas de plata en su organismo. Al parecer las cosas habían cambiado.

Anna cogió la caja y se encontró a Bran en la puerta del cuarto de baño.

Bran la miró de arriba abajo, aunque no parecía molesto.

—Parece ser que nos necesitan en otro lado —dijo en tono calmado, relajado—. No creo que haga daño a nadie, pero la plata tiene un efecto en él mucho más intenso e impredecible que en los otros lobos. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí.

Bran miró a su alrededor y sus ojos se posaron en Boyd.

—Dile a tu lobo que vamos para allí inmediatamente. Asegúrate de que todo esté recogido y el apartamento limpio cuando te vayas.

Boyd inclinó la cabeza sumisamente.

Bran cogió la caja y se la colocó bajo el brazo. A continuación, extendió la mano libre en un gesto pasado de moda. Anna deslizó los dedos por su codo y Bran la escoltó de aquel modo hasta el todoterreno, aflojando su paso cuando ella hacía ademán de echar a correr.

Condujo de vuelta a la mansión Naperville, propiedad de la manada del Suburbio Oeste, sin infringir ninguna norma de tráfico pero sin perder tiempo.

—La mayoría de lobos no podrían escapar de la sala de seguridad —dijo suavemente—. Los barrotes tienen plata, y hay un montón de barrotes, pero Charles es hijo de su madre. Ella jamás habría permitido que la encerraran con algo tan mundano como unos cuantos barrotes y una puerta reforzada.

De algún modo, a Anna no le sorprendió que Bran supiera cómo era la sala de seguridad de la manada.

—¿La madre de Charles era una bruja?

Aunque Anna nunca había conocido a una, había oído ciertas historias. Y desde que era una mujer lobo, había aprendido a creer en la magia.

Bran negó con la cabeza.

—Nada tan bien definido. Ni siquiera estoy seguro de que pudiera practicar la magia... en el estricto sentido de la palabra. Los salish no dividen el mundo de ese modo: mágico y no mágico. Natural y sobrenatural. Fuera lo que fuese, no obstante, su hijo también lo es.

—¿Qué ocurrirá si logra escapar?

—Sería mejor que llegáramos antes de que ocurriera —fue todo lo que dijo.

Cuando salieron de la autopista, redujo la velocidad hasta el límite permitido. La única señal de impaciencia era el rítmico golpeteo de sus dedos sobre el volante. Cuando detuvo el vehículo frente a la mansión, Anna bajó de un salto del todoterreno y corrió a la puerta principal. Bran no pareció darse mucha prisa, pero de algún modo llegó a la puerta antes que ella y la abrió.

Anna atravesó rápidamente el vestíbulo y bajó las escaleras que llevaban al sótano de tres en tres, con Bran a su lado. El silencio reinante no era muy tranquilizador.

Normalmente, el único modo de distinguir la sala de seguridad del resto de habitaciones para invitados del sótano era la puerta y el marco metálicos. Sin embargo, enormes trozos de yeso habían sido arrancados de la pared a ambos lados, dejando al descubierto los barrotes de plata y acero empotrados en el muro. El papel de pared del interior de la sala colgaba hecho jirones como si se tratara de una cortina, impidiéndole a Anna observar el interior.

Frente a la puerta había tres lobos de la manada en forma humana. Anna percibió su miedo. Sabían lo que había en aquella habitación; al menos uno de ellos había visto cómo Charles mataba a Leo pese a haber recibido dos balas de plata.

—Charles —dijo Bran en tono reprobador.

El lobo le contestó con un rugido, un aullido ronco que embotó los oídos de Anna y que contenía poco más que una ira ciega.

—Los tornillos se salían de las bisagras, señor. Solos —dijo uno de los lobos con nerviosismo, y Anna descubrió que lo que sostenía entre las manos era un destornillador.

—Si —dijo Bran con calma—. No me cabe duda. Mi hijo no reacciona muy bien a la plata, y mucho menos a la cautividad. Habríais estado más seguros si le hubierais dejado salir... o no. Mis disculpas por haberos dejado solos con él. Pensé que estaba en mejores condiciones. He subestimado la influencia de Anna.

Se dio la vuelta y extendió la mano en dirección a esta, quien se había detenido al pie de las escaleras. Estaba mucho más preocupada por los hombres que había en el sótano que por el lobo enfurecido. El pasillo era demasiado estrecho, y no le hacía mucha gracia tenerlos tan cerca.

—Acércate, Anna —dijo Bran.

Aunque su voz parecía suave, era una orden.

Anna pasó lo más rápido que pudo junto a los otros lobos, con la vista clavada en los pies en lugar de en sus rostros. Cuando Bran la cogió por el codo, Charles rugió salvajemente, aunque Anna no supo cómo lo había visto a través del papel de pared colgante.

Bran sonrió y apartó la mano.

—De acuerdo. Pero estás asustándola.

Los rugidos se detuvieron instantáneamente.

—Habla un poco con él —le dijo Bran—. Yo me llevaré a los demás arriba. Cuando te sientas cómoda, abre la puerta... aunque sería buena idea que esperaras a que dejara de rugir.

Y la dejaron sola. Debía de estar loca porque inmediatamente se sintió más segura de lo que lo había estado en todo el día. El alivio al sentir que el miedo la abandonaba fue casi embriagador. El papel de pared se agitaba al ritmo de los movimientos de Charles y Anna pudo ver un destello de su pelaje rojizo.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó ella—. Estabas bien cuando te dejé esta mañana.

En forma de lobo no podía responder, pero dejó de rugir.

—Lo siento —probó Anna—. Pero estaban empaquetando mi apartamento y tenía que estar allí. Y necesitaba coger algo de ropa antes de salir para Montana.

Charles golpeó la puerta. No lo hizo con la suficiente fuerza para romperla, pero quedó claro lo que quería.

Anna dudó un instante, pero había dejado de rugir. Con un encogimiento de hombros mental, descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Charles era más grande de lo que recordaba... o tal vez lo parecía al exhibir los colmillos de forma tan prominente. Le manaba sangre de la herida en la pata trasera izquierda, y esta le resbalaba por su zarpa. Los dos agujeros de las costillas goteaban profusamente.

Tras él, la habitación, que había estado decorada con mucho gusto cuando se marchó por la mañana, estaba ahora hecha un desastre. Charles había arrancado grandes trozos de yeso de las cuatro paredes y del techo. Los jirones del colchón estaban esparcidos por todo el suelo, mezclados con los restos de la cómoda.

Anna silbó al comprobar los desperfectos.

—Madre mía.

Charles se acercó a ella cojeando y la olfateó de arriba abajo. La escalera crujió y Charles se dio la vuelta como un torbellino y emitió un rugido, colocándose entre ella y el intruso.

Bran se sentó en el escalón superior.

—No voy a hacerle daño —comentó. Y entonces miró a Anna—. No sé cuánto entiende ahora mismo, pero creo que estará mejor en su casa. He llamado al piloto y me ha dicho que está listo para despegar.

—Pensé que teníamos un par de días. —Notó un nudo en el estómago. Chicago era su *hogar*—. Tengo que llamar a Scorci's y decirle a Mick que me marchó, para que busque a otra camarera. Y no he podido hablar aún con mi vecina para contarle lo que ha ocurrido. —Kara estaría preocupada.

—Tengo que regresar hoy a Montana —dijo Bran—. Mañana a primera hora he de asistir al funeral de un amigo que acaba de morir. Iba a dejarte aquí para que vinieras dentro de unos días, pero ya no creo que sea una buena idea. —Bran señaló a Charles con un movimiento de cabeza—. Está claro que no está recuperándose tan bien como esperaba. Necesito llevarlo a casa para que lo examinen. Tengo un móvil. ¿Puedes llamar a tu vecina y a Mick para explicarles la situación?

Anna bajó la mirada para observar al lobo que se había interpuesto entre ella y su padre para protegerla. No era la primera vez que hacía algo así.

Además, ¿qué otra alternativa tenía? ¿Quedarse en la manada de Chicago? Puede que Boyd fuera una mejora sustancial respecto a Leo, pero... no tenía ningunas ganas de quedarse con ellos.

Apoyó su mano en la espalda de Charles y dejó que su pelaje la engullera. No tuvo que introducirla mucho para conseguirlo, Charles era un lobo de gran tamaño. Alteró su posición hasta quedar pegado a ella; en ningún momento apartó los ojos de Bran.

—De acuerdo —dijo ella—. Dame el teléfono.

Bran sonrió y alargó el brazo. Charles no se movió de donde estaba, obligando a Anna a inclinarse para coger el aparato mientras él miraba con frialdad a su padre. Su actitud hizo reír a Anna, lo que facilitó el trabajo de convencer a Kara de que se marchaba a Montana por voluntad propia.

Capítulo 2

Tras el desastre de aquella mañana, Anna había temido el vuelo a Montana. Como nunca había subido a un avión, imaginó que sería horrible, especialmente en el Lear para seis pasajeros y dos motores al que Bran les acompañó.

Bran se sentó en el asiento del copiloto, lo que dejaba libres los seis asientos de pasajeros. Charles la obligó a dejar atrás la primera fila de asientos que miraban hacia delante con un collazo en forma de gemido y se quedó mirando la última fila hasta que consiguió que Anna se sentara en ella. Cuando se acomodó en el espacio entre los asientos y colocó su cabeza sobre los pies de ella, Anna dejó la caja en el asiento contiguo, se colocó el cinturón y aguardó al despegue.

No esperaba pasárselo bien, especialmente cuando era evidente que Charles no lo hacía. Se movía tenso y malhumorado a sus pies, gruñendo suavemente cuando el avión sufría turbulencias.

Sin embargo, volar en aquel pequeño aeroplano era como montar en la atracción más alta del mundo. Una de las agradables, como la noria, aunque con un ingrediente de peligro que lo hacía todo mucho más excitante. En ningún momento pensó que caerían en picado, como tampoco pensaba que una noria de feria pudiera soltarse y acabar empotrada en el centro comercial. Y ninguna noria del mundo tenía una vista como aquella.

Ni siquiera el brusco descenso sobre una franja diminuta de tierra que parecía más pequeña que el aparcamiento de un Wal-Mart le estropeó el viaje. Volvió a ponerse el cinturón y se agarró a la abrazadera con una mano mientras que con la otra sujetaba la caja para evitar que cayera sobre Charles a medida que el aparato perdía altura. Su estómago se esforzó por seguir donde había estado un momento antes. Anna se descubrió sonriendo cuando el avión tocó el asfalto y rebotó un par de veces antes de que las ruedas permanecieran definitivamente en el suelo.

El piloto rodó por la pista de aterrizaje y detuvo el aparato en un hangar lo suficientemente amplio como para contener dos aviones del mismo tamaño, aunque en aquel momento la otra parte del edificio estaba vacía. Anna recogió la caja y siguió a Charles al exterior. Cojeaba visiblemente. Era evidente que estar quieto tanto tiempo no le había hecho ningún bien. Seguía interponiéndose entre ella y su padre.

Una vez en tierra, Anna empezó a temblar. Su chaqueta era algo ligera para Chicago, pero allí era poco menos que adecuada. En el hangar no había calefacción y el frío le condensaba la respiración.

No se había dado cuenta de lo cerca que se mantenía Charles, y cuando se dio la vuelta para echar un vistazo al avión, le golpeó con la rodilla en el costado vendado. Aunque Charles no dio muestra alguna de que le hubiera molestado, debió de dolerle

bastante. Pero era culpa suya. Si no hubiera estado encima de ella, no le habría golpeado.

—Relájate —le dijo ella exasperada—. Es muy poco probable que tu padre me ataque.

—No creo que le preocupe el hecho de que yo pueda *hacerte daño* —dijo Bran divertido—. Será mejor que te llevemos a algún lugar alejado del resto de machos, para que se relaje un poco.

El piloto, que les había seguido al exterior y estaba inmerso en algún tipo de tarea de mantenimiento, sonrió ante aquel comentario.

—Nunca pensé que vería a ese viejo indio tan exaltado.

Charles le dirigió una mirada y el piloto bajó los ojos, aunque no dejó de sonreír.

—Oye, a mí no me mires. Te he traído a casa sano y salvo, casi tan bien como lo habrías hecho tú, ¿verdad, Charles?

—Gracias, Hank. —Bran se volvió hacia Anna—. Hank ha de dejar listo el avión, así que será mejor que vayamos calentando la camioneta. —Colocó la mano bajo su codo en cuanto dejaron atrás la protección del hangar y se internaban en veinticinco centímetros de nieve. Charles rugió y Bran le devolvió el rugido, exasperado—. Ya es suficiente. *Basta*. No pretendo hacerle nada malo a tu dama, y el suelo está muy peligroso.

Pese a que Charles dejó de hacer ruido, caminaba tan cerca de Anna que esta acabó tropezando con Bran porque no quería hacerle daño. Bran la enderezó y frunció el ceño al lobo, pero no hizo ningún comentario más.

Aparte del hangar, la pista de aterrizaje y dos surcos en la nieve profunda que alguien había dejado recientemente, no había signo de civilización. Las montañas eran impresionantes mucho más altas, oscuras y agrestes que las suaves colinas del Medio Oeste que conocía. Aunque podía oler a leña quemada, lo que significaba que no estaban tan aislados como parecía.

—Pensé que sería más silencioso.

No pretendía decir nada, pero el ruido la inquietaba.

—El viento entre los árboles —dijo Bran—. Y algunos pájaros que se quedan todo el año. A veces, cuando no hace viento y baja la temperatura, el silencio es tan profundo que puedes sentirlo en los huesos.

A Anna aquello le sonó bastante espeluznante, pero por su voz pudo adivinar que a Bran le encantaba.

Los condujo a la parte trasera del hangar, donde les esperaba la camioneta gris cubierta de nieve. Extrajo una escobilla para la nieve de la parte trasera del vehículo y con ella se puso a golpear el suelo con ímpetu.

—Entra en el coche —le dijo—. Pon en marcha el motor para que se vaya calentando. Las llaves están puestas. —Apartó la nieve que cubría la puerta del pasajero y la sostuvo abierta para que entrara ella.

Anna dejó la caja en el suelo de la cabina y subió al interior. La caja le dificultó el movimiento de deslizamiento por el asiento de piel desde la posición del pasajero a la del conductor. Charles entró en el vehículo de un salto y cerró la puerta enganchándola con una de sus garras. Pese a tener el pelaje húmedo y tras el estremecimiento inicial, descubrió que generaba un considerable calor corporal. La camioneta se puso en marcha con un ronroneo, llenando toda la cabina de aire frío. En cuanto estuvo segura de que continuaría en marcha, se deslizó al asiento central.

Cuando el vehículo quedó prácticamente despejado de nieve, Bran volvió a guardar la escobilla en la parte trasera y subió de un salto al asiento del conductor.

—Hank no tardará mucho. —Se dio cuenta de que Anna estaba temblando y frunció el ceño—. Te buscaremos una chaqueta más gruesa y unas botas apropiadas para el invierno de Montana. Chicago no es exactamente tropical, ¿cómo es que no tenías ropa de abrigo?

Mientras Bran hablaba, Charles pasó por encima de ella, obligándola a trasladarse al asiento más próximo a la ventanilla y acomodándose entre Bran y Anna, apoyando la mitad de su cuerpo en el regazo de esta.

—Tenía muchas facturas que pagar: gas, electricidad, agua, el alquiler —dijo Anna a la ligera—. Uff, Charles, pesas una tonelada. Las camareras no podemos permitirnos muchos lujos.

La puerta trasera se abrió y Hank subió a la camioneta y se puso el cinturón antes de soplarse las manos.

—Este maldito viento se te mete en los huesos.

—Hora de ir a casa —coincidió Bran. Puso en movimiento la camioneta, aunque si circuló por alguna carretera, esta debía de estar enterrada bajo la nieve—. Primero dejaré a Charles y a su pareja.

—¿Pareja? —Aunque Anna no dejó de mirar al frente, reconoció el tono de sorpresa en la voz de Hank—. No me extraña que el viejo esté tan excitado. Sigues en forma, Charles, buen trabajo. Y además es muy guapa.

A Anna no le hizo mucha gracia que hablaran de ella como si no estuviera presente. Aunque se sentía demasiado intimidada para decirlo en voz alta.

Charles volvió la cabeza hacia Hank y levantó el labio para mostrarle sus afilados colmillos.

El piloto se puso a reír.

—Muy bien, muy bien. Pero buen trabajo, tío.

Fue entonces cuando comprendió algo de lo que no se había dado cuenta en el avión: Hank no era un hombre lobo. Y evidentemente sabía que Charles lo era.

—Pensaba que no podíamos decírselo a nadie —dijo.

—¿Decirles qué? —preguntó Bran.

Anna miró a Hank.

—Decirles lo que somos.

—Ah, esto es Aspen Creek —le contestó Hank—. Todo el mundo sabe lo de los hombres lobo. Si no estás casado con uno, tu padre lo es... o al menos uno de tus padres lo era. Esto es el territorio del Marrok, y somos una gran familia feliz.

¿Era sarcasmo lo que desprendía su tono de voz? No le conocía lo suficiente para estar segura.

Por fin el aire que le golpeaba la cara se había calentado. Entre eso y Charles, empezaba a sentirse cada vez menos como un cubito de hielo.

—Pensaba que los hombres lobo no tenían familia, solo manada —se aventuró.

Bran le dirigió una rápida mirada antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Tú y Charles deberías tener una larga conversación. ¿Desde cuándo eres una mujer lobo?

—Desde hace tres años.

Bran frunció el entrecejo.

—¿Tienes familia?

—Mi padre y mi hermano. No los he visto desde... —Se encogió de hombros—. Leo me dijo que debía romper toda relación con ellos... porque sino asumiría que eran un riesgo para la manada. *Y los mataría.*

Bran volvió a fruncir el ceño.

—Lejos de Aspen Creek, los lobos no pueden decirle a nadie, salvo a sus parejas, lo que son; lo de las parejas es para su propia seguridad. Pero no es necesario que dejes de relacionarle con tu familia. —Y casi para sí mismo, añadió—: Supongo que Leo temía que tu familia pudiera interferir con lo que pretendía hacerte.

¿Podía llamar a su familia? Estuvo a punto de preguntárselo, pero decidió esperar a hablar primero con Charles.

Como con el vuelo, la casa de Charles era distinta a cómo la había imaginado. Al descubrir que estaba en una región apartada de Montana, pensó que viviría en una de aquellas casas enormes de troncos, o algo muy viejo, como la mansión de la manada. Pero la casa donde Bran los dejó no era grande ni estaba hecha de troncos. Todo lo contrario, parecía una casa sencilla al estilo rancho, pintada con una extraña combinación de grises y verdes. Se levantaba en la vertiente de una colina y miraba hacia una serie de campos vallados de pastoreo ocupados por unos cuantos caballos.

Anna se despidió de Bran con un gesto de la mano mientras este se alejaba en la furgoneta. Entonces cargó con la caja, la cual parecía un poco destartalada tras haberse mojado en el suelo de la cabina, y subió las escaleras con Charles pisándole los talones. Pese a que los escalones estaban cubiertos por una ligera capa de nieve, tuvo la sensación de que normalmente los mantenía impolutos.

Tuvo un momento de pánico cuando se dio cuenta de que no le había pedido a Bran que abriera la puerta, pero el pomo cedió fácilmente bajo su mano. Supuso que si todo el mundo en Aspen Creek conocía el secreto de los hombres lobo, evitarían por todos los medios robarles algo. Pese a todo, para su naturaleza de ciudad, le

resultaba extraño que Charles dejara su casa abierta mientras estaba en la otra punta del país.

Cuando abrió la puerta se olvidó completamente del tema de las cerraduras. Puede que el exterior de la casa fuese mundano, pero el interior no lo era en absoluto.

Como el suelo de su apartamento, el de aquel salón también era de madera, pero el parquet de Charles tenía un dibujo en madera oscura y clara que le recordó a los suelos nativos americanos. Gruesas alfombras persas de aspecto suave cubrían la parte central del salón y el comedor. En la pared del fondo había un enorme hogar de granito, hermoso y utilizado con frecuencia.

Diversos sillones y sillas de aspecto confortable se entremezclaban con mesas de arce hechas a mano y librerías. El cuadro pintado al óleo de una cascada rodeada de un pinar podría haber estado colgado en un museo y calculó que probablemente costaría más de lo que ella ganaría en toda su vida.

Desde la puerta se veía la cocina, donde encimeras de granito gris de brillo sutil contrastaban con las oscuras vitrinas de roble de estilo rústico con las irregularidades necesarias para estar hechas a mano, como ocurría con el mobiliario del salón. Los electrodomésticos de acero inoxidable ribeteados de negro deberían de haber resultado demasiado modernos, pero de algún modo armonizaban con el conjunto. Aunque no era una cocina demasiado grande, nada de lo que contenía hubiera estado fuera de lugar en una mansión.

Anna se quedó de pie, empapando de nieve el suelo cuidadosamente pulido y completamente consciente de que ni ella ni su caja encajaban en aquel lugar. Si hubiera tenido otro lugar al que ir, habría dado media vuelta y se habría marchado, pero lo único que le esperaba fuera era el frío y la nieve. Incluso si en aquel pueblo había taxis, solo le quedaban cuatro dólares en la cartera, y aún menos en la cuenta corriente. El cheque de su bolsillo la llevaría a medio camino de Chicago, siempre y cuando encontrara un banco para cobrarlo y una estación de autobuses.

Charles había pasado junto a ella y se había internado en la casa, pero se detuvo al darse cuenta de que ella no le seguía. La miró detenidamente y ella rodeó con más fuerza la húmeda caja. Tal vez él también se lo estaba pensando mejor.

—Lo siento —le dijo, apartando los ojos de su mirada dorada—. Lo siento por las molestias, lo siento por no ser más fuerte, mejor, lo que sea.

Una llamarada de poder le recorrió la piel y volvió a posar sus ojos en él bruscamente. Charles se había tumbado en el suelo y había empezado a transformarse en humano.

Era demasiado pronto, y estaba muy mal herido. Cerró apresuradamente la puerta exterior con la cadera, dejó la caja en el suelo y se acercó a él.

—¿Qué estás haciendo? Detente.

Pero ya había empezado y no se atrevió a tocarlo. La transformación era dolorosa, en cualquiera de los dos sentidos, e incluso un pequeño roce podía provocar una gran agonía.

—Maldita sea, Charles.

Incluso después de tres años siendo una mujer lobo, a Anna no le gustaba presenciar la transformación; ni la suya ni la de otro. Había algo horrible en el hecho de observar cómo los brazos y las piernas de alguien se retorcían y se doblaban. Y además estaba aquella parte en la que el estómago se agitaba donde no había ni pelo ni piel para ocultar el músculo y el hueso.

Con Charles había sido distinto. Le había dicho que su transformación era más rápida debido a la magia de su madre o al hecho de haber nacido siendo ya un hombre lobo: casi le había parecido hermoso. La primera vez que lo vio transformarse, se había quedado asombrada.

Aquella vez no ocurrió lo mismo. Fue tan lenta y horrible como la suya. Charles se había olvidado de los vendajes, y estos no estaban hechos para cambiar con él. Anna sabía que tarde o temprano se rasgarían, pero aquello no significaba que no fuera doloroso.

De modo que se pegó a la pared para evitar tocarlo, y después corrió hacia la cocina. Abrió varios cajones frenéticamente hasta encontrar el que contenía los objetos punzantes y afilados, entre ellos, unas tijeras. Tras decidir que había menos probabilidades de herirlo con unas tijeras que con un cuchillo, cogió las tijeras y regresó al salón.

Anna se dedicó a cortar mientras él continuaba transformándose, ignorando los sonoros rugidos y esforzándose por introducir la hoja bajo la ropa demasiado ceñida. La presión adicional sería dolorosa, pero era mucho mejor que esperar a que la tensión sobre la tela la hiciera finalmente desgarrarse.

El ritmo de la transformación se aminoró cada vez más, hasta el punto que Anna creyó que iba a quedarse atrapado entre una forma y la otra: solía tener pesadillas sobre aquello. Finalmente, quedó hecho un ovillo a sus pies, completamente humano.

Anna pensó que eso era todo, pero entonces su cuerpo desnudo empezó a cubrirse de ropa, flotando sobre su piel como esta había flotado alrededor de su carne durante la transformación. Nada del otro mundo, unos simples tejanos y una camiseta blanca, pero jamás había oído que un hombre lobo pudiera hacer algo semejante. Auténtica magia.

No sabía qué otro tipo de magia podría llegar a realizar. Eran muchas las cosas que desconocía de él; de lo único que estaba segura era que, cuando estaba a su lado, su corazón se aceleraba y su habitual estado de semipánico se desvanecía.

Empezó a temblar, y entonces se dio cuenta de que la casa estaba helada. Charles debió de apagar la calefacción cuando se marchó a Chicago. Anna miró a su alrededor y encontró una pequeña colcha doblada sobre una mecedora y cubrió a Charles intentando no rozar demasiado su piel hipersensible.

Charles estaba tendido con la mejilla pegada al suelo, tembloroso y jadeante.

—¿Charles?

Sentía el impulso de tocarlo, pero tras una transformación, eso sería lo último que querría. Debía sentir su piel nueva y en carne viva.

La manta resbaló de su hombro y cuando la levantó para colocarla de nuevo en su sitio, vio una mancha oscura que se extendía rápidamente por su espalda. Si las heridas hubiesen sido normales, la transformación las habría curado mucho más que aquello. Las heridas provocadas por balas de plata tardaban mucho más en curar.

—¿Tienes un botiquín de primeros auxilios? —le preguntó.

El botiquín de su manada estaba equipado con lo necesario para hacer frente a las heridas que pudieran producirse durante las peleas medio serias que estallaban cuando la manada se reunía. Imposible pensar que Charles estuviera peor preparado que su... que la manada de Chicago.

—Lavabo. —El dolor hacía que su voz sonara a gravilla.

El cuarto de baño estaba tras la primera puerta que abrió, una espaciosa habitación con una bañera de patas en forma de garras, una gran ducha con mamparas y una pila de porcelana blanca con pedestal. En un rincón había un armario ropero. En la estantería inferior encontró un botiquín de tamaño industrial que trasladó al salón.

La habitualmente morena y cálida piel de Charles tenía ahora un color grisáceo. También tenía la mandíbula contraída por el dolor y los ojos oscuros y brillantes por culpa de la fiebre; los matices dorados que despedían armonizaban con el pendiente que llevaba en una de sus orejas. Se había incorporado y la colcha formaba remolinos en el suelo.

—Ha sido una estupidez. La transformación no ayuda mucho a las heridas de plata —le reprendió. Su repentino enojo se había visto alimentado por el dolor que Charles se había infligido a sí mismo—. Lo único que has conseguido es utilizar toda la energía que tu cuerpo necesita para curarse. Deja que vuelva a vendarte y te traiga algo de comer. —Ella también estaba hambrienta.

Charles le sonrió; una sonrisa muy débil. Entonces cerró los ojos.

—De acuerdo.

Tenía la voz ronca. Anna tendría que quitarle la mayor parte de la ropa con la que se había cubierto.

—¿De dónde has sacado la ropa?

Podría haber pensado que era la ropa que llevaba puesta cuando se transformó de humano a lobo, pero ella había ayudado a desnudarlo para que el médico de Chicago pudiera examinarlo. A parte de los vendajes, no llevaba nada puesto cuando se había transformado en lobo.

Charles meneó la cabeza.

—Como quieras. Da igual.

Los tejanos eran Levi's, desgastados en la zona de las rodillas, y la camiseta tenía una etiqueta de Hanes. Anna se preguntó si en algún lugar habría alguien que en aquellos momentos estaba corriendo en ropa interior.

—Qué dulce —dijo ella mientras le subía la camiseta con cuidado para comprobar la herida del pecho—. Aunque esto sería más fácil si no te hubieras vestido.

—Lo siento —dijo con un gruñido—. Es la costumbre.

Una bala le había atravesado el pecho a la altura del esternón. El agujero de la espalda era peor, mucho mayor que el de delante. Si hubiera sido humano, aún estaría en urgencias, pero los hombres lobo son resistentes.

—Si pones un parche adhesivo por delante —le dijo él— podré sostenerlo. Tendrás que poner otro en la espalda y después envolverlo todo con una venda de veterinario.

—¿Cómo?

—Esa cosa roja que parece una venda de deportista. Se ceñirá sola, así que no tendrás que apretarla. Seguramente necesitarás dos rollos para cubrir todo bien.

Anna cortó la camiseta con las tijeras que había encontrado en la cocina. Entonces abrió de un tirón el paquete de parches adhesivos y colocó uno sobre la herida abierta del pecho, intentando no pensar en el agujero que atravesaba su cuerpo y que le salía por la espalda. Presionó el parche con más fuerza de la que se creía capaz.

Rebuscó en el botiquín en busca de la venda de veterinario y encontró una docena de rollos al fondo. La mayoría eran marrones o negros, pero había unos cuantos de otros colores. Como estaba enfadada con él por hacerse daño a sí mismo cuando podría haberse quedado en forma de lobo unos días más, cogió un par de rollos de color rosa fosforito.

Charles soltó una carcajada cuando los sacó de la caja, y el esfuerzo debió de producirle bastante dolor porque su boca se contrajo y tuvo que respirar superficialmente durante un rato.

—Fue mi hermano quien los puso ahí —dijo cuando lo peor había pasado.

—¿También hiciste algo para cabrearlo? —le preguntó ella.

—Según él, era lo único que le quedaba en la oficina cuando rellenó el botiquín —dijo con una sonrisa.

Tenía ganas de hacerle unas cuantas preguntas más sobre su hermano, pero todo el deseo de burlarse de él se desvaneció al ver su espalda. En los escasos minutos que había tardado en organizar los elementos del vendaje, se había formado un charco de sangre en la zona entre su piel y la parte superior de sus tejanos. Tendría que haberle dejado la camiseta puesta mientras lo hacía.

—*Tarditas et procrastinatio odiosa est* —se dijo mientras abría con las tijeras un paquete de parches adhesivos.

—¿Hablas latín? —le preguntó él.

—No, solo sé un montón de citas. En principio esa es de Cicerón, pero tu padre me dijo que mi pronunciación es lamentable. ¿Quieres que te lo traduzca?

El rastro de la primera bala, la que había recibido protegiéndola, había dejado una quemadura en diagonal sobre la herida más grave. Pese a que le dolería unos días, no era muy importante.

—No hablo latín —le dijo él—. Pero sé un poco de francés y español. ¿Dejar las cosas para más tarde no es buena idea?

—Más o menos.

Había empeorado las cosas: necesitaba un médico para aquello.

—No pasa nada —dijo él, respondiendo a la tensión en su voz—. Limítate a cortar la hemorragia.

Venciendo las náuseas, se puso manos a la obra. Pero antes le recogió la sudorosa cabellera, que le llegaba a la altura de la cintura, y se la pasó por encima del hombro.

No había parches lo suficientemente grandes como para cubrir la herida de la espalda, de modo que cogió dos y los sostuvo en su lugar con una ligera presión de la rodilla mientras le rodeaba el torso con la venda de veterinario. Charles sujetó un extremo sin que ella se lo pidiera y la mantuvo presionada a la altura de sus costillas. Anna aprovechó aquel anclaje para dar la primera vuelta a la venda.

Le hizo daño. Charles dejó de respirar, limitándose a dar pequeños y débiles resuellos. Proporcionar primeros auxilios a un hombre lobo estaba lleno de peligros. El dolor podía provocar que el lobo perdiera el control, como había ocurrido aquella mañana. Sin embargo, Charles se mantuvo completamente inmóvil mientras ella le colocaba el vendaje muy ceñido para que sujetara los parches en su lugar.

Anna utilizó los dos rollos y se esforzó por no hacer ningún comentario sobre lo bien que le sentaba el rosa chillón sobre su tez morena. Cuando un hombre está a punto de desmayarse por culpa del dolor, no es muy conveniente fijarse en lo hermoso que es. Su suave piel morena se extendía sobre unos músculos tensos y unos huesos... tal vez si no hubiera desprendido aquel olor tan irresistible pese a la sangre y el sudor, Anna podría haber mantenido las distancias.

Suyo. Él era suyo, susurró aquella parte de ella que no se preocupaba por las cuestiones humanas. Por muchos que fueran sus temores sobre los rápidos cambios que se estaban produciendo en su vida, su mitad de lobo se sentía muy cómoda con los acontecimientos de los últimos días.

Cogió un paño de la cocina, lo mojó y le limpió la sangre del pecho mientras él se recuperaba de sus burdos primeros auxilios.

—También tienes sangre en la pernera del pantalón —le dijo ella—. Tengo que quitarte los tejanos. ¿Puedes hacerlos desaparecer mágicamente como aparecieron?

Charles meneó la cabeza.

—Ahora no. Ni siquiera para alardear.

Anna valoró las dificultades de quitar unos tejanos y acabó cogiendo las tijeras que había usado antes. Estaban bastante afiladas y cortaron la dura tela con la misma facilidad con que habían cortado la camiseta, dejándolo únicamente con unos calzoncillos de color verde oscuro.

—Espero que el suelo sea resistente —dijo en un murmullo para intentar distanciarse de la herida—. Sería una lástima mancharlo.

La sangre se había extendido por todo el elaborado dibujo del suelo. Por suerte, las alfombras persas estaban demasiado lejos para correr peligro.

La segunda bala le había atravesado la pantorrilla. Tenía mucho peor aspecto que el día anterior; estaba más hinchada y reseca.

—La sangre no lo estropeará —dijo como si sangrara sobre su suelo periódicamente—. El año pasado le aplicaron cuatro capas de poliuretano. No le pasará nada.

No quedaban más vendas rosas en el botiquín, de modo que para la pierna eligió el siguiente color más ridículo: un verde chartreuse. Como el rosa, la pátina brillante le sentaba muy bien. Anna utilizó todo el rollo y otro par de parches para evitar que el vendaje se soltara, y lo dejó listo, dejando la colcha, la ropa y el suelo empapados de sangre. La ropa de ella tampoco se había librado.

—¿Quieres que te acompañe a la cama antes de recoger todo este desastre o prefieres unos minutos para recuperarte?

—Esperaré —dijo él.

Mientras ella había estado ocupada con el vendaje, sus ojos oscuros habían adquirido el tono amarillento del lobo. Pese a la pataleta de aquella mañana que había estremecido a los lobos de Chicago, su control parecía ser muy, muy bueno, pues le había permitido permanecer inmóvil mientras ella se ocupaba de las heridas. Sin embargo, no había razón alguna para tentar a su suerte.

—¿Dónde está la lavadora? —le preguntó tras coger una muda de la caja.

—En el sótano.

Tardó un minuto en localizar el sótano. Finalmente abrió una puerta en la pequeña pared entre la cocina y el salón que había confundido con un armario y encontró la escalera. La lavadora estaba al extremo de un sótano a medio terminar; el resto era un gimnasio equipado con impresionante minuciosidad.

Arrojó los vendajes y la ropa de Charles en una cesta junto a la lavadora. En el sótano también había una pileta. La llenó de agua fría e introdujo todo lo que aún podía salvarse. Dejó que se empapara durante unos minutos mientras se cambiaba de ropa, introduciendo también su camiseta y tejanos manchados de sangre. Junto a la secadora encontró un cubo de cinco litros lleno de trapos limpios y plegados y cogió unos cuantos para limpiar el suelo.

Charles no reaccionó cuando Anna regresó a su lado: tenía los ojos cerrados y el rostro sereno. Debería haber tenido un aspecto ridículo sentado con unos calzoncillos manchados de sangre y unas tiras rosas y verdes alrededor del cuerpo, pero simplemente tenía el aspecto de Charles.

La sangre del suelo desapareció tan fácilmente como él había prometido. Anna le dio una última pasada y se puso en pie para regresar al sótano con los trapos

manchados, pero Charles le agarró la pierna con un movimiento de su enorme mano y ella se quedó inmóvil, preguntándose si finalmente habría perdido el control.

—Gracias —le dijo bastante civilizadamente.

—Te dije que estaba dispuesta a cualquier cosa, pero si me obligas a vendarte otra vez, tendré que matarte —le dijo ella.

Charles sonrió con los ojos aún cerrados.

—Intentaré no desangrarme más de lo necesario —le prometió, soltándola para que siguiera con sus tareas.

En cuanto la lavadora se puso en movimiento en el sótano, emprendió la tarea de calentar burritos congelados en el microondas. Si ella tenía hambre, él debía de estar desfallecido.

No encontró café, pero había chocolate instantáneo y una gran variedad de tés. Tras llegar a la conclusión de que lo que necesitaban era azúcar, puso a hervir agua para hacer chocolate caliente.

Cuando lo tuvo listo, llevó un plato y una taza de chocolate al salón y los dejó en el suelo frente a él. Charles no abrió los ojos ni se movió, de modo que Anna lo dejó solo.

Paseó por la casa hasta encontrar su dormitorio. No fue complicado. Pese a todos los lujos del mobiliario y la decoración, no era una casa excesivamente grande. Solo había una habitación con una cama.

Aquello hizo que se detuviera un instante con un sentimiento desagradable.

Apartó las sábanas. Al menos no tendría que enfrentarse al tema del sexo durante unos cuantos días. Charles no estaba en la mejor forma para hacer gimnasia ahora mismo. Su naturaleza de lobo le había enseñado, entre otras cosas, a ignorar el pasado, vivir el presente y no pensar demasiado en el futuro. Funcionaba, siempre y cuando el presente fuera soportable.

Se sentía cansada; cansada y completamente fuera de lugar. Hizo lo que había aprendido a hacer aquellos últimos años: reunir a la fuerza de su lobo. Era algo que solo otro lobo podría percibir, y sabía que si se miraba en un espejo, solo encontraba el reflejo de sus propios ojos marrones. Sin embargo, bajo su piel podía sentir al *Otro*. Había utilizado al lobo para soportar cosas a las que su mitad humana no habría logrado sobrevivir. Por ahora, le daba una mayor fortaleza y la aislaba de sus preocupaciones.

Recorrió con la mano las sábanas verde bosque —a Charles parecía gustarle mucho el verde— y regresó al salón.

Charles seguía sentado en el suelo, con los ojos abiertos, y tanto el chocolate como los burritos que le había dejado en el suelo habían desaparecido. Todo buenas señales. Sin embargo, tenía la vista desenfocada, y su rostro estaba aún más pálido de lo normal, con profundas líneas producidas por la tensión.

—Vamos a la cama —le dijo ella desde la seguridad del umbral de la puerta.

Mejor no sorprender a un hombre lobo herido, incluso uno en forma humana y con problemas para mantener la verticalidad.

Charles asintió con la cabeza y aceptó su ayuda. Incluso en forma humana era muy grande, unos treinta centímetros más que su metro sesenta. También pesaba mucho.

De haber sido necesario, podría haber cargado con él, pero le habría costado mucho y le habría hecho daño, de modo que le pasó el hombro por debajo del brazo y le ayudó a llegar hasta su dormitorio.

Tan cerca de él, le resultaba imposible no responder al aroma de su piel. Olía a macho y a pareja. Empujada por aquel aroma, se dejó sumergir en la seguridad de su naturaleza de lobo, acogiendo la satisfacción de la bestia.

Charles no hizo sonido alguno durante el trayecto hasta su dormitorio, aunque ella podía sentir el alcance de su miedo en la tensión de sus músculos. Estaba ardiendo y febril, y aquello la preocupaba. Jamás había visto a un hombre lobo con fiebre.

Charles se sentó en la cama con un silbido. Aunque la sangre en la pretina de sus calzoncillos mancharía las sábanas, Anna no se sintió demasiado cómoda para comentárselo. Parecía a punto de derrumbarse; antes de decidir transformarse en humano había estado mucho mejor. Tendría que habérselo pensado mejor, de algo tenía que servirle ser tan viejo.

—¿Por qué no te has quedado en forma de lobo? —le recriminó.

Unos ojos de hielo se clavaron en los suyos con una profundidad amarilla que tenía más de lobo que de hombre.

—Ibas a marcharte. El lobo no tenía forma de decirte que no lo hicieras.

¿Había pasado por todo aquello solo porque le preocupaba que ella pudiera irse? Romántico... y estúpido.

Anna puso los ojos en blanco, exasperada.

—¿Y adónde demonios hubiera ido? ¿Y qué más te daba si acababas muriendo desangrado?

Charles bajó la vista deliberadamente.

El hecho de que aquel lobo, aquel hombre tan dominante que incluso los humanos se apartaban cuando pasaba a su lado, le ofreciera la ventaja la dejó sin aliento.

—Mi padre te habría llevado a donde desearas —le dijo él suavemente—. Estaba bastante seguro de que podía convencerte de lo contrario, pero subestimé la gravedad de mis heridas.

—Estúpido —le dijo ella con acritud.

Charles levantó la vista para mirarla, y fuera lo que fuese lo que vio en su rostro, le hizo sonreír, aunque su voz permaneció seria cuando respondió al insulto.

—Sí. Me haces perder el juicio.

Charles empezó a tumbarse en la cama y Anna le colocó rápidamente el brazo alrededor del cuerpo, justo por encima del vendaje, ayudándole a tenderse sobre el colchón.

—¿Prefieres tumbarte de lado?

Charles negó con la cabeza y se mordió el labio. Anna sabía por experiencia propia lo doloroso que podía resultar el hecho de tenderse en la cama cuando estás gravemente herido.

—¿Quieres que llame a alguien? —le preguntó—. ¿Al médico? ¿A tu padre?

—No. Estaré bien después de dormir un poco.

Anna le miró con semblante escéptico que él no vio.

—¿Hay *algún* médico? ¿O alguna persona que sepa más de medicina que yo por los alrededores? ¿Cómo, por ejemplo, un *boy scout* de diez años?

El rostro de Charles se iluminó con una sonrisa pasajera que animó su sobria belleza hasta el punto de provocar en Anna una punzada en el corazón.

—Mi hermano es médico, pero probablemente seguirá en el estado de Washington. —Dudó un instante—. Aunque tal vez no. Seguramente volverá para el funeral.

—¿Funeral?

Entonces recordó el funeral del amigo de Bran, la razón por la cual Bran no había podido quedarse más tiempo en Chicago.

—Mañana —respondió él, aunque no era eso a lo que ella se refería. Como no estaba muy segura de querer saber más sobre quién había muerto y por qué, no le hizo más preguntas. Charles. Se quedó en silencio y Anna pensó que se había quedado dormido hasta que volvió a hablar—: Anna, no confíes en nadie.

—¿Cómo?

Le apoyó la mano en la frente. No estaba más caliente.

—Si decides aceptar la oferta de mi padre y te marchas, recuerda que no hace nada sin un motivo. Si fuera un hombre sencillo, no sería tan viejo como es, ni tendría tanto poder como tiene. Te quiere para poder utilizarte. —Abrió sus ojos dorados y le sostuvo la mirada—. Es un buen hombre. Pero también es muy realista, y su realismo le dice que tener a una Omega puede significar que no tendrá que volver a matar a un amigo.

—¿Cómo el del funeral de mañana? —dijo ella.

Sí, ese era el trasfondo que había estado percibiendo.

Charles asintió una sola vez, con convicción.

—No podrías haber hecho nada con ese, nadie podía hacer nada. Pero tal vez el siguiente...

—¿Tu padre no *dejaría* que me marchara? —¿Se había convertido en una prisionera?

Charles captó su impaciencia.

—No quería decir eso. Él no suele mentir. Te dijo que haría todo lo posible para dejarte marchar si eso es lo que querías, y eso es lo que hará. Intentará convencerte para que vayas a donde más te necesite, pero no se opondrá a tu decisión.

Anna le miró y su lobo interior se relajó.

—Tú tampoco podrías retenerme aquí contra mi voluntad.

Sus manos se movieron con una velocidad sobrecogedora, sujetándole las muñecas antes de que ella pudiera reaccionar. Sus ojos relucieron pasando de un dorado pulido a un brillante ambarino de lobo mientras le decía con voz ronca:

—No estés tan segura, Anna. No estés tan segura.

Tendría que haber sentido miedo. Él era mucho más grande y fuerte que ella, y la velocidad de sus movimientos pretendía provocar en ella aquel sentimiento. Pese a todo, Anna no comprendía la necesidad de todo aquello a menos que Charles quisiera asegurarse de que lo entendía. No obstante, con la influencia de su lobo, no podía sentir miedo de él; él le pertenecía y jamás le haría daño, como ella tampoco se lo haría a él de forma consciente.

Anna se inclinó hacia delante y apoyó la frente sobre la suya.

—Te conozco —le dijo—. No puedes engañarme.

Aquella convicción la ayudó a serenarse. Puede que hiciera muy poco tiempo que le conocía, demasiado poco, pero en muchos sentidos le conocía mejor de lo que él se conocía a sí mismo.

Sorprendentemente, Charles se puso a reír; una risa silenciosa que confiaba que no le doliera demasiado.

—¿Cómo consiguió convencerte Leo para que te comportaras como un lobo sumiso?

Todas aquellas palizas, todas aquellas cópulas con hombres que detestaba. Bajó la mirada para observar las cicatrices en las muñecas que sostenía Charles. Había usado un cuchillo de plata, y si no hubiera perdido la paciencia, si hubiera esperado a regresar a la seguridad de su casa, ahora podría estar muerta.

Leo había intentado desarmarla porque sabía que no era sumisa. Era algo completamente distinto. No había querido que ella lo supiera. No formaba parte de la estructura de la manada. Se lo había contado Charles. No era ni dominante ni sumisa. Omega. Fuera lo que fuese lo que eso significara.

La mano de Charles viajó rápidamente de sus muñecas a sus mejillas. La apartó de él hasta que pudo contemplar su rostro.

—¿Anna? Anna, lo siento. No pretendía...

—No fuiste tú —le dijo ella—. Estoy bien. —Volvió a enfocar la vista y se dio cuenta de que Charles parecía aún más cansado que momentos antes—. Necesitas dormir.

Él la miró detenidamente, asintió y la soltó.

—En el salón hay un televisor. O puedes jugar con el ordenador de mi estudio. Tengo...

—Yo también estoy cansada.

Puede que se sintiera tentada a dar media vuelta y salir con el rabo entre las piernas, pero no era estúpida. Sabía que lo que su mente exhausta necesitaba para asimilar los cambios abruptos de su vida era dormir. El cambio de Chicago a las

montañas de Montana era lo de menos: Omega y valorada, no sumisa y despreciada; una pareja y todo lo que eso implicara. Aquello era mucho mejor que lo que dejaba atrás, pero no significaba que no fuera traumático.

—¿Te importa si duermo aquí?

Mantuvo un tono de voz tímido. No quería inmiscuirse donde no la querían. Aquel era su territorio, pero su lobo se mostraba reacio a dejarle solo y herido.

Aquella necesidad le parecía extraña. Extraña y peligrosa, como si lo que él era pudiera alargar la mano y tragársela entera, o transformarla hasta que no pudiera reconocerse a sí misma. Aunque estaba demasiado cansada para enfrentarse a aquello, ni siquiera para averiguar si deseaba hacerlo.

—Por favor —dijo él, y aquello fue suficiente.

Él sabía que Anna estaba bien. Lo único que necesitaba era descansar.

Tras regresar del cuarto de baño con una raída camisa de franela y unos pantalones de pijama desteñidos, se había tumbado a su lado hecha un ovillo y se había quedado dormida poco después. Aunque él también estaba exhausto, descubrió que no deseaba desperdiciar ni un segundo del tiempo que podía pasar con ella entre sus brazos, su regalo inesperado.

No sabía lo que ella opinaba de él. Antes de que le dispararan, había planeado dedicar más tiempo a cortejarla. De ese modo ella se sentiría más segura de él antes de arrancarla de su territorio.

La expresión de su rostro cuando había entrado en su casa... Anna emitió un sonido y él aflojó un poco la presión de sus brazos. Se había hecho daño a sí mismo con aquella transformación, y tardaría mucho más en recuperarse en forma humana, pero si la hubiese perdido, la herida que le hubiera provocado habría sido mucho más difícil de curar.

Era una mujer fuerte. Había sobrevivido al trato impuesto por Leo y había salido más o menos airosa. Sabía que no era cierto lo que había dicho sobre su falta de opciones. Si no la hubiera distraído, habría huido de él. El cansancio que sentía ahora y el dolor provocado por la transformación habían valido la pena. Había esperado mucho tiempo para encontrar a alguien como ella y haría todo lo posible por no perderla.

Resultaba extraño tener a una mujer en su cama. Aunque, al mismo tiempo, le parecía que siempre había estado ahí. Era suya. Aunque ella tenía la mano extendida sobre la herida de su pecho, ignoró el dolor en aras de un sentimiento mucho más feroz y dichoso. Suya.

La voz del Marrok flotó en su cabeza y desapareció, como una corriente cálida. *El funeral será a las nueve de la mañana. Si no puedes asistir, dímelo. Samuel vendrá; después quiere examinarte las heridas.*

Bran no era un auténtico telémeta; podía enviar pero no recibir. Samuel le había dicho en una ocasión que Bran no siempre había sido capaz de hacer ni siquiera aquello, pero en algún momento tras convertirse en Alfa había desarrollado aquel talento.

Y necesito algo de ti...

La voz de su padre se fue apagando y Charles supo que no quería que escuchara aquella parte. O al menos que su padre no pretendía que la escuchara.

Nunca había cuestionado la fe en el Dios de su padre, ni la de su abuelo en los espíritus, porque conocía ambos mundos. Dios raramente le hablaba, aunque a veces le alertaba o le prestaba consuelo y fortaleza. Sin embargo, los espíritus eran más exigentes, aunque también menos caritativos, y Charles había aprendido a reconocer cuando uno de ellos le estaba incomodando.

—Lo siento —le susurró a Anna cuando alargó el brazo para coger el teléfono, el cual, afortunadamente, no estaba demasiado lejos de la cama. No obstante, Anna ni se movió.

Marcó el número del móvil de su padre.

—¿No podrás asistir? ¿Estás peor?

Incluso antes de que existiera el reconocimiento de llamadas, su padre siempre había sabido quién le estaba llamando. Con Charles, hacía tiempo que había dejado de perder el tiempo con los saludos y pasaba directamente al meollo de la cuestión.

—Estoy bien, papá —dijo Charles. Cuando Anna despertó, sus músculos se tensaron ligeramente contra su cuerpo—. Pero tienes algo más que decirme.

Se produjo una pausa.

—Si hubiese sabido que tu madre era la hija de un chamán, jamás la habría elegido como pareja.

Repetía lo mismo desde que su hijo mostrara signos de haber heredado los talentos de su madre. Charles sonrió: su padre sabía perfectamente que no podía mentir a otro hombre lobo, o al menos no a uno de sus hijos. Ni siquiera a través del teléfono.

—De acuerdo —dijo Bran cuando Charles no hizo ademán de continuar. La frustración hizo que su voz sonara muy afilada—. Se ha producido una muerte en las montañas Cabinets. Un cazador de alces apareció hecho pedazos hace un par de días, el último día de la estación. Me lo dijo uno de nuestros contactos con los guardabosques. Mañana saldrá en los periódicos. Oficialmente lo atribuyen al ataque de un oso pardo.

—¿Un lobo solitario? —preguntó Charles.

—Tal vez. O quizá alguien que intenta decirme que hacer pública la existencia de los licántropos no es muy buena idea.

Anna estaba completamente inmóvil a su lado. Estaba despierta y no se perdía ni un detalle de la conversación.

Bran continuó.

—El Parque Nacional Cabinet está justo en nuestro patio trasero, donde era evidente que recibiría el mensaje. Hace más de quince o veinte años que no teníamos a un lobo solitario en Montana. —La mayoría eran lo suficientemente listos como para mantenerse alejados del territorio personal del Marrok—. Los guardas también hicieron un informe hará cosa de un mes sobre un monstruo con el que topó un universitario. A pocos kilómetros de donde encontraron al cazador muerto. El estudiante dijo que esa cosa salió del bosque. Le rugió y le mostró los colmillos y las garras. Todos concluyeron que se trataba de un puma, pero el estudiante se puso hecho una furia ante la sugerencia de que no sabía reconocer a un puma. Sostuvo que se trataba de un monstruo hasta que le convencieron de que cambiara su historia.

—¿Por qué sigue con vida? —preguntó Charles, y sintió cómo Anna se tensaba aún más. Había malinterpretado su pregunta. De modo que continuó, más por ella que por su padre—: Si era un lobo solitario, no hubiera permitido que escapara después de verle —aclaró para tranquilizar a Anna.

Hacía mucho tiempo que no tenía que matar a un testigo. La mayor parte de las veces podían recurrir a la incredulidad general ante el mundo sobrenatural y, por lo menos en la zona Noroeste, a las historias sobre el *Big Foot*. Una de las manadas de Oregón había convertido en pasatiempo la creación de rastros del *Big Foot* después de que los daños que uno de sus nuevos lobos provocó en un coche fueran atribuidos a este.

—El estudiante aseguró que un viejo loco apareció de la nada con un cuchillo en la mano y le dijo que se largara de allí —dijo Bran—. Y eso fue lo que hizo.

Charles tardó un minuto en procesar la información.

—¿Un viejo loco que *casualmente* pasaba por allí cuando un hombre lobo decidió matar a ese chaval? Un viejo ni siquiera podría distraer a un hombre lobo.

—No he dicho que la historia tenga sentido. —La voz de su padre sonaba seca—. Y no estamos seguros de que el monstruo fuera un hombre lobo. No le presté mucha atención hasta que el cazador fue asesinado en la misma zona solo un mes más tarde.

—¿Y qué hay de ese? ¿Estás seguro de que el cazador fue una víctima de un hombre lobo?

—Mi informador es Heather Morrell. Sabe diferenciar las víctimas de un oso pardo de las de un hombre lobo.

Pese a que Heather era humana, había crecido en Aspen Creek.

—De acuerdo —accedió Charles—. ¿Quieres que investigue un poco? Tardaré unos días en estar a punto. —Y no quería dejar a Anna sola—. ¿Puedes enviar a otro?

Tendría que ser alguien lo suficientemente dominante como para controlar a un lobo solitario.

—No quiero enviar a nadie que pueda acabar muerto.

—Solo yo.

Charles también podía utilizar un tono seco.

—Solo tú —reconoció Bran suavemente—. Pero no te enviaré herido. Samuel está aquí para asistir al funeral. Él puede investigarlo.

—No puedes enviar a Samuel.

Su respuesta fue inmediata. La negativa fue demasiado brusca para ser simplemente instintiva. En ocasiones los espíritus de su madre le ayudaban a planear el futuro.

En aquella ocasión quien esperó fue su padre, dejándole tiempo para averiguar por qué era tan mala idea. No le gustó la respuesta que acudió a su mente.

—Desde que regresó de Texas está algo raro —dijo Charles finalmente.

—Tiene tendencias suicidas. —Bran lo verbalizó—. Lo envié con Mercy para ver si ella podía espabilarlo. Por eso te mandé a Chicago y no a Washington.

Pobre Mercy, pobre Samuel. Charles acarició el brazo de Anna con un dedo. Gracias a Dios, gracias a todos los espíritus, su padre nunca había intentado emparejarlo a él. Miró a Anna y le agradeció a su padre por haberlo enviado a él a Chicago en lugar de a Samuel.

Los espíritus respondieron a su plegaria impulsiva interfiriendo con mayor intensidad.

—Samuel es duro —dijo al tiempo que repasaba las imágenes de alerta que le enviaban—. Pero es un curandero, y no creo que sea lo que requiera esta situación. Iré yo. Tendrá que esperar un par de días, pero iré.

La inquietud que le había invadido desde que su padre contactara con él se desvaneció. Su decisión parecía ser la más acertada.

Aunque su padre no pensaba lo mismo.

—Ayer recibiste tres balas de plata, ¿o me he perdido algo? Y esta mañana has perdido el control.

—Dos balas y un rasguño —lo corrigió Charles—. Cojearé ligeramente por el sendero. No le pasa nada a mi control.

—Dejarás que Samuel te examine y después hablaremos. —Su padre colgó abruptamente. Pero su voz continuó en la cabeza de Charles—: *No quiero perder a mis dos hijos.*

Charles colgó el aparato y le dijo a Anna:

—Dispara.

—¿Bran, el Marrok, va a hacer pública la existencia de los hombres lobo?

Habló casi en murmullos, como si lo encontrara inconcebible.

—Cree que ya lo sabe demasiada gente equivocada —le dijo—. Los ordenadores y la ciencia han hecho que cada vez sea más difícil ocultarnos. Papá confía en poder controlarlo mejor si él es el que inicia el flujo de información en lugar de esperar a que nuestros enemigos o algún idiota inocente decidan hacerlo por nosotros.

Anna se relajó apoyándose en él mientras reflexionaba sobre aquello.

—Eso hará la vida mucho más interesante.

Charles se puso a reír, la acogió entre sus brazos y, finalmente, se sumió en un sueño reparador.

Capítulo 3

Sí que había un pueblo. Aunque no era nada del otro mundo, tenía una gasolinera, un hotel y un edificio de ladrillo y piedra de dos plantas con un cartel en la fachada que lo identificaba como la Escuela de Aspen Creek. Más allá de la escuela, oculta entre los árboles y apenas visible desde otro lugar que no fuera el aparcamiento, se levantaba una iglesia de piedra. Si no hubiera sido por las indicaciones de Charles, Anna no la habría encontrado nunca.

Anna hizo avanzar la enorme furgoneta verde por el aparcamiento de la iglesia hasta una plaza diseñada para un vehículo mucho más pequeño. Era el único hueco que quedaba. Pese a no haber visto ninguna casa, el aparcamiento estaba lleno de furgonetas y todoterrenos.

La furgoneta de Charles era más vieja que ella, aunque parecía recién salida de fábrica. Tenía menos de ochenta mil kilómetros, si podía fiarse del cuentakilómetros; unos tres mil kilómetros al año. Charles le había dicho que no le gustaba conducir.

Anna apagó el motor y observó con ansiedad cómo Charles abría la puerta y salía de la furgoneta. El salto no pareció afectarle. La mancha en la venda rosa no era mayor aquella mañana de lo que lo había sido la noche anterior. Pero, aun así, parecía agotado, y a Anna le preocupaba el enrojecimiento que se percibía bajo su piel.

Si hubieran estado en Chicago, asistiendo a una reunión de su vieja manada, no le habría permitido acudir. Demasiados lobos podían sacar partido de su debilidad. O al menos hubiera intentado detenerle con mayor convicción de la que había empleado aquella mañana.

Le había comunicado sus reticencias con la cabeza cuidadosamente inclinada, como le habían enseñado. Según su experiencia, a los lobos dominantes no les gusta que se les cuestione su valor, y a veces reaccionan airadamente. No obstante, Anna no temía que Charles pudiera hacerle daño.

Se había limitado a decirle:

—Nadie se atreverá a retarme. Mi padre los mataría si no lo conseguía yo antes. Y no estoy precisamente indefenso.

Anna no había tenido el coraje de seguir cuestionando su decisión. Lo único que pudo hacer fue confiar en que tuviera razón.

Tras cubrirse los vendajes con una chaqueta oscura, tenía que admitir que su aspecto transmitía cualquier cosa menos indefensión. El contraste entre la chaqueta formal y el cabello hasta la cintura, trenzado y cubierto de abalorios, resultaba extrañamente irresistible. Por supuesto, su rostro exótico y atractivo, sin olvidar su cuerpo de músculos tensos y desarrollados, significaba que estaría impresionante llevara lo que llevase.

Él estaba mucho más elegante que ella. Tuvo que ponerse unos tejanos y una camisa amarilla abotonada al cuello porque lo único que tenía aparte de eso eran dos camisetas. Cuando cogió lo necesario en su casa, no sabía que tendría que asistir a un funeral.

Suspiró y abrió la puerta de la furgoneta lentamente para evitar rallar el Subaru aparcado junto a la camioneta. Charles la esperaba frente al vehículo y alargó su brazo en lo que se estaba convirtiendo en un gesto familiar, por muy pasado de moda que estuviese. Ella deslizó su brazo en el de él y dejó que marcara el ritmo hasta la iglesia.

Aunque en público dejó de cojear, Anna sabía que numerosos ojos sagaces estarían observando la rigidez con la que caminaba. Anna levantó la vista para observar su rostro cuando empezaron a subir los escalones, pero no pudo leer absolutamente nada en su semblante: ya tenía puesta la cara pública, completamente inexpresiva.

El interior de la iglesia parecía una colmena, con cientos de voces que se entrelazaban y de las que solo podía extraerse una palabra aquí y otra allá pero nada que tuviera sentido. Reconoció la presencia de lobos, pero también de humanos. Toda la congregación desprendía el inconfundible aroma del dolor, revestido de ira y resentimiento.

Cuando entraron en la capilla vieron que todos los bancos estaban ocupados, e incluso que algunas personas permanecían de pie al fondo de la sala. Se dieron la vuelta cuando entraron ella y Charles, y todos la observaron a ella, una extraña, la única persona en toda la iglesia que llevaba tejanos. Y una camisa amarilla.

Agarró con más fuerza el brazo de Charles. Él bajó la mirada hasta su rostro y, a continuación, continuó observando todo lo que le rodeaba. Antes de dejar atrás el tercer banco, todo el mundo pareció encontrar algo urgente que atrajo su atención hacia otro lugar.

Anna apretó su antebrazo con mayor intensidad en señal de agradecimiento y se fijó en el interior del edificio. Le recordó la iglesia congregacionista en la que había crecido: madera oscura, altos techos y planta en forma de cruz. El púlpito estaba situado justo frente a la nave por la que habían entrado, a unos sesenta centímetros por encima del suelo principal. Tras este, varias filas de bancos estaban orientadas hacia la congregación.

Mientras se acercaban a la parte delantera de la iglesia, Anna comprendió que se había equivocado al pensar que todos los bancos estaban ocupados. En la primera fila de la izquierda, Bran estaba sentado solo.

Pese al traje gris marengo de diseño, cualquiera que le hubiera visto allí sentado habría pensado que esperaba el autobús en lugar de estar en un funeral. Tenía los brazos extendidos a ambos lados y los codos apoyados en el respaldo del banco; las piernas estiradas y cruzadas a la altura de la pantorrilla, los ojos clavados o bien en la barandilla frente a él o bien en el infinito. Su rostro no revelaba mucho más que la

habitual expresión de Charles, y aquello la inquietó. No hacía mucho que le conocía, pero la cara del Marrok solía ser más expresiva; no estaba diseñada para permanecer tan rígida.

Parecía aislado, y Anna recordó que el hombre al que todo el pueblo había acudido a despedir por última vez había muerto a manos de Bran. Un amigo, según le había dicho él mismo.

A su lado, Charles emitió un débil gruñido que atrajo la atención de su padre. Bran miró en su dirección y elevó una ceja, lo que interrumpió su ensimismamiento. Le dio una palmadita al banco junto a él mientras le preguntaba a su hijo:

—¿Qué? ¿Esperabas que me lo agradecieran?

Charles se dio la vuelta repentinamente, de modo que Anna quedó con el rostro sobre su pecho. Sin embargo, Charles no la miraba a ella sino al resto de personas que ocupaban el santuario, las cuales volvieron a desviar la mirada. Cuando su poder recorrió la iglesia como una ráfaga de viento, se impuso un silencio sepulcral.

—Idiotas —dijo Charles lo suficientemente alto para que le oyeran todos los presentes.

Bran se puso a reír.

—Siéntate antes de que los asustes de verdad. No soy un político, no me interesa lo que opinen de mí. Siempre y cuando me obedezcan.

Tras un momento, Charles accedió, y Anna se encontró sentada entre uno y el otro.

En cuanto Charles se sentó con la vista puesta al frente, se reanudaron los murmullos, cogieron velocidad y recuperaron su nivel anterior. Había corrientes subterráneas lo suficientemente profundas como para ahogarse en ellas. Anna no pudo evitar sentirse una extraña.

—¿Dónde está Samuel? —preguntó Charles mirando a su padre por encima de la cabeza de Anna.

—Ahora mismo llega. —Bran dijo aquello sin mirar hacia atrás, pero cuando Charles se dio la vuelta, Anna hizo lo mismo.

El hombre que avanzaba lentamente por el pasillo central era tan alto como Charles, y sus facciones eran la versión dura de Bran. Aquella dureza hacía que tuviera un aspecto menos anodino y juvenil que su padre. Anna lo encontró extrañamente atractivo, aunque no tan guapo como Charles.

Pese a llevar el pelo descuidado y sin gracia, conseguía de algún modo parecer pulcro y elegante. En una mano sujetaba una gastada funda de violín y en la otra una chaqueta azul oscuro al estilo del Oeste.

Cuando hubo alcanzado prácticamente la primera fila de bancos, se dio la vuelta y dio un repaso a todos los rostros presentes con una sola mirada. A continuación se fijó en Anna y su rostro se iluminó con una dulce sonrisa; una sonrisa que también había visto fugazmente en el rostro de Charles. Con aquella sonrisa, Anna pudo ver más allá de las diferencias superficiales y captar las similitudes ocultas, las cuales

tenían más que ver con la forma de los huesos y el movimiento que con una semejanza de rasgos.

Samuel se sentó junto a Charles y con él trajo el olor penetrante de la nieve sobre el cuero. Su sonrisa se amplió, empezó a decir algo pero se detuvo cuando una oleada de silencio recorrió la multitud de atrás hacia delante.

El sacerdote, enfundado en ropas clericales pasadas de moda, avanzó lentamente por el pasillo central con una Biblia de aspecto antiguo bajo el brazo. Cuando ocupó su posición en la parte frontal, la sala estaba en silencio.

Su edad avanzada le dijo a Anna que no era un hombre lobo, aunque tenía una presencia que hizo que su «Bienvenidos y gracias por venir a ofrecer vuestro respeto a nuestro amigo» sonara bastante ceremonial. Depositó la Biblia en el atril con una obvia precaución por no deteriorar más la gastada piel de las tapas. Abrió suavemente la pesada cubierta con relieves y dejó a un lado el marcador de páginas.

Leyó un pasaje del decimoquinto capítulo de la primera carta de Pablo a los Corintios. Y el último verso lo recitó mirando al frente.

—«¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?».

Se detuvo y recorrió la sala con la mirada, más o menos como hiciera Charles, y entonces dijo:

—Poco después de que me trasladara a este lugar, Carter Wallace vino a mi casa a las dos de la madrugada para coger a mi mujer de la mano cuando nuestro labrador tuvo su primera camada. No me cobró nada porque dijo que si cobrara por abrazar a mujeres hermosas, sería un gigoló y no un veterinario.

Se apartó del púlpito y se sentó en la silla de madera con aspecto de trono que había a un lado del estrado. Se produjo el sonido de unos pies arrastrándose y del crujido de la madera y una mujer mayor se puso en pie. Un hombre de cabello castaño brillante la acompañó a lo largo del pasillo con una mano bajo su codo. Cuando pasaron junto a su banco, Anna olió su lobo.

La anciana tardó unos cuantos minutos en subir las escaleras que llevaban al púlpito. Era tan pequeña que tuvo que subirse a un taburete. El hombre lobo se quedó tras ella y la sujetó por la cintura para que no perdiera el equilibrio.

—Carter vino a nuestra tienda cuando tenía ocho años —dijo con una voz frágil y velada—. Me dio quince centavos. Cuando le pregunté para qué eran, me dijo que unos días atrás él y Hammond Markham habían estado allí y que Hammond había robado un caramelo. Le pregunté por qué venía él en lugar de Hammond para traer el dinero. Me dijo que Hammond no sabía que le traía el dinero. —Se rio y se secó una lágrima—. Me aseguró que era el dinero de Hammond, que lo había robado de su hucha de cerdito aquella misma mañana.

El hombre lobo que la había acompañado se llevó la mano de la anciana a los labios y la besó. A continuación, la levantó en sus brazos, pese a sus protestas, y la llevó hasta el lugar que ocupaban entre la concurrencia. Marido y mujer, no el nieto y la abuela que aparentaban ser.

A Anna le recorrió un escalofrío, repentinamente agradecida de que Charles fuese un hombre lobo como ella y no un humano.

Otras personas se levantaron y contaron más historias o leyeron versos de la Biblia. Hubo lágrimas. El fallecido, Carter Wallace, o mejor dicho, el Dr. Carter Wallace, pues parecía claro que había sido el veterinario del pueblo, era un hombre muy querido.

Charles estiró las piernas e inclinó la cabeza. A su lado, Samuel jugaba distraídamente con la funda de piel del violín, frotando una zona gastada de la misma.

Anna se preguntó a cuántos funerales deberían de haber asistido, a cuántos familiares y amigos habían enterrado. Ella también había maldecido muchas veces su cuerpo regenerador y eternamente joven, sobre todo cuando dificultaba tanto el suicidio. Pero la tensión en los hombros de Charles, el nerviosismo de Samuel y la inmovilidad de Bran le hicieron descubrir que existían otras cosas que convertían la inmortalidad virtual en una maldición.

Se preguntó si Charles habría tenido alguna vez una esposa. Una mujer humana que envejecía mientras él no lo hacía. ¿Qué se sentiría al ver que la gente que conocía desde pequeña se hacía vieja y moría mientras a ella aún no le había salido ni la primera cana?

Miró a Charles. Le había dicho que tenía doscientos años, y su padre y su hermano eran aún más mayores. Habrían asistido a muchísimos funerales.

Un nerviosismo creciente en la congregación interrumpió sus pensamientos. Miró a su alrededor y vio a una chica avanzando por el pasillo central. No había nada en ella que justificara a primera vista aquella agitación. Aunque estaba demasiado lejos y rodeada de demasiada gente para poder olerla, había algo en ella que la señalaba como humana.

La chica subió las escaleras y la tensión hizo vibrar el aire cuando pasó las hojas de la Biblia y observó al auditorio por debajo de sus pestañas.

Puso un dedo sobre la página y leyó:

Porque, este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos los unos a los otros. No como Caín, que era del maligno, y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.

—Shawna. La nieta de Carter —le dijo Charles en un susurro—. Esto va a ponerse feo.

—No ha estudiado lo suficiente —dijo Samuel con el mismo tono de voz pero con un sutil toque de humor—: en la Biblia hay pasajes más mordaces que los de Juan.

La chica continuó recitando unos cuantos versos más y después miró directamente al Marrok, quien se vio obligado a sostenerle la mirada. Aunque Anna no percibió el poder del Alfa, la chica bajó la mirada tras poco más de medio segundo.

—Ha estado en una escuela lejos de aquí —dijo Charles con aquella voz casi silenciosa. Cualquiera, licántropo o no, que estuviera más lejos de él que Anna no podría haberlo escuchado—. Es joven y está segura de sí misma, y ya se mostraba contraria al poder que ejerce papá en Aspen Creek mucho antes de que Doc Wallace tomara la fatal decisión de convertirse en hombre lobo. Sin embargo, traer todo esto a su funeral es imperdonable.

Ah. De repente comprendió la tensión y la ira presentes en la sala. Carter Wallace había sido Transformado. La transición no había salido bien y Bran se había visto obligado a matarlo.

Según Bran, Carter había sido su amigo. De algún modo, mientras observaba su rostro descompuesto, Anna comprendió que no debía de tener muchos amigos.

Alargó el brazo por encima de su hombro, donde la mano del Marrok colgaba de forma casual, y la cogió entre las suyas. Fue un acto impulsivo: en cuanto se dio cuenta de lo que había hecho, se quedó inmóvil. Pero, para entonces, Bran ya había agarrado su mano con una fuerza que traicionó su postura aparentemente casual. Aunque le hizo daño, Anna no creía que fuera intencionado. Tras unos instantes, el apretón se hizo menos intenso.

En el púlpito, Shawna empezó a hablar de nuevo, su amargura aparentemente desbocada provenía de su incapacidad para sostener la mirada de Bran.

—Mi abuelo se estaba muriendo de cáncer de huesos cuando el Marrok le convenció para que se Transformara. El abuelo nunca quiso ser un hombre lobo, pero, débil y enfermo, se dejó convencer.

Anna tuvo la sensación de que se había aprendido el discurso de memoria y que lo había ensayado frente al espejo.

—Le hizo caso a su *amigo*. —Pese a que no volvió a mirar a Bran, ni siquiera Anna, quien no había conocido al fallecido, tuvo alguna duda de a quién se refería con aquello—. De modo que en lugar de morir de su enfermedad, murió con el cuello roto porque Bran decidió que no era un hombre lobo suficientemente bueno. Tal vez el abuelo pensara que era una muerte más digna.

Aunque no llegó a decir «Pero yo no», aquello fue lo que resonó por la sala tras abandonar el púlpito.

Anna estaba dispuesta a odiarla. Sin embargo, cuando la chica pasó a su lado con el mentón levantado en señal de desafío, descubrió que tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

Durante un momento creyó que Charles iba a levantarse de un salto. Podía sentir cómo la ira hervía en su interior, pero fue Samuel quien se puso en pie. Dejó la funda del violín en el banco antes de dirigirse al púlpito.

Como si no hubiese captado la atmósfera reinante, se sumergió en la historia de un joven Carter Wallace que escapó del control de su madre y se internó tres millas en los bosques antes de que finalmente su padre lo encontrara a menos de un metro

de una irritada serpiente de cascabel. El padre de Carter, un hombre lobo, mató a la serpiente, lo que encolerizó al pequeño Carter.

—Jamás he visto a Carter tan enfadado. —Samuel sonrió—. Estaba convencido de que aquella serpiente era su amiga, y el pobre Henry, el padre de Carter, estaba demasiado conmocionado para discutir con él.

La sonrisa de Samuel se desvaneció, y dejó que el silencio se extendiera antes de reanudar la charla.

—Shawna no estaba aquí cuando se produjo el debate, de modo que perdonaré el hecho de que no esté bien informada —dijo—. Mi padre no creía que fuera una buena idea que Carter se enfrentara a la Transformación. Nos dijo a todos nosotros, incluso a Doc, que era demasiado bondadoso para estabilizar a su lobo.

El púlpito crujió de forma inquietante bajo su peso y Samuel abrió las manos deliberadamente.

—Aunque ahora me avergüenzo, hice caso a su hijo Gerry y, entre los dos, su hijo y su médico, le persuadimos de que lo intentara. Mi padre, sabiendo que un hombre tan enfermo como Doc corría un gran riesgo, se encargó personalmente de su transformación, y lo consiguió. Pero tenía razón. Carter no podía ni aceptar ni controlar al lobo que llevaba dentro. De haber sido otra persona, habría muerto en febrero con los otros que no superaron la Transformación. Pero Gerry, el más adecuado para hacerlo, no estaba dispuesto a ello. Y sin su consentimiento, mi padre sentía que él tampoco podía.

Respiró profundamente y miró a la nieta de Carter.

—Estuvo a punto de matar a tu madre, Shawna. Yo mismo la atendí y puedo atestiguar que fue la suerte y no un impulso por parte de Carter lo que le salvó la vida. Tú misma puedes preguntárselo. ¿Cómo podría soportar un hombre que ha dedicado toda su vida al servicio de los demás haber estado a punto de matar a su propia hija? Ella misma le pidió al Marrok en mi presencia que hiciera lo que su hermano no estaba dispuesto a hacer. Por entonces, el lobo de Carter estaba demasiado descontrolado para poder pedirlo él mismo. Así que no, mi padre no intentó persuadir a Carter para que se Transformara, sino que fue el único que asumió la responsabilidad de poner fin a todo aquel desastre.

Cuando Samuel terminó, recorrió lentamente con los ojos la sala mientras las cabezas se inclinaban en señal de sumisión. Asintió una sola vez y regresó a su sitio junto a Charles.

Los siguientes que subieron al estrado evitaron la mirada del Marrok y sus hijos, pero Anna pensó que era más bien debido a la vergüenza que a la ira que había dominado la sala hacía solo un cuarto de hora.

Finalmente, el sacerdote se puso en pie.

—Tengo aquí una carta que Carter me entregó hace unas semanas —dijo—. Debía abrirse una vez fallecido, lo que creía que se produciría pronto, de un modo u otro.

Abrió la carta y se colocó las gafas.

Amigos —leyó—. No lloréis mi pérdida. Yo no lo haré. Los acontecimientos del último año me han demostrado que no es muy buena idea interferir en los planes de Dios. Voy al encuentro de mi amada esposa con alegría y alivio. Tengo una última voluntad. Bran, viejo bardo, canta algo en mi honor en el funeral.

La iglesia estaba silenciosa. Charles sintió un reacio afecto por el fallecido. Que Dios bendijera a Carter, quien, como él, había sido un curandero. Sabía lo que se avecinaba, y también cómo se lo tomaría la gente, incluido el Marrok.

Se puso en pie y le alargó la mano a su padre. Bran pareció sorprenderse, algo muy poco habitual en él. Aunque no le cogió la mano, soltó la de Anna y también se puso en pie. Anna dejó descansar la mano en el regazo, como si la tuviera dolorida.

—¿Sabías que Doc iba a hacer eso? —le dijo Charles a Samuel en un susurro, señalando con la cabeza la funda del violín mientras seguían a su padre hasta el podio.

Si lo hubiera sabido, él también habría traído algo para tocar. Así las cosas, quedaba relegado al piano, el cual tenía tres teclas desafinadas que obligaban a cierta improvisación.

Samuel negó con la cabeza.

—Tenía planeado tocar algo en lugar de hablar. —Y añadió un poco más alto mientras abría la funda y extraía el violín—: ¿Qué cantarás, papá?

Charles miró a su padre, pero no pudo leer su expresión. *Demasiados funerales, demasiados amigos fallecidos*, pensó.

—«Simple Gifts» —dijo tras un momento.

Charles se sentó al piano mientras Samuel afinaba el violín. Cuando su hermano asintió con la cabeza, Charles empezó a tocar la introducción de la melodía Shaker^[1]. Era una buena elección, pensó. Ni triste, ni abiertamente religiosa, y encajaba con Carter Wallace, quien había sido un hombre sencillo. Además, era una canción que los tres conocían perfectamente.

*'Tis the gift to be gentle, 'tis the gift to be fair,
'Tis the gift to wake and breathe the morning air,
To walk every day in the path that we chose,
Is the gift that pray we will never never lose.*

Cuando la suave voz de su padre terminó el primer verso, Charles se dio cuenta de que la canción también encajaba con su padre. Aunque Bran era un hombre sutil, sus necesidades y deseos eran muy sencillos: mantener viva y segura a su gente. Por aquel objetivo estaba dispuesto a ser infinitamente despiadado.

Miró a Anna, sentada sola en el banco. Tenía los ojos cerrados y seguía con los labios las palabras de Bran. Se preguntó cómo sonaría su voz al cantar y si encajaría con la de su padre. No estaba muy seguro de que cantara bien pese a que le había dicho que había trabajado en una tienda de instrumentos musicales vendiendo guitarras cuando conoció al lobo que la atacó y que la Transformó contra su voluntad.

Anna abrió los ojos y le devolvió la mirada. El impacto fue tan intenso que se sorprendió a sí mismo de que sus dedos continuaran tocando la melodía.

Suya.

Si ella llegara a conocer la intensidad de sus sentimientos, se largaría sin pensárselo dos veces. No estaba acostumbrado a ser tan posesivo, ni a la alegría salvaje con que ella llenaba su corazón. Le afectaba a su control, de modo que volvió a concentrarse en la música. La música era fácil de controlar.

Anna tuvo que hacer un esfuerzo por no cantar en voz alta. Si la audiencia hubiera sido estrictamente humana, lo habría hecho. Pero allí había demasiada gente cuyo sentido del oído era tan bueno como el suyo.

Una de las cosas que más odiaba del hecho de ser una mujer lobo era que había tenido que dejar de escuchar a muchos de sus músicos preferidos. Su oído percibía el más mínimo temblor o la pelusa más insignificante en la grabación. Aunque los pocos cantantes que podía seguir escuchando...

La voz de Bran era limpia y perfectamente afinada, pero lo que de verdad le erizaba el pelo de la nuca era su timbre cálido e intenso.

Mientras entonaba la última nota, el hombre sentado justo detrás de ella se inclinó hacia delante hasta pegar la boca prácticamente en su cuello.

—De modo que Charles ha traído un juguetito, ¿no? Me pregunto si lo compartirá. —La voz tenía un ligero acento.

Anna se movió sobre el banco hasta sentarse lo más lejos que pudo y miró fijamente a Charles, pero este estaba cerrando la funda del violín sobre las teclas del piano y le daba la espalda.

—Así que te deja como a un cordero rodeado de lobos —dijo el lobo en un susurro—. Alguien tan suave y tierno se lo pasaría mejor con otro hombre. Alguien a quien le guste que le toquen.

Le apoyó las manos sobre los hombros e intentó tirar de ella.

Anna se libró de su abrazo, olvidando el funeral y al resto de la gente. Estaba cansada de que todo el mundo la tocara a su antojo. Se puso en pie de un salto y se dio la vuelta para enfrentarse al hombre lobo, quien volvió a apoyar la espalda en el respaldo del banco y la observó con una sonrisa. Las personas que se sentaban a su lado se apartaron para darle todo el espacio disponible, lo que decía muchas más cosas de él que la serena expresión de su rostro.

Anna tuvo que admitir que era adorable. Su rostro era refinado y elegante; su piel, como la de Charles, curtida y bronceada. Tanto su nariz como sus ojos oscuros señalaban a Oriente Medio, aunque su acento era hispano. Anna tenía muy buen oído para los acentos.

Parecía de su misma edad, veintitrés o veinticuatro años, pero, por alguna razón, supo que era muy, muy viejo. Y desprendía algo salvaje, enfermizo, que la obligaba a mostrarse cautelosa.

—Déjala en paz, Asil —dijo Charles, y apoyó sus manos en el mismo lugar de su espalda que había tocado el otro lobo—. Si la molestas, te arrancaré las tripas y se las daré de comer a los cuervos.

Anna se dejó acoger por su calor corporal y se sorprendió al darse cuenta de que tenía razón, o al menos que su primera reacción no había sido miedo sino ira.

El otro lobo se puso a reír y sus hombros se agitaron con crueldad.

—Muy bien —dijo—. Muy bien. Alguien tendría que hacerlo. —Entonces aquel extraño sentido del humor se desvaneció de su rostro y se lo frotó cansinamente—. No queda mucho. —Miró más allá de Anna y Charles—. Te dije que los sueños habían vuelto. Sueño con ella prácticamente todas las noches. Tienes que hacerlo pronto, antes de que sea demasiado tarde. Hoy.

—De acuerdo, Asil —la voz de Bran sonó monótona y cansada—. Pero hoy no. Ni tampoco mañana. Puedes esperar un poco más.

Asil se dio la vuelta para mirar a la congregación, quienes habían estado presenciándolo todo en completo silencio, y les habló con una voz limpia y sonora.

—Sois afortunados al tener a alguien que sabe lo que debe hacerse y lo hace. Tenéis un lugar al que podéis llamar hogar, un lugar seguro, gracias a él. Yo tuve que dejar a mi Alfa para venir aquí porque el amor que sentía por mí le impedía poner fin a la locura que me consume. —Se dio la vuelta y escupió simbólicamente sobre su hombro izquierdo—. Un amor débil que traiciona. Si supierais lo que siento, lo que sintió Carter Wallace, sabrías la bendición que representa Bran Cornick, el que mata a los que necesitan morir.

Y entonces Anna comprendió que lo que el lobo le pedía a Bran era su muerte.

Impulsivamente, Anna se separó de Charles. Apoyó una rodilla en el banco en el que había estado sentada y alargó el brazo para rodear con la mano la muñeca de Asil, la cual colgaba sobre el respaldo del banco.

Asil emitió un sonido producto de la conmoción pero no se apartó. Mientras ella le sujetaba, el olor que desprendía a locura, a enfermedad, se desvaneció. Él la miró fijamente y el blanco de sus ojos relució con fuerza mientras los iris se reducían hasta transformarse en dos pequeñas líneas alrededor de las pupilas oscuras.

—Omega —dijo en un susurro, respirando con dificultad.

Detrás de ella, Charles dio un paso al frente pero no la tocó. Anna percibió cómo se calentaba la piel fría bajo sus dedos. Todos permanecieron completamente

inmóviles. Anna sabía que lo único que debía hacer era soltarle la mano, pero se sentía extrañamente reacia a hacerlo.

La conmoción reflejada en el rostro de Asil se desvaneció, y la piel alrededor de sus ojos y su boca expresó un pesar que fue creciendo y profundizándose hasta desaparecer donde suelen hacerlo los pensamientos íntimos para no ser descubiertos por observadores demasiado agudos. Asil alargó el brazo y le tocó la cara ligeramente, ignorando el gruñido de advertencia de Charles.

—Más regalos de los que había imaginado. —Sonrió intensamente, tanto con los ojos como con la boca—. Es muy tarde para mí, *querida*. Desperdicias tus dones con mi viejo cuerpo. Pero te agradezco el respiro. —Miró a Bran—. Hoy y mañana, y quizá también al día siguiente. Ver a Charles, el otrora lobo solitario, sorprendido por la trampa del *amor*, creo que eso me divertirá durante mucho tiempo.

Se soltó con un giro de la muñeca, apresó la mano de Anna con la suya y, con una maliciosa mirada a Charles, le dio un beso en la palma. Entonces la soltó y se marchó de la iglesia. Sin prisas, pero sin perder tiempo.

—Ten cuidado con ese —le advirtió Charles, aunque no parecía disgustado.

Alguien se aclaró la garganta y Anna miró a su alrededor para encontrarse con los ojos del sacerdote. Este le sonrió y después dirigió la mirada al resto de la congregación. La interrupción del servicio no pareció molestarle lo más mínimo. Tal vez estaba habituado a las interrupciones de los hombres lobo. Anna notó cómo se sonrojaba y volvió a sentarse en el banco... deseando poder hundirse todavía más en él. Acababa de interrumpir el funeral de un hombre que ni siquiera conocía.

—Ha llegado el momento de ir terminando con esto —dijo el sacerdote—. Nuestro duelo ha llegado a su fin, y, cuando nos marchemos, debemos recordar una vida plena y un corazón abierto a todos. Por favor, inclinemos nuestras cabezas para una plegaria final.

Capítulo 4

Noroeste de Montana, Parque Nacional Cabinet

Walter no sabía por qué había sobrevivido al ataque de la bestia, como tampoco comprendía cómo había sobrevivido a tres misiones en Vietnam cuando la mayoría de sus amigos, sus camaradas, no podían decir lo mismo. Tal vez había tenido suerte en ambos casos. O tal vez el destino le deparara algo más.

Como, por ejemplo, otros treinta años deambulando solo por los bosques.

Si el hecho de haber sobrevivido al ataque de la bestia ya era algo improbable, lo que vino a continuación fue simplemente insólito. Lo primero que notó fue la desaparición de la dolorosa artritis que afectaba a sus hombros y rodillas, así como la punzada de una vieja herida en la cadera. El frío había dejado de molestarle.

Al no disponer de espejo, le costó más tiempo darse cuenta de que tanto su cabello como su barba habían recuperado el color que tuvieron durante su juventud.

Fue entonces cuando empezó a fijarse en las anomalías. Era más rápido y fuerte de lo que nunca había sido. Las únicas heridas que no se habían curado con la misma y sorprendente rapidez que las de su estómago eran las que torturaban su alma.

De hecho, no comprendió lo que le había ocurrido realmente hasta la mañana tras la primera luna llena, cuando despertó con sangre en la boca, bajo sus uñas y en su cuerpo desnudo: las señales de lo que había hecho, de lo que se había convertido, cristalinas como diamantes. Solo entonces supo que se había convertido en el enemigo, y lloró ante la pérdida de su último rasgo de humanidad.

Aspen Creek, Montana

Con el brazo de Charles rodeándole el hombro, Anna siguió al resto de la gente hasta el gélido aparcamiento de la iglesia. Se detuvieron en la acera a observar cómo se vaciaba lentamente de coches. Unas cuantas personas que salían en aquel momento miraron a Anna, pero ninguno de ellos se detuvo.

Cuando se quedaron prácticamente solos, Anna se descubrió bajo el cauteloso escrutinio de unos ojos grises, pese a la sonrisa amistosa que le regaló Samuel.

—¿Así que tú eres el perrito descarriado que mi hermano ha traído a casa? Eres más bajita de lo que esperaba.

Le resultó imposible sentirse ofendida cuando era evidente que no había sido aquella la intención; por lo menos no la había llamado puta.

—Sí —dijo ella, haciendo un esfuerzo por no ocultarse de su mirada ni parlotear sin parar, como solía hacer cuando estaba nerviosa.

—Samuel, esta es Anna. Anna, mi hermano Samuel —dijo Charles a modo de presentación.

Tras decidir que la breve presentación de su hermano no era la más adecuada, su hermano lo intentó por su cuenta.

—El Dr. Samuel Cornick, hermano mayor y torturador. Encantado de conocerte, Anna...

—Latham —dijo ella, deseando que se le ocurriera algo más interesante que decir.

Samuel le sonrió de forma encantadora, aunque Anna se dio cuenta de que aquello tampoco suavizó sus ojos.

—Bienvenida a la familia.

Le dio unos golpecitos en la cabeza, sobre todo, pensó ella, para irritar a Charles.

—Deja de flirtear con mi pareja —fue lo único que dijo este.

—Comportaos —dijo Bran—. Samuel, ¿te importaría llevarte a Charles al hospital para echarle un vistazo a sus heridas? Tengo un trabajo para él, pero si no se recupera pronto, tendré que enviar a otra persona. Creo que no se está curando tan rápidamente como debería. Samuel se encogió de hombros.

—Claro. No hay problema. —Miró a Anna—. Aunque puede que tardemos un poco.

Anna rio era estúpida. Samuel quería hablar con Charles sin que ella estuviera presente. O tal vez quien lo quería era Bran y él solo estuviera colaborando.

Charles también se dio cuenta, ya que, con serenidad, le dijo:

—¿Por qué no vuelves a casa con la furgoneta? Samuel o papá me acompañarán cuando terminemos.

—Claro —le dijo ella con una sonrisa fugaz.

No tenía motivos para sentirse dolida, se reprendió a sí misma con severidad. Dio media vuelta y se dirigió a paso rápido hacia la furgoneta.

No le iría mal pasar un poco de tiempo sola. Había ciertas cosas sobre las que deseaba reflexionar sin Charles a su lado nublándole el juicio.

Charles quiso gruñirle al percibir su alivio cuando se separó de él, implícito en su rápida retirada en dirección a la furgoneta.

Controló la ira irracional que sentía hacia Samuel, quien con tanto encanto la había alejado de allí tras responder a las órdenes que Bran le comunicara mentalmente. Siempre percibía cuando su padre hablaba con Samuel; algo en la expresión de este nunca mentía.

Samuel esperó a que Anna subiera a la furgoneta y saliera del aparcamiento para decir:

—¿Mataste al lobo que abusó de ella?

—Está muerto.

Por alguna razón, Charles no pudo apartar los ojos del vehículo. Aunque no le gustaba separarse de ella, sabía que no debía preocuparse. En Aspen Creek nadie tocaría algo que le perteneciera. Además, todo el pueblo sabía lo que era ella gracias al espectáculo de Asil en el funeral.

Incluso las pocas personas que no habían asistido al funeral, como la pareja de su padre —quien había dejado clara su postura con su ausencia— lo sabrían antes de una hora. Aun así, no le gustaba la idea de dejarla sola. Nada en absoluto.

—¿Charles? —dijo su hermano con calma.

—Por eso te he pedido que la dejaras marchar —dijo Bran en un murmullo—. Quería que vieses los cambios por ti mismo. Ayer se comportó del mismo modo en cuanto la perdió de vista. Anna es una Omega, y creo que su efecto sobre él está enmascarando los síntomas. Creo que no le extrajeron toda la plata.

—¿Cuándo le dispararon?

—Hace dos días. Tres balazos. Uno le ha dejado una quemadura en la espalda, otro le atraviesa el pecho y le sale por detrás, el tercero le atravesó la pantorrilla. Todas de plata.

Charles observó cómo la furgoneta tomaba con precaución el desvío que la llevaría a casa.

—Es más sensible a la plata que... ¡Charles!

Unas manos fuertes le agarraron por los hombros y su padre le tocó la cara, capturándole con la mirada de un modo mucho más efectivo que su hermano con las manos.

—Tengo que irme —le dijo a su Alfa.

Sentía el corazón en la garganta. No podía pensar, no podía quedarse allí. Debía protegerla, por muy maltrecho que se sintiera.

—Espera —le dijo su padre, y la orden le envolvió el cuerpo como si fueran cadenas, inmovilizándole cuando lo único que deseaba era ir tras aquella furgoneta—. Samuel tiene que reconocerte. Enviaré a Sage para que cuide de ella, ¿de acuerdo?

El tacto de su padre, su voz y algo más le ayudaron a poner en orden sus pensamientos. Había perdido el control.

Cerró los ojos y confió en el tacto de su padre para calmar al lobo y empezar a pensar con mayor claridad.

—Lo he vuelto a hacer, ¿verdad? —preguntó, aunque no necesitaba la confirmación de Bran. Respiró profundamente y asintió con la cabeza—. Sage, de acuerdo.

No quería a nadie en su casa; su padre y su hermano, sí, pero el resto solo cuando era estrictamente necesario. Aun así, tampoco quería que Anna estuviese sola. Sage

serviría.

No haría daño a su Anna y la protegería hasta que él llegara. Mantendría alejado a los otros machos. Algo inquietante se asentó en su interior con más fuerza. No obstante, observó cómo su padre llamaba a Sage a su móvil y escuchó cómo le preguntaba si podía encontrarse con Anna en su casa. Entonces permitió que lo llevaran a remolque hasta el hospital en el coche de Samuel. Su padre les siguió en el Humvee.

—Papá me ha contado que tuviste que matar a Gerry —le dijo su hermano.

Gerry era el hijo de Doc Wallace, el responsable de herir a un número considerable de personas y matar a otras tantas en su búsqueda por hallar una droga que pudiera implicar a Bran en un enrevesado complot para obligar al buen doctor a aceptar su doble naturaleza. A Gerry no le habían preocupado los daños colaterales.

Samuel asintió con una expresión adusta.

—No me dejó otra opción.

Pese a estar distraído por la necesidad de proteger a su pareja y el escozor de unas heridas que no se estaban curando como deberían, Charles escuchó lo que su hermano no dijo. De modo que él lo verbalizó.

—Te estás preguntando a cuánta gente estaríamos dispuestos a matar para proteger a papá. A cuántos torturaríamos y asesinaríamos.

—Exacto —musitó su hermano—. Hemos matado a gente por nuestro padre. Tanto a lobos como a inocentes. ¿Qué nos hace tan diferentes para que Gerry tuviera que morir y nosotros hayamos sobrevivido?

Si Bran envió a Samuel a Tri-Cities con Mercy para curar su melancolía, no había funcionado muy bien. Charles se esforzó por apartar de su mente a su pareja y pensar en algo que ayudara a su hermano. Sin Bran tocándole, era mucho más complicado ordenar sus pensamientos de lo que debería haber sido.

—Nuestro padre ha mantenido a las manadas seguras y controladas. Sin su liderazgo, seríamos tan caóticos y estaríamos tan diseminados como los lobos europeos. Y el peaje en muertos humanos sería mucho mayor. ¿Cuál habría sido el resultado si el plan de Gerry hubiera tenido éxito? —preguntó Charles.

Sage se ocuparía de Anna por él. No existía razón alguna que explicara aquella necesidad infernal e incontrolable de estar con ella.

—Gerry pensaba que su padre aceptaría al lobo para poder derrocar al Marrok —murmuró Samuel—. ¿Quién puede decir que no tenía razón? Tal vez hubiera conseguido salvar a su padre. ¿Es peor lo que hizo él que cuando papá te envía a matar a alguien?

—¿Y si Gerry hubiese tenido razón? Si todos sus planes hubieran llegado a buen puerto, si lo único que necesitaba su padre era un motivo para aceptar a su lobo, y si, con la ayuda de la nueva droga de Gerry, hubiera matado a papá y se hubiese convertido en el Marrok, entonces, ¿qué? —preguntó Charles—. Doc era un buen hombre, pero ¿cómo crees que le hubiera sentado ser el Marrok?

Samuel reflexionó unos instantes y después suspiró.

—No era lo suficientemente dominante. Se habría producido un gran caos mientras los Alfas se enfrentaban por la supremacía, y Gerry intentaría matarlos a todos como un chacal oculto entre las sombras. —Aparcó frente al hospital pero no hizo ademán de bajar del coche—. Pero, de todos modos, ¿no matarías por papá? ¿Incluso si no fuese necesario para la supervivencia de los lobos de este país? ¿Estaba tan equivocado Gerry?

—Infringió las leyes —dijo Charles.

Sabía que para su hermano aquel tipo de cosas nunca eran ni blancas ni negras. Samuel, al contrario que él, nunca se había visto obligado a aceptar las cosas tal cual eran. Recorrió mentalmente los acontecimientos en busca de algo que pudiera utilizar.

—Gerry mató a gente inocente. No para la supervivencia de la manada, sino por una vana esperanza en la supervivencia de su padre. —Sonrió débilmente cuando algo, justo lo que necesitaba, acudió en su ayuda—. Si tú o yo matáramos a algún inocente para proteger a papá, y no para la supervivencia de todos nosotros, él mismo nos mataría.

La tensión abandonó los hombros de Samuel.

—Sí, lo haría, ¿no es cierto?

—Sienta mejor estar del lado de los ángeles, ¿verdad? —preguntó Charles mientras su padre se detenía junto a su vehículo.

Samuel sonrió cansadamente.

—Le diré a papá que le has llamado ángel.

Charles salió del coche y respondió a la mirada sorprendida de su padre por encima del capó del vehículo de Samuel con un encogimiento de hombros.

Samuel encendió las luces de la clínica y los condujo a una de las salas de reconocimiento.

—Muy bien, viejo —dijo—. Veamos esos agujeros de bala.

Pero su sonrisa se desvaneció cuando Charles empezó a pelearse con la chaqueta.

—Espera —le dijo, y abrió un cajón para coger unas tijeras. Cuando vio el semblante de Charles, sonrió débilmente—. Oye, es solo una chaqueta. Puedes comprarte otra.

—Probadores —gruñó Charles—. Cuatro probadores y un viaje a la ciudad para que me miren de arriba abajo. No, gracias. Papá, ¿podrías ayudarme a quitarme esto y mantener a tu hijo y sus tijeras alejados de mí?

—Deja las tijeras, Samuel —dijo Bran—. Supongo que si ha podido ponérsela, podremos quitársela sin tener que cortarla. No hace falta que gruñas, Charles.

Consiguió deshacerse de ella con ayuda, pero le dejó empapado en sudor y a su padre murmurando palabras tranquilizadoras. Ni siquiera le pidieron ayuda para desabrocharle la camisa.

Samuel observó detenidamente el vendaje de veterinario rosa y en su rostro se dibujó una sonrisita.

—Esto no ha sido idea tuya.

—Anna.

—Creo que empieza a gustarme esa loba. Puede que se asuste con demasiada facilidad, pero resistió a Asil sin titubear. Y alguien que se atreve a envolverte de color rosa...

Cuando Samuel cortó la ridícula tela rosa y vio las heridas, las del pecho y las de la espalda, se puso serio de repente. Acercó la nariz a una de ellas y la olfateó antes de volver a vendarlo con algo menos espectacular.

Charles se sorprendió al descubrir que prefería las vendas rosas porque había sido *ella* quien se las había puesto.

—Casi te pierdo por culpa de esta, hermanito. Pero huele a limpia y parece estar curándose bastante bien. Bájate los pantalones, quiero ver esa pierna de la que has estado intentando no cojear.

A Charles no le gustaba quitarse la ropa. Suponía que su parte india pesaba mucho. Eso y su aversión por mostrar sus heridas. No le gustaba que los demás vieran sus debilidades, ni siquiera su padre y su hermano. Se bajó los pantalones a regañadientes.

Samuel frunció el ceño incluso antes de retirar el brillante parche elástico de color verde. En cuanto lo hizo, acercó la nariz y apartó la cabeza bruscamente.

—¿Quién ha limpiado esto?

—La manada de Chicago tenía un médico.

No había demasiados médicos que fueran hombres lobo. Él solo conocía a Samuel. El médico de la manada de Chicago era uno de los nuevos lobos que Leo había estado ocultando al Marrok. El hecho de estar rodeado de tanta sangre y carne dificultaba que un hombre lobo pudiera concentrarse en su tarea médica; aunque nunca había visto que a Samuel le incomodara.

—Era un matasanos —gruñó su hermano—. Puedo oler la plata desde metro y medio.

—Pobre capacitación como lobo —le corrigió Charles—. Ningún nuevo lobo de Leo sabe qué hacer con su hocico, incluida Anna. Dudo mucho que supiera reconocer la plata.

—Y tengo la sospecha de que también estaba muy asustado de ti —dijo su padre desde el rincón al que se había autoexiliado—. No eres precisamente un buen paciente.

—Sube a la mesa —le dijo Samuel—. Voy a tener que escarbar un poco. Papá, vas a tener que ayudarme con esto.

Le dolió mucho más que el disparo, pero Charles permaneció inmóvil mientras Samuel escarbaba y hurgaba en su pierna. El sudor le perlaba la frente, y contuvo a

duras penas la necesidad de transformarse y atacar únicamente porque su padre le sujetaba con fuerza.

Intentó no prestar atención a lo que hacía su hermano, pero le resultó imposible ignorar completamente los comentarios sobre las maniobras. Cuando Samuel le roció la herida el suero fisiológico, todos los músculos de su cuerpo se tensaron en señal de protesta, y no pudo contener un resoplido. Pero...

—Lo siento, viejo, aún queda un poco más.

Y continuó escarbando y cortando. Aunque no quería gritar, no pudo detener el aullido de lobo cuando Samuel volvió a rociarle la herida con suero fisiológico, ni el gruñido de alivio cuando Samuel empezó a vendarlo, lo que señalaba el fin de la tortura.

Mientras Charles estaba aún abatido intentando recordar cómo se respiraba, Samuel le dijo:

—No puedo quedarme aquí, papá.

Charles dejó de preocuparse por su pierna y observó a Samuel, quien no parecía estar en condiciones de volver a vivir solo. Llegó a la conclusión de que su padre ya lo sabía; a Bran se le daba mucho mejor la gente que a él.

Bran no respondió. Se puso a dar vueltas lentamente en el pequeño taburete que había en un rincón de la sala.

Al cabo de un rato, Samuel decidió continuar; indudablemente, era lo que Bran había pretendido.

—No puedo quedarme. Demasiada gente que espera demasiado de mí. No quiero formar parte de la manada.

Bran continuó girando sobre el taburete.

—Entonces, ¿qué harás?

Samuel sonrió; un destello fugaz que le provocó a Charles una punzada en el corazón por la falta de auténtico sentimiento tras aquella expresión. Fuera lo que fuese lo que le había ocurrido a su hermano durante los años que había vivido solo, aquello le había cambiado, y Charles temía que el cambio fuera irrevocable.

—Pensaba en ir a tomarle un poco más el pelo a Mercy.

Pese a que tanto su voz como la expresión de su rostro parecían casuales, la tensión de su cuerpo revelaba su preocupación.

Tal vez papá no estuviera tan equivocado cuando decidió unir los caminos de Samuel y Mercy, aunque, según su experiencia, los romances no eran ni tranquilos ni indoloros. Tal vez Samuel no necesitara tranquilidad y calma.

—¿Y qué pasa con Adam? —preguntó Charles a su pesar.

Mercy vivía en Tri-Cities, en el estado de Washington, y el Alfa de la Manada de Columbia no era lo suficientemente dominante como para contener a su manada con Samuel de por medio. Y Adam hacía demasiado tiempo que era Alfa para adaptarse a otro puesto.

—Ya he hablado con él —respondió Samuel rápidamente.

—¿Está de acuerdo en que ocupes su puesto?

Charles no lo veía claro. Otro lobo quizá sí, pero no Adam.

Samuel se relajó apoyándose en la encimera y sonrió.

—No voy a ocupar su puesto, viejo. Solo me quedaré en su territorio como un lobo más. Dijo que no le importaba.

El Marrok se esforzó por adoptar una expresión neutral, y Charles supo cuál era la fuente de su preocupación. Durante los dos últimos años, desde que regresara de Texas, Samuel había tenido que recurrir muchas noches a la estabilidad de la manada, y un lobo solitario no tenía manada a la que recurrir.

Samuel, como su padre —y Asil—, era muy viejo. La edad era algo muy peligroso para los hombres lobo, pese a que esta nunca parecía haberle afectado mucho. Hasta que regresó hacía unos años tras haber vivido solo durante más de una década.

—Aunque, por supuesto —continuó Samuel—, no sabe que viviré con Mercy.

Adam también sentía algo por su pequeña coyote, recordó de repente Charles.

—¿Así que Mercedes decidió perdonarte?

—¿Mercy? —Los ojos de Samuel viajaron hasta su frente, aunque por primera vez en mucho tiempo las sombras abandonaron su semblante—. ¿Nuestra Mercy? ¿La que nunca se enfada incluso cuando debería hacerlo? Por supuesto que no.

—Entonces ¿cómo conseguiste que lo aceptara?

—Aún no lo ha hecho —dijo con confianza—. Pero lo hará.

El plan que parecía tener en mente hizo que sus ojos se iluminaran con su antigua alegría de vivir. Su padre también se dio cuenta. Charles se percató de que había tomado una decisión definitiva.

—De acuerdo —dijo Bran de repente—. De acuerdo. Sí, vete. Creo que será lo mejor.

Fuera cual fuese el problema de Samuel, volver a Aspen Creek no le había ayudado mucho. Tal vez Mercedes tendría más suerte. Siempre y cuando no acabara matando a Samuel, o a su padre, por ponerla en la línea de fuego.

Charles, cansado de estar tumbado boca abajo y en ropa interior, se incorporó y luchó con el zumbido en sus oídos que amenazaba con volver a postrarlo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Samuel recuperando la pose de médico.

Charles cerró los ojos e hizo inventario.

—Ya no tengo ganas de echar la puerta abajo y huir, aunque eso podría deberse a que ya ha pasado lo peor.

Samuel sonrió.

—No. Podría torturarte un poco más si quisiera.

Charles le miró fijamente.

—Estoy *mucho* mejor, gracias.

Aunque aún le dolía, empezaba a sentirse más él mismo, algo que no había conseguido desde que recibiera los disparos. Se preguntó por qué el envenenamiento

con plata le había hecho sentir un ansia protectora tan intensa hacia Anna. Jamás había sentido algo semejante.

—Muy bien. —Samuel miró a su padre—. Ni mañana ni al otro. Si fuera otra persona, te diría diez días como mínimo, pero Charles no es estúpido y, además, es muy fuerte. Tras extraerle la plata, se curará tan rápido como es habitual en él. Para el miércoles, los extraños ni siquiera sabrán que le ha ocurrido algo, así que no correrá peligro de ser atacado porque algún idiota piense que puede derrotarle. Pero si le envías solo para que se enfrente a una manada, necesitarás un poco más de músculo, al menos durante las próximas dos semanas.

Charles miró a su padre y esperó su decisión. Recorrer las Cabinets en mitad del invierno no era precisamente su idea de diversión. Aquellas montañas no eran muy acogedoras con los viajeros. Aun así, podía hacerlo mucho mejor que cualquier otro al que su padre pudiera recurrir, herido o no, especialmente si no era solo un lobo solitario sino un ataque al territorio de su padre.

Finalmente, Bran asintió.

—Te necesito a ti. Puedo esperar una semana.

—¿Qué harás con Asil? —le preguntó Charles—. Pese a todos los esfuerzos del Reverendo Mitchell, de Samuel y del propio Doc Wallace, la manada no pinta muy bien. Si tienes que matarlo, habrá consecuencias.

Bran sonrió débilmente.

—Lo sé. Asil vino a verme hace cosa de un mes quejándose de sus sueños y me pidió que le ayudara de nuevo a terminar con su sufrimiento. En circunstancias normales no me habría preocupado, pero se trata del Moro.

—¿Con quién sueña? —preguntó Samuel.

—Con su pareja fallecida —dijo Bran—. Murió tras ser torturada. Aunque no quiere hablar de ello, sé que se siente culpable porque estaba de viaje cuando sucedió. Me dijo que había dejado de soñar con ella cuando se unió a nuestra manada. Pero hace un mes regresaron los sueños. Se despierta desorientado y... a veces no en el mismo lugar en el que se acostó.

Era muy peligroso, pensó Charles, tener a un lobo con los poderes del Moro deambulando desorientado.

—¿Crees que su muerte puede esperar? —preguntó Samuel.

Bran sonrió, en aquella ocasión sinceramente.

—Creo que sí. Tenemos a una Omega para ayudarlo. —Su padre miró a Charles y la sonrisa se amplió considerablemente—. No va a abandonarte por él, Charles, por mucho que Asil intenté morderte la cola.

Anna llegó a la conclusión de que el salón de Charles, pese a no estar decorado con esmero, era cálido y acogedor. Sin embargo, no era su hogar. Deambuló inquieta por las habitaciones hasta quedarse finalmente en el dormitorio, sentada en un rincón del

suelo con las piernas encogidas, abrazándose el cuerpo con las manos. No quería llorar. Se estaba comportando como una estúpida: ni siquiera sabía por qué estaba tan disgustada.

Le había molestado que se la sacaran de encima, y al mismo tiempo, había sentido una oleada de alivio cuando se descubrió sola en la furgoneta.

Hombres lobo y violencia, hombres lobo y muerte: iban unidos como los plátanos y la mantequilla de cacahuete. Tal vez aquí estaba más segura que en Chicago, pero todos eran unos monstruos.

Aunque tampoco era culpa de ellos, de los lobos de Montana. Solo intentaban vivir lo mejor posible con aquella maldición que los convertía en bestias despiadadas. Incluso Charles. Incluso el Marrok. Incluso ella. Los hombres lobo tenían sus reglas: en ocasiones un hombre debía matar a su mejor amigo por el bien de todos. Los machos humanos envejecían mientras que los hombres lobo continuaban siendo jóvenes. Los lobos como Asil intentaban que los demás les atacaran porque querían morir... o matar.

Empezó a respirar entrecortadamente. Si alguien hubiera matado a Leo y a su pareja años atrás, muchísima gente seguiría con vida... y ella sería una estudiante en la Northwestern a punto de obtener un título en teoría musical en lugar de... ¿el qué?

Debía encontrar un trabajo, algo que le diera un propósito y una vida más allá del hecho de ser una mujer lobo. Trabajar de camarera en Scorci's le había salvado en más sentidos que el simple cheque a fin de mes. Es difícil regodearse en la autocompasión cuando tienes que gastar las suelas de los zapatos Ocho o diez horas al día. Pese a todo, dudaba que en aquel lugar encontrara un trabajo de camarera.

El timbre de la puerta sonó.

Se puso en pie de un salto y, aunque se frotó las mejillas con energía, descubrió que tenía las mejillas secas. El timbre volvió a sonar, de modo que se apresuró hacia la puerta principal. Todo lo contrario, se dijo. Hacía tan solo unos minutos lo único que deseaba era estar sola y ahora corría en pos de una distracción.

Captó fugazmente la silueta de un Lexus gris metalizado antes de fijarse en la mujer que esperaba en el porche. Su expresión era afable y amistosa. Tenía un pelo oscuro y sedoso trenzado a la francesa y casi tan largo como el de Charles.

Mujer lobo, le dijo su olfato.

La mujer sonrió y alargó una mano.

—Me llamo Leah —le dijo—. La mujer del Marrok.

Anna estrechó su mano y la soltó rápidamente.

—Entremos a charlar, ¿de acuerdo? —dijo la mujer amablemente.

Anna sabía que a Charles no le gustaba su madrastra. Aunque tampoco le gustaban los aviones, ni los coches, ni los teléfonos móviles. Aparte de eso, no existía razón alguna para sentirse inquieta. Además, no había forma de negarse sin ofenderla.

—Entra —la invitó educadamente mientras se apartaba.

La mujer del Marrok pasó con brío por su lado y entró en el salón. Una vez en el interior, se detuvo a inspeccionar la sala minuciosamente, como si fuera la primera vez que la veía. Anna tuvo la incómoda sensación de que había cometido un error dejándole entrar en la casa. Tal vez Charles no se lo permitía; no podía hallar otra explicación a la fascinación que parecía sentir Leah por los muebles de Charles.

A menos que todo aquel examen fuera un juego de poder diseñado para dejar claro que Anna no era ni la mitad de interesante que la habitación. Mientras Leah seguía con su inspección, Anna se decantó por aquella última explicación; no era una habitación tan grande para dedicarle tanto tiempo.

—No eres como esperaba —murmuró Leah finalmente.

Se había detenido frente a una guitarra hecha a mano que colgaba de la pared a la altura suficiente para que la chimenea no dañara la madera. Podría tratarse de un ornamento, aunque los trastes estaban gastados por el uso.

Anna no dijo nada ni se movió del lugar que ocupaba junto a la puerta.

Leah se dio la vuelta para mirarla, y su rostro ya no reflejaba ningún tipo de cortesía o cordialidad.

—Tuvo que conformarse con lo que había, ¿no es así? Tuvo que marcharse a Chicago para encontrar a una muñequita, a una mujer que no representara ningún reto para él, ¿verdad? Dime, ¿te sientas cuando te lo ordena?

El rencor que se ocultaba tras el ataque lo convertía en algo mucho más personal que el habitual deseo de poner en su sitio a un lobo menor. Leah, pese a ser la pareja del Marrok, parecía celosa. ¿También quería a Charles?

La puerta se abrió de un portazo y una segunda mujer apareció en la casa trayendo consigo una ventada de aire helado y perfume francés. Era alta y delgada, como una modelo de pasarela. Vestía ropa cara. Su pelo castaño con reflejos rubios quedaba enfatizado por el brillo dorado de sus pómulos y, sobre todo, por unos ojos de un azul sobrecogedor.

Anna la reconoció del funeral; no solo era hermosa, sino también espectacular, y la combinación la hacía memorable. La recién llegada cerró la puerta tras ella y se quitó el anorak, dejándolo como quien no quiere la cosa sobre la silla más próxima. Seguía vestida con la falda y el jersey oscuros de aquella mañana.

—Venga, Leah, «siéntate y estate quieta». Creo que puedes hacerlo mejor, querida. —Tenía una voz gruesa y un acento sureño. Dirigiéndose a Anna, añadió—: Siento haber entrado de este modo, pero me ha parecido que necesitabas que te rescatara de nuestra reina puta.

—Lárgate, Sage. Esto no tiene nada que ver contigo —le ordenó Leah con dureza, aunque no parecía ofendida por el insulto.

—Cariño —dijo la mujer con dulzura—, me encantaría hablarlo pero he recibido órdenes del jefe; un escalón por encima del tuyo. —Sus brillantes ojos azules se posaron en Anna—. Tú debes de ser la Anna de Charles. Me llamo Sage Carhardt.

Siento mucho el recibimiento, pero si Charlie quiere, ella acabará con el rabo entre las piernas. El Alfa quiere mucho a sus hijos.

—Cállate —dijo Leah bruscamente, y su poder recorrió toda la habitación, obligando a Sage a dar dos pasos hacia atrás.

Qué extraño, Anna hubiera jurado que Sage era la más dominante de las dos... pero entonces se dio cuenta de que la energía olía a Marrok. Una mujer ocupa su lugar en la manada gracias a su pareja, pensó. Pese a saberlo, nunca había presenciado el poder real.

—Tú. —Leah se dirigía ahora a Anna—. Siéntate en el sofá, estaré contigo en un minuto.

Una mujer prudente habría obedecido, pensó Anna con pesar. La mujer que había sido hacía solo una semana se hubiera encogido, sentado y esperado lo que el destino le deparara. La nueva Anna, la pareja de Charles, una Omega y alguien que no formaba parte de la manada, levantó el mentón y dijo:

—No, gracias. Creo que será mejor que te vayas y vuelvas cuando mi... — Aunque hacía tres años que era mujer lobo, llamar a Charles su pareja no le sonaba bien, y tampoco era su marido—. Cuando vuelva Charles.

La vacilación le quitó a la declaración parte de su fuerza.

Sage sonrió y aquello iluminó su rostro de satisfacción.

—Eso, Leah, ¿por qué no vuelves cuando Charles esté aquí? Me encantaría verlo.

Pero Leah no le estaba prestando atención. Frunció el cejo con perplejidad mientras seguía mirando a Anna.

—Siéntate —dijo con una voz profunda y cargada de poder que nuevamente rodeó a Anna sin tocarla.

Anna también frunció el ceño.

—No. Gracias.

Se le ocurrió una cosa y, antes de reflexionar sobre ello, dijo:

—Vi a Sage en el funeral, pero el Marrok estaba solo. ¿Por qué no le acompañaste?

—Bran no pintaba nada allí —dijo Leah con un arranque de ira—. *Mató* a Carter. ¿Y ahora pretende *llorar* su muerte? No pude evitar que asistiera. Aunque nunca me hace mucho caso de todos modos. Sus hijos son sus consejeros; yo solo soy el reemplazo de su amor perdido, la incomparablemente, hermosa y sacrificada *puta* india. No puedo detenerle, pero tampoco le apoyaré. —Cuando terminó de hablar, una lágrima descendía por su mejilla. Se la secó y la observó con una expresión de horror. Entonces volvió a mirar a Anna con idéntica expresión—. Oh, *Dios*. Oh, *Dios* mío. Eres una de esas. Tendría que haberlo sabido antes, tendría que haber sabido que Charles traería a algo como *tú* a mi territorio.

Se marchó con un torrente de aire frío y poder vibrante, dejando a Anna luchando por no mostrar lo desconcertada que se encontraba.

—Hubiera pagado por presenciar eso. —La sonrisa continuaba iluminando el rostro de Sage—. Oh, querida —canturreó—, estoy tan contenta de que Charles te haya traído con él. Primero Asil y después Leah. La vida va a hacerse mucho más interesante por aquí.

Anna se secó sus húmedas manos en los laterales de los tejanos. Había percibido algo extraño en la respuesta de Leah, como si hubiera estado tentada de decir algo más.

Tragó saliva y se esforzó por parecer calmada y hospitalaria.

—¿Quieres algo de beber?

—Claro —dijo Sage—. Aunque conociendo a Charles, supongo que no tendrá nada interesante. Tomaré un té y te hablaré de mí. Después podrás hablarme de ti.

Charles tuvo que permitir que su padre le ayudara a subir al Humvee.

—Sí, bueno —dijo su padre con un rastro de gruñido diciéndole lo preocupado que había estado por él—, eso te enseñará a agacharte más rápido la próxima vez.

—Lo siento —se disculpó mientras se acomodaba en el asiento del pasajero.

—Bien —dijo Bran cerrando la puerta con suavidad—. No dejes que vuelva a ocurrir.

Charles se puso el cinturón. Probablemente sobreviviría a un naufragio, pero dado el modo de conducir de su padre, el cinturón lo mantendría sujeto al asiento.

El calor abrasador que había impedido que se le despejara la cabeza había desaparecido, pero aún no estaba bien del todo. Pese a la sopa que Samuel le había calentado en el microondas y le había obligado a ingerir, se sentía tan débil como un cachorro. El Hermano Lobo estaba inquieto anhelando la oscuridad.

Un lugar seguro donde curarse.

—¿De verdad vas a dejar que Samuel sea un lobo solitario? —le preguntó cuando puso en marcha el vehículo. El Marrok era posesivo y territorial, no era habitual que dejara ir a alguien que le pertenecía. La última vez que Samuel se marchó, no le había pedido permiso, simplemente desapareció. Charles tardó un par de años en localizarlo.

—Estoy tan satisfecho de que Samuel haya encontrado algo, *lo que sea*, en que dedicar su tiempo que incluso podría chantajear a Adam si fuese necesario.

—¿Aún no lo has hecho? —Adam, el Alfa de Tri-Cities, le caía bien, pero le sorprendía que el Marrok no hubiera tenido que forzar un acuerdo: no muchos Alfas habrían aceptado de buena gana a un lobo solitario tan dominante como Samuel en su territorio.

—Aún no... —dijo su padre pensativamente—. Aunque me parece que tendré que ayudar un poco a Samuel con Mercedes. Ella no parecía muy feliz cuando lo envié con ella la última vez.

—Samuel sabe cómo arreglárselas con Mercedes.

—Eso espero. —Bran dio unos golpecitos con los dedos sobre el volante—. Me gusta tu Anna. Parece tan delicada y tímida, como una flor que fuera a marchitarse ante la primera palabra afilada, y entonces hace algo como enfrentarse a Asil.

Charles recostó nuevamente los hombros en el asiento mientras caracoleaban sobre una esquina congelada y cogían el sendero que llevaba a su casa.

—Deberías verla con un rodillo de cocina en las manos.

No intentó ocultar su satisfacción. Cada vez se sentía mejor. Los oídos habían dejado de zumbarle, y había recuperado el control. Algo de comer y unas horas de sueño y prácticamente habría recuperado la normalidad.

—¿Quieres entrar? —preguntó más por educación que por un deseo real.

—No. —Su padre negó con la cabeza—. Envía también a Sage a casa. Querrá charlar contigo, pero tú y Anna necesitáis estar a solas. Cuando terminó el servicio Anna parecía bastante alterada.

Charles miró a su padre bruscamente.

—Pensaba que era solo una reacción al funeral. Demasiada gente que no conocía.

—No, había algo más.

Charles repasó mentalmente la última parte del servicio funerario, pero no se le ocurrió a qué podía referirse su padre.

—Yo no noté nada.

—Claro que lo hiciste. —Su padre le miró con una sonrisa irónica—. ¿Por qué crees que estabas tan frenético cuando se marchó?

—¿El asunto con Asil? —Si Asil la había alterado, tal vez Charles podría ocuparse de él y de ese modo su padre no tenía que volver a preocuparse.

Bran negó con la cabeza y se puso a reír.

—Te he dicho mil veces que puedo hablar mentalmente con la gente pero que no puedo recibir sus pensamientos. No sé qué le preocupaba. Pregúntaselo tú.

Milagrosamente, llegaron hasta la puerta de su casa sin ningún percance. Charles bajó del Vee y pensó por un instante que las rodillas no iban a sostener su peso.

Su padre le observó atentamente, pero no le ofreció ayuda.

—Gracias. —Odiaba sentirse débil, y aún odiaba más cuanto la gente intentaba cuidar de él. Al menos lo había odiado hasta que apareció Anna.

—Entra en casa antes de que te caigas —fue lo único que le dijo su padre—. Con eso me conformo.

Ya fuera por el hecho de moverse o por el frío, las rodillas dejaron de temblarle y empezó a caminar de nuevo con normalidad en cuanto alcanzó la puerta.

Su padre hizo sonar un par de veces el claxon y salió como una exhalación en cuanto su mano tocó el pomo de la puerta. Charles entró en la casa y se encontró a Sage y Anna sentadas en el salón, una frente a la otra, con una taza de té delante de ellas sobre la mesa. Sin embargo, su olfato le dijo que Anna había recibido otra visita.

Aunque se había sentido ridículo cuando su padre llamó a Sage para que fuera a su casa, el rastro de Leah le hizo sentirse orgulloso de su paranoia. Leah no había

tardado mucho en hacer el primer movimiento.

Sage dejó de hablar con Anna y lo repasó con la mirada de arriba a abajo.

—Charlie —dijo—, estás hecho un desastre. Se puso en pie de un salto, le besó en la mejilla y se marchó a la cocina para dejar la taza de té en el fregadero.

—Gracias —dijo él con frialdad.

Sage sonrió.

—Me voy y os dejo solos, como una parejita de recién casados. Anna, no dejes que te encierre en su tumba privada. Llámame cuando quieras e iremos de compras a Missoula o algo así.

Le dio una palmadita a Charles en el hombro antes de marcharse tan campante.

Anna dio un sorbo a su té y le miró con ojos oscuros e insondables. Por la mañana se había recogido el pelo con una cinta y echaba en falta los rizos color miel que solían colgar a ambos lados de su cara.

—Te ha llamado «Charlie» —le dijo ella.

Charles levantó una ceja.

Anna sonrió, una expresión repentina que le iluminó el rostro.

—No te pega.

—Sage es la única que insiste en llamarme de ese modo —admitió—. Afortunadamente.

Anna se puso de pie.

—¿Quieres un té? ¿O algo de comer?

En el coche había sentido hambre, pero, de repente, lo único que deseaba era dormir. Ni siquiera tenía ganas de recorrer el pasillo.

—No, creo que me iré a la cama.

Anna llevó su taza a la cocina y puso las dos tazas en el lavavajillas. A pesar de sus palabras, Charles la siguió.

—¿Qué te ha dicho tu hermano? —le preguntó ella.

—Aún quedaba algo de plata en la pantorrilla. La ha eliminado toda.

Anna se quedó mirándole fijamente.

—No ha sido divertido, ¿verdad?

Charles no pudo evitar sonreír ante su comentario.

—No.

Ella le pasó el brazo bajo sus hombros.

—Venga, te estás tambaleando. Vamos a la cama antes de que te caigas al suelo.

No le molestó en absoluto que le ayudara. Incluso podría haberle llamado Charlie y no le habría dicho nada, siempre y cuando no se separara de él.

Anna le ayudó a quitarse la ropa. No había vuelto a ponerse la chaqueta del traje, de modo que no fue tan doloroso. Mientras él se metía en la cama, ella bajó las persianas y apagó la luz. Cuando le cubrió con la manta, Charles le cogió la mano.

—¿Te quedarás conmigo? —le preguntó.

Estaba demasiado cansado para hablar, pero no quería dejarla sola con lo que fuera que su padre había percibido que la inquietaba.

Ella se quedó inmóvil, y el aroma de su miedo repentino puso a prueba el control recién recuperado después de que su hermano le extrajera los últimos restos de plata. No había nada que matar salvo fantasmas, así que controló la oleada de ira protectora y esperó a ver qué hacía ella. Podría haberle soltado la mano, y estaba dispuesto a ello, pero solo si ella hacía ademán de apartarse de él.

No sabía por qué la había asustado tanto cuando habían dormido juntos la noche anterior, hasta que ella posó sus ojos en su mano entre las suyas. Alguien la había agarrado, pensó, probablemente más de una vez. Al tiempo que la ira empezaba a crecer en su interior, Anna giró la mano y la cerró sobre la suya.

—De acuerdo —dijo ella con voz ronca.

Tras un segundo, liberó su mano y se sentó en la cama para quitarse las zapatillas de deporte. Se tumbó junto a él con los pantalones y la camisa puestas, su cuerpo tenso y poco dispuesto.

Charles se dio la vuelta, dándole la espalda con la esperanza de que aquello le indicara que no iba a presionarla más. Se sorprendió al descubrir que pedirle que se quedara no había sido solo por su bien. Se sentía más seguro a su lado. Se quedó dormido escuchando su respiración.

Olía muy bien. A medida que su cuerpo se relajaba, Anna pudo sentir cómo la tensión también abandonaba el suyo. Pese a no estar herida, también estaba agotada. Cansada de estar en una vitrina, cansada de pensar sobre lo que debería estar haciendo, cansada de dudar si había escapado de un pozo para caer en otro peor.

Tenía muchas preguntas. No le había preguntado por la extraña reacción de su madrastra, ni sobre Asil, porque por su aspecto parecía que iba a quedarse dormido en cuanto dejara de moverse. Que es más o menos lo que había ocurrido.

Anna se miró la muñeca, pero no encontró nuevos moratones; no le había hecho ningún daño. No sabía por qué el tacto de su mano alrededor de la muñeca le había provocado aquel pánico. Su lobo se encargaba de mantener bien ocultos la mayor parte de los abusos que había recibido. Sin embargo, su cuerpo conservaba el recuerdo de un violento apretón y de alguien gritándole mientras le hacía daño... y ella estaba atrapada y no podía escapar de él.

El pulso se le aceleró y sintió aproximarse la transformación a medida que su lobo se preparaba para volver a protegerla. Respiró el aroma de Charles y se dejó envolver por él, tranquilizando al lobo. Charles nunca le haría daño, tanto su lobo como ella estaban seguros de ello.

Tras un momento, Anna reunió el coraje necesario y se introdujo bajo las mantas. Cuando vio que Charles no despertaba, se acercó todavía más a él, sobresaltándose cada pocos minutos ya que su cuerpo continuaba recordándole que él era mucho más fuerte y que podía hacerle daño.

Sabía por conversaciones ajenas que normalmente los lobos ansiaban el contacto. Los hombres de la manada de Chicago se tocaban unos a otros mucho más de lo habitual entre los heterosexuales. Sin embargo, estar cerca de otro lobo a ella nunca le había traído ni paz ni consuelo.

Siempre podía recurrir a su lobo para que la ayudase, como había hecho la noche anterior. Entonces podía acostarse junto a él y respirar su fragancia con cada nueva bocanada. Pero con él dormido, creyó que había llegado el momento de enfrentarse sola a sus problemas. El lobo siempre podía solventar el problema inmediato, pero Anna quería poder tocarlo sin su ayuda.

El problema era la cama. La hacía sentir vulnerable, dificultándole el hecho de aproximarse más a él. Asil había dicho que a Charles tampoco le gustaba que le tocasen. Se preguntó cuál sería el motivo. No parecía importarle cuando era ella quien le tocaba; todo lo contrario.

Anna alargó lentamente la mano hasta que sintió las sábanas tibias por su calor corporal. Apoyó los dedos sobre él y sintió cómo su cuerpo se contraía por el pánico. Se alegró de que estuviese dormido, de ese modo no tenía que presenciar cómo retiraba la mano y encogía las rodillas sobre su vulnerable estómago. Hizo un esfuerzo por no temblar porque no quería que la viera de aquel modo: como una cobarde.

Se dijo a sí misma que la esperanza era mucho más testaruda que la desesperación.

Capítulo 5

Anna recorrió metódicamente los cajones: Charles iba a despertar hambriento. Por suerte, tenía la casa abastecida para un asedio. Pensó en preparar un plato italiano — se le daba bastante bien la cocina italiana— pero no sabía si a Charles le gustaba. Un estofado le pareció la mejor opción.

El arcón de congelados del sótano estaba lleno de carne envuelta en papel transparente y perfectamente etiquetada. Subió a la cocina con un paquete de carne de alce para estofar y la dejó en la encimera para que se descongelara. Pese a que nunca había comido carne de alce, supuso que carne de estofado era siempre carne de estofado.

En la nevera encontró zanahorias, cebollas y apio. Ahora lo único que le faltaba eran las patatas. No había en la nevera, ni bajo la encimera; ni sobre la nevera o bajo el fregadero.

Alguien tan meticuloso como Charles debía de tener patatas en algún lugar. A menos que no le gustaran. Estaba inclinada con la cabeza en un cajón inferior, cantando en voz baja «dónde, oh, dónde están mis pequeñas patatas», cuando el sonido de un móvil le hizo levantar la cabeza repentinamente y golpeársela con el borde de la encimera.

El teléfono estaba en el dormitorio, de modo que esperó a que Charles lo cogiera mientras se frotaba la cabeza, pero continuó sonando.

Hizo un encogimiento mental de hombros e intentó encontrar las patatas con ayuda de su olfato: Charles le había dicho que no utilizaba lo suficiente su nariz. Pero si había patatas en la cocina, su aroma quedaría camuflado por las especias y la fruta.

El teléfono colgado en la pared empezó a sonar. Era un viejo aparato de dial rotatorio fabricado medio siglo antes de la invención del reconocimiento de llamadas. Se quedó mirándolo con creciente frustración. Aquella no era su casa. Tras el décimo tono se decidió a descolgar.

—¿Hola?

—¿Anna? Dile a Charles que se ponga, por favor. —No había duda de quién era: Bran.

Dirigió una rápida mirada a la puerta del dormitorio con el ceño fruncido. Si todo aquel ruido no le había despertado aún, significaba que necesitaba descansar.

—Está dormido. ¿Quieres que le dé algún mensaje?

—Me temo que eso no me sirve. Por favor, despiértale y dile que necesito hablar con él.

Era una orden. El «por favor», pensó, era solo una muestra de cortesía.

De modo que dejó el auricular colgando y fue a despertar a Charles. Antes de llegar a la puerta, esta se abrió. Se había vestido con unos pantalones tejanos y una sudadera.

—¿Es papá? —le preguntó.

Cuando ella asintió, Charles pasó rápidamente por su lado y cogió el teléfono.

—¿Qué necesitas?

—Tenemos un problema —Anna oyó que decía Bran—. Te necesito... y trae también a Anna. Tan rápido como podáis.

Bran necesitaba a Charles. Charles era su mano ejecutora, su asesino. Habitualmente ponía en peligro su vida por su padre. Anna iba a tener que acostumbrarse a aquello.

Anna se estaba poniendo la chaqueta cuando Charles colgó el teléfono. Regresó al dormitorio y volvió a salir de él con unos calcetines y unas botas en la mano.

—¿Puedes ayudarme con las botas? —le dijo—. Aún me cuesta agacharme.

Anna condujo el vehículo como alguien que no ha circulado nunca por una carretera congelada. Quizá no lo había hecho nunca. Pero aquella mañana lo había hecho mejor, y Charles no creía que la carretera estuviese en peores condiciones.

Evidentemente, fuera lo que fuese lo que la inquietaba, continuaba allí. Podía oler su ansiedad, aunque no sabía qué hacer para remediarla.

Si sus costillas hubieran estado en mejores condiciones, él mismo se habría encargado de conducir, pero se conformó con indicarle la dirección que debía seguir. Cuando la furgoneta coleó al entrar en el sendero que llevaba a la casa de su padre y Charles se sujetó con más fuerza a la puerta, Anna redujo aún más la velocidad. Un todoterreno color verde tiza con distintivos del gobierno estaba aparcado junto a la puerta principal: Servicio Forestal. Fuera cual fuese la razón por la que su padre le había llamado debía de tener alguna relación con el lobo solitario de las Cabinets. Tal vez había aparecido otro cuerpo.

Anna detuvo el vehículo detrás del todoterreno.

—¿Hueles eso? —le preguntó a Anna mientras esta rodeaba la furgoneta hasta donde él la esperaba.

Anna inclinó la cabeza y reflexionó sobre lo que estaba oliendo.

—¿Sangre?

—Fresca —dijo él—. ¿Te molesta?

—No. ¿Debería?

—Si fueras como cualquier otro lobo, Omega, ahora mismo estarías hambrienta.

Anna frunció el ceño y Charles respondió a su mirada:

—Sí, yo también. Pero soy lo suficientemente mayor para que no me incomode.

No se molestó en llamar a la puerta; su padre le habría oído llegar. Siguió el rastro de la sangre hasta el dormitorio de invitados.

Samuel había estado allí. Pese a no reconocer al hombre de mediana edad tumbado sobre la cama, reconoció la pulcra disposición de los vendajes. El hombre era tan humano como Heather Morrell, quien estaba sentada junto a la cama sosteniéndole la mano.

Heather levantó la cabeza. Charles vio el destello de pánico en su semblante pero no hizo nada por mitigarlo. Asustar a la gente formaba parte de lo que le convertía en un asesino tan eficaz. Además, hasta que no hablara con su padre y supiera qué estaba ocurriendo, nada de lo que pudiera decir aliviaría su dolor.

—¿Dónde está el Marrok? —preguntó.

—Te está esperando en su estudio —le dijo ella.

Dio un paso atrás e hizo ademán de irse, pero Heather dijo su nombre suavemente.

Y él se detuvo.

—Jack es un buen hombre —susurró Heather.

Charles miró por encima del hombro y vio que le estaba mirando fijamente. Podría haberle preguntado a qué se refería, pero antes quería hablar con su padre.

Aunque Anna no dijo nada, percibió por su creciente tensión que había captado parte del trasfondo. A menos que su instinto le engañara, tenía serias dudas sobre la supervivencia del amigo de Heather, Jack.

De modo que se limitó a asentir y se dirigió al estudio con Anna pegada a sus talones.

El fuego estaba encendido: una mala señal. Papá solo lo encendía cuando algo le preocupaba. Su padre estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo frente al hogar y con la vista fija en las llamas.

Charles se detuvo en el umbral pero Anna pasó junto a él y acercó las manos al fuego. Ninguno de los tres habló durante un rato.

Finalmente, Bran suspiró, se puso en pie y caminó lentamente alrededor de Charles.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó cuando volvió a situarse frente a él.

Le ardía la pierna, y aún estaba demasiado débil para poder correr. Pese a que no quería mentirle a su padre, tampoco le apetecía enumerar sus dolores y achaques.

—Mejor. ¿Qué necesitas?

Bran se cruzó de brazos.

—Esta semana ya he matado a alguien contra mi voluntad; no quiero volver a hacerlo.

—¿Jack tiene que morir?

¿Quería su padre que lo hiciera él? Miró a Anna con cierta ansiedad mientras esta se acercaba más al fuego y se encorvaba, dándole la espalda a ambos. Él tampoco quería matar a nadie más aquella semana.

Bran se encogió de hombros.

—No. Si debe hacerse, yo me encargaré. Espero poder evitarlo. Es uno de los compañeros de Heather. Estaban trabajando en el bosque, haciendo un trabajo para los Servicios de Emergencia. Buscaban a otro cazador desaparecido cuando fueron atacados por un hombre lobo. No hay ninguna duda de lo que era. Heather lo vio claramente. Le disparó y lo espantó; ha estado llevando balas de plata desde que identificó al asesino del otro cazador. Me ha dicho que su amigo Jack hizo la conexión entre su atacante y el cazador muerto mientras perdía y recuperaba la conciencia de camino hacia aquí.

—¿Lo ha traído aquí porque se ha Transformado?

—Ella dice que podría haberlo hecho, pero Samuel no está de acuerdo. Los daños no son masivos, y no se cura lo suficientemente rápido. —Hizo uno de aquellos gestos que le salían tan bien; aquel decía: *Soy solo un amateur, eso se lo dejo a los expertos*—. Según parece, su problema tiene más que ver con la pérdida de sangre que con la herida en sí. Y nuestra Heather se arrepiente de haberlo traído desde que Samuel hizo su declaración.

—¿En qué estás pensando?

Charles no podía evitar pensar que Anna lo estaba escuchando todo. Una parte de él quería ocultárselo, protegerla del lado desagradable de su vida. Sin embargo, se negaba a tener una relación con su pareja basada en medias verdades y secretos. Además, ella ya sabía mucho sobre lo desagradable que podían llegar a ser ciertas cosas. Bran se recostó en su silla y suspiró.

—Si un guarda forestal afirma que fue atacado por un hombre lobo, un hombre tan experimentado y respetado como Jack, la gente le creerá. Y, antes de ponerse poco comunicativa, Heather me dijo que Jack es un hombre sincero. Si cree que otros pueden correr peligro, difundirá la noticia tanto como pueda, por muy absurda que pueda parecer la verdad.

Charles sostuvo la mirada que le dirigió su padre. En otras circunstancias podrían dejarlo pasar. Si mataban al lobo problemático y no se producían más muertes, el incendio que pudiera provocar el guarda se consumiría por falta de combustible. No obstante, su padre creía que no tardarían mucho en salir a la luz pública. En cuestión de meses. No podían permitirse la mala publicidad.

Para ganar algo de tiempo y pensar si existía alguna salida a aquel dilema, Charles preguntó:

—¿Cómo consiguió sacarlo de allí?

Charles conocía las Cabinets. En aquella época del año, la mayor parte de aquellas montañas solo podían recorrerse con raquetas o a cuatro patas. Heather no era una mujer lobo y, por tanto, no podía cargar con alguien que pesara más que ella.

—Llamó a su tío. Tag lo sacó de allí.

Ah. De modo que aquella era la razón por la que Bran parecía meramente pensativo y no completamente encerrado en sí mismo, su estado habitual cuando debía resolver algún asunto desagradable.

Charles miró a su padre con una sonrisa de alivio.

—Vaya con la mocosa —dijo Charles. Aunque Heather tenía cuarenta y tres años, Charles la había visto nacer y aún la consideraba una niña pequeña, y, lo que era aún más importante, su imponente tío, Colin Taggart, también—. Así que si haces lo que deberías hacer y eliminas a este aparentemente respetable y responsable inocente, ¿te enfrentarías a un levantamiento?

Tag era extremadamente protector con aquellos que consideraba suyos, y el hecho de rescatar a aquel guarda, lo convertía automáticamente en suyo. Si Bran decidía eliminar al guarda de Heather, tendría que recurrir a Tag para que lo llevara a cabo. Gracias a Dios.

Bran emitió un suspiro que quería expresar que estaba siendo utilizado.

—Me sentiría más tranquilo si no tuviera que enviarte malherido a perseguir a un lobo solitario. Estoy bastante seguro de que si eliminamos la amenaza, y demostramos a Jack que su atacante era un criminal además de un monstruo, lo único que deseará será conservar la paz y la tranquilidad. Necesito a ese lobo muerto antes de que Jack se recupere y exija que le dejemos marchar.

—¿No puedes enviar a nadie más? —preguntó Anna en voz baja.

Bran negó con la cabeza.

—Esto debe realizarse de forma rápida y silenciosa, y permanente. Charles es el único en quien puedo confiar para mantener a las autoridades humanas alejadas si las cosas se ponen feas. —Sonrió ligeramente—. Y sé que no se unirá al asesino en este carnaval de carne humana.

Charles observó a su padre brevemente: no podría haberlo expresado en menos palabras... ni de un modo más desesperado.

—No es probable que el lobo sea más dominante que yo, de modo que no podrá embaucarme ni reclutarme —le explicó a Anna—. Y si las cosas se ponen «feas», mi magia puede encubrir las pruebas. No soy tan bueno como una bruja de verdad, pero no creo que envíen a un grupo de forenses de primera clase a las montañas.

—Además, no existe ningún otro lobo en Aspen Springs que pueda enfrentarse a un asesino de estas características sin perder su rastro. —Bran se dio la vuelta para mirar a Anna, quien seguía con la vista clavada en el fuego—. Matar a un ser sensible es mucho más adictivo que cazar conejos bajo la luz de la luna. Entre otras cosas, Aspen Creek es un santuario para los lobos problemáticos, o para quienes están en vías de serlo. Los lobos que podrían cazar a otro hombre lobo ya están lo suficientemente recuperados para regresar al mundo. Normalmente no los retengo más de lo necesario.

—¿De modo que todos los lobos de tu manada son psicóticos? —preguntó Anna.

Charles no supo si lo había dicho en broma o no. Tal vez, pensó, ahora que reflexionaba en ello con mayor detenimiento, no estaba tan lejos de la verdad.

Bran echó la cabeza para atrás y estalló en carcajadas.

—En absoluto, querida. Pero no están preparados para esto. Si creyera estar poniendo la vida de Charles en peligro, enviaría a otro. Será incómodo, y complicado, pero no existe otro lobo en todo el país que conozca las Cabinets tan bien como mi hijo. Y pese a estar herido, puede dominar a cualquier lobo que exista.

—¿Vas a enviarle solo?

Charles no reconoció nada en aquellas palabras, pero era evidente que su padre había intuido algo que le intrigaba.

—No necesariamente. —Y adoptó la expresión que solía utilizar cuando hallaba una solución satisfactoria a un problema que le había estado torturando. Charles tardó demasiado tiempo en comprender a lo que se referían y, cuando lo hizo, no pudo detenerle—. Puedes acompañarle.

—No —dijo Charles con autoridad, aunque también con la inquietante sensación de que era demasiado tarde.

Bran no le prestó la más mínima atención.

—No será divertido. Esas montañas son muy duras, y eres una chica de ciudad.

—Soy una mujer lobo —dijo ella con el mentón levantado—. No debería costarme mucho adaptarme a un entorno hostil, ¿no crees?

—No tiene ropa adecuada, ni guantes, ni botas —gruñó Charles desesperado. Sabía que su padre ya había tomado una decisión, aunque no tenía ni idea de por qué se mostraba tan decidido—. En esta época del año tienen que usarse raquetas, y ella no tiene experiencia. Me retrasará.

Su padre solía poner aquella *expresión* cuando quería utilizarlo.

—¿Más que la herida de tu pantorrilla? —Se cruzó de brazos y se meció en la silla con los talones. Debió de reconocer la obstinada negativa en el rostro de Charles, ya que suspiró y pasó al galés—: Necesitáis tiempo para arreglar ciertas cosas entre vosotros. Ella no confía en ninguno de nosotros. Aquí hay demasiada gente que le mordería el rabo. —Su padre era un caballero, jamás diría algo en contra de su pareja, pero los dos supieron que se refería a Leah—. Anna tiene que conocerte, y tú no eres precisamente fácil en ese sentido. Llévatela de aquí y pasad unos cuantos días solos. Le sentará bien.

—¿Para que me vea matar al intruso? —Charles le respondió en la misma lengua que había utilizado su padre. Anna sabía lo que era él, pero no quería tener que restregárselo por la cara. Aunque estaba acostumbrado a aterrorizar a la gente, no quería hacer lo mismo con ella—. Estoy seguro de que servirá para que esté mucho más segura de mí.

—Tal vez.

No había marcha atrás cuando su padre decidía el curso de los acontecimientos, y todo aquel que se interpusiera en su camino acababa tumbado como un bolo.

A Charles no le gustaba ser un bolo. Miró a su padre en silencio.

El viejo bardo sonrió débilmente.

—De acuerdo —dijo Charles en inglés—. Muy bien.

Anna levantó el mentón.

—Intentaré no retrasarte.

Y Charles se sintió como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago: lo único que había conseguido es que ella se sintiera rechazada, todo lo contrario de lo que había pretendido. Pese a que las palabras no eran su fuerte, intentó arreglar la situación de todos modos.

—No me preocupa que me retrases —le dijo—. Papá tiene razón. Con esta pierna no voy a batir ningún récord de velocidad. Esto no va a ser divertido, no en esas montañas y en invierno.

No quería que le viera matar otra vez. A veces estaba bien, y el otro lobo se resistía, como había hecho Leo. Pero otras gritaban y suplicaban. Y, pese a todo, debía matarlos.

—De acuerdo —dijo Anna.

La tensión de su voz le dijo que aún no había arreglado el daño, aunque no podía mentirle diciéndole que quería que fuera con él. No quería. Y aunque sabía que la capacidad de Anna para captar una mentira era bastante impredecible, se negaba a mentirle a su pareja.

—Lo entiendo —dijo Anna sin apartar la vista del suelo—. No será divertido.

—Haré una llamada para que os abran la tienda —dijo Bran. Resultaba imposible saber lo que pensaba, salvo que había decidido no ayudar a Charles—. Equípala con todo lo necesario.

Charles desistió y dirigió su atención a algo que controlaba mejor.

—Diles que estaremos allí en una hora —dijo—. Primero tengo que hablar con Heather y Tag. Saldremos por la mañana.

—Coge mi Humvee —dijo Bran extrayendo una llave de su llavero—. Llegaréis más lejos que con tu furgoneta.

¿Por qué estás siendo tan servicial?, pensó Charles con frustrado rencor. Bran no podía leer las mentes, pero la fugaz sonrisa en el rostro de su padre le dijo que no le costaba mucho leer la expresión de su hijo.

Charles no se sorprendió al encontrar a Heather esperándoles. Estaba frente a la puerta de la habitación de invitados, apoyada en la pared y con la vista clavada en sus pies. No la levantó cuando se aproximaron a ella, pero dijo:

—Lo he matado trayéndolo aquí, ¿no es cierto?

—¿Tag se ha marchado a casa? —preguntó Charles.

Entonces Heather le miró, examinándole el rostro.

—Dijo que ya tenía suficiente sangre para unos cuantos días y se marchó abajo a ver una película.

—Jack estará bien —dijo Anna, aparentemente impaciente por la neutralidad de Charles—. Charles y yo nos ocuparemos del hombre lobo que le atacó. Esperemos

que con eso tu amigo no pierda la cabeza con la prensa.

Heather miró a Anna durante un segundo.

—Gracias a Dios que hay alguien por aquí que no actúa como si la información fuese más valiosa que el oro. Debes de ser la Omega de Chicago.

Anna sonrió, aunque se dio cuenta de que debía practicar más.

—Los lobos suelen ser bastante reservados, ¿no es cierto? Si te sirve de algo, creo que el hecho de que trajeras aquí al otro lobo... ¿se llamaba Tag?... ha sido lo que ha desequilibrado la balanza.

Heather miró a Charles por el rabillo del ojo y este supo que aquello es lo que había pretendido cuando llamó a su tío pidiéndole ayuda. Aun así, percibió la verdad en su voz cuando dijo:

—Fue lo único que se me ocurrió. Sabía que si se lo pedía yo, vendría.

Tag era así.

—¿Podríamos despertar a Jack? —preguntó Charles.

—Está en un duermevela —les dijo ella—. Ahora está dormido, no inconsciente.

El humano era algo mayor que Heather. Tenía la cara pálida y tensa. En cuanto Heather lo despertó, el aroma de su pánico inundó la habitación.

Interesante, pensó el Hermano Lobo al reconocer a una presa herida. *Comida fácil*.

Charles aún no había descubierto si el Hermano Lobo decía las cosas en serio o si bromeaba, pues nunca le había permitido alimentarse de un humano. Tenía la incómoda sospecha de que no era ni lo uno ni lo otro. Hizo retroceder al Hermano Lobo y esperó a que el humano le viera por encima del hombro de Heather.

—Me llamo Charles —dijo—. Soy un hombre lobo. Heather, no voy a comérmelo.

Pese a que Heather finalmente se apartó, Charles estaba convencido de que hubiese preferido quedarse entre ambos para proteger a su amigo.

—¿Por qué nos atacaste? —dijo Jack en un susurro, haciendo un esfuerzo para que las palabras salieran de su boca.

—No fui yo —le dijo Charles—. Pregúntale a Heather. Ella te lo dirá. Oímos hablar del lobo solitario hace unos días. Yo estaba herido, y mi padre quería esperar hasta que me recuperase para enviarme tras él. Pensábamos que, terminada la temporada de caza, no habría mucho peligro si esperábamos un par de semanas.

—¿Herido?

Charles apretó los dientes para controlar al lobo, el cual demostraba abiertamente su desaprobación, mientras se desabotonaba la camisa y se daba la vuelta. La quemadura que le atravesaba los hombros era más que evidente, pero había estado oliendo su propia sangre desde que Anna coleara en el sendero, así que estaba bastante seguro de que el vendaje que le cubría la herida de la espalda estaría manchado de sangre.

Aunque ni Jack ni Heather representaban una amenaza, al Hermano lobo le daba lo mismo: mostrar las debilidades a los demás estaba mal. Sin embargo, era importante que Jack comprendiera por qué habían esperado. Si querían que no contara nada, Jack debía entender que, en circunstancias normales, eran capaces de controlar a los suyos.

—Quemadura de bala —dijo Jack.

—Y dos más que dieron en el blanco —confirmó Charles, volviendo a abrocharse la camisa.

—Jack antes era policía —apuntó Heather.

Durante aquellos minutos había mantenido la vista apartada, para evitar mirar a Charles, un gesto que este agradeció.

—Tuve algunos problemas en Chicago hace unos días —dijo Charles.

—Deberías curarte —susurró Jack.

Charles negó con la cabeza.

—No si hay un hombre lobo cazando humanos. —Miró a Heather—. ¿Hubo alguna provocación?

Ella se encogió de hombros.

—No estoy segura. Simplemente salió de la nada y atacó. Existen muchas razones para que aquel lobo solitario lo hiciera. Tal vez ha establecido su territorio o debe proteger a alguien o algo.

—Aunque también podría estar cazando —concluyó Charles—. No podemos permitirnos el lujo de esperar a que encuentre una nueva víctima.

Anna siguió a Charles escaleras abajo en busca del tío de Heather, Tag. Las escaleras terminaban en un estrecho pasillo lleno de puertas metálicas, cada una con gruesas barras de hierro preparadas para bajar sobre los soportes instalados a ambos lados.

En una de las puertas, las barras estaban bajadas. Quien estuviese tras ella, había estado haciendo ruido hasta que ellos llegaron al pasillo. Entonces el pasillo quedó en completo silencio, y Anna pudo sentir cómo escuchaba sus pasos mientras se aproximaban.

Podría haberle preguntado a Charles, pero este parecía encerrado en sí mismo. No sabía si estaba molesto con ella o simplemente pensativo. De cualquiera de los dos modos, no quería molestarle. Ya lo había hecho suficiente. Tendría que haberle dicho que se quedaría en casa.

Pero aquello habría significado que se marcharía solo, herido, para enfrentarse a un lobo solitario desconocido. Su padre parecía confiar en que podía arreglárselas solo, pero él no había estado en su casa ayer por la noche cuando Charles estaba demasiado dolorido incluso para moverse sin su ayuda.

Si Charles decidía que no la quería a su lado, ¿qué podía hacer ella?

Había una puerta algo más halagüeña al final del pasillo; no tenía ni cerrojos ni llaves. Sin embargo, mientras se acercaban a ella, Anna oyó el sonido de una explosión.

—Guau —dijo alguien con feroz satisfacción.

Charles abrió la puerta sin llamar.

Anna tuvo una fugaz visión de una enorme pantalla de televisión conectada a una gran variedad de lustrosas cajas negras y altavoces mediante el arco iris formado por una red de cables. Sin embargo, lo que captó su atención y la mantuvo fue el hombre corpulento tumbado sobre un sofá como un gato doméstico gigante. Y «gigante» es la palabra que mejor lo definía.

Charles era un hombre alto, pero Anna estaba dispuesta a apostar que Colin Taggart era unos centímetros más alto que él y algunos más de ancho. A pesar del frío, llevaba puestas unas enormes sandalias Birkenstock por encima de unos gruesos calcetines de lana, usados y deshilachados pero limpios. Unos pantalones sueltos color caqui quedaban cubiertos por una camiseta teñida que le colgaba por debajo de los muslos. Tenía el pelo de un espectacular color naranja y tan tosco como la crin de un poni; lo tenía rizado y enmarañado de tal forma que podría deberse tanto a un estilo deliberado como a la simple despreocupación. Se había apartado toda la melena del rostro con una gruesa goma de pelo manchada de tinta.

No estaba en el funeral, pensó Anna. Se acordaría de él. Probablemente estuviera en las montañas rescatando a su sobrina.

Su piel tenía la palidez típica de los celtas, con numerosas pecas poblándole las mejillas. Entre el tono de su piel y sus afiladas facciones podría haber llevado tatuado «Irlandés» en la frente. Olía a una extraña variedad de inciensos que envolvía un agradable aroma a tierra que Anna no sabía exactamente dónde ubicar. Parecía quince o veinte años más joven que su sobrina, y lo único que ambos tenían en común eran los ojos grises.

Tras una rápida ojeada a Charles cuando entraron en la habitación, Tag volvió a dirigir su atención al televisor para contemplar el final de la explosión. Entonces apuntó el mando a distancia en la dirección aproximada del televisor y detuvo la película.

—Bueno —dijo en una voz sorprendentemente aguda—. No hueles a muerto.

No era un soprano, pero un hombre de su corpulencia debería sonar como un bombo. Sonaba más bien como un clarinete: su acento era igual al de un locutor de televisión.

—Si el amigo de Heather mantiene la boca cerrada, estará a salvo —dijo Charles—. Salimos de caza a primera hora de la mañana. Te agradecería si pudieras hacer unas cosas por mí.

Anna comprendió que la pose relajada había sido una artimaña cuando el otro lobo se incorporó y se permitió el lujo de deslizarse por el sofá y utilizar el impulso

para ponerse en pie. Todo con la controlada velocidad y elegancia de un bailarín de la corte.

De pie, ocupaba más espacio del que le correspondería en la reducida habitación. Anna dio un paso atrás involuntario que pasó desapercibido a los dos hombres.

Tag sonrió, pero sus ojos desprendían cautela y los mantuvo clavados en Charles.

—De acuerdo. Siempre y cuando no mates a mi pequeño amigo, estaré encantado de complacerte.

—Necesito que tanto tú como Heather recordéis dónde estaban exactamente cuando les atacó, mejor sobre un mapa. A ver si podemos ubicar con exactitud dónde estaba la otra víctima del hombre lobo, y también el estudiante. —Charles miró a Anna, repasándola de arriba debajo de un modo impersonal antes de dirigir de nuevo su atención al otro hombre—. Después pásate por casa de Jenny y comprueba si tiene ropa sucia, algo con su sudor.

Los ojos del lobo se agrandaron.

—¿Vas a hacer eso del rastro? Harrison es más o menos de tu misma estatura. ¿Quieres que coja algo de su ropa para ti?

—Perfecto. Nos encontraremos en mi casa en un par de horas con el mapa y la ropa.

—Bran no ejecutará al hombre de Heather.

Aunque fue una afirmación, la voz de Tag estaba teñida de cierta incertidumbre.

Charles se encogió de hombros.

—Por lo menos todavía no. A menos que decida hacer alguna estupidez.

A Anna aquello no le pareció muy tranquilizador. Sin embargo, Tag lo consideró suficiente.

—De acuerdo —dijo con un asentimiento—. Os veo en un par de horas.

Charles aparcó el Humvee frente a la casa, probablemente porque no cabía en el garaje. Estaba tenso y cojeaba ligeramente, pero cuando Anna intentó cargar con los paquetes que habían recogido en la tienda, Charles se limitó a mirarla. Ella levantó ambas manos en señal de rendición y le dejó cargar con los bultos.

No había hecho ningún comentario personal desde que abandonaran el estudio de su padre.

—Tal vez deberías ir con otra persona —dijo ella finalmente mientras cerraba la puerta al frío invernal—. Otro lobo podría serte más útil.

Charles se dio la vuelta y la miró fijamente. Se quitó los guantes con parsimonia mientras seguía mirándola con sus ojos negros a la tenue luz de la casa. Ella le devolvió la mirada durante uno o dos segundos antes de bajar los ojos.

—No me gusta llevar refuerzos para matar —le dijo tras un momento—. Demasiados lobos tienden a estropear las cosas.

Se quitó la chaqueta y la dejó deliberadamente sobre el respaldo del sofá.

—Nos enfrentamos a un hombre lobo que mata a humanos. Podría ser un infiltrado, alguien que intenta evitar que mi padre revele poco a poco nuestra existencia a los humanos. Aunque he estado reflexionando sobre eso y no creo que sea el caso. Tiene que ser una persona desesperada para ocultarse en las Cabinets en esta época del año, cuando podría estar mucho más comfortable en Missoula o Kalispell. Donde además atraería mucha más atención. Moverse por las montañas en pleno invierno es muy complicado para un ataque planificado o un asesino habitual. Creo que nos enfrentamos a un lobo solitario. Alguien que no sabe demasiado y que intenta mantenerse alejado del mundo. Peligroso, como ha demostrado repetidamente, pero nada que no pueda controlar.

—Haré lo que me digas —le dijo Anna al suelo, sintiéndose estúpida por insistir en acompañarle y dolida porque él no la quisiera a su lado—. Intentaré no molestarte.

—Ni siquiera se me hubiera pasado por la cabeza llevarte conmigo si no hubiera sido por la insistencia de mi padre —dijo él lentamente—. Y me habría equivocado.

Sus palabras la cogieron completamente desprevenida. Con la sospecha de que le había malinterpretado, levantó la vista y se topó con una sonrisa avergonzada.

—Creo —dijo él— que incluso un hombre lobo merece una oportunidad, ¿no crees? Un lobo solitario oculto en las Cabinets resulta bastante desesperado, y existe una posibilidad de que también él sea una víctima, como el cazador muerto o Jack. Pero, si fuera yo solo, incluso si supiera con total seguridad que estaba chiflado o fuera de control más allá de su responsabilidad, probablemente tendría que matarlo de todos modos. Mira lo que has hecho con Asil esta mañana. Si vienes conmigo, puede que podamos darle una oportunidad a este lobo.

Pese a que parecía decirlo con sinceridad, Anna midió sus palabras:

—¿No estás enfadado? ¿No hubieras preferido que mantuviera la boca cerrada?

Charles recorrió la distancia que les separaba y la besó. Cuando se apartó, el corazón de Anna latía acelerado, y no solo de miedo. Sintió su pulso contra su garganta. Olía a bosque cubierto de nieve.

—No —murmuró él—. No quiero que te calles. —Le recorrió suavemente la mandíbula con un dedo—. Tag llegará en cualquier momento. Será mejor que vaya preparando la comida.

Pese a estar aún dolorido y asegurarle que no era un gran cocinero, preparó el estofado que ella había estado organizando cuando llamó Bran. Aunque la envió en busca de las patatas, las cuales estaban almacenadas en un saco de arpillera en el sótano, pareció satisfecho de encargarse de todo el trabajo.

Ella le observó cocinar, y la euforia provocada por el beso se desvaneció. Frente a ella tenía a un hombre habituado a estar solo, a depender de sí mismo. No la necesitaba, aunque ella dependía completamente de él.

Mientras esperaban que el estofado hirviera a fuego lento, Charles encendió el pequeño televisor del comedor, el único aparato que había visto en la casa, y una

mujer alegre con pintalabios brillante les dijo que al día siguiente haría más frío. Charles se sentó y ella tomó asiento al otro lado de la mesa de roble.

—Eso es lo más local que conseguiremos —le dijo Charles mientras veían la previsión meteorológica—. Missoula y Kalispell.

Anna no supo por qué no permitía que la televisión llenara el silencio.

—Tu padre me dijo que te preguntara si podía contactar con mi familia —dijo Anna mientras la locutora informaba sobre las ventas de Navidad durante el fin de semana: bajada en las ventas respecto al año anterior, aumento de las compras por Internet.

—¿Ocurre algo?

—No lo sé. No he hablado con ellos desde poco después de mi Transformación.

—¿No has hablado con tu familia desde hace tres años? —Charles frunció el ceño. Entonces su cara se iluminó por la súbita comprensión—. No te lo permitía.

Anna le miró fugazmente.

—Leo dijo que mataría a cualquier humano que tuviera la mínima sospecha de lo que éramos. Y que cualquier contacto prolongado con mi familia era causa suficiente para su eliminación. Siguiendo sus indicaciones, me enfadé por algo que dijo mi cuñada y no volví a hablar con ellos.

—Idiota —escupió Charles antes de sacudir la cabeza—. Tú no. Leo. ¿Por qué...? Supongo que pensaba que tu familia se opondría al trato que estabas recibiendo y que armarían un escándalo, y creo que tenía razón. Si quieres llamar ahora, adelante. O si prefieres, cuando acabemos con esto podemos ir a hacerles una visita. Ciertas cosas se explican mejor en persona.

Notó cómo se le reseca la garganta y tuvo que contener unas repentinas y estúpidas lágrimas.

—Lo siento —consiguió decir.

Charles se inclinó hacia ella pero, antes de que pudiera decir nada, ambos oyeron el inconfundible sonido de un coche aproximándose.

Sin llamar a la puerta, Tag entró en la casa como una brisa cálida, con una bolsa de papel en una mano y un mapa en la otra.

—Ahí estáis. —Se detuvo y olfateó atentamente—. Decidme que hay de sobra para los tres. Llevo horas con tus recados y aún no he comido nada.

—Sírrete tú mismo —dijo Charles con brusquedad al comprobar que Tag había soltado todos los bultos y ya estaba en la cocina.

Anna le oyó mover cacharros durante un momento y después le vio aparecer en el salón con tres cuencos de estofado en sus grandes manos. Dejó uno frente a Anna, otro frente a Charles y el último en un lugar cercano a este. Otro viaje a la cocina y regresó con tres vasos de leche y cucharas. Sirvió los platos con tal profesionalidad que Anna pensó que debía de haber trabajado en algún restaurante.

No dejó de mirar a Charles mientras se sentaba, y Anna se dio cuenta de algo que había estado percibiendo desde hacía tiempo. Pese a su comportamiento casual, Tag

le tenía miedo a Charles, como también lo había tenido Sage pese a aquel «Charlie».

Existía una razón, pensó Anna, para que la pareja de Bran, Leah, hubiese venido cuando Charles estaba ocupado en otro lugar, y también para que la casa le resultase tan poco familiar.

Anna había reconocido el miedo de Heather, pero Heather era humana. Los otros eran licántropos, y sus reacciones eran reconocibles por los sutiles movimientos de sus cuerpos, como la vigilancia constante de Tag.

Tag comió un par de ruidosas cucharadas ante las cuales la madre de Anna habría respondido con una bofetada en la mano, y a continuación le dijo a Charles:

—Necesita comer. Leo nunca supo cuidar de los regalos que recibía.

—Anna no fue un regalo —dijo Charles—. Él la cazó.

El semblante de Tag se tensó.

—¿Transformó a una Omega por la *fuerza*?

Conmoción, pensó Anna, e incredulidad.

—No —dijo Charles—. La cazó, y cuando dio con ella, envió a un perro rabioso tras ella.

—Solo a un cabrón loco se le ocurriría atacar a una Omega. ¿Le mataste?

La naturalidad de la voz de Tag era demasiado estudiada para ser real.

—Sí.

—¿También a Leo?

—Sí.

—Bien hecho.

Tag volvió a mirarla, sin que en aquella ocasión sus ojos se encontraran, y continuó comiendo.

—Por entonces aún no era una Omega —dijo Anna—. Era simplemente una humana.

Charles la miró con una sonrisa fugaz y regresó a su estofado.

—Cuando naciste ya eras una Omega, del mismo modo que mi padre era dominante y peligroso desde que empezó a caminar, humano o no. El hombre lobo solo lo saca a la superficie, y la edad lo pule.

—¿No lo sabía? —preguntó Tag.

—Leo hizo todo lo posible por mantenerla ignorante y bajo su puño —le dijo Charles.

Tag levantó una enmarañada ceja pelirroja en su dirección.

—Nunca me gustó Leo, demasiado solapado para mi gusto. Es muy difícil para un lobo dominante hacer daño a uno sumiso si este está sano. Nuestros instintos nos empujan a protegerlos. Los Omega están un paso más allá. Cuando eras humana, tendrías que haber sido mucho más frágil de lo que eres ahora, lo que aumentaría esos instintos. Una Omega humana solo podría ser atacada por un perro rabioso, un lobo sediento de sangre.

Los dos hombres habían continuado comiendo antes de que Anna decidiera cuestionar su afirmación.

—Ningún lobo en la manada de Leo parecía tener muchos problemas para pegarme.

Los ojos de Tag se encontraron con los de Charles, y Anna recordó que bajo aquella chillona alegría se ocultaba un lobo.

—Tendría que haberles costado —dijo Charles severamente—. Si Leo no les hubiese empujado, te habrían dejado en paz.

—¿Ninguno se enfrentó a él? —preguntó Tag.

—Ya se había deshecho de los más fuertes —dijo Charles—. Tenía al resto bajo su puño. Bailaban a su ritmo.

—¿Estás seguro de que lo mataste? —preguntó Tag.

—Sí.

Los ojos de Tag volvieron a posarse en Anna.

—Bien.

En cuanto terminaron de comer, Tag acercó el mapa que había traído y lo extendió sobre la mesa.

Anna recogió los platos sucios y los fregó, mientras Charles y Tag mascullaban sobre el mapa.

—Todos los ataques se produjeron a pocos kilómetros del lago Baree —estaba diciendo Tag cuando Anna regresó y se puso a observar el mapa por encima del hombro de Charles—. Según he oído, en esos bosques hay una vieja cabaña, aunque nunca la he visto.

—Sé dónde está. Es una buena idea. —Charles señaló con el dedo un punto del mapa—. Está por esta zona, no muy lejos de los ataques. Hace unos diez o quince años que no he estado en el lago Baree en invierno. ¿Todavía es esta la mejor carretera?

—Es la que cogí yo. Será mejor que cojas este sendero de aquí. —Tag lo señaló sobre el mapa pero Anna no vio ningún sendero.

—Muy bien —dijo Charles—. Después recorreremos a pie el paso de Silver Butte.

—Bien. El primer ataque se produjo aquí. —Y Tag señaló ligeramente los alrededores del lago Baree—. Justo en el sendero que suele utilizarse en verano, a unos tres kilómetros del lago. El cadáver del cazador fue encontrado aquí, aproximadamente a un kilómetro del lago. Probablemente llegó a través del paso de Silver Butte, como haréis vosotros mañana. Para estar a principios de octubre hay mucha nieve; en temporada de caza la vieja carretera de servicio sería impracticable. Heather y Jack fueron atacados aquí, a unos seis kilómetros de su furgoneta. Yo pude acercarme un kilómetro más en mi vehículo, de modo que en el Humvee podréis avanzar algo más.

Charles canturreó algo y después dijo:

—Puede que haya empeorado. Podríamos intentar llegar a Vimy Ridge.

Tag soltó una breve carcajada.

—El lugar ideal para ocultarse. No me gustaría ser el lobo que te siguiera en un lugar como ese a finales del verano, y menos aún en pleno invierno. Por suerte, el lago Baree es lo que más se acerca a una excursión veraniega en todo el parque Cabinet. —Tag miró a Anna—. No será fácil, no creas. Pero se puede hacer. El único modo de llegar a Vimy Ridge con este tiempo es en helicóptero. La nieve puede alcanzar los cuatro metros en algunas zonas altas, como, por ejemplo, en las estribaciones de Baree. Vas a ir con este viejo lobo, así que hazle caso en todo, porque si no, por mucho que seas una mujer lobo, acabaremos buscando tu cuerpo congelado.

—No es necesario que la asustes —dijo Charles.

Tag se inclinó sobre la silla y sonrió.

—No estás asustada, ¿verdad, palomita? —Y en aquella última frase Anna percibió un rastro de acento irlandés, o tal vez cockney. Puede que tuviera un buen oído, pero necesitaba más de tres palabras.

Tag miró a Charles. Heather tuvo que subir bastante para poder llamarme. En la mayor parte de las Cabinets aún no hay cobertura. Aparqué aquí —señaló el mapa con el dedo— y tras caminar un trecho encontré cobertura. Os sugiero que aparquéis por allí y dejéis los móviles en el coche.

Charles le miró con dureza.

—¿En caso de que no se trate de un lobo solitario?

—Tú y Bran no sois los únicos que sabéis sumar dos y dos —dijo Tag—. Si esto es un ataque premeditado, será mejor que los villanos no puedan rastrearte gracias a ese sencillo localizador que hoy en día llevan todos los móviles.

—No pretendía hacerlo —confirmó Charles. Volvió a inclinarse sobre el mapa—. Por los ataques, parece que Baree es el centro de este territorio pero...

—En cuanto empieza a caer la nieve, no suele haber mucha gente ni al este ni al oeste del lago —dijo Tag convencido—. El lago Baree puede ser tanto el centro del territorio como su límite.

Charles frunció el ceño.

—No creo que le encontremos al este. Si estaba en ese gran valle al otro lado de la cordillera que lo separa del Baree, la extensión natural donde establecería su territorio sería a través del valle y quizá hasta el lago Buck o incluso Wanless, pero no más allá de la cordillera. En esta época del año es casi imposible viajar del valle a Baree, ni siquiera a pie.

—Entonces al oeste.

Charles recorrió con el dedo la distancia desde Baree hasta un par de lagos más pequeños.

—Creo que iremos a Baree y de allí viajaremos al oeste, por encima de los lagos Bear, a través de Iron Meadows y volveremos atrás hasta esta montaña y Vee. Si por

entonces no hemos dado con él, creo que será el momento de avisar a toda la manada.

—Ten cuidado, en Bear existe un alto peligro de avalanchas —dijo Tag, pero Anna percibió la aprobación en su tono de voz.

Se pasaron algo más de tiempo planificando una ruta que les llevaría unos cuatro días a pie. Cuando terminaron, Tag se llevó la mano a la frente como si se tocara un sombrero invisible.

—Encantado de conocerle, señora —le dijo a Anna.

A continuación, sin darle tiempo a contestar, se marchó tan precipitadamente como había llegado.

Capítulo 6

—Le caes bien —dijo Charles mientras plegaba el mapa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—No habla con los que le caen mal. —Empezó a decir algo más pero se lo pensó mejor y levantó la cabeza para quedarse mirando la puerta con el ceño fruncido—. ¿No sé qué querrá?

En cuanto Anna centró su atención, también oyó cómo se aproximaba un vehículo.

—¿Quién? —preguntó ella, pero él no respondió, simplemente salió del salón, mostrándose algo reacio a que ella le siguiera.

Charles abrió la puerta de golpe al lobo del funeral: Asil. Tenía una mano levantada con la intención de golpear la puerta. En la otra llevaba un ramo de flores compuesto principalmente por rosas amarillas, aunque también había algunas de color violeta que parecían margaritas.

Asil se adaptó rápidamente a la nueva situación, regalándole a Anna una sonrisa mientras evitaba la mirada de Charles. Puede que fuera la respuesta adecuada ante un lobo obviamente molesto y más dominante que él, salvo por el hecho de que sus ojos seguían clavados en Anna.

—He venido a disculparme —dijo Asil—. Con la dama.

Anna se dio cuenta de que era casi treinta centímetros más bajo que Charles, unos dos o tres centímetros más alto que ella.

Al estar junto a Charles, descubrió que ambos tenían la piel oscura, al igual que los ojos y el cabello; negros bajo la luz artificial. Sin embargo, el tono de la piel era distinto, y las facciones de Asil eran más afiladas, más de Oriente Próximo que nativas americanas.

—Para *mi* dama —dijo Charles lentamente, con el rastro de un gruñido en la voz.

Asil sonrió abiertamente, el lobo pintado en su rostro tan solo un instante.

—Para *tu* dama, por supuesto. Por supuesto. —Le entregó las flores a Charles y añadió suavemente—: No tiene tu olor, Charles. De ahí el error.

Miró a Charles tímidamente y volvió a sonreír. Se dio la vuelta y regresó con la cola entre las piernas por donde había venido. El vehículo aún seguía con el motor encendido.

Anna se cubrió el cuerpo con los brazos para protegerse de la ira que percibía en Charles, aunque no comprendió por qué le habían incomodado tanto las últimas palabras de Asil.

Charles cerró la puerta y le alargó el ramo de flores. Sin embargo, había un salvajismo en la tensión de sus hombros y de su lenguaje corporal que obligaron a

Anna a ponerse las manos tras la espalda y dar un paso atrás. No quería tener nada que ver con las flores de Asil si provocaban tal ira en Charles.

Entonces él la miró detenidamente, no solo a través de ella, y algo se tensó con más fuerza en los músculos de su cara.

—No soy ni Leo ni Justin, Anna. Las flores son para ti. Son hermosas y huelen muy bien, mucho mejor que la mayoría de flores de invernadero. Asil tiene uno, y casi nunca corta sus flores. Es su forma sincera de agradecerte la ayuda de esta mañana. Solo me ha provocado para divertirse un poco. Deberías aceptarlas.

Sus palabras no encajaban con la furia que podía captar con el olfato. Y aunque Charles pensara que no sabía utilizarlo de un modo muy eficaz, había aprendido a hacerle más caso que a sus oídos.

Aunque no pudo mirarle a los ojos, cogió el ramo y se encaminó a la cocina. No sabía dónde buscar un jarrón. Oyó un ruido detrás de ella y Charles dejó sobre la encimera una de las tinajas de cerámica del salón.

—Eso servirá —le dijo él.

Cuando ella no hizo ademán de moverse, él mismo llenó la tinaja de agua. Lentamente —para no asustarla, pensó ella—, cogió el ramo, cortó el extremo inferior de las flores y las dispuso en la tinaja con más eficacia que buen gusto.

Tardó un poco en superar la súbita sacudida producida por el pánico y la consiguiente vergüenza que sentía por su cobardía. Y tampoco quería arreglar las cosas diciendo algo inadecuado. O haciendo algo inadecuado.

—Lo siento —dijo. Tenía el estómago tan tenso que le costaba respirar—. No sé por qué soy tan idiota.

Charles terminó de colocar la última flor, una de las lilas. Lentamente, dándole la oportunidad de rechazar su gesto, le puso un dedo bajo la barbilla y la mantuvo levantada.

—Hace menos de una semana que me conoces —le dijo—. No importa cómo te sientas a veces. No es tiempo suficiente para aprender a confiar en mí. No pasa nada, Anna. Soy paciente. Y no te haré daño si puedo evitarlo.

Ella levantó la mirada, esperando unos ojos negros pero encontrando en su lugar unos dorados, sin embargo, su mano seguía siendo suave, incluso con el lobo tan cerca de la superficie.

—Soy yo el que debe pedirte disculpas —dijo él. Se disculpaba, pensó ella, tanto por su lobo como por su breve estallido de mal genio—. Esto también es nuevo para mí. —Una sonrisa fugaz desapareció tan rápidamente como había llegado. La extraña expresión infantil le daba un aspecto avergonzado pese al sutil rastro de dureza—. No estoy acostumbrado a sentirme celoso, ni a perder el control con tanta facilidad. No son solo las heridas de bala, aunque tampoco ayudan mucho.

Se quedaron un momento más de aquel modo, con la mano de él bajo su barbilla. Anna tenía miedo de moverse y provocar la ira del lobo que teñía sus ojos de amarillo

o hacer algo que pudiera herirle del modo en que le había herido con su cobardía. No sabía qué esperaba Charles de ella.

Él fue quien finalmente rompió el silencio.

—Mi padre me dijo que había algo que te preocupaba cuando te marchaste de la iglesia esta mañana. ¿Era por Asil? ¿O por otra cosa?

Anna dio un paso hacia un lado. Él se lo permitió, pero su mano pasó de su rostro a su hombro, y ella no pudo dar otro paso porque aquello significaría deshacerse de él definitivamente. Si no lograba controlarse, Charles pensaría que no era más que una neurótica idiota.

—No estaba preocupada por nada. Estoy bien.

Charles suspiró.

—Siete palabras y dos mentiras. Anna, voy a tener que enseñarte a olfatear las mentiras, así no volverás a intentarlo conmigo. —Cuando apartó la mano, Anna tuvo ganas de gritar por la pérdida, pese a que una parte de ella no quería saber nada de él —. Podrías decirme simplemente que no quieres hablar de ello.

Cansada de sí misma, Anna se frotó la cara, hinchó las mejillas y soltó el aire como un caballo jadeante.

—Estoy hecha un lío —le dijo ella—. Básicamente no estoy segura de lo que siento ni por qué... y todavía no quiero hablar de las otras cosas.

O nunca. Con nadie. Era una estúpida cobarde y se había metido en una situación en la que se sentía impotente. Cuando regresaran de las montañas, buscaría trabajo. Con dinero en el banco y algo constructivo que hacer, podría volver a orientarse.

Charles ladeó la cabeza.

—Lo entiendo. Te han arrancado de todo lo que te resultaba familiar, te han lanzado entre extraños y todas las normas que conocías han desaparecido de la noche a la mañana. Te costará un tiempo acostumbrarte. Si tienes alguna pregunta, sea lo que sea, no lo dudes ni un instante, pregúntame. Si no quieres hablar conmigo, puedes recurrir a mi padre o... ¿a Sage? ¿Te cae bien Sage?

—Sí.

¿Tenía alguna pregunta? Pese a saber que su intención no era tratarla como a una niña, no le costó mucho trasladarle la irritación que sentía consigo misma. Charles no estaba siendo condescendiente, solo intentaba ayudarla. No era culpa suya que su tono tranquilizador le pusiera los nervios de punta, especialmente cuando sabía que seguía molesto por algo. ¿Le caía bien Sage? Como si tuviera que buscarle amigos.

Estaba harta de sentirse asustada y desorientada. Él quería respuestas. A ella le habían enseñado a no preguntar; los hombres lobo guardaban sus secretos como oro en paño. Perfecto.

—¿Qué ha dicho Asil para que pasaras de estar irritado a completamente enfurecido?

—Me amenazó con arrebatarte de mi lado —le dijo él.

Anna repasó la conversación pero continuó sin comprender.

—¿Cuándo?

—Hace falta mucho más que esta atracción que sentimos para que nos convirtamos en una pareja. Cuando me dijo que no olías a mí, me estaba diciendo que sabía que aún no habíamos completado nuestro apareamiento y que te consideraba una presa disponible.

Anna frunció el ceño.

—No hemos hecho el amor —le dijo él—. Y existe una ceremonia bajo la luna llena para consolidar nuestros lazos. Una especie de boda. Sin eso, Asil puede seguir jugando contigo sin miedo a las represalias.

Otra cosa más de la que no había oído hablar. Si hubiese sido diez años más joven, se habría puesto a patalear.

—¿No hay ningún manual? —dijo acaloradamente—. ¿Algún libro donde pueda aprender todas esas cosas?

—Podrías escribirlo tú —le sugirió él.

Si no hubiera estado mirándole los labios, jamás habría percibido el tono sarcástico de su respuesta. ¿La consideraba graciosa?

—Tal vez lo haga —dijo ella sombría, y se dio la vuelta, salvo que no había ningún sitio al que ir. ¿Su dormitorio?

Se encerró en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha para cubrir cualquier otro sonido: una segunda barrera, pues la puerta que había cerrado con el pestillo no le parecía suficiente.

Observó su reflejo en un espejo que empezaba a empañarse. La imagen borrosa solo sirvió para reforzar la ilusión de que estaba mirando a una extraña, alguien a quien despreciaba por su cobardía y sus incertidumbres, alguien que solo servía para servir mesas. Aunque tampoco era algo nuevo: se había odiado a sí misma desde el momento en que se convirtió en aquel... monstruo.

Y un monstruo especialmente patético.

Tenía los ojos hinchados, las mejillas pálidas. Recordó cómo se había apartado aterrorizada de Charles tras su breve demostración de mal genio, cómo se había disculpado por haberle obligado a llevarla con él en aquella expedición. Y aquello hizo que se despreciara aún más a sí misma. Ella no era *así*.

No era culpa de Charles.

Entonces, ¿por qué estaba tan enfadada con él?

Se desnudó apresuradamente y se metió en la ducha, sintiendo un poco de alivio cuando el agua demasiado caliente atravesó la estúpida maraña de emociones que la devoraban por dentro.

Y en aquel instante de claridad, comprendió por qué se había sentido tan irritada al final del funeral, y también por qué estaba tan enfadada con Charles.

Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo mucho que deseaba recuperar su humanidad. Sabía que era imposible, que nada podía deshacer la magia que había

provocado la Transformación contra su voluntad. Pero eso no significaba que lo quisiera.

Durante tres años había vivido entre monstruos, había sido uno de ellos. Entonces apareció Charles, tan distinto a todos, y ella había puesto todas sus esperanzas en él.

Pero no era justo. No era culpa suya que una parte de ella hubiese decidido que no solo estaba dejando atrás su manada, sino también los monstruos.

Charles nunca le había mentado. Le había contado que era la mano ejecutora de su padre, y ella no lo había puesto en duda. Le había visto pelear y matar. Y a pesar de eso, de algún modo había conseguido convencerse a sí misma que en Montana las cosas serían distintas. Que podría ser normal, *humana*, todos los días salvo durante la luna llena, y que incluso eso sería distinto allí, donde podría huir sin hacer daño a nadie.

Tendría que haberse dado cuenta de que no sería así. Era una mujer inteligente.

Charles tampoco tenía la culpa de ser un monstruo.

Bajo los efectos de la plata, era comprensible la destrucción que había provocado en la celda de seguridad de la manada de Chicago. Pero aquella noche, al enfrentarse a Asil, le había demostrado que no era muy distinto a los otros machos de su especie: airado, posesivo y peligroso.

Anna se había dejado engañar al pensar que solo era un problema de la manada de Chicago. Que la destrucción que Leo y su pareja habían provocado era la causa de la terrible situación en que se encontraba la manada.

Había anhelado un caballero enfundado en una brillante armadura. La voz de la razón en mitad de la locura, y Charles se la había proporcionado. ¿Sabía él que era eso lo que había estado deseando? ¿Lo había hecho deliberadamente?

Mientras el agua enmarañaba su pelo y corría por sus ojos y mejillas como si fuesen lágrimas, la última pregunta aclaró su miedo más profundo: por supuesto que Charles no había pretendido ser su caballero de forma deliberada, simplemente él era así.

Era un hombre lobo lo suficientemente dominante como para controlar al Alfa de una manada sin los recursos típicos de un Alfa. Era el ejecutor de su padre, un asesino temido incluso por los otros miembros de su manada. Podría haber sido como Justin: cruel y despiadado.

Pero, en lugar de eso, conocía la locura propia de su naturaleza y era capaz no solo de controlarla sino de utilizarla en aras de algo mejor. A su mente acudió la repentina imagen de Charles disponiendo las flores mientras su lobo anhelaba la peor de las violencias.

Charles era un monstruo. El asesino de su padre. No se permitiría a sí misma volver a creer en una mentira. Si Bran se lo hubiese ordenado, habría matado a Jack, pese a saber que el humano era solo una víctima, que probablemente era un buen hombre. Pero no hubiera sido casual. Ella había sido su bálsamo cuando Bran descubrió una alternativa a la muerte del humano.

Su pareja era un asesino, aunque no le gustaba serlo. Observando las cosas más detenidamente, se sintió bastante impresionada por la forma en que Charles había conseguido comportarse tan civilizadamente y continuar cumpliendo con lo que se esperaba de él.

El agua empezó a enfriarse.

Anna se enjabonó el pelo, recreándose en la rapidez con que este se enjuagaba: en Chicago el agua era mucho más blanda. Se puso un acondicionador que olía a hierbas y menta y reconoció en él el olor que desprendía el cabello de Charles. Por entonces el agua ya estaba desagradablemente fría.

Dedicó un buen rato a cepillarse el pelo para desenmarañarlo mientras se concentraba en no sentir nada. Aquello se le daba bien; lo había perfeccionado durante los últimos tres años. Cuando se enfrentara de nuevo a él, no quería volver a comportarse como una imbécil llorica y asustada de sus sentimientos. Había de controlar sus miedos.

Conocía un modo de conseguirlo. Pese a ser un engaño, se permitió hacerlo, aunque solo fuera aquella noche, porque se había comportado como una idiota al ocultarse en el lavabo.

Se quedó mirando fijamente su reflejo y vio cómo sus ojos marrones palidecían hasta el azul plateado y volvían de nuevo al marrón. Con aquello era suficiente. Sintió cómo la envolvía la fuerza y la audacia del lobo, proporcionándole calma y aceptación. Pasara lo que pasase, sobreviviría. Ya lo había hecho antes.

Si Charles era un monstruo, lo era más por necesidad que por elección.

Se vistió con la camisa amarilla y los pantalones tejanos y abrió lentamente la puerta del cuarto de baño.

Charles, todavía con los ojos dorados, estaba apoyado en la pared frente al lavabo. Aparte de los ojos, era la personificación de la relajación, aunque Anna sabía que los ojos eran la clave.

Ella misma había comprobado los suyos en el espejo antes de abrir la puerta.

—He llegado a la conclusión de que debes saber quién es Asil —le dijo como si no se hubiera producido una pausa en la conversación.

—Muy bien.

Anna se quedó en el umbral, con el cuarto de baño cálido y saturado de vapor a su espalda.

Charles habló lentamente y con claridad, como si cada palabra le costara un gran esfuerzo.

—Asil no es su verdadero nombre, aunque casi todo el mundo le llama así. También le llaman el Moro.

Anna se puso tensa. Aunque sabía muy poco sobre los de su propia especie, había oído hablar del Moro. Un lobo con el que era mejor no relacionarse.

Charles percibió su reacción y entornó los ojos.

—Si existe un lobo en este mundo más viejo que mi padre, ese es Asil.

Anna se dio cuenta de que esperaba un comentario, de modo que le preguntó:

—¿No sabes cuántos años tiene?

—Sí lo sé. Asil nació poco antes que Carlos Martel, el abuelo de Carlomagno, derrotado por los moros en la batalla de Tours.

La expresión de Anna le obligó a precisar:

—Siglo VIII d. C.

—Eso significa que...

—... tiene unos mil trescientos años.

Anna también se apoyó en la pared. Había percibido el peso de los años en Asil, pero jamás hubiera imaginado que fueran tantos.

—De modo que de quien no estás seguro es de tu padre, ¿no? —Mil trescientos eran muchos años.

Charles se encogió de hombros. Quedaba claro que aquella repuesta no era muy importante para él.

—Papá es muy viejo. —Y apartó sus ojos ambarinos de ella—. Asil llegó aquí hace unos años, catorce o quince, para pedirle a mi padre que le matara. Se quedó a vivir con la promesa de la muerte en cuanto mi padre decidiera que estaba realmente loco.

Charles sonrió fugazmente.

—Asil acepta a mi padre como su Alfa. Sin embargo, le resulta difícil que yo sea más dominante que él. Por eso creo que papá es mayor que él; mi juventud relativa es como una espina clavada en su pezuña.

Anna reflexionó sobre aquello.

—¿No os ha contado nada de su Alfa en Europa? No recuerdo ninguna mención sobre su Alfa en todas las historias que circulan sobre él. —Existían miles de historias sobre el Moro. Prácticamente era un héroe popular —o un villano— entre los lobos.

—No es fácil ser un Alfa —dijo Charles—. Conlleva mucha responsabilidad, mucho trabajo. Algunos de los lobos más viejos son muy buenos ocultando su naturaleza. Esa es una de las razones por las que a los Alfas no les gusta que los viejos lobos se establezcan en su manada. Asil es muy dominante. —Volvió a sonreír, aunque aquella vez fue más bien una exhibición de dientes—. Llevaba aquí un par de meses cuando me interpose entre él y uno de nuestros residentes humanos. No se sorprendió al descubrir que era más dominante que él.

—Podía someterse a tu padre porque es más viejo, y los otros Alfas... bueno en realidad no se sometía a ellos. Pero tener que obedecerte a ti cuando eres mucho más joven y ni siquiera un Alfa...

Charles asintió.

—De modo que me provoca y yo le ignoro. Y entonces me provoca aún más.

—¿Es lo que ocurrió anoche? —Anna sabía que sí—. Me utilizó para provocarte.

Charles inclinó la cabeza en un gesto que era más lobuno que humano.

—No exactamente. El Moro tenía una pareja, pero la perdió hace unos doscientos años. Murió antes de que yo naciera, así que no llegué a conocerla, pero dicen que era una Omega, como tú. —Se encogió de hombros—. Nunca me lo ha dicho directamente, ni mi padre tampoco. Existen muchas historias sobre el Moro, y hasta que no vi su reacción en el funeral de Doc, había creído que eran simples exageraciones, como muchas otras leyendas asociadas a su nombre.

La calidez que le había proporcionado la ducha estaba desapareciendo, y el agua fría de los últimos instantes la dejó congelada, o tal vez era el recuerdo de aquellos viejos ojos de lobo en la iglesia.

—¿Y su reacción hizo que te lo replantearas?

Por el asentimiento de Charles supo que había hecho la pregunta correcta.

—Cuando descubrió lo que eras, dejó de molestarme para llegar hasta ti y empezó a interesarse realmente por ti. —Respiró profundamente—. Por eso te ha traído llores. Por eso cuando ha amenazado con cortejarte, me ha costado tanto mantener el control, porque sabía que iba en serio.

Anna decidió reflexionar sobre aquello más tarde y mantuvo la atención en la conversación para no alejarlo de ella sin querer.

—¿Por qué me hablas de Asil? ¿Es una advertencia?

Charles apartó la mirada y la máscara volvió a cubrir su rostro.

—No. —Dudó unos instantes y, con una voz más suave, añadió—: No lo creo. ¿Te ha parecido una advertencia?

—No —dijo ella finalmente, frustrada por la precaución con la que le proporcionaba una información que casi podía sentir; algo que mantenía a su lobo prácticamente en la superficie.

Antes de poder preguntarle por lo que le inquietaba, Charles le dijo, con la vista aún en el suelo y tan rápido como pudo:

—Asil quería que supieras que si, durante el tiempo que queda hasta la próxima luna llena, decides no escogerme, podías tenerle a él. —No le veía la cara, pero percibió su amarga sonrisa—. Y sabía que podía obligarme a decírtelo.

—¿Y por qué me lo cuentas? —Su voz era suave.

Charles volvió a mirarla.

—Tienes derecho a saber que, pese a ser compatibles, puedes rechazarme.

—¿Puedes tú rechazarme a mí?

—No lo sé. Jamás había oído hablar de un emparejamiento al revés, como el nuestro: el Hermano Lobo te escogió, eligió a tu lobo y me obligó a seguirte. Aunque tampoco importa, no quiero rechazarte.

En algunos aspectos, su lobo le hacía ver las cosas con mayor claridad, pero su lobo había elegido a aquel hombre y no se andaba con rodeos cuando tenía que indicarle lo que opinaba de otros. Se obligó a apartarse un poco de él para poder pensar con más claridad lo que iba a decirle.

—¿Y *por qué* iba a hacer algo así?

¿Quería que lo rechazara?

Sentía la garganta seca como papel de lija. Tanto su naturaleza humana como la animal necesitaban a Charles como una drogadicta, necesitaban todas las cosas que él parecía prometerle: seguridad, amor, esperanza... un lugar al que pertenecer. Se frotó las manos contra los muslos como si aquello fuera a aliviarle la tensión.

—Espero que no lo hagas —dijo él en un susurro—. Pero debes conocer tus opciones.

Charles mantenía las manos tensas sobre los muslos.

Anna percibió un olor penetrante en él que no había olido hasta entonces. Maldito Leo, por su culpa debía enfrentarse a todo aquello como una ignorante. Hubiera dado su brazo derecho por saber qué sentía Charles en aquel momento, por saber cuándo le decía la verdad y cuándo simplemente intentaba no hacerle daño.

Charles esperaba su respuesta, pero ella no sabía qué decir.

—Opciones.

Se decantó por la neutralidad. Charles abrió y cerró los puños dos veces. Las ventanas de su nariz se ensancharon y la miró con unos llameantes ojos amarillos.

—Opciones —gruñó él en un tono tan bajo que Anna sintió la vibración en su pecho—. Así propagará el rumor y acabarás rodeada de lobos dispuestos a dar su vida por tenerte como pareja.

Temblaba de pies a cabeza, y se recostó en la pared con más fuerza, como si temiera abalanzarse sobre ella en cualquier momento.

Ella le estaba fallando. Estaba perdiendo el control y no le ayudaba; no sabía cómo hacerlo.

Anna volvió a respirar profundamente e intentó deshacerse de todas sus inseguridades. Tenía delante a un hombre intentando comportarse de forma honorable, ofreciéndole una opción por muy duro que fuera para él. Era lo correcto, y aquella certidumbre la tranquilizó. Permitted que regresara su lobo para ofrecerle la confianza que necesitaba.

Por su culpa, Charles temblaba como un alcohólico que anhela la ginebra, porque creía que ella debía conocer sus opciones, sin importarle que su lobo sintiera que la estaba perdiendo. No había duda de que era su caballero.

Al lobo de Anna no le gustó percibir su infelicidad. Quería atarlo a ella, *a los dos*, con cadenas y amor hasta que él no volviera a pensar en la posibilidad de abandonarlos.

—De acuerdo —dijo ella tan enérgicamente como pudo bajo el peso de aquella revelación, un peso que hizo que sintiera confortable y segura mientras pugnaba por contener las lágrimas. Por lo menos consiguió que la voz le sonara simplemente ronca—. Me gusta que podamos hacer algo para solucionar este pequeño embrollo.

Él se la quedó mirando como si le costara procesar lo que acababa de decir. Se le contrajeron las pupilas y volvió a abrir las ventanas de la nariz.

Entonces se apartó de la pared y se abalanzó sobre ella, su enorme cuerpo empujándola con una intensidad amenazadora contra el marco de la puerta. Le mordió en el cuello frenéticamente, alcanzando un nervio que le envió descargas por la espina dorsal e hizo que se le doblaran las rodillas.

A medida que su piel desprendía un intenso olor almizcleño, la levantó en brazos en un movimiento espasmódico y descoordinado que le hizo golpearse dolorosamente el hombro contra la puerta. Anna permaneció inmóvil mientras él la llevaba en brazos por el pasillo: conocía las reacciones de un lobo en celo y sabía que lo mejor era someterse mansamente.

Sin embargo, no pudo evitar tocarle el rostro para comprobar si el matiz rojizo en sus mejillas estaba más caliente que el resto de su cuerpo. Y entonces sus dedos se detuvieron en la comisura de su boca, donde a menudo el más sutil de los gestos delata el regocijo de otro modo disimulado.

Charles giró ligeramente la cabeza y le mordió el pulgar con la suficiente fuerza para que lo sintiera pero no para hacerle daño. Tal vez, pensó ella mientras él le soltaba el pulgar y le desplazaba la cabeza para atraparle el lóbulo de la oreja con otro mordisco que le provocó una oleada de calor desde el lóbulo hasta lugares imprevistos, tal vez ella también estaba en celo. De algo estaba segura: jamás se había sentido de aquel modo.

Pese a que no había nadie más en la casa, Charles cerró la puerta con el pie, encerrándolos en la oscura calidez del dormitorio.

Su dormitorio.

Más que tumbarla en la cama lo que hizo fue caer con ella, al tiempo que emitía sonidos apremiantes más lobunos que humanos. O quizá era ella quien hacía los ruidos.

Charles le arrancó los pantalones y ella le devolvió el favor. Se sintió bien con la pesada prenda entre las manos, aunque aún era más agradable sentir la cálida sedosidad de su piel bajo los dedos. Él tenía las manos callosas, y aunque era obvio que se esforzaba por hacerlo con dulzura, de vez en cuando la mordía al intentar colocarla como deseaba mientras seguía encima de ella.

Bajo el dominio del lobo, no se sentía amenazada por él en absoluto. El lobo sabía que no le haría daño.

Anna entendió su pasión porque ella sentía lo mismo: como si nada fuera más importante que el tacto de una piel contra la otra, como si fuera a morir si la abandonaba. El miedo y su habitual aversión por el sexo —ni siquiera el lobo había sido lo suficientemente fuerte como para soportar lo que los otros le habían hecho— eran algo tan lejano que ni siquiera parecían un recuerdo.

—Sí —le dijo él—. Ya voy.

—Ahora —le ordenó ella enérgicamente, aunque no estaba muy segura de lo que quería que le hiciera exactamente.

Él se puso a reír, una carcajada que retumbó en su pecho.

—Paciencia.

Su camisa se desgarró y al sujetador no tardó en ocurrirle lo mismo. Su piel desnuda sintió la camisa de franela de Charles. Anna tiró frenéticamente de ella y la desgarró, haciendo saltar botones por el aire y, antes de conseguirlo, estuvo a punto de estrangularlo. Su urgencia pareció excitarle, y le colocó las caderas en posición con una sacudida.

Anna emitió un bufido cuando le sintió dentro de ella, aunque se movía con demasiada lentitud para su gusto. Le mordió el hombro para indicarle que no fuera tan cuidadoso. Charles gruñó algo denso que podrían haber sido palabras u otra cosa. Solo liberó el control que había estado conteniendo con las puntas de los dedos desde que Asil se marchara cuando tuvo la seguridad de que ella estaba preparada.

La primera vez fue rápida y violenta, aunque no lo suficientemente rápida para ella. Poco después de terminar, él empezó de nuevo, Aquella vez se encargó de marcar el ritmo y la contuvo cuando ella intentaba acelerarlo.

Anna jamás había sentido algo parecido, ni la paz y la satisfacción con que se quedó dormida. Podría acostumbrarse a aquello.

Anna despertó en mitad de la noche con el poco familiar sonido de la caldera poniéndose en marcha. Mientras dormía, se había apartado de él. Charles estaba tumbado al otro extremo de la cama, con el rostro relajado. Roncaba ligeramente, casi un ronroneo, lo que le hizo sonreír.

Alargó una mano hacia él, pero se detuvo. ¿Y si se despertaba molesto por perturbar su sueño?

Ella sabía perfectamente que no le hubiera importado. Pero su lobo, quien le había ayudado a superar todo lo que le habían hecho, quien le había permitido disfrutar de sus caricias, también dormía. Anna se acurrucó en su lado de la cama, decidiéndose finalmente a deslizarse y pegarse a su espalda. Su inquietud debió de incomodarle, ya que la rodeó repentinamente con los brazos y la acogió con su cuerpo. La súbita alarma que sintió ante su brusco movimiento despertó al lobo.

Charles le pasó un brazo por encima de la cintura y le dijo:

—Duerme.

Con el lobo protegiéndola, pudo entregarse y sentir cómo su calor corporal le relajaba los músculos y huesos, cómo se sumergía en la aceptación de su presencia. Anna le agarró la muñeca con una mano y la sostuvo sobre su vientre antes de que el sueño volviera a vencerla. Era suyo.

Cuando la despertó, aún no había amanecido.

—Buenos días —le dijo, su voz un ruido sordo junto a su oreja.

Se sentía tan bien que fingió que seguía dormida.

Él la envolvió entre sus brazos y dio dos vueltas de campana sobre la cama rápidamente. Anna consiguió dar un grito antes de que ambos cayeran al suelo, ella encima de él, la cadera sobre su estómago vibrando por su risa silenciosa.

—De modo que esas tenemos, ¿eh? —dijo ella en un murmullo y, antes de recordar las heridas, le apretó con los dedos el músculo bajo sus costillas.

—No, basta ya —gruñó él medio en broma mientras le agarraba la mano para que no volviera a hacerle cosquillas. Le dio la impresión de que se lo estaba pasando bien, de modo que no debió de hacerle daño—. Nos espera una misión, mujer, y nos estás retrasando.

—Ajá —dijo ella contorneándose ligeramente y dejándole claro que probablemente aceptaría un pequeño retraso en la expedición.

Entonces se contorneó con más determinación sobre él y se deshizo de su abrazo.

—Buenos días —le dijo—. Es hora de irse.

Y salió desnuda de la habitación camino del cuarto de baño.

Charles la observó marcharse con agradecimiento, consciente de la chispa de auténtica felicidad que le iluminaba el alma. Aquella mañana no parecía derrotada, y aquel ligero movimiento de sus caderas le dijo que se sentía muy bien.

Él la había hecho sentirse de aquel modo. ¿Cuánto tiempo hacía que no provocaba aquel tipo de felicidad en otra persona?

Permaneció tumbado en el suelo, disfrutando de aquella sensación hasta que su conciencia le obligó a reaccionar. Tenían una misión. Cuanto antes se internaran en los bosques, antes regresarían, libres para volver a jugar.

Con ese objetivo, comprobó el estado de sus heridas. Aún le dolían, y le retrasarían considerablemente, pero como Samuel le había prometido, se sentía mucho mejor. Y no solo gracias a Anna.

Se estaba vistiendo y recogiendo el equipo de invierno del armario —tendría que encontrar otro lugar para guardar todo aquello para que Anna dispusiera de la mitad del armario— cuando Anna regresó a la habitación. Iba envuelta en una toalla, y tuvo la sensación de que la ducha le había hecho perder parte de su osadía.

Decidió dejarle un poco de intimidad.

—Preparé el desayuno mientras te vestes.

Mantuvo los ojos clavados en el suelo al pasar a su lado. Si no hubiera sido por su oído desarrollado, no habría captado su nervioso «Vale».

Aunque jamás habría dejado de percibir el acre olor a miedo que desprendía. Se detuvo donde estaba y observó cómo mantenía los hombros encorvados a modo de sumisión mientras se arrodillaba en el suelo junto a la caja donde guardaba la ropa.

Intentó recuperar la conexión entre ambos... pero se dio cuenta de que no era más intensa que la del día anterior o la del día en que se habían conocido.

Aunque nunca había tenido una pareja, sabía cómo debían ir las cosas. El amor y el sexo unirían su lado humano y entonces el lobo decidiría, o no. Dado que parecía

evidente que sus lobos ya habían elegido, por lo menos el suyo, estaba convencido de que el sexo sellaría aquella unión.

La observó detenidamente. Las protuberancias de la espina dorsal y el contorno afilado de su omóplato, un signo visible del sufrimiento que había experimentado en la manada de Leo, revelaban claramente que necesitaba ganar algo de peso. Las peores heridas no eran manifiestas: los hombres lobo no suelen tener heridas visibles.

Abrió la boca para decir algo pero se detuvo. Debía reflexionar sobre ciertas cosas antes de saber qué tenía que preguntarle. O sobre quién.

Le preparó el desayuno. Aún era demasiado pronto para las respuestas que deseaba hacerle. No obstante, y pese a estar distraído, disfrutó con la satisfacción que le proporcionaba ver cómo comía, aunque ella no le miró ni una sola vez.

—Saldremos un poco más tarde de lo planeado —dijo él repentinamente mientras aclaraba los cacharros y los introducía en el lavavajillas—. Tengo que hablar con Heather para que me haga un par de recados, y también he de ver a otra persona.

Aunque Anna seguía en el comedor, su silencio era revelador. Aún se sentía demasiado intimidada por él o por lo que había sucedido la pasada noche para indagar más a fondo. Lo agradecía. No tenía intención de mentirle, pero tampoco tenía ganas de decirle con quién pretendía hablar.

—Puedo encargarme de los platos —se ofreció ella.

—De acuerdo.

Se secó las manos y se detuvo a besarla en la parte superior de la cabeza, un beso rápido y desapasionado que no aumentaría su tensión pero que serviría para que el Hermano Lobo supiera a quien pertenecía. Él era suyo, tanto si ella quería como si no.

Heather continuaba en casa de su padre, durmiendo en la habitación contigua a la de su socio. Con ojos cansados y medio dormida, realizó varias llamadas, hizo alguna sugerencia y organizó las cosas hasta que Charles quedó satisfecho.

Aquello le dejaba tan solo a una persona a la que encontrar. Afortunadamente, descubrió que a las cinco y media de la mañana la mayor parte de la gente es fácil de localizar.

Capítulo 7

Asil soñó con una casa familiar: pequeña y bien construida, una casa pensada para un clima cálido con naranjos bien cuidados frente la puerta. Se detuvo junto al banco, en una posición donde la sombra del naranjo de mayor tamaño incidiría cuando el sol alcanzara su cénit. Mientras recorría con un dedo la tosca juntura entre dos piezas que formaban el respaldo del banco, deseó en vano disponer de algo de tiempo para arreglarla.

Pese a saber lo que iba a ocurrir a continuación, no pudo permanecer junto al banco, no cuando Sarai estaba en casa. No tenía ninguna fotografía suya, y ninguno de los retratos con que había intentado inmortalizarla le hacían justicia. Sus talentos artísticos eran bastante limitados. Solo podía verla en sueños.

Dio un paso adelante y ya estaba en la puerta principal. Mitad tienda, mitad cocina, la habitación tendría que haber sido utilitaria, pero Sarai había colgado cestas de plantas y había colocado baldosas con flores pintadas en el suelo, convirtiéndola en un lugar muy agradable. En la mesa de trabajo pegada al fondo de la habitación, su pareja trituraba con manos rápidas y competentes una rama de canela hasta convertirla en polvo.

Respiró hondo para saborear su aroma, realzado por la especia con la que trabajaba, como era habitual en ella. Su olor favorito era Sarai y vainilla, aunque Sarai y canela tampoco estaba nada mal.

Para él era muy hermosa, aunque sabía que otros no opinaban lo mismo. Tenía las manos callosas y fuertes, con unas uñas perfectamente recortadas. La corta falda de su vestido revelaba unos potentes músculos consecuencia tanto de su trabajo como de las carreras en forma de lobo por las colinas de las proximidades. Su nariz, de la que siempre se quejaba, era larga y fuerte, con un delicioso bultito en la punta.

Alargó el brazo pero no pudo tocarla.

—¿Sarai?

Cuando ella no se dio la vuelta, comprendió que aquella noche tocaba pesadilla. Luchó por liberarse como lo hubiera hecho uno de sus primos salvajes con una pata atrapada en una trampa de hierro, pero no pudo soltar la pata ni abrir la trampa que lo mantenía allí clavado. De modo que tuvo que observar, impotente, cómo volvía a suceder.

Unas pezuñas rascaron los adoquines que él mismo había colocado en el exterior de la puerta para el barro alejado de la casa. Sarai chasqueó la lengua ligeramente contra el paladar para mostrar su enojo; siempre había odiado que la interrumpieran cuando mezclaba sus medicinas.

Aun así, dejó sobre la mesa el mortero y el majadero y se sacudió el delantal. Pese a estar irritada, sabía que jamás dejaría escapar a un cliente. Nunca debía rechazarse el dinero, sobre todo en aquellos tiempos. Y, para Sarai, un visitante no representaba ningún peligro.

Un soldado humano no era ninguna amenaza para una mujer que también era un licántropo, y la llegada al poder de Napoleón había interrumpido aquella otra guerra mucho más peligrosa. Las pocas familias con sangre de bruja que quedaban en Europa por fin habían dejado de aniquilarse entre ellas, obligadas a protegerse de los ataques de un combate mucho más mundano. No tenía razón para estar preocupada, y no pudo oír los frenéticos intentos de Asil por alertarla.

La puerta se abrió y durante un instante Asil vio lo mismo que Sarai.

La chica en el umbral de la puerta era delgada y de complexión frágil. Tenía el pelo oscuro, normalmente despeinado y rizado, pero en aquella ocasión recogido en un mono, aunque el estilo severo solo conseguía darle un aspecto más juvenil. Tenía dieciséis años. Como Sarai, tenía el pelo y los ojos oscuros, pero al contrario que su madre adoptiva, sus facciones eran refinadas y aristocráticas.

—Mariposa^[2], cariño —exclamó Sarai—. ¿Qué haces cabalgando sola tan lejos de casa? ¡Hay soldados por todas partes! Si querías venir a verme, habérmelo dicho y habría enviado a Hussan para que te acompañase.

Hacía más de doscientos años que nadie le llamaba de aquel modo, y el mero sonido de aquel nombre le provocó una punzada en el corazón.

La boca de Mariposa se tensó ligeramente.

—No quería molestarte. Sé cuidar de mí misma.

Incluso en sueños, Asil se dio cuenta de que la voz sonaba extraña, muy distinta de lo habitual: fría. Su Mariposa, su pequeña mariposa, era una niña muy emotiva que pasaba de la ira al resentimiento y de este a la alegría en un abrir y cerrar de ojos.

Sarai le frunció el ceño.

—Nadie está lo suficientemente a salvo. No en estos tiempos. —Pero incluso mientras la regañaba, acogió entre sus brazos a la niña que había criado como si fuera suya—. Has crecido, pequeña. Deja que te mire. —Dio dos pasos atrás y meneó la cabeza—. No tienes buen aspecto. ¿Te encuentras bien? Linnea me prometió que se ocuparía de ti... pero vivimos tiempos oscuros.

—Estoy bien, Sarai —le dijo Mariposa, pero a la voz de la niña le ocurría algo, sonaba monótona y segura. Estaba mintiendo.

Sarai volvió a fruncir el ceño y se llevó las manos a las calleras.

—Sabes perfectamente que no puedes mentirme. ¿Alguien te ha hecho daño?

—No —respondió Mariposa en voz baja.

Asil sintió cómo su poder la rodeaba, un poder muy distinto a cómo había sido cuando la enviaran por primera vez con los de su especie para que la adiestraran. Su magia era por entonces salvaje y fresca, pero aquel poder era tan oscuro y frío como su voz.

Sonrió, y durante un minuto Asil pudo ver a la niña que había sido una vez en lugar de a la bruja en la que se había convertido.

—He aprendido mucho de Linnea. Me enseñó el modo de asegurarme de que nadie vuelva a hacerme daño. Pero necesito tu ayuda.

El timbre de la puerta despertó a Asil antes de tener que presenciar de nuevo la muerte de Sarai. Estaba tumbado en su cama, oliendo el sudor producto del miedo y la desesperación. Su propio sudor.

Charles se acomodó en el columpio del viejo lobo e intentó disfrutar de la concepción nativa del tiempo. Era un truco que nunca había conseguido dominar del todo; su abuelo siempre le había dicho que el espíritu de su padre era demasiado intenso en él.

Sabía que Asil había oído el timbre por el sonido de la ducha, y no esperaba que Asil tuviera la cortesía de atenderle rápidamente, en especial cuando su visita se producía a una hora tan intempestiva de la mañana. Él y Anna saldrían bastante tarde, aunque de todos modos su presa no era precisamente una pieza que se pescara al amanecer. Y aquello era mucho más importante para él que capturar a un lobo solitario, incluso uno que mataba a gente.

Tras hablar con Heather en casa de Bran, estuvo tentado de volver a su casa en lugar de acudir a la de Asil. El olor de su madrastra fue lo único que le impidió llamar a la puerta del dormitorio de Bran. Aquella mañana, Charles no se sentía con ganas de bailar al son que con toda probabilidad marcaría Leah. Cuando le sacara de sus casillas (cosa que ocurriría), su padre intervendría: nadie, ni siquiera sus hijos, podían mostrarse irrespetuosos con la pareja del Marrok. Y, por tanto, habrían acabado discutiendo.

De modo que recurrió a la única persona aparte de su padre que podía comprender lo que había ocurrido, que sabría por qué el vínculo entre él y Anna no era completo: Asil, cuya pareja había sido una Omega. Asil, quien sentía tanta animadversión por él como Leah, aunque por distintos motivos.

El Hermano Lobo pensó que aquella charla matinal tenía muchas probabilidades de divertirlo. Diversión o lucha, y el lobo se regocijaba tanto en la una como en la otra.

Charles suspiró y observó el vaho de su aliento desaparecer en el aire frío de la mañana. Podía ser un esfuerzo inútil. Una parte de él quería darle un poco de tiempo. Solo porque la parte lenta del proceso de apareamiento, cuando el lobo aceptaba al lobo, concluyera en cuanto la vio por primera vez, no significaba que la otra parte tuviera que ser igualmente rápida.

Pero algo le decía que había otra cosa que no se solucionaba únicamente con el tiempo. Y alguien cuyo padre era un hombre lobo y cuya madre había sido una curandera sabía cuándo debía dejarse guiar por su intuición.

La puerta tras él se abrió repentinamente.

Charles continuó balanceándose tranquilamente en el columpio del porche. Los encuentros con Asil siempre empezaban con algún tipo de juego de poder.

Tras unos minutos, Asil pasó junto al columpio y se acercó a la verja que rodeaba el porche. Se subió a ella de un salto, con un pie desnudo sobre la baranda y una pierna doblada. La otra colgaba descuidadamente por el otro lado. Solo llevaba puestos unos tejanos, y el pelo húmedo, donde no le tocaba la piel, empezó a escarcharse con el frío, haciendo juego con las marcas plateadas que le recorrían la espalda: Asil era uno de los pocos hombres lobo que conocía que tenía cicatrices. Las marcas de la espalda enlazaban con la que le recorría las costillas, donde le había herido otro hombre lobo; casi en el mismo lugar que las suyas, pensó Charles. Aunque las cicatrices de Asil las habían producido unas garras, no agujeros de bala.

Asil siempre se comportaba con mucha afectación, y Charles aún no sabía si era algo deliberado o un viejo hábito.

En lugar de mirar a Charles, Asil contempló los bosques más allá de su casa, los cuales aún estaban revestidos por las sombras de la primera hora de la mañana. Pese a la ducha, Charles podía oler el miedo y la angustia. Y recordó lo que Asil había dicho en el funeral: desde hacía unos días habían regresado los sueños.

—Mi padre podría ayudarte a hacerlos más llevaderos —dijo Charles en un susurro.

Asil emitió una risa áspera, inclinó la cabeza y se pellizcó la nariz.

—Este no. Ya no. Por cierto, ¿qué haces aquí en una mañana tan maravillosa?

Realizó un gesto grandilocuente que pretendía acaparar el invierno, el frío y la hora del día en un único y pretencioso movimiento de su brazo.

—Quiero que me cuentes todo lo que sabes sobre los lobos Omega —dijo Charles.

Los ojos de Asil se abrieron en un gesto de sorpresa cómicamente exagerado.

—¿Ya tienes problemas, cachorrito?

Charles se limitó a asentir.

—Anna apenas sabe nada de los hombres lobo. Sería de gran ayuda que al menos uno de los dos supiera algo sobre su naturaleza de Omega.

Asil lo miró fijamente durante un instante y la diversión superficial se desvaneció.

—Esto puede llevarnos algo de tiempo —dijo finalmente—. ¿Por qué no entras y te tomas una taza de té?

Charles se sentó a una mesa pequeña y observó cómo Asil preparaba el té como si fuera una *geisha*: cada movimiento era significativo y preciso. Fuera cual fuese el sueño que había tenido, había conseguido que no llevara a cabo su habitual juego de hombre lobo paranoico. Al verle de aquel modo, Charles comprendió que la mayor parte de los histrionismos de Asil eran una calculada representación. Aquello es lo que ocurría cuando estaba realmente preocupado: movimientos exageradamente precisos, traslado continuo de cosas sin razón aparente.

No lo convertía en alguien menos loco o peligroso, pero al menos comprendió la razón por la que su padre no se había deshecho de Asil; aún.

—El té no tiene el mismo sabor aquí —dijo el Moro dejando una delicada taza de porcelana ribeteada en oro lénle a Charles—. La altitud no permite que el agua se caliente lo suficiente. El mejor té es el que se prepara al nivel del mar.

Charles se llevó la taza a los labios y dio un sorbito, esperando que Asil tomara asiento.

—Muy bien —empezó el otro lobo sentándose en la mesa frente a Charles—, ¿qué quieres saber de los Omegas?

—No estoy seguro. —Charles recorrió el borde de la taza con un dedo. Ahora que estaba allí, se mostraba reacio a exponer su problema con Anna a un hombre que quería ser su enemigo.

Finalmente se decidió por decirle:

—¿Por qué no empiezas por contarme qué los diferencia exactamente de los lobos sumisos?

Asil enarcó las cejas.

—Bueno, si todavía crees que tu pareja es sumisa, vas a llevarte una gran sorpresa.

Charles no pudo evitar una sonrisa.

—Sí. Eso ya lo he deducido yo solo.

—Nosotros, que somos dominantes, solemos creer que eso determina el rango: los que obedecen y los obedecidos. Dominante y sumiso. Pero también están los que protegen y los que son protegidos. Un lobo sumiso es capaz de protegerse a sí mismo: puede luchar, matar con la misma determinación que cualquier otro. Pero un lobo sumiso no siente la pulsión del combate, al menos no como los dominantes. Son algo muy valioso para la manada. Una fuente de equilibrio y determinación. ¿Por qué existen los lobos dominantes? Para proteger a los que están por debajo, pero proteger a un sumiso es mucho más gratificante porque estos nunca esperarán a que estés herido o a que les des la espalda para comprobar si eres realmente dominante. Es fácil confiar en un lobo sumiso. Y el deseo de protegerlos y cuidarlos mantiene unida a la manada.

Dio un sorbo de té y resopló.

—Al expresar todo esto en inglés puede parecer que estoy hablando de relaciones sexuales... suena ridículo.

—Si te sientes más cómodo en español, adelante —ofreció Charles.

Asil se encogió de hombros.

—No importa. Todo eso ya lo sabes. Aquí hay unos cuantos lobos sumisos. Conoces su determinación.

—Cuando conocí a Anna, por primera vez en mi vida el lobo se quedó dormido.

Una vez roto el hielo, Asil dejó de mirar su taza para mirar a Charles.

—Sí —dijo en un susurro—. Eso es. Pueden hacer que tu lobo descanse, que se relaje.

—No siempre siento lo mismo cuando estoy con ella.

Asil se puso a reír y escupió un poco de té en su taza, tras lo cual, la miró compungido y la dejó sobre la mesa.

—Espero que no, sobre todo si eres su pareja. ¿Por qué querrías estar con alguien que te castra de ese modo continuamente? ¿Pasar de dominante a sumiso con su mera presencia? No, ella no debe calmarte todo el tiempo.

Se limpió los labios con una servilleta. Cuando terminó, la volvió a doblar y la dejó junto a la taza.

—¿Cuánto tiempo hace que es una mujer lobo?

—Tres años.

—Entonces supongo que por ahora todo es instinto. Lo que significa que si no sientes los efectos continuamente, o bien se siente segura a tu lado o... la tienes tan inquieta que no puede hallar la tranquilidad que necesita para compartirla contigo. —Una sonrisa lobuna—. ¿Cuál dirías que es la explicación? ¿Cuánta gente conoces que *no* sienta miedo de ti de un modo u otro?

—¿Es eso lo que te preocupa? —le preguntó Charles con sincera curiosidad—. Tú no me temes.

Asil se quedó inmóvil.

—Por supuesto que te temo.

—No tienes el suficiente sentido común para hacerlo. —Charles meneó la cabeza y regresó a su pregunta—. Los Omegas tienen una función similar a los sumisos dentro de la manada, aunque con mayor intensidad, ¿no es cierto?

Asil volvió a reír, aquella vez sinceramente.

—¿Ahora tengo que defenderme diciendo «por supuesto que tengo el sentido común necesario para temerte»?

Charles, cansado de juegos, se limitó a suspirar.

—Existe una diferencia entre ser sumiso y Omega. Puedo sentirla, pero no sé lo que significa. En lugar de aceptar las órdenes de todo el mundo, no siguen las de nadie. Eso lo entiendo.

—Un Omega tiene todos los instintos de protección de un Alfa pero no las tendencias violentas —dijo Asil, molesto por tener que retomar aquella conversación—. Tu Anna va a resultarte muy útil. Se asegurará de que toda la manada sea feliz y los protegerá de cualquier cosa que amenace con hacerles daño.

Eso era. Casi podía atar los cabos sueltos. El lobo de Anna no era violento... únicamente fuerte y protector. ¿Cómo habían afectado a su lobo los ajustes que se había visto obligada a realizar al convertirse en mujer lobo? ¿Y los abusos sistemáticos?

Pensando en voz alta, Charles dijo:

—El dolor hace que el dominante sea más violento, todo lo contrario de lo que les ocurre a los sumisos. ¿Qué le ocurre a un Omega cuando es torturado?

Si hubiera estado pensando en Asil en lugar de en Anna, jamás lo habría expresado de aquel modo.

El semblante del Moro palideció y su olor corporal fluctuó descontroladamente. Se puso en pie de repente, tirando al suelo la silla y lanzando la mesa contra la pared del fondo de la sala, donde dejó de dar vueltas tras chocar violentamente contra esta.

Charles se levantó lentamente y dejó la taza de té en la estantería más próxima.

—Lo siento, Asil. No pretendía hacerte recordar cosas que es mejor olvidar.

Asil permaneció inmóvil durante unos instantes, al borde de un ataque, y entonces todos sus músculos se relajaron. Parecía tener hasta el alma cansada. Salió de la habitación sin decir una palabra.

Charles lavó su taza y la puso a secar en el fregadero. Normalmente no era tan descuidado. La pareja de Asil había sido torturada hasta la muerte por una bruja que utilizó su dolor y su muerte para aumentar su poder. Por mucho que encontrara a Asil irritante especialmente tras su último y más eficaz método de tortura: Anna, jamás habría utilizado deliberadamente la muerte de su pareja para martirizarlo. Sin embargo, tampoco conseguiría nada con otra disculpa.

Murmuró una plegaria que protegiera a la casa, como el hermano de su madre le había enseñado, y se marchó.

Anna agradecía que aquella vez fuera Charles quien condujera. Las carreteras heladas no parecían preocupar demasiado a Charles, pese a haber patinado lo suficiente como para que Anna mantuviera agarrada firmemente la abrazadera que había sobre la ventanilla.

Aquella mañana no le había dicho muchas cosas cuando regresó a casa tras hablar con el guarda forestal. Sus ojos parecían distantes, como si el hombre atento y bromista que había logrado despertar hubiera desaparecido.

Era culpa suya.

No esperaba sentir aquello cuando obligó a su lobo a retirarse mientras se daba una ducha. Los dos necesitaban un descanso tras haber mantenido un equilibrio perfecto, y Anna confiaba en que el lobo se llevara consigo aquel *deseo* que le retorció las entrañas. Anna nunca había sentido algo semejante por ningún hombre. Y le resultaba embarazoso e inquietante al mismo tiempo.

Pese a la larga ducha, aquella sensación no desapareció. Puede que se hubiera encontrado mejor de no haber sido por el buen humor exhibido por él aquella mañana... aunque no estaba segura. Sentir tan intensamente te hacía muy vulnerable, y tenía miedo de que su rostro la delatara.

Cuando tuvo que salir de la ducha, se había esforzado tanto para que él no percibiera la intensidad de sus sentimientos que no se dio cuenta de cómo su extraña

timidez... su miedo... le afectaban a él. Charles había llegado a sus propias conclusiones; todas equivocadas, se temía.

Observó su semblante compungido. No sabía cómo solucionarlo. El movimiento del vehículo acercó su rostro a la ropa prestada que llevaba puesta. Levantó el brazo, olió la manga de la camisa y arrugó la nariz.

Anna tuvo la sensación de que Charles no había apartado los ojos de la carretera, pero de todos modos le oyó decir:

—No apestas.

—Es extraño oler a humano —le dijo ella—. No piensas mucho en tu olor hasta que se produce algún cambio.

Antes de marcharse, Charles había cogido la ropa que Tag trajera el día anterior y le había hecho vestirse con una sucia camiseta y una sudadera igualmente sucia. Entonces le había recorrido el cuerpo con sus manos de un modo algo impersonal, recitando una letanía en una lengua desconocida para ella, a un tiempo nasal y musical. Cuando terminó, Anna olía como la mujer humana a la que pertenecía aquella ropa, y él como un humano.

Charles le había dicho que sabía algo de magia, un don que había heredado de su madre. Se preguntó qué otras cosas podría hacer, aunque le pareció descortés preguntárselo directamente. Nunca había estado con alguien que pudiera practicar magia, y aquello la hizo sentirse un poco más intimidada. En la manada de Chicago circulaban historias sobre gente con poderes mágicos, pero nunca les había prestado mucha atención: ya tenía suficientes problemas intentando ser una mujer lobo.

Anna extendió los dedos sobre el muslo y los estiró.

—Deja de preocuparte —le dijo Charles con una voz dulce pero sin la inflexión que solía utilizar con ella, como si se dirigiera a alguien que acabara de recoger en la carretera.

Aquella mañana, cuando dejó de hablarle, se había dado cuenta de que lo había estado haciendo de un modo distinto.

Las montañas cubiertas de nieve, más altas que la Torre Sears, se erigían a ambos lados de la carretera, tan frías y sólidas como el hombre a su lado. Se preguntó si aquel sería su semblante habitual cuando trabajaba. Tal vez se aislaba del mundo para poder matar a alguien que no conocía de nada en aras de la seguridad de la manada. Tal vez no fuera culpa suya.-

Anna estaba incómoda y asustada. Y se esforzaba por ocultarlo. Asil le había dicho que todo el mundo le tenía miedo. Deseó saber qué podía decirle para solucionarlo. Para, solucionar algo, lo que fuera.

Desde que se marchara de casa de Asil le había estado dando vueltas al asunto. O mejor dicho, asuntos, aunque empezaba a creer que eran simplemente dos aspectos de la misma cuestión. El primero era el miedo que le había provocado aquella mañana, o

quizá miedo por el placer que habían experimentado ambos la noche anterior. Tenía la suficiente experiencia para saber que *ella* se lo había pasado muy bien. No pareció preocuparle hasta que se metió en la ducha. Dado que su casa no estaba poblada de monstruos (aparte de él), estaba bastante seguro de que algo en Anna tenía que haber cambiado.

Una de las señales en las que solían fijarse cuando vigilaban a un nuevo hombre lobo eran los cambios súbitos de personalidad o de humor sin motivo aparente, un indicio de que la bestia empezaba a controlar al humano. Si no hiciera tres años que Anna era una mujer lobo, y además una Omega, Charles habría pensado que la bestia se estaba haciendo con el control.

Aunque también podía estar ocurriendo todo lo contrario. Según Asil, los Omegas tienen el mismo instinto de protección que los Alfas. ¿Podía ser que su lobo la hubiera dominado durante la última noche?

Su padre enseñaba a los nuevos lobos que la bestia formaba parte de ellos, que no era más que una serie de necesidades que debían ser satisfechas. Aquello parecía ayudar a la mayoría de ellos durante la transición. Asustarles diciéndoles que tenían a un monstruo viviendo en sus cabezas evidentemente no les ayudaría a hacerse con el control necesario que les permitiera seguir interactuando con el vasto mundo.

Se trataba de una ficción valiosa que, tal y como lo veía Charles, en ocasiones podía llegar a ser cierta. Su padre, por ejemplo, parecía armonizar ambas naturalezas sin problema. Sin embargo, la mayoría de los lobos que sobrevivían, con el tiempo acababan por considerar al lobo como una entidad separada.

Charles era incapaz de recordar un instante en que *no* fuera consciente de tener dos almas que hacían latir un único corazón. El Hermano Lobo y él vivían en armonía durante la mayor parte del tiempo, recurriendo a las habilidades especializadas de cada uno en función del objetivo. Por ejemplo, el encargado de la caza era el Hermano Lobo, pero si la presa era humana u otro hombre lobo, Charles pasaba a ser el ejecutor.

A lo largo de los años Charles había visto cómo los hombres lobo cuya parte humana y animal estaban completamente separadas —como Doc Wallace— no sobrevivían mucho tiempo. O bien atacaban a alguien más viejo y fuerte que ellos o bien Charles debía matarlos porque no podían controlar al lobo.

Un hombre lobo que sobrevivía aprendía a integrar al hombre y al animal y dejaba que el primero ocupara el asiento del conductor durante la mayor parte del tiempo; salvo durante la luna llena, cuando se ponían furiosos... o cuando los atacaban. Torturar a un dominante significaba que el lobo tomaría el control. Torturar a un sumiso significaba que solo quedaría el humano.

Con todos los instintos de protección de un Alfa y ni un ápice de sus tendencias violentas... además de los tres años de abusos, era probable que el lobo de Anna hubiese descubierto un modo de protegerla. Eso explicaría por qué Leo jamás consiguió doblegarla.

Quizá cuando se asustó por su agresión de la noche anterior, su lobo había tomado el control. Y quizá por eso sus almas humanas no habían conectado del modo en que lo habían hecho sus lobos.

Aunque había algo que no encajaba, pues Charles tendría que haber percibido el ascendente de su lobo. Incluso si se le hubiera pasado por alto el cambio en sus ojos, los cuales pasaban del marrón al azul cielo, tendría que haber reconocido el cambio en su olor.

Charles estaba bastante seguro de que era algo que le había hecho Leo, o que este había obligado a alguien a hacer. Aquella era la raíz de sus problemas actuales.

Enfadarse con ella no le iba a ayudar en nada, de aquello estaba seguro. De modo que dejó de pensar en las diversas formas de tortura que podría aplicar a Leo, quien, de todos modos, ya estaba muerto, e intentó centrarse en encontrar una solución.

A Charles se le daba mejor asustar a la gente que aliviar aquel temor. No sabía cómo tratar el tema de lo que había ocurrido aquella mañana, la noche anterior o la razón por la que su apareamiento no se había completado sin empeorar más las cosas.

Si las cosas no mejoraban, acudiría a su padre para pedirle consejo... o, que el cielo los ayudara a todos, otra vez a Asil. Si le explicaba todo con claridad, puede que Asil se riera de él, pero era un caballero y no dejaría que a Anna le ocurriera nada malo.

Aquello le dejaba con una tarea pendiente: Anna debía saber que los otros machos aún podían ofrecerse a ella, ya que era algo peligroso tanto para ella como para quien estuviese cerca de él cuando alguno lo intentara.

Y porque tenía el derecho a saber que podía aceptar a cualquiera de los otros machos. Al menos, eso era lo que opinaba Asil. Charles pensó que, en cuanto el vínculo ente sus lobos se completó, aquello lo convirtió en permanente, aunque no conocía a nadie a quien le hubiera sucedido antes de que la parte humana conectara. Tal vez Anna pudiera encontrar a otra persona que no la asustara tanto como parecía hacerlo él.

El Humvee era un oasis artificial, pensó Anna. Los asientos de piel con calefacción y el clima controlado de la cabina parecían fuera de lugar en la inabarcable extensión de bosques congelados y silenciosos.

Los troncos oscuros, casi negros, de los árboles de hoja perenne contrastaban de un modo inhóspito con la blancura de la nieve. De vez en cuando, alguna carretera, distinguible más por el modo en que interrumpía la línea de árboles que por los surcos dejados por los vehículos, surgía de la autopista por la que circulaban. A medida que esta se fue estrechando hasta no ser más que una cicatriz blanca entre agrestes montañas, Anna se preguntó si el término «autopista» era el más adecuado.

—Nuestro vínculo de apareamiento no se hizo permanente la noche anterior — dijo él repentinamente.

Ella se lo quedó mirando mientras sentía la familiar sacudida de pánico. ¿Qué significaba aquello? ¿Habría hecho algo mal?

—Dijiste que lo único que debíamos hacer era...

Descubrió que no podía decir la siguiente palabra. A la fría luz del día sonaba demasiado cruda.

—Parece ser que me equivocaba —le dijo él—. Creía que tras superar la parte más complicada, lo único que faltaba era la consumación.

Anna no supo qué contestarle.

—Probablemente sea mejor así —dijo él bruscamente.

—¿Por qué?

No había sabido si sería capaz de decirlo, pero cuando lo hizo, le pareció que simplemente transmitía curiosidad y no aquel sentimiento de pánico que le bloqueaba las palabras en la garganta.

Pese a todo, no consiguió que su voz sonara con la desinteresada neutralidad que había pretendido.

—La razón principal por la que no quería que vinieses hoy conmigo es que no quería que me vieses matar de nuevo, por lo menos no tan pronto. Pero he sido el asesino de mi padre durante más de ciento cincuenta años, y no creo que eso vaya a cambiar en el futuro. Es justo que, antes de elegir, me veas tal cual soy cuando me posee la caza.

El volante crujió bajo la presión de sus manos, pero su voz continuó tranquila, casi indiferente.

—En la manada de mi padre hay una serie de lobos dispuestos a adorar el suelo que pisas. Lobos que no son asesinos. —Respiró brevemente e intentó sonreír para tranquilizarla, aunque se quedó en algún punto intermedio en que lo único que consiguió fue mostrar sus dientes fuertes y blancos—. Y no todos están locos.

De nuevo intentaba alejarla de él.

Anna se miró las manos y vio que tenía los nudillos blancos por la tensión. De repente, pudo volver a respirar. Decirle que aún podía buscar a otro le estaba poniendo muy nervioso, desbaratando la calma aparente que mantenía desde el desayuno. Anna recordó el ataque de celos de la última noche y sintió cómo la confianza le calmaba el corazón: Charles la amaba, independientemente de lo estúpida que había sido aquella mañana. Podía aceptarlo. No podía seguir teniendo vergüenza por el hecho de querer estar con él para siempre, ¿verdad? En una semana o dos lo superaría. Y dentro de un año la intensidad de lo que sentía por él dejaría de asustarla definitivamente.

Sintiéndose mejor, Anna se acomodó en el confortable asiento del Vee para poder tener una mejor perspectiva de Charles. ¿De qué había estado hablando antes de ofrecerle la posibilidad de dejarlo?

Sobre el hecho de ser un asesino.

—He conocido a otros asesinos —le dijo—. La manada de Leo tenía a Justin. ¿Le recuerdas? Justin era un asesino. —Se esforzó por dejar clara la diferencia entre ambos—. Tú eres justo. —Aquella no era la forma, sonaba muy estúpido.

—«Una rosa siempre será una rosa...» —citó Charles, apartando el rostro de ella.

Anna respiró profundamente para comprobar si su olfato podía ayudarle a descifrar lo que Charles sentía, pero lo único que pudo oler fue a los dos extraños que les habían prestado la ropa. Tal vez Charles lograra controlarse mejor que otras personas.

Charles era un hombre prudente. Prudente tanto con lo que decía como con la gente que le rodeaba. Anna solo había necesitado pasar una noche con él para darse cuenta de aquello. Se *preocupaba* por la gente. Se preocupaba por ella, por su padre, incluso por el amigo de Heather. Su estómago se estabilizó a medida que las pistas y las acciones aisladas tomaban sentido de conjunto. Para un hombre que se preocupaba tanto por los demás debería haber resultado muy duro aprender a matar, por muy necesario que fuera, pensó Anna.

—No —dijo ella con firmeza.

Frente a ellos y un poco a la derecha, una serie de picos espectaculares se erigían desafiantes contra el cielo. Las cumbres nevadas, sin rastro alguno de árboles o vegetación, relucían al sol de tal modo que incluso a través de las lunas tintadas le deslumbraron los ojos y llamaron a su lobo. Aquel era un lugar donde un hombre lobo podía correr.

—Un asesino siempre es un asesino —le dijo ella—. Pero tú sigues unas normas, aplicas la justicia, de modo que no te castigues demasiado por hacer bien tu trabajo.

Su opinión, tras la debacle de la última noche, cogió a Charles con la guardia baja. Cuando la miró, ya había cerrado los ojos y se disponía a echar una cabezada. Su Anna, quien no hacía ni cinco minutos había estado aterrorizada de él. No era exactamente la reacción que provocaba en la gente cuando les contaba que era un asesino.

La carretera por la que circulaban tenía más roderas de las habituales en aquella época del año, seguramente por los vehículos del servicio de emergencias. Confiaba en que no se cruzaran con ninguno.

Las llamadas que había hecho Heather por la mañana deberían asegurar que ningún otro voluntario inexperto o excursionista *amateur* se internara en aquellos bosques. Pretendía reducir al máximo el daño que podía provocar el lobo solitario.

Por expresa petición de Charles, Heather les había informado que el hombre que buscaban llevaba demasiado tiempo desaparecido y que, seguramente, por entonces solo buscaban poco más que un cadáver, por lo que era mejor dejar de arriesgar más vidas. También les había hablado de Jack —aunque responsabilizó a un puma del ataque— y les recordó que se estaba acercando una borrasca.

Las pocas personas que seguían batiendo el terreno concentraban sus esfuerzos a unos treinta kilómetros al oeste del lugar donde Jack había sido atacado por el lobo solitario, en las proximidades del lugar en el que el hombre desaparecido había dejado su furgoneta, una zona muy alejada del escenario en el que el lobo solitario solía hacer sus apariciones. Charles y Anna no deberían cruzarse con ningún rastreador.

La carretera empezaba a hacerse más abrupta. Las ruedas del Humvee crujían y gemían continuamente al avanzar sobre la nieve profunda. A la izquierda, de vez en cuando alcanzaba a vislumbrar el riachuelo congelado, aunque la mayor parte del tiempo quedaba oculto por la espesa vegetación de la parte baja del valle. A la derecha, cables eléctricos de alta tensión se extendían entre inhóspitas torres metálicas a lo largo de una hilera estéril abierta en mitad del bosque. Aquellos cables, y su ocasional mantenimiento, eran las únicas razones por las que existía aquella solitaria carretera de servicio por la que circulaban.

Un chorro de aire caliente evitó que el parabrisas se congelara. El calor en el interior del vehículo hacía que el paisaje invernal resultara casi surrealista, algo que no iba con ellos. Y pese a que normalmente aborrecía aquella sensación, había sufrido demasiadas veces las inclemencias de la nieve y el frío a lomos de un caballo o a cuatro patas para desestimarlas comodidades que proporcionaba un vehículo moderno.

La pendiente se hizo aún más pronunciada y Charles aminoró la marcha considerablemente mientras el Vee saltaba y rebotaba sobre piedras y hoyos ocultos por la nieve. Las ruedas empezaron a patinar, de modo que redujo aún más la velocidad y apretó el botón que bloqueaba los ejes. El ruido despertó a Anna.

En ocasiones la anchura adicional del Humvee no resultaba muy útil. Se vio obligado a colocar las ruedas de la parte izquierda del vehículo sobre el terraplén para mantener las de la parte derecha sobre la carretera. La inclinación del vehículo hizo que Anna mirara por la ventanilla, cerrara los ojos y se encogiera sobre su asiento.

—Si caemos, seguramente no morirás —le dijo él.

—Perfecto —dijo ella en un tono impertinente que Charles agradeció al no reconocer en él ni el más mínimo atisbo de miedo, por lo menos no de él. Deseó saber si el responsable de aquello era el lobo o Anna—. No tengo que preocuparme por unos cuantos huesos rotos o aplastados porque probablemente no moriré, ¿no es eso?

—Tal vez deberíamos haber venido en el viejo Land Rover de Tag —le dijo él—. Es casi tan bueno como este en terreno escarpado pero mucho más estrecho. Aunque es más difícil de conducir, tiene una calefacción pésima y no pasa de los cien en la autopista.

—Creía que estábamos en un Parque Nacional —dijo ella con los ojos entornados—. ¿No está restringido el paso a los vehículos motorizados?

—Sí, pero estamos en una carretera. Por aquí se puede circular.

—¿Esto es una carretera?

Charles lanzó una risotada ante su tono irónico y Anna le contestó con un gesto grosero.

Alcanzaron la cumbre y Charles consiguió avanzar unos tres kilómetros más a través de los árboles hasta que el terreno se hizo demasiado escabroso para continuar. Alguien había pasado por allí en motos de nieve —probablemente el servicio de emergencia— pero la mayoría de las marcas de vehículos desaparecían medio kilómetro después. La última lo hizo a unos trescientos metros, supuso que la de Tag.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera? —preguntó Anna ajustándose la mochila junto al Vee.

—Eso depende de la presa —le dijo él—. Llevamos provisiones para cuatro días. Caminaremos en un círculo que nos traerá de vuelta a este lugar. Si por entonces no ha dado con nosotros, dejaremos de hacernos pasar por humanos y le daremos caza. —Se encogió de hombros—. Estas montañas tienen una extensión de unos tres mil kilómetros cuadrados, de modo que puede costarnos un poco encontrarlo si su intención es permanecer oculto. Si está protegiendo su territorio y cree que somos intrusos humanos, nos dará caza y nos ahorrará mucho tiempo.

Anna había ido un par de veces de excursión con su familia en Wisconsin cuando era pequeña, aunque a ningún lugar tan aislado como aquel. Cuando respiraba demasiado fuerte, el aire le congelaba las fosas nasales, y notó las puntas de las orejas frías antes de que Charles se las cubriese con el gorro.

Aquello le encantó.

—Debemos mantener un ritmo lento —le dijo Charles—, eso le indicará que somos humanos, aparte del olor.

Aunque el ritmo que empezó a marcar le pareció a Anna demasiado vigoroso.

Caminar con raquetas de nieve no era tan difícil como había imaginado. En cuanto Charles le ajustó las correas adecuadamente, le dijo que los otros sistemas para caminar por la nieve no eran demasiado útiles. Las nuevas raquetas eran uno de los pocos inventos de la vida moderna que parecía aprobar sin reservas.

Anna tuvo que gatear un poco para seguir su ritmo. Si aquello era un paso lento, se preguntó si habitualmente corría cuando estaba en los bosques, incluso en forma humana. No daba la sensación de que le molestaran las heridas, y aquella mañana no tenía los vendajes manchados de sangre.

Apartó aquella línea de pensamientos que la llevaría a preguntarse por qué había podido fijarse tan detenidamente en los vendajes aquella mañana. Pese a todo, no pudo evitar mirarle y sonreír, aunque más para sí misma que para él. Rodeada de nieve por todas partes y embutida en numerosas capas de ropa y el anorak, se sentía aislada de los terrores que le provocaba la intimidad y podía apreciar mejor el lado bueno de las cosas.

Y Charles tenía muchos lados buenos. Conocía perfectamente la amplitud de sus hombros bajo su anorak y el modo en que su piel se oscurecía ligeramente detrás de sus orejas. Sabía que su olor le hacía latir el corazón más deprisa, y cómo el peso de su cuerpo la anclaba a él más que atraparla.

Al caminar detrás de él, a salvo de aquella penetrante mirada que siempre veía cosas que la incomodaban, podía observarlo cuanto deseara.

Pese a las raquetas de nieve, se movía con elegancia. Se detenía de vez en cuando y contemplaba los árboles, intentando distinguir, según le dijo, cualquier movimiento fuera de lo común. En los bosques, el lobo se hacía más presente. Podía verlo en el modo en que usaba su nariz, a veces deteniéndose con los ojos cerrados para respirar y contener el aliento. Y en el modo en que se comunicaba con ella, más con gestos que con palabras.

—Veremos más animales aquí que más adelante, cuando estemos a más altura — le dijo tras señalar con el dedo un ciervo que les observaba medio oculto tras un tupido arbusto—. Casi todos los animales grandes se quedan aquí, donde no hace tanto frío y hay más comida y menos nieve.

Y eso fue lo único que dijo durante mucho rato, incluso cuando se detenía para entregarle un poco de esto o de aquello que pretendía que comiera, sosteniendo silenciosamente cecina o un pequeño paquete de manzanas liofilizadas. Cuando rechazó el segundo puñado de esto último, se las introdujo en el bolsillo.

Aunque normalmente prefería la conversación al silencio, no sintió ningún impulso de interrumpir los sonidos del bosque con sus palabras. Había algo en aquel lugar que exigía ser reverenciado, y de todos modos habría resultado muy complicado hablar y resollar al mismo tiempo.

Al cabo de un rato, la atmósfera reinante empezó a parecerle espeluznante, lo que resultaba especialmente extraño teniendo en cuenta que era una mujer lobo. No esperaba que los árboles fuesen tan oscuros, y la sombra de la montaña hacía que pareciera mucho más tarde de lo que era.

De vez en cuando sentía un *déjà vu*. Le costó un rato concretarlo, y entonces se dio cuenta de que tenía la misma sensación que cuando recorría el centro de Chicago. Aunque las montañas eran mucho más altas que los rascacielos, los picos que parecían clavados en el cielo le producían la misma sensación de claustrofobia.

La voluminosa mochila de color amarillo chillón de Charles, elegida para obtener la máxima visibilidad, como la suya de rosa fosforito, era un elemento tranquilizador. No solo por el matiz civilizado que aportaba su presencia en aquel lugar, sino también porque el hombre que la acarreaba parecía moverse por el territorio con la misma confianza con que ella lo hacía por su viejo apartamento. El rifle negro mate no era tan tranquilizador. Anna sabía disparar —su padre solía llevarla al campo de tiro— pero aquel rifle se parecía tanto a la .38 de su padre como un lobo a un caniche.

La primera vez que subieron por una pendiente escarpada, Anna tuvo que detenerse a pensar el mejor modo de subirla con raquetas de nieve. Caminar con aquello los retrasaba mucho y ya empezaba a notar los muslos tensos por el cansancio. Charles se quedó detrás de ella durante toda la ascensión. Les llevó más de una hora, pero valió la pena.

Cuando alcanzaron la cumbre y se detuvieron brevemente entre los árboles, Anna se quedó muda de asombro al contemplar la vista que se abría ante ellos. El valle por el que habían estado ascendiendo, moteado de blanco y verde glacial, se extendía hasta donde les alcanzaba la vista. Era espectacular... y solitario.

—¿Siempre ha sido así? ¿En todas partes? —preguntó Anna casi en un murmullo.

Charles, quien se encontraba más adelante porque solo se había detenido cuando lo hizo ella, le echó un rápido vistazo al paisaje.

—No —dijo—. Los páramos siempre han sido páramos. Esta primavera te llevaré a las Misiones a hacer un poco de escalada. Si te gusta esto, aquello te va a encantar.

De modo que él también la había estado observando, pensó Anna, y se había dado cuenta de lo mucho que estaba disfrutando.

—Las Misiones son aún más espectaculares, aunque muy complicadas si intentas atravesarlas. Arriba, abajo y poca cosa entre medio. Aunque esto tampoco va a ser fácil. Cuando empezaron a proteger las zonas salvajes, lo único que quedaba por aquí era bastante escarpado.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una barrita de *muesli*.

—Cométela.

Y se la quedó mirando hasta que Anna se quitó un guante y dio un mordisco a la barra de color algarrobo antes de hacer lo mismo él.

—Te comportas como una gallina con sus polluelos —le dijo ella, no muy segura de si mostrarse irritada o no. Charles gruñó.

—Si fueras humana, sentirías el frío. Solo estamos a unos cuantos grados bajo cero, pero no subestimes la montaña. Estás consumiendo mucha energía para mantener tu calor corporal, y además no tienes precisamente el peso necesario para combatir. De modo que vete acostumbrando porque seguiré alimentándote cuando lo considere necesario, por lo menos mientras dure esta expedición.

Capítulo 8

—Hemos salido más tarde de lo que esperaba —le dijo Charles a Anna—. Pese a todo, hemos avanzado a buen ritmo. El lago Baree aún está a un kilómetro o algo así, pero acamparemos aquí antes de que anochezca. El viento ha hecho caer casi toda la nieve de los árboles, y las ramas nos protegerán si nieva esta noche.

Anna miró a su alrededor sin convicción.

Su expresión hizo reír a Charles.

—Confía en mí. Estarás cómoda esta noche. Lo difícil es levantarse por la mañana.

Anna pareció aceptar sus explicaciones, cosa que agradeció.

—¿Cuándo llegaremos al lugar donde Heather y Jack fueron atacados?

—No iremos allí —le dijo él—. No quiero acercarme a ese lugar con este olor. Quiero que parezcamos presas, no una especie de investigadores oficiales.

—¿Crees que al lobo le importa que seamos una cosa o la otra?

Charles se quitó la mochila y la dejó sobre una roca que descollaba de la nieve como una ballena emergiendo del océano.

—Si es un lobo solitario defendiendo su territorio, no. Si está aquí para causar problemas a mi padre, no atacará a la gente que pueda contarle al mundo lo que está haciendo.

Anna le imitó y dejó la mochila en un lugar despejado de nieve. Charles extrajo un paquete de pasas de un bolsillo de la manga de su anorak; el último que tenía a mano, de modo que tendría que reponerlo por la mañana. Ella lo aceptó con un suspiro de victimismo pero lo abrió y empezó a comer de él.

Con Anna ocupada, Charles dedicó unos segundos a examinar el lugar que había elegido para acampar. Había uno mejor cerca del lago al que había intentado llegar a primera hora de la tarde para que Anna pudiera recuperarse bien. No obstante, tenía experiencia con otros novatos que había llevado a las montañas, y sabía que el primer día de caminatas no era el decisivo, sino el tercero o el cuarto.

Sin embargo, la primera regla cuando uno se interna en los bosques es ser flexible. Podrían haber llegado a la primera cumbre antes del anochecer, pero pensó que era más importante dejar que Anna descansara tras su primera caminata.

Ya había dormido allí antes. La roca no había cambiado desde que era niño. La última vez... reflexionó sobre aquello un minuto pero no pudo precisar cuándo había sido. Los arbustos en la base de la roca no estaban allí la última vez, y reconoció el tocón de la vieja conífera que le había protegido del viento del este la última vez que pasó allí la noche. Apoyó el dedo gordo en el podrido tocón y la madera se desmenuzó. Cincuenta años, tal vez setenta.

Charles extendió una tela impermeable en el suelo pero no se molestó en instalar la tienda. Mientras el tiempo se comportara, no tenía intención de hacerlos tan vulnerables a un ataque. Si podía evitarlo, casi nunca utilizaba tienda, y nunca si estaba dando caza a algo que también podía cazarle a él. La tienda bloqueaba su visión, amortiguaba los sonidos y dificultaba los movimientos. La había traído por Anna, pero solo si era estrictamente necesario.

Aunque la vieja conífera estaba demasiado húmeda para hacer fuego con ella, había más árboles caídos. Media hora después, había recogido una generosa cantidad de leña seca extraída de los cadáveres de un par de viejos abetos.

Cuando regresó, Anna estaba encaramada en la gran roca, junto a su mochila y con las raquetas apoyadas en la base de la misma. Él también se quitó las suyas y se dispuso a encender una pequeña fogata, consciente de estar bajo la atenta mirada de Anna.

—Pensaba que los indios encendían fuego con un palo —dijo ella cuando vio que extraía de la mochila una lata de Sterno y un mechero.

—Sé cómo hacerlo —dijo él—. Pero me gustaría comer algo caliente en las próximas horas. Con Sterno y un Bic todo es mucho más fácil.

Volvían a estar bien, pensó él. Todo había empezado cuando Anna se quedó dormida en el coche, y durante la ascensión había conseguido relajarse aún más. Hasta que, durante los últimos kilómetros, le había cogido del anorak en varias ocasiones para señalarle esto o aquello: las huellas de un lobo, un cuervo que les observaba desde la rama alta de un pino o un conejo con el pelaje blanco del invierno.

—¿Qué te gustaría comer? —le preguntó él tras tener la fogata como deseaba y colocar sobre ella un cazo con nieve.

—Lo que sea menos cecina —dijo ella—. Estoy cansada de mascar.

—¿Qué te parece pollo agridulce? —le preguntó.

Charles vertió el sobrecito de aceite de oliva y le pasó a Anna el de papel de aluminio. Ella miró el contenido con cierta reticencia.

—No parece pollo agridulce —dijo.

—Tienes que prestar más atención a tu olfato —le amonestó él antes de probar el guiso. Aunque no podía compararse con la cena de la noche anterior, tampoco estaba tan mal para algo a lo que le echabas agua y te lo comías—. Y al menos el pollo agridulce no tiene el aspecto de comida para perros.

Anna se inclinó para echar una ojeada al interior de su sobre.

—Aagg. ¿Por qué tienen que hacer eso?

—Solo pueden liofilizar cosas pequeñas —le dijo él apartando el sobre antes de que Anna metiera el pelo dentro—. Come.

—Entonces —preguntó Anna de nuevo desde su atalaya sobre la roca—, ¿cuánto durará nuestro disfraz olfativo?

Le agradó comprobar que, tras la primera cucharada, Anna engullía su comida como un leñador.

—No importa —le dijo él mientras hacía lo mismo con la suya—, siempre y cuando continuemos hablando sobre lo que hacemos para que pueda oírnos cualquier lobo que se encuentre en las proximidades.

Anna dejó de comer y abrió la boca para disculparse, pero se detuvo a media palabra y frunció el ceño. Charles se preguntó si debía sonreír para indicarle que le estaba tomando el pelo; pero ella se dio cuenta antes, lo que demostró con un gesto de su cuchara.

—Si hubiera un hombre lobo dentro de tu campo auditivo, lo sabrías. Responde a la pregunta.

Casi nunca hablaba de su magia con nadie, ni siquiera con su padre, ya que el Hermano Lobo le decía que cuanto menos gente lo supiera, más eficaz sería como arma. Sin embargo, el Hermano Lobo no tenía ninguna objeción en contarle a Anna todo lo que quería saber.

De modo que tras tragar un trozo de ternera, admitió:

—No lo sé. El tiempo necesario, a menos que enojemos a los espíritus y decidan ayudar a nuestros enemigos.

Anna dejó de comer por segunda vez, en esta ocasión para mirarlo fijamente.

—Esta vez no me tomas el pelo, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—No. No soy una bruja, de modo que no puedo manipular el mundo a mi voluntad. Lo único que puedo hacer es pedirlo, y si los espíritus se muestran compasivos, me lo conceden.

Anna tenía una cucharada de comida en la boca, de modo que tuvo que tragársela antes de preguntar:

—¿Eres cristiano? O...

Él asintió.

—Más que el asno de Balaam. Pero, además, al ser un hombre lobo, sé que también existen otras cosas: demonios, vampiros, espíritus y cosas por el estilo. En cuanto descubres que ese tipo de cosas circulan por el mundo, debes admitir la presencia de Dios. Es la única explicación posible para entender por qué el diablo aún no se ha hecho con el mundo y ha esclavizado a la raza humana. Dios hace que el diablo se mantenga oculto entre las sombras. —Se terminó la comida y guardó la cuchara.

—¿El asno de Balaam? —Musitó Anna para sí, y entonces contuvo el aliento—. El asno de Balaam vio a un ángel. ¿Significa eso que tú también has visto uno?

Charles sonrió débilmente.

—Solo una vez, y no estaba interesado en mí... aunque sigue acompañándome. —De hecho, le había dado fuerzas en mitad de la noche—. Aunque Dios exista, eso no significa que no haya espíritus en estos bosques.

—¿Rindes culto a los espíritus?

—¿Por qué tendría que hacerlo? —No estaba loco ni era un estúpido, y un hombre tenía que ser una cosa o la otra para atreverse a propiciarlos—. Solo conseguiría que me dieran más trabajo, y mi padre se basta y se sobra para eso.

Anna frunció el ceño, de modo que decidió explicárselo mejor.

—De vez en cuando me ayudan en esto o aquello si se lo pido, pero la mayoría de las veces necesitan que yo les ayude a ellos. Y ya no hay tanta gente como antes que pueda oírlos, lo que significa que los pocos que podemos tenemos más trabajo. Mi padre me carga con el trabajo de tres personas. Si me dedicara a buscar espíritus, no tendría tiempo ni para atarme los zapatos. Samuel dedica mucho tiempo a reflexionar sobre el lugar que ocupan los espíritus en la Cristiandad, pero a mí no me preocupa tanto.

Pensó que iba a tener que recordarle que debía terminarse la comida, pero Anna se quedó mirando su sobre un instante y se metió en la boca otra cucharada.

—¿Qué haces si te piden que hagas algo malo?

Charles negó con la cabeza.

—La mayor parte de los espíritus son más bien agradables o desagradables que buenos o malos. —Y como aún sentía aquella intensa necesidad de tomarle el pelo, añadió—: Salvo los espíritus que se alimentan de cerebros y que viven en estos bosques esperando que algún incauto excursionista acampe bajo estos árboles. No te preocupes, no dejaré que se acerquen a ti.

—Gilipollas —le dijo a su pollo agridulce, aunque no parecía molesta.

Un lobo aulló en algún lugar de la oscuridad que les rodeaba. Estaba muy lejos, un lobo salvaje, pensó. Veinte años atrás no había lobos en las montañas de Montana, pero durante la última década se había producido un flujo continuo desde Canadá. El sonido le hizo sonreír. Su padre temía que no hubiera espacio en el planeta para los depredadores, pero él imaginaba que si los humanos habían permitido a los lobos regresar al lugar que ya habían ocupado anteriormente, con el tiempo también podían habituarse a la presencia de los hombres lobo.

Walter encontró el cadáver, enfundado en ropa de caza naranja, apoyado en un árbol. Por su aspecto, había caído desde un grupo de rocas junto al que un sendero de caza serpenteaba por el margen de un acantilado no demasiado alto. Pese a tener una pierna rota, había conseguido arrastrarse unos cuantos metros. Probablemente había muerto de frío hacía unos días.

Aquel hombre debía de ser la razón por la que todos aquellos rastreadores habían estado recorriendo los bosques. Debía de haberse extraviado, ya que nadie con un poco de sentido común saldría a cazar por una zona tan alejada de la carretera más próxima sin algún animal de carga. Era un lugar tan apartado de la zona que estaban batiendo, que las posibilidades de que le encontraran estaban en algún punto

intermedio entre pocas y ninguna. Cuando llegara la primavera quedaría poco que encontrar.

Pensó en enterrar el cuerpo pero tendría que cavar a través de veinticinco o treinta centímetros de nieve y otros veinte de suelo congelado. Además, no llevaba ninguna pala. Los pies del hombre eran del mismo tamaño que los de Walter, de modo que le quitó las botas, además de los guantes y la chaqueta, aunque dejó el chaleco naranja. Dejar el arma fue una decisión más complicada, pero la munición era difícil de encontrar y no quería revelar su posición cuando la utilizara.

Inclinó la cabeza y empezó a recitar una plegaria. No era la más adecuada, ya que la única que recordaba era la que solía entonar de crío antes de irse a la cama. Pese a todo, se centró en ella porque le ayudaba a ignorar a su bestia interior, la cual veía al cazador simplemente como carne fresca. Estaba hambrienta, y no le importaba de donde venía.

Estaba terminando la plegaria cuando oyó el aullido del demonio. Notó cómo un rugido pugnaba por salir de su garganta: el desafío a su enemigo. No obstante, logró contenerlo. Conocía el modo en que el mal solía acechar... durante un instante regresó a la guerra junto a Jimmy, pasando sigilosamente de una sombra a otra mientras se aproximaban a la tienda de su comandante. Los sollozos de la niña atenuaban sus pasos.

Por un instante vio el rostro de Jimmy tan claramente como si estuviera de nuevo a su lado. Y de repente volvía a estar en el presente, de pie junto al cadáver de un hombre; el cuerpo congelado de un hombre al que le había rebanado el cuello con su cuchillo, como hizo con el del oficial al mando hacía tantos años.

Aquella niña nunca le había contado a nadie lo que había ocurrido pese a que él y Jimmy se habían ocultado entre la maleza durante semanas. También podrían haberla matado a ella, pero aquello les habría convertido en el monstruo que había sido su comandante. Oficialmente, murió por el disparo de un francotirador. Él y Jimmy se habían reído con sorna de aquello. Los francotiradores no solían utilizar cuchillos.

Se agachó y recogió el cuerpo. No podía permitir que lo encontraran con una herida de cuchillo en el cuello. Lo llevaría a algún lugar más alejado de los senderos habituales.

Cargó con el cuerpo aproximadamente medio kilómetro y lo dejó con suavidad bajo un matorral de uvas de Oregón. Se relamió los labios y notó el sabor de la sangre. Sorprendido, miró el cuerpo y vio que la herida del cuello estaba limpia, con la piel de alrededor reluciendo ligeramente por la saliva.

Cogió un puñado de nieve y se limpió la boca, dividido entre el hambre y las náuseas. Pese a todo, sabía que no había podido sorber mucho porque el cuerpo estaba congelado.

Se alejó de allí lo más rápido que pudo sin echar a correr.

—¿Anna?

Charles terminó de subir la cremallera de los dos sacos de dormir.

Ella no le respondió. Se había despojado del anorak y las botas y volvió a encaramarse a la roca. Estaba descalza, con los calcetines de lana en la mano.

De haber estado en otro lugar, Charles habría creído que estaba disfrutando de la vista, pero se encontraban rodeados de árboles y lo único que podía ver eran más árboles. De hecho, más que contemplar el paisaje, se esforzaba por no mirar los sacos de dormir. En cuanto terminaron de comer, había vuelto a encerrarse en sí misma.

La temperatura había descendido diez grados tras la puesta de sol, y hacía demasiado frío para que continuara sobre la roca descalza y sin anorak. Puede que fuera una mujer lobo, pero su piel acabaría por congelarse de todos modos.

Sin embargo, no iba a conseguir que se metiera dentro de los sacos sin recurrir a la fuerza o la coacción. Él también se quitó las botas y guardó los calcetines en la mochila. Extrajo un par de calcetines limpios y los colocó en el fondo del saco, para que estuvieran calientes a la mañana siguiente.

Había traído una manta de repuesto. La sacudió y le cubrió los hombros con ella. Entonces se acercó a la roca y se sentó a su lado. Aunque no había mucho espacio, logró acomodarse junto a ella, hombro con hombro.

—Mis primos cortejaban a sus mujeres con mantas —le dijo sin mirarla.

Ella no dijo nada, se limitó a erguir los dedos gordos de los pies y a frotárselos para que entraran en calor.

—Se llama manta de atracción —dijo él—. Uno de ellos se acercaba a la chica que estaba cortejando y alargaba lentamente un brazo. —Charles sostuvo una punta de la manta y rodeó el hombro de Anna con un brazo—. Y la envolvía con la manta. Si la chica no le rechazaba, él se acercaba aún más. —Charles la atrajo hacia él, y ella se movió hacia un lado hasta que ambos quedaron completamente cubiertos por la manta.

—¿Manta de atracción? —Parecía divertida, aunque su cuerpo seguía tenso.

El lobo, pensó él, pero no del todo. Si no hubiera dedicado toda su atención, probablemente no habría percibido el inconfundible olor de su lobo mezclado con el de la fragancia característica de Anna.

—Mi hermano Samuel es aún más habilidoso con ella que yo —le dijo él mientras se movía hasta quedar frente a ella, con sus fríos pies encima de él.

Anna respiró profundamente y dejó escapar el aire de una sola vez, formando una densa nube producto de la condensación. Charles notó cómo su cuerpo empezaba a relajarse.

—Háblame del apareamiento —dijo ella.

Charles la abrazó con más fuerza.

—Para mí también es nuevo.

—¿Nunca te has apareado?

—No. —Respiró su olor corporal y dejó que penetrara en su interior y que le calentara el pecho—. Ya te he contado casi todo. La mayor parte del cortejo es similar al de los humanos. Después se casan y, habitualmente, su lobo la acepta como pareja.

—¿Qué ocurre si no lo hace?

—Pues que no lo hace. —No sentía ni la mitad de optimismo de lo que su comentario sugería—. Cuando te conocí, había decidido dejar de buscar una pareja. —No pudo evitar sonreír al recordar el desconcierto que había sentido durante su primer encuentro—. El Hermano Lobo te eligió como mi pareja en cuanto te vio, y yo solo puedo aplaudir su buen gusto.

—¿Qué habría pasado si me hubieras odiado?

Charles suspiró sobre su cabello.

—Que no estaríamos aquí. No me gustaría acabar como mi padre y Leah.

—¿Él la odia?

Charles se encogió de hombros.

—No. Me parece. No lo sé. —¿Cómo habían llegado a aquel tema?—. Él nunca ha dicho nada, ni en un sentido ni en otro. Pero las cosas no van muy bien entre ellos. Una vez me dijo, hace mucho tiempo, que su lobo necesitaba una pareja para remplazar a mi madre.

—Entonces, ¿qué salió mal? —preguntó Anna a medida que su cuerpo se apaciguaba pegado al suyo.

Charles negó con la cabeza.

—No tengo intención de hacerle al Marrok esa pregunta y ti sugiero que tú tampoco lo hagas.

Anna recordó otra cosa.

—Dijiste algo sobre una ceremonia bajo la luna llena.

—Así es —dijo él—. Existe una ceremonia bajo la luna para consagrar nuestra unión, supongo que una especie de ceremonia matrimonial, aunque algo más privada. Cuando eso ocurra, significará que también perteneces a la manada de mi padre. —Notó cómo Anna se tensaba: la ceremonia de la manada, durante la cual se compartía la carne y la sangre del Alfa, literalmente, podía resultar bastante aterradora si no estabas preparado para ella. ¿Por qué lo habría hecho Leo cuando había hecho mal todo lo demás? Decidió que era algo que podían discutir en otro momento, cuando no estuviera intentando relajarla y hacerla bajar de la roca para que se metiera con él en el saco de dormir—. Si lo prefieres, también podemos hacer una ceremonia en la iglesia. Podrías invitar a tu familia.

Anna giró la cabeza para poder mirarle a la cara.

—¿Cómo sabes que el vínculo no es completo?

—Es algo similar a la magia de la manada —le dijo él—. Algunos lobos casi no pueden sentirla. La magia de la manada es lo que permite a un Alfa recurrir a sus

lobos para ser más rápido o curarse más deprisa. Lo que permite controlar a los lobos bajo su poder o encontrarlos cuando los necesita.

Anna se quedó inmóvil.

—¿O saciar su ira? Creo que es lo que hizo Isabella: disfrutaba cuando los miembros de la manada se enfrentaban entre ellos.

—Sí —confirmó Charles—. Aunque nunca he visto a mi padre hacer eso. Pero ¿entiendes lo que quiero decirte?

—Sí. ¿Qué el apareamiento es algo parecido?

—A una escala menor. Varía según las parejas, a veces es solo una cuestión de saber dónde está tu compañera. Mi padre dice que eso es lo único que le une a Leah. Para otras es algo más. La pareja de uno de los lobos de Oklahoma es ciega, pero cuando está junto a él puede ver. Lo más habitual son cosas como ser capaz de compartir la fuerza o cualquiera de las otras cosas que un Alfa extrae de su manada.

Charles se quedó en silencio, esperando su siguiente pregunta.

—Tengo los dedos de los pies helados —sugirió poco después.

—Lo siento —dijo ella, y Charles le acarició la mejilla con el pulgar.

Normalmente evitaba el contacto físico dado que permitía al otro acercarse a él, una cercanía que no podía permitirse si quería mantener su empleo como asesino a sueldo de su padre. Pero, como resultado de ello, el Hermano Lobo estaba hambriento. Con Anna, se saltaba las normas habituales. Existían razones que lo explicaban: ella era su pareja y no le haría daño ni siquiera si su padre se lo ordenaba. Era una Omega y existían pocas probabilidades de que se convirtiera en una loba solitaria. Pero la auténtica razón, admitió finalmente, era que no podía resistirse a la sensación de la piel de Anna contra la suya.

—Roma no se ganó en un día —le dijo él—. Vamos a dormir. —Y entonces, cuando la notó tensa junto a él, le dijo—: Hace demasiado frío para otras cosas más interesantes.

Anna se quedó inmóvil.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

Charles enterró su fría nariz en el cuello de Anna, provocando en ella una risa efímera.

—Estás mejorando. ¿Qué tal si te digo que estás muy cansada?

Charles salió de debajo de la manta y le cubrió los hombros con ella. Entonces la cogió en brazos y bajó de un salto de la roca, doblando las rodillas para amortiguar la caída. Se había olvidado de las heridas; mientras cargaba con ella hasta los sacos de dormir, la pantorrilla empezó a darle punzadas de dolor que ignoró como pudo. El pecho tampoco estaba muy contento con él, pero cuando Anna se acomodó a su lado bajo los sacos, habrían hecho falta algo más que un par de heridas de bala para hacerle sentir infeliz.

Anna se durmió mucho antes que él.

Se detuvieron en el lago Baree, pero la única señal de que alguien hubiera estado en las proximidades eran las roderas de una moto de nieve que cruzaban las aguas heladas. Era un parque natural, pero también era Montana. Las motos de nieve no le preocupaban tanto como los motociclistas porque las primeras no deterioraban la vegetación. Hacía un par de años se había topado con dos motociclistas y los había seguido hasta el lago Wanless, a unos treinta kilómetros de la carretera más cercana, donde finalmente aparcaron los vehículos y se pusieron a nadar. Aún se preguntaba cuánto tiempo tardaron en llegar a la carretera sin las bujías.

En invierno, no era fácil desplazarse del lago Baree al Bear. Con la ayuda de Tag, había señalado en el mapa una ruta que parecía viable, pero si resultaba ser demasiado escarpada, encontraría otra. Lo único que quería era que el lobo solitario les viera y les diera caza.

Pero no pudo sacarse de la cabeza las roderas de la motonieve. La mayor parte de las Cabinets eran demasiado agrestes para circular con ellas. Aunque si solo querías llegar al lago Baree y regresar, por ejemplo, para encontrar unas cuantas víctimas y que la prensa decidiera que el responsable era un hombre lobo, era una buena opción.

Una manada organizada de renegados, decididos a impedir que Bran revelara la existencia de los hombres lobo, exigiría un trato muy distinto al de un lobo solitario. Tendría presente las motos de nieve y estaría preparado para enfrentarse a múltiples oponentes si era necesario.

Anna era una buena compañera. Era evidente que se lo estaba pasando muy bien, pese a la pasajera tensión de aquella mañana. No se quejó cuando el sendero se hizo exigente y le obligó a aplicar más músculo. La mayor parte del tiempo avanzaba en silencio, lo que le permitía centrar su atención en los otros monstruos del bosque. Dado que de vez en cuando intentaba ser sigiloso, agradeció que Anna no hablara en exceso. Se había levantado bastante alegre y relajada, y había continuado de ese modo... hasta que llegaron a un valle pequeño y escarpado.

Charles reconoció su creciente nerviosismo por el modo en que se reducía la distancia entre ambos.

Cuando se decidió a hablar, estaba tan cerca de él que le golpeó accidentalmente la parte trasera de la raqueta con la suya.

—Lo siento.

El traspié le envió una descarga de dolor por la pantorrilla, pero jamás se lo hubiera recriminado.

—Tranquila. ¿Te encuentras bien?

Vio cómo barajaba la posibilidad de mentirle educadamente y cómo lo descartaba.

—Esto es un poco espeluznante —dijo finalmente.

Charles pensaba lo mismo: había una serie de lugares en las Cabinets que transmitían aquella sensación. Aunque no estaba muy seguro, le pareció que aquel

lugar era aún peor de lo habitual; ciertamente peor que la zona montañosa que habían recorrido el día anterior.

El comentario de Anna le hizo inspeccionar más detenidamente la zona en la que se encontraban, por si acaso ella había percibido algo que a él se le había escapado. Pero no vio nada fuera de lo común, ni nada más amenazador que un precipicio que se elevaba frente a ellos y que sumergía con su sombra tanto el valle como los árboles verdes y negros que crecían tupidamente a ambos lados. Aunque no descartó la presencia de otro tipo de fuerzas.

Los espíritus de las montañas no eran muy hospitalarios, no como los *Bitterroots* o los *Pintlers*. No aceptaban de buena gana la presencia de intrusos.

Puede que la actividad de los espíritus fuese más intensa en aquel valle... o puede que hubiera sucedido algo. Cuanto más vueltas le daba, más convencido estaba de que era algo más que unos simples espíritus haciendo travesuras. No estaba seguro de si se debía a algo ocurrido hacía una semana o cien años, pero algo oscuro estaba sepultado bajo toda aquella nieve.

—Eres una mujer lobo —le dijo él—. No debería afectarte tanto.

Anna dio un resoplido.

—Nunca tuve miedo de los monstruos, hasta que me convertí en uno. Ahora tengo miedo hasta de mi sombra.

Charles percibió el escarnio dirigido a sí misma y le contestó con otro resoplido.

—Chorradas. Yo... —Respiró profundamente y dejó de hablar, colocándose en la dirección del viento para volver a captar el rastro.

Anna se quedó inmóvil, observándole. Charles esperó hasta que el olor se hizo más intenso; a su perseguidor no le preocupaba que pudieran localizarlo.

—¿Lo hueles? —le preguntó él en voz baja.

Anna cogió aire y cerró los ojos.

—Árboles, la persona que nos prestó la ropa y... —Se puso tensa en cuanto percibió lo mismo que él—. Gato. Algún tipo de gato. ¿Una pantera?

—Casi —le dijo él—. Un lince, creo. Bastante cabreado pero inofensivo para nosotros.

—Genial —dijo ella—. ¿Qué es...? —En aquella ocasión le tocó a ella detenerse—. ¿Qué es eso?

—Un conejo muerto —dijo él con satisfacción—. Empiezas a fiarte de tu olfato. —Volvió a coger aire y se lo pensó mejor—. Podría ser un ratón, pero probablemente es un conejo. Por eso el lince sigue cerca: le hemos interrumpido la comida.

Le sorprendía haber encontrado un lince en aquel lugar: los gatos normalmente se mantenían alejados de las zonas que transmitían aquella sensación. ¿Podría haber llegado allí empujado por otro depredador?

Anna estaba pálida.

—Odio que una parte de mí sienta hambre al oler carne cruda.

No le había molestado oler la sangre de Jack. Aunque no hacía más de una hora que no comía nada y empezaba a tener hambre. Su cuerpo consumía calorías rápidamente para mantener la temperatura adecuada. Sin embargo, estuviera o no hambrienta, no era el momento de que se alimentara con carne de verdad; tenía que alejarla de aquel pequeño impulso. De modo que le entregó una bolsa de galletas de mantequilla de cacahuete y la obligó a seguir adelante. La mantequilla de cacahuete haría que empezara a beber de su cantimplora; no estaba seguro de que se estuviera hidratando correctamente.

Continuaron avanzando hasta dejar atrás el valle, y también aquella sensación perturbadora, lo que confirmó su sospecha de que no se trataba de la actividad de los espíritus.

—Hora de comer —dijo él mientras le pasaba una barrita de cereales y una tira de cecina.

Anna lo cogió, apartó casi toda la nieve que cubría un árbol caído y se subió a él.

—Todo era normal hasta llegar a ese valle. Ahora me siento cansada y congelada, y solo es la una. ¿Cómo lo hacen los humanos?

Charles se sentó junto a ella mientras mascaba su propia cecina; sabía mucho mejor que el pemmican pese a que no era ni la mitad de energético al carecer de grasa.

—La mayoría ni lo intenta, sobre todo en esta época del año. He impuesto un ritmo más fuerte del habitual para salir del valle, por eso estás más cansada. —Frunció el ceño—. No has sudado, ¿verdad? ¿Tienes los calcetines mojados? He traído una muda. Si se te mojan, pueden congelarse, y eso significa que podrías perder un dedo.

Anna meneó las raquetas, las cuales colgaban a unos treinta centímetros del suelo.

—Pensaba que los hombres lobo éramos indestructibles e inmortales.

Algo en su semblante le dijo a Charles que estaba pensando en las palizas que había recibido para intentar que aceptara algo para lo que no se sentía preparada.

—Te volvería a crecer —dijo Charles al tiempo que tranquilizaba al Hermano Lobo, a quien no le gustaba nada ver sufrir a Anna—. Aunque no sería muy agradable.

—De acuerdo. —Y, como quien no quiere la cosa, añadió—: Están secos.

—Dímelo en cuanto dejen de estarlo.

Empezaba a notar el peso de las raquetas. Le dirigió a Charles una mirada de reproche, sintiéndose segura porque lo hizo a su espalda. Pese a las heridas de bala, era evidente que no le costaba avanzar. Apenas cojeaba mientras escalaban la vertiente de otra montaña. Había reducido el ritmo, pero aquello no la ayudó como esperaba. Si no le hubiera prometido que acamparían en la cumbre de la montaña por

la que avanzaban en aquel momento, probablemente se habría desplomado allí mismo.

—No queda mucho —le dijo él sin mirar atrás.

Era indudable que sus resuellos le indicaban todo lo que necesitaba saber sobre el nivel de su cansancio.

—En parte es por culpa de la altitud —le dijo él—. Estás acostumbrada a más oxígeno en el aire y debes respirar más a menudo para compensar la diferencia.

Le estaba ofreciendo excusas, lo que provocó que su espina dorsal se agarrotara. Iba a terminar aquella ascensión aunque le costara la vida. Clavó el borde de la raqueta en la nieve para impulsar su siguiente paso, cuando un grito salvaje resonó a través de los árboles, erizándole el bello de la nuca mientras el aullido se extendía por las montañas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Charles la miró por encima del hombro con una sonrisa sombría pintada en el rostro.

—Hombre lobo.

—¿Sabes de dónde ha venido?

—Del este —dijo él—. Por el tiempo en que ha tardado en llegar el sonido, diría que está a unos kilómetros de aquí.

Pese a que no debería sentir miedo, no pudo evitar un estremecimiento. Después de todo, ella también era una mujer lobo, ¿no? Y había visto a Charles limpiar el suelo con su anterior Alfa pese a haber recibido varios disparos.

—No te hará daño —dijo Charles.

Anna no dijo nada, pero él la contemplaba fijamente y sus ojos se suavizaron.

—Si no te gusta que utilice mi olfato para saber lo que sientes, podrías usar perfume. Suele ser bastante eficaz.

Anna olfateó el aire pero solo captó el olor de las personas que le habían prestado la ropa a Charles.

—Tú no usas perfume.

Sonrió abiertamente, sus dientes blancos contra su rostro moreno.

—Demasiado mariquita para mi gusto. Tuve que aprender a controlar mis emociones. —Entonces eliminó algo de escarcha que había quedado adherida en la rodilla de Anna y añadió con pesar—: Hasta que te conocí.

Reemprendió la marcha montaña arriba, dejándola confundida detrás de él. ¿Quién era ella para poder afectar de aquel modo a un hombre como él? ¿Por qué ella? ¿Solo porque era una Omega? De algún modo supo que no era solo eso. No con aquel reconocimiento irónico aún en el aire. Él le pertenecía.

Solo para asegurarse, se contó los dedos bajo los guantes. Hacía solo una semana estaba sirviendo mesas en el Scorci's, jamás había oído hablar de Charles ni sabía cómo caminar con raquetas de nieve. Ni siquiera tenía la remota esperanza de volver a sentir algo al besar a un hombre. Ahora avanzaba por la nieve con una temperatura

bajo cero y una sonrisa estúpida en el rostro, dando caza a un hombre lobo, o, mejor dicho, siguiendo a Charles mientras este daba caza a un hombre lobo.

Extraño. Y bastante agradable. Y existían otros incentivos para seguir a Charles. El paisaje, por ejemplo.

—¿Te estás riendo? —preguntó Charles con su voz del Sr. Spock.

La miró por encima del hombro y a continuación ejecutó uno de aquellos giros complicados y necesarios cuando llevas raquetas de nieve y quieres cambiar de dirección. Se quitó un guante y le tocó la nariz, justo donde sabía que se congregaban más pecas. Sus dedos se movieron hasta recorrer el hoyuelo de su mejilla izquierda.

—Me gusta verte feliz —le dijo él con la mirada fija en ella.

La mirada detuvo su risa, pero no la cálida y confusa sensación en su estómago.

—¿De verdad? —dijo ella socarronamente—. Entonces dime que esta ha sido la última pendiente y que este lugar tan plano en el que estamos ahora es donde vamos a acampar y que no tengo que dar un paso más por hoy.

Anna le contemplaba como un gato frente a una tarta, y él no tenía ni la menor idea de por qué lo hacía. No estaba habituado a aquello. Se le daba muy bien interpretar las intenciones de la gente, maldita sea. Tenía mucha experiencia, y el Hermano Lobo solía tener mucha empatía. Pese a todo, no tenía ni idea de por qué continuaba mirándolo con aquella risita secreta bailando aún en sus ojos.

Se inclinó hasta que pudo apoyar la cabeza contra su gorro de lana y cerró los ojos, disfrutando de su olor y dejando que su calor corporal se extendiera hasta su corazón. Su olor liberó las ataduras que lo maniataban y le recorrió todo el cuerpo como el humo de un narguile.

Ni rastro del olor humano en ellos, pero, al estar completamente absorto en ella, no pudo evitar dejarse ir.

No obstante, tendría que haberlo oído. U olido. Algo.

En un segundo pasó de estar junto a Anna a estar bocabajo sobre la nieve con algo a su espalda —un hombre lobo, concluyó demasiado tarde su olfato— y Anna debajo.

Unos colmillos se clavaron en la dura tela de su chaqueta y le desgarraron la mochila. Ignoró al hombre lobo por el bien de Anna y levantó todo su peso (y el del otro hombre lobo) para permitir que ella saliera de debajo de su cuerpo, pese a saber que probablemente sería una decisión fatal.

Anna salió a rastras con la misma rapidez con que lo hubiera hecho el ayudante de un mago. Sin embargo, no hizo caso a su orden que la conminaba a salir corriendo.

El lobo atacante no pareció reparar en su presencia. Estaba tan ocupado desgarrando la mochila de Charles que no prestaba atención a nada más. Charles concluyó que se trataba de un lobo fuera de control tras comprobar que no soltaba su

objetivo inicial pese a existir otro peligro más urgente. Aunque tampoco se quejaba por ello.

La forma humana de Charles era un poco más frágil que la del lobo, pero casi igual de fuerte. Sin Anna debajo de él, no tardó ni medio segundo en rasgar las correas de las raquetas y liberar sus pies.

A ambos lados volaron paquetes de aluminio como el confeti en una boda: comida liofilizada. Indudablemente, a Samuel se le habría ocurrido algo gracioso en aquella situación: *veamos quién de los dos acaba siendo la comida fría*.

Gruñendo por el esfuerzo, Charles estiró las piernas con toda la velocidad y poder que pudo reunir y, aquel movimiento, unido al peso del otro hombre lobo desgarró definitivamente la tela de la chaqueta y la mochila de Charles. Sujetándose únicamente a la tela, el lobo cayó de espaldas mientras esta se desgarraba; una patada y el lobo se desplazó trescientos metros por el aire. No lo suficientemente cerca pero tampoco demasiado lejos. Quedó entre Charles y Anna; más cerca de ella.

Mientras se deshacía de los últimos restos de su mochila —desgarrando despiadadamente cualquier cosa que amenazara con limitar sus movimientos—, Charles reflexionó sobre la extraña naturaleza del ataque. Ni siquiera un lobo solitario fuera de control habría permitido que una simple mochila le impidiera alcanzar su objetivo. Charles había recibido una dentellada o un zarpazo en algún lugar de su cuerpo, pero aparte de eso estaba completamente ileso.

El lobo se puso en pie pero no hizo ningún ademán de atacar. Estaba asustado. El olor de su miedo inundó el aire mientras clavaba sus ojos en los de Charles, desafiándolo.

No obstante, se quedó donde estaba, entre Charles y Anna. Como si estuviera protegiéndola.

Charles entornó los ojos e intentó ubicar al lobo; había conocido a muchos durante su vida. Gris sobre gris era demasiado común, aunque estaba aún más delgado que el lobo de Anna, casi cadavérico. Su olor no le resultaba familiar. Tampoco olía a manada, sino más bien a abetos, cedros y granito; como si nunca se hubiera dado un baño con jabón o champú o algún otro de los productos de la vida moderna.

—¿Quién eres? —preguntó Charles.

—¿Quién eres? —repitió Anna, y el lobo la miró a ella.

Con los ojos encendidos, igual que Charles. Cuando hacía aquello, podía contener a cualquier lobo que quisiera de un modo tan eficaz a como lo hacía Bran, aunque este lo conseguía simplemente con la fuerza de voluntad. Anna hacía que desearas acurrucarte a sus pies para deleitarte con la paz que trasmitía.

Charles percibió el momento en que el lobo se dio cuenta de que no había ningún humano al que proteger. Olió el aumento de su ira y su odio, y cómo estos se desvanecían al alcanzar a Anna, dejando tras de sí... solo desconcierto.

El lobo huyó al trote.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Charles mientras se quitaba la ropa lo más rápido que pudo. Podría haber utilizado la magia para hacerlo, pero no quería arriesgarse a agotarla para aquello cuando más tarde podía resultarle más útil. El maldito vendaje que le cubría las costillas era resistente, y le dolió cuando lo hizo jirones con las uñas a medida que estas se alargaban. Un fragmento de correa de la raqueta se había enredado con el cordón de una bota. Partió el cordón por la mitad.

—Estoy bien.

—No te muevas de aquí —le ordenó mientras permitía que el Hermano Lobo fluyera a través de él y le dejara sin habla.

Se estremeció cuando su otra forma vino acompañada de la llamada de la caza y a cada minuto que pasaba su forma humana se iba alejando.

—Aquí estaré —le dijo ella, y, a medida que la forma del lobo se asentaba y solidificaba, más palabras fluían a través de él—. No le hagas daño.

Asintió antes de desaparecer en el bosque. En aquel viaje no iba a tener que matar a nadie. Con la ayuda de Anna, conseguiría salvar a aquel lobo solitario.

En cuanto Charles se marchó, Anna empezó a temblar, como si alguien le hubiera quitado el anorak y la hubiera dejado desnuda en medio del hielo y la nieve. Miró a su alrededor nerviosa mientras se preguntaba por qué las sombras de los árboles le parecían súbitamente más profundas. Los abetos, que un instante antes eran simples árboles, ahora parecían abalanzarse sobre ella con una amenaza silenciosa.

—Soy un monstruo, maldita sea —dijo en voz alta.

A modo de respuesta, el viento dejó de soplar y se impuso el silencio; un silencio denso y pesado que parecía tener vida propia, aunque nada se movió ni produjo ningún sonido. Incluso los pequeños pájaros, los carboneros y trepadores azules, permanecían inmóviles.

Anna miró fijamente los árboles y se tranquilizó. Aunque la sensación de que alguien la estaba observando no dejaba de aumentar. Su olfato le decía que no había nada, pero tampoco había detectado la presencia del lobo que se les había echado encima. Ahora que este se había escabullido, sus sentidos continuaban completamente alerta. Algo realmente útil.

Sin embargo, al pensar en el lobo, recordó la extraña sensación que le había invadido hacía unos instantes, como si pudiera ver directamente su alma a través de aquella piel tan extraña, sentir su sufrimiento, sus necesidades. Había extendido la mano y le había preguntado su nombre; una parte de ella estaba convencida de que se acercaría y le respondería.

Cuando, en lugar de eso, había huido, aquel extraño convencimiento la abandonó. No podía precisar la mayor parte de los sentimientos que le había transmitido el lobo; se sentía como una ciega viendo los colores por primera vez. Aunque estaba bastante segura de que había atacado para protegerla, y que había hecho todo lo posible por no herir a Charles.

Algo la estaba observando. Olfateó el aire pero únicamente reconoció los olores habituales del bosque.

Recorrió el perímetro del claro, pero no detectó nada ni con los ojos, ni con el oído, ni con el olfato. Decidió volver a intentarlo pero tuvo la misma suerte. Una tercera vez no iba a servir de mucho. Tenía que calmarse, porque si no acabaría saliendo en busca de Charles completamente aterrorizada. Sí, aquello le impresionaría mucho.

Aunque tampoco había hecho nada hasta ahora para impresionarle.

Cruzó los brazos sobre el estómago, justo donde se le había empezado a formar un nudo por algún tipo de emoción que no podía ni quería precisar. Rabia, probablemente.

Había resistido durante tres años porque, por muy mal que sonara, necesitaba a la manada. Era una exigencia visceral sin la cual su lobo no podía subsistir. De modo que les había permitido que le arrebataran todo su orgullo y que Leo controlara su cuerpo para hacerla circular entre sus lobos como una puta.

Por un instante pudo oler el aliento de Justin en su cara, el peso de su cuerpo sujetando el suyo, el dolor en las muñecas y la presión en la nariz, que le había roto con un golpe preciso de su mano extendida.

La sangre le resbaló por el labio, cayó sobre su nuevo anorak y salpicó la nieve. Sorprendida, se llevó la mano a la cara. Pese a que segundos antes había notado que le sangraba como la noche que le golpeara Justin, no le pasaba nada.

Pero la sangre seguía allí.

Se agachó, cogió un puñado de nieve y la presionó contra la nariz hasta sentir un agradable hormigueo. Se llevó la mano a la nariz y aquella vez no había ni rastro de sangre en su mano, por lo que concluyó que había dejado de sangrar. La pregunta era: ¿por qué había empezado a hacerlo? ¿Y por qué se había acordado de Justin?

Tal vez, pensó, la hemorragia nasal tenía que ver con la altitud. Charles lo sabría. Cogió un poco más de nieve limpia y se frotó la cara con ella, así como una parte manchada de la mochila. Se tocó la nariz y comprobó que sus dedos estaban limpios. Fuera cual fuese la causa, la hemorragia se había detenido. Restregó los manchurrónes del anorak pero lo único que consiguió fue extender aún más la sangre.

Con un suspiro, buscó un lugar donde guardar la ropa manchada. Se había quitado la mochila cuando empezó a inspeccionar el claro. Estaba ilesa, rodeada de sobres de aluminio esparcidos formando extravagantes dibujos sobre la nieve, junto a los restos de la mochila de Charles.

Típico de los hombres, pensó con cierta exasperación, dejar que la mujer se encargue de recoger el desorden.

Juntó la ropa dispersa de Charles y la sacudió para eliminar la nieve. La guardó en su mochila y empezó a colocar sobre ella los sobres de comida liofilizada. Con un poco de orden, pudo guardar la mayor parte de la comida que no había sufrido desperfectos en su mochila, pero no había forma de rellenarla con nada más.

Contempló con frustración los restos de la mochila de Charles, el saco de dormir y las raquetas.

Si no se encontraran en mitad de un parque nacional, no le habría preocupado tanto, pero allí no podían dejar nada tras ellos. Observó con detenimiento la mochila hecha jirones. El fusil también había sufrido daños. Aunque no sabía mucho de armas, sospechaba que para funcionar haría falla que el cañón estuviese recto.

No obstante, tuvo suerte al encontrar bajo los restos de la mochila la tela aislante sobre la que habían dormido aquella noche.

Olió algo al agacharse para extender la dura tela sobre la nieve. Hizo todo lo posible por no reaccionar al olor mientras recogía los restos del ataque y los apilaba en el centro. Todo menos el fusil. Pese a estar torcido, continuaba siendo tranquilizadamente sólido.

Fuera quien fuese quien la observaba, se mantenía completamente inmóvil: un humano, no un hombre lobo.

Terminó haciendo un fardo con la tela que sería fácil de transportar. Cuando Anna trasladó el improvisado bulto junto a su mochila, oyó cómo su observador salía de entre los árboles, a su espalda.

—Parece que tienes un pequeño problema entre manos —dijo una voz agradable—. ¿Te has topado con un oso?

Parecía bastante agradable. Anna se dio la vuelta para mirar a la mujer que había salido del bosque tras haber estado observándola durante un tiempo sospechosamente largo.

Como Anna, llevaba raquetas de nieve, aunque también se ayudaba con unos palos de esquí. Unos ojos marrones la observaban por debajo de un gorro, pero el resto de su rostro permanecía oculto tras una bufanda de lana. Bajo el gorro gris, unos rizos morenos se precipitaban sobre sus hombros.

Anna respiró profundamente pero su olfato le dijo que era humana. ¿Sería tan pobre el oído de un humano para confundir la lucha entre dos hombres lobo con el ataque de un oso? No tenía ni la más remota idea.

—Un oso, eso es. —Anna sonrió para intentar disimular el tiempo que había tardado en responder—. Lo siento, aún estoy un poco aturdida, y tampoco me siento muy a gusto con la Madre Naturaleza en plena acción. Sí, un oso. Lo hemos ahuyentado, y entonces nos hemos dado cuenta de que se había llevado una de... —¿Qué podía ser tan vital para que un humano saliera detrás de un oso?—... las mochilas. En la que guardábamos el mechero.

La otra mujer echó la cabeza para atrás y soltó una risotada.

—¿No es eso lo que siempre ocurre? Me llamo Mary Alvarado. ¿Qué haces aquí en mitad del invierno si no estás habituada a la alta montaña?

—Me llamo Anna... Cornick. —De algún modo le pareció que lo mejor era utilizar el apellido de Charles. Anna miró a Mary Alvarado con otra sonrisa irónica—. No hace mucho que nos hemos casado. Tú también debes de estar buscando al

cazador, ¿verdad? Nos dijeron que no encontraríamos a nadie tan lejos. Puede que yo sea una novata, pero mi marido está curtido en estos lances.

—Soy del servicio de emergencias —le dijo Mary.

—¿No se supone que debéis ir en parejas? —preguntó Anna.

No estaba segura de aquello, pero parecía lo más lógico. Heather y Jack trabajaban juntos.

Mary se encogió de hombros.

—Mi compañera está por aquí cerca. Hemos discutido y se ha largado enfurruñada. Pero se le pasará pronto y dejará que la atrape. —Sonrió de forma intrigante—. Tiene muy mal humor.

La mujer dio un paso en dirección a Anna, pero se detuvo de golpe y miró a su alrededor. Anna también lo percibió: un poderoso viento maligno soplando entre los árboles.

Algo emitió un rugido.

Capítulo 9

Asil podaba rosas muertas en su invernadero. Pese a no ser ni la mitad de hermosas que las de España, resultaban una mejora considerable respecto a las flores que había adquirido en un principio. Sus rosas españolas habían sido el resultado de siglos de cuidadoso cultivo. Cuando tuvo que abandonarlas, no pensó mucho en ello, pero ahora lamentaba su pérdida.

Aunque no tanto como perder a Sarai.

Confiaba en que alguien se hubiera encargado de ellas, pero el estado en que había dejado su propiedad habría significado casi con toda seguridad la muerte de las flores antes de que alguien decidiera qué hacer con la finca. Aun así, había estado intercambiando tallos y cepas con otros aficionados de las rosas durante décadas antes de verse obligado a huir, de modo que su trabajo no había sido completamente en vano. En algún lugar del planeta probablemente florecerían los descendientes de sus rosas. Tal vez si Bran le permitiera vivir unos cuantos años más, podría viajar para encontrarlas.

Alguien golpeó con los nudillos suavemente en la puerta interior y a continuación la abrió sin esperar respuesta. Ni siquiera se molestó en levantar la vista. Sage había estado invadiendo su invernadero prácticamente desde que lo construyó, tiempo atrás habría hecho pedazos a cualquiera que osara interrumpir su soledad. No obstante, pegar a Sage sería tan gratificante como pegar a un cachorro: lo único que conseguiría sería sentirse como un maltratador.

—¿Hola? ¿Hola? —llamó Sage, aunque su olfato le decía exactamente donde se encontraba.

Era su forma habitual de aparecer. Asil creía que lo hacía para asegurarse de que aquel día no se sentía especialmente dado a la reclusión. Había tenido un par de días como aquellos tras instalarse en Aspen Creek. Cuando Sage empezó a visitarle, se había preguntado si en realidad el Marrok la enviaba para comprobar si seguía lo suficientemente sano como para dejar que continuara viviendo. De ser así, solo lo hacía por prudencia, y a Asil hacía tiempo que había dejado de importarle.

—Estoy aquí —dijo él sin molestarse en subir la voz.

Le habría oído aunque lo hubiera dicho en un susurro, y ya no le apetecía aparentar que era humano.

No levantó los ojos de su trabajo cuando ella se acercó y se colocó a su espalda. Sus estándares de belleza habían evolucionado a lo largo de los años, pero aunque no lo hubiesen hecho, Sage habría despertado el deseo en él.

Sarai a menudo le había golpeado sonoramente en la cabeza por mirar a otras mujeres, aunque sabía que no era capaz de descarriarse. Ahora que ya no estaba,

apenas miraba a ninguna. El hecho de flirtear no le parecía una deslealtad a su pareja fallecida, pero había descubierto que echaba demasiado en falta sus recriminaciones. Aunque, por supuesto, ante la posibilidad de irritar al sosegado Charles, había dejado de lado con satisfacción todos aquellos recuerdos.

—Hola, Asil. Te estás riendo, ¿se ha muerto alguien? —Evidentemente no esperaba que contestara a aquello, de modo que continuó—: ¿Quieres que te ayude en algo?

—Estoy podando las flores marchitas —le dijo pese a que podía verlo por sí misma.

A veces se mostraba muy impaciente con todo aquello: conversaciones sin sentido que reproducían otras que había tenido cientos, miles de veces. También le cansaba la gente con la que debía tratar los mismos temas una y otra vez.

Se preguntó cómo conseguía Bran mantener aquel aspecto de sincero interés ante los insignificantes problemas de su gente. *Aun así*, pensó Asil con cierta perplejidad amarga y autoimpuesta, *no debo de estar tan cansado de la vida cuando me agarré con todas mis fuerzas a la oportunidad que me ofreció Bran.*

Sage respondió a su silencio con una alegría implacable. Era una de las cosas que más le gustaban de ella, el hecho de que jamás tuviera que disculparse por sus volátiles estados de ánimo.

Cuando Sage se quitó la chaqueta y se colocó justo a su derecha para empezar con la siguiente fila de arbustos, supo que estaba dispuesta a escucharle. Si no hubiera sido así, habría empezado por el otro extremo del invernadero, donde no interrumpiría su trabajo.

—¿Qué opinas de la pareja de Charlie? —preguntó ella.

Asil emitió un gruñido. Había sido una estupidez provocar al chico de Bran, pero no había podido evitarlo: no era habitual pillarlo con la guardia baja. Y Anna le recordaba mucho a Sarai; no en el aspecto físico —Sarai era tan morena como él— pero ambas transmitían la misma serenidad interior.

—Bueno, a mí me cae bien —dijo Sage—. Teniendo en cuenta el modo en que abusó de ella su antiguo Alfa, tiene más entereza de la que podría esperarse.

Asil mostró cierta conmoción.

—¿Abusó de una Omega?

Sage asintió.

—Durante años. Supongo que Leo era todo un personaje. Mató a la mitad de su manada o dejó que su pareja desequilibrada lo hiciera por él. Incluso ordenó a uno de sus lobos que forzara la Transformación de Anna. Lo que no entiendo es por qué Charles no masacró a toda la manada: ninguno de ellos hizo nada por protegerla. ¿Costaba tanto coger el teléfono y llamar a Bran?

—Si Leo se lo prohibió, no podían hacerlo —dijo Asil distraído. Él había conocido a Leo, el Alfa de la manada de Chicago, y le había caído bien—. A menos que fueran tan dominantes como Leo, lo que es bastante improbable.

Leo había sido un Alfa poderoso, y habría puesto la mano en el fuego, un hombre honorable. Tal vez Sage estuviera equivocada. Asil cortó unas cuantas rosas con las puntas marchitas y le preguntó:

—¿Sabes por qué hizo Leo todas esas cosas?

Sage levantó la vista de su tarea.

—Supongo que la edad había desquiciado a su pareja. Mató a todas las hembras de la manada por celos, y después convirtió a unos cuantos hombres atractivos, solo por diversión. Parece ser que Leo confiaba en que una Omega en la manada tranquilizara a su inestable pareja. Y funcionó, más o menos. Para mantener a Anna controlada hizo que la maltrataran.

Asil se detuvo mientras un escalofrío le recorría la espalda. Cuando se hablaba de una hembra sin pareja en el seno de una manada, el término «maltrato» era algo extremadamente perturbador, mucho peor que «abuso». La definición de «abuso» en aquella época difería considerablemente del predominante durante la primera parte de su vida. El término «maltrato» no había cambiado tanto.

—¿Cómo la maltrataron? —preguntó con voz ronca al recordar súbitamente la extraña ira que había reconocido en Charles.

Una imagen fugaz acudió a su mente: el semblante de Anna por encima del hombro de Charles. ¿Estaba asustada?

Se arrepintió por su afición a crear problemas. ¿Qué había hecho?

Sage introdujo los dedos en la tierra. Era evidente que estaba recordando el brutal ataque del que ella había sido víctima y que había propiciado que buscara refugio en Aspen Creek unos años antes de su llegada. También debería disculparse por eso. *Torpe, torpe, Asil.*

—¿Qué crees tú que le hicieron? —dijo ella finalmente con la voz teñida por el dolor.

—*Por Alá* —dijo Asil suavemente.

Jamás había conseguido desquiciar a Charles de aquel modo. Y había dejado que aquella pobre criatura se enfrentara a las consecuencias tras creer que todos los Omega eran capaces de tranquilizar a su pareja. No se había dado cuenta de que Anna había pasado por una situación muy traumática. Estaba claro que Bran debería haberle matado hace mucho tiempo.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que hablar con Charles —dijo Asil soltando el cuchillo y poniéndose en pie.

Se estaba haciendo demasiado viejo y complaciente, y aquello le hacía creer a menudo que lo sabía todo. Había pensado que el chico estaba esperando a que se curaran sus heridas para consumir el vínculo, cuando, en realidad, lo que estaba haciendo era intentar darle a la chica un poco más de tiempo.

El hecho de que Charles hubiera venido aquella mañana para preguntarle sobre los Omegas podía significar que algo iba mal... y, tras comprender aquello, se dio

cuenta de que Charles no se había referido a Sarai cuando se interesó por las consecuencias de la tortura en una Omega. Se refería a Anna.

—Ahora mismo es un poco complicado hablar con Charles —dijo Sage fríamente—. Se ha ido con Anna a perseguir a un lobo solitario en las Cabinets. Allí no tienen cobertura.

—¿Las Cabinets? —Frunció el ceño al recordar la cojera que Charles había intentado disimular durante el funeral del día anterior. Aunque aquella mañana parecía estar en mejor estado, Asil había percibido cierta rigidez en sus movimientos—. Está herido.

—Mmm. —Sage asintió—. He oído que le dispararon en Chicago. Balas de plata. Pero hay un lobo solitario suelto que está atacando a gente. Ha matado a uno y ha herido a otro en menos de una semana. El compañero de Heather Morrell es el que resultó herido. Si queremos que la prensa no intervenga, debemos capturar al lobo lo antes posible, para que no haga daño a nadie más. Y ¿a quién más puede enviar Bran para seguirle el rastro? Samuel no es el más adecuado, y además esta mañana ha salido para Washington. Según parece, a Bran le preocupa que pueda tratarse de un ataque orquestado por los lobos europeos. Si causan suficientes problemas, puede que Bran reconsidere la decisión de hacer pública la existencia de los hombres lobo. De modo que necesita un lobo dominante.

Hacía mucho tiempo que a Asil había dejado de sorprenderle el hecho de que Sage supiera tanto sobre lo que ocurría en la manada del Marrok.

—Podría haberme enviado a mí —dijo Asil, aunque sin prestar demasiada atención a sus propias palabras.

Era una buena noticia que Anna hubiera ido con Charles. Significaba que su provocación no había causado un daño irreparable.

Sage le miró fijamente.

—¿A ti? ¿En serio? Asistí a tu actuación de ayer en la iglesia.

—Podría haberme enviado a mí —repitió Asil.

Sabía que Sage estaba empezando a sospechar que su locura era fingida. Bran probablemente pensara lo mismo, ya que no le había matado pese a sus repetidas peticiones: quince años de «todavía no». Era una lástima que tanto Sage como Bran estuvieran tan equivocados. Su locura era algo sumamente sutil que podía provocar la muerte de todos ellos cuando menos lo esperaran.

Asil era un peligro para todos los que le rodeaban, y si no fuera un cobarde habría obligado a Bran a enfrentarse al problema en cuanto llegó a Aspen Creek, o cualquier otro día desde entonces.

Al menos podría haberse encargado del lobo solitario; a Bran le debía eso y mucho más.

—No creo que las heridas de Charles fueran muy importantes —dijo ella en tono conciliador.

De modo que Charles había logrado ocultar a Sage la auténtica gravedad de sus heridas. Aunque él no se había dejado engañar. Hacía falta mucho para que el *viejo lobo* se moviera con tantas dificultades en el funeral, delante de tanta gente.

Asil respiró profundamente. Charles era un tipo duro, y conocía las Cabinets mejor que nadie. Pese a estar herido, un lobo solitario no sería contrincante para él. Todo iría como la seda. La próxima vez que los viera se aseguraría de disculparse ante ambos. Confiaba en no haber provocado ningún daño irreparable con su acoso. Se había sentido tan celoso. La paz que Anna prometía le había hecho recordar...

Ah, Sarai, estarías tan decepcionada.

—¿Te encuentras bien?

Asil volvió a arrodillarse y a coger las cizallas.

—Sí.

Pero ¿por qué enviarían los europeos solo un lobo? Tal vez no eran ellos. Quizá Charles necesitara ayuda.

Suspiró. Le debía una disculpa al chico. Una disculpa que no podía esperar. Si supiera desde donde habían salido, podría rastrear a Charles y asegurarse de que no había hecho un daño irreparable al vínculo entre él y su pareja.

—Tengo que hablar con Bran —dijo.

Volvió a dejar las cizallas en el suelo y salió por la puerta como una exhalación, cerrando tras él la puerta del invernadero.

Cuando dejó atrás la sala de despresurización, el aire helado lo envolvió como el manto de la reina del invierno. El contraste entre el exterior y el aire artificialmente cálido y húmedo del invernadero le obligó a jadear antes de que sus pulmones se aclimataran. Sage salió poco después mientras se ponía la chaqueta, pero Asil no la esperó.

—No estoy seguro de que sean los europeos —le dijo Bran con calma después de que Asil le expresara en términos poco diplomáticos su opinión sobre la decisión de enviar a un convaleciente Charles tras la pista de un enemigo desconocido—. Lo más probable es que sea un lobo solitario. Las Cabinets son un lugar aislado y muy atractivo para alguien que desea huir de lo que se ha convertido. Incluso si es obra de los europeos, solo hay un lobo. Si fueran dos, Heather no habría podido escapar del que les atacó.

Se detuvo, pero Asil se limitó a cruzarse de brazos y hacerle saber mediante el lenguaje corporal que seguía creyendo que Bran se había comportado como un estúpido.

Bran sonrió y puso los pies sobre la mesa de su despacho.

—No lo he enviado solo. Incluso si son dos o tres lobos, Charles y Anna se las apañarán. Si fueran más de tres los hubiera detectado en cuanto se acercaron tanto a Aspen Creek.

Aquello tenía sentido. Entonces ¿por qué sentía aquel temor creciente? ¿Por qué todos sus instintos le decían que enviar a Charles tras aquel lobo era una estupidez?

¿Y en qué momento había dejado de preocuparse por Charles para hacerlo por el objeto de su persecución? Por el hombre lobo al que perseguían.

—¿Qué aspecto tiene ese lobo?

Cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro pero no se molestó en controlarse. Estaba demasiado ocupado reflexionando sobre todo aquello.

—Como un pastor alemán —dijo Bran—. Color canela con motas blancas y una franja negra en el lomo, con algo de blanco en las patas delanteras. Las descripciones del estudiante y de Heather coinciden.

La puerta del estudio de Bran se abrió y Sage entró como una exhalación.

—¿Ha...? Veo que está aquí. ¿Qué ocurre?

—Nada —dijo Bran amablemente—. Asil, vuelve a casa. Quiero que descanses. Te avisaré en cuanto sepa algo.

Asil pasó junto a Sage sin reparar en ella. Había dejado de estar preocupado por Charles. Aquel tipo de pelaje era común en los pastores alemanes, pero no en los hombres lobo.

Sarai había sido así: canela y marrón oscuro con una franja negra en la espalda. Con la pata delantera izquierda blanca.

Demasiado enfadado para controlar su fuerza, partió la manija de la puerta de su coche y tuvo que entrar en él por la puerta del pasajero. No recordaba el camino hasta su casa; solo sentía la urgente necesidad de ocultarse, más imperiosa que la necesidad de obedecer a su Alfa.

No se molestó en aparcar el coche; aquella noche tendría que soportar los elementos, como él. Fue a su dormitorio y abrió el armario. Descolgó la percha con su camisa favorita, deshilachada por el uso y el tiempo. Ya no olía a Sarai, ni siquiera para su olfato, pero había tocado su piel y era lo único que le quedaba de ella. La puso sobre el cojín y se metió en la cama, frotando la mejilla contra la camisa. Por fin había sucedido, pensó. Estaba loco. No podía ser Sarai. En primer lugar, jamás habría matado a nadie sin un motivo. Y en segundo, estaba muerta. Él mismo la había encontrado, unos días después de morir. Había recogido su pobre cuerpo y lo había lavado. Lo había quemado con sal y agua bendita. Al saber quién la había matado, quería eliminar toda posibilidad de que le devolviera la vida, pesé a que ni la familia de Mariposa ni la bruja a la que la habían enviado para adiestrarla pertenecían al tipo de brujas que juegan con la muerte.

No, no era Sarai.

Le dolía el estómago, la garganta, y los ojos le ardían por culpa de las lágrimas... y por la vieja ira que corría por sus venas. Debería haber matado a la bruja, pero, en lugar de eso, había huido. Mientras la asesina de su esposa seguía con vida, él había huido porque le tenía pavor a lo que se había convertido Mariposa. Se había sentido aterrorizado de la bruja que le perseguía, como había perseguido a Sarai.

Aunque, cuando no pudo seguir huyendo, cuando comprendió que el tiempo no iba a acabar con ella como debería hacerlo, se había refugiado allí. Para morir y

regresar finalmente junto a su adorada esposa. Sin embargo, dejó que el Marrok y, más tarde, sus rosas le convencieran para que esperara.

Y ahora le había encontrado. Tal vez hubiera dejado de buscarle al hacerse más poderosa con cada nuevo año hasta que llegó un punto en que dejó de necesitarle. Tal vez el poder del Marrok le protegía, como protegía al resto de la manada.

Mientras seguía jadeando en la cama, la convicción de que había llegado su hora se hizo cada vez más evidente. Dobló la camisa con sumo cuidado sobre la almohada y regresó rápidamente a la puerta principal. Aquella vez convencería a Bran.

Pero no pudo abrir la puerta, ni siquiera pudo tocar el pomo. Rugió de rabia, pero aquello no cambiaba nada. No podía desobedecer a Bran. Estaba tan afligido que no se había dado cuenta de que Bran le había dado una orden tajante: hasta el día siguiente tendría que permanecer allí, en la casa en que había vivido los últimos años, ocultándose de la asesina de su mujer.

Mañana, entonces. El pensamiento lo calmó. Pero antes arreglaría lo que había estropeado. Mañana ayudaría a Charles con el lobo solitario, le ofrecería todo su apoyo para que consiguiera relacionarse con una Omega, y entonces todo se habría acabado. Notó cómo el alivio le recorría el cuerpo y encontró las fuerzas necesarias para sonreír. Si Bran no estaba dispuesto a matarlo, hasta ayer, estaba convencido de que Charles estaría encantado de hacerle aquel favor.

Cuando regresó a la cama se sentía relajado, el peso de los años aligerado por la proximidad del final. Acarició la camisa con una mano y se imaginó que ella estaba a su lado.

El dolor fue desapareciendo paulatinamente, amortiguado por el convencimiento de que pronto habría desaparecido para siempre y sería reemplazado por la paz y la oscuridad. Pero, por ahora, solo le quedaba el vacío. Debería haberse quedado dormido, pero la curiosidad, su pecado más acuciante, le obligó a reflexionar sobre el lobo que estaba matando a gente inocente tan cerca del territorio del Marrok.

Asil contuvo el aliento y se incorporó sobre la cama. Un lobo asesino que se parecía mucho al de su querida esposa. ¿Cerca del territorio del Marrok o cerca de Asil?

Y también estaban los sueños... los sueños siempre eran más intensos cuando la bruja estaba cerca.

¿Sarai cazando humanos? Se frotó los ojos. Sarai apenas salía de caza las noches de luna llena. Además, Sarai estaba muerta.

Pese al horror de imaginar a la bruja tan cerca, descubrió que en su corazón había esperanza. Sin embargo, sabía que Sarai estaba muerta, del mismo modo que sabía que Mariposa le arrebató de algún modo el vínculo que le unía a su pareja.

Aquello tendría que haber estado fuera de su alcance, fuera del alcance de cualquier bruja. Los lobos mantenían oculta su magia al resto de lobos. Si una de las familias hubiera descubierto el modo de apropiarse del vínculo entre hombres lobo, con toda seguridad lo habrían utilizado más de una vez; y por entonces tendría que

haber oído algo sobre ello. Probablemente había sido un accidente, un efecto secundario de algo más, pero durante todos aquellos años en los que había estado huyendo, no había logrado averiguar qué era, a menos que fuera la inmortalidad que Mariposa parecía haber obtenido con la muerte de Sarai.

A pesar de que se esforzaba por mantenerlo todo tan oculto como podía, a veces podía sentir el impulso de aquel vínculo. Como si Mariposa intentara usarlo como lo había hecho el primer día, antes de que él se diera cuenta de que algo andaba mal.

Sarai había penetrado en su mente. Supo que algo no iba bien, pero la distancia entre ambos le impedía comprender qué era exactamente. Entonces despertó en mitad de la noche con lágrimas en los ojos, aunque no recordaba qué había estado soñando. Había alargado el brazo... para tocar la locura ajena.

Había recorrido el camino hasta casa corriendo, durante dos días, con el vínculo cuidadosamente oculto en su interior para no volver a tocar... aquella monstruosidad. Y cuando encontró el cuerpo de Sarai y la casa impregnada del olor a magia y a Mariposa, supo lo que había sucedido.

Dos meses más tarde, la bruja empezó a darle caza: nunca llegó a descubrir qué quería exactamente de él. Él, quien nunca había huido de nadie, ahora huía de una chica que apenas alcanzaba su segunda década en aquel mundo. Porque si había logrado llevarse a Sarai, no podía garantizar que no hiciera lo mismo con él. Era demasiado viejo, demasiado poderoso para convertirse en el instrumento de una bruja, muerto o vivo.

Y su Sarai estaba muerta. Apartó cualquier esperanza vana que anidara en su corazón. Aunque ella estaba muerta, tal vez Mariposa había descubierto un modo de usar la forma de su lobo, una ilusión quizá.

Parecía posible. Tres ataques, y en dos de ellos la víctima había escapado. Los humanos no suelen escapar del ataque de un hombre lobo.

Asil no estaba familiarizado con la magia negra. Su mujer había sido una herborista; había sido ella quien le enseñó a criar plantas de interior. Había vendido sus plantas a brujas hasta que las venganzas entre familias lo convirtieron en un negocio demasiado peligroso. Las ilusiones eran uno de los principios básicos de la brujería. Pero crear una ilusión que pudiera herir o matar a alguien... jamás había oído algo semejante. No obstante, la sospecha de que Mariposa estaba tras los ataques se convirtió en una convicción: todavía más razones para encontrar a Charles y contarle a qué se enfrentaba.

Además, su personalidad no le permitía que otros lucharan sus batallas. Y si aquella era una de las travesuras de Mariposa, significaba que él era el objetivo.

Cerró los ojos pero volvió a abrirlos casi inmediatamente. Estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Bran se había referido al hombre lobo como «él». Era un simple lobo solitario. Estaba permitiendo que sus miedos le dominaran.

Pero quien vio al lobo solitario no había sido un hombre lobo, le dijo una voz interior. *¿Un par de humanos distinguirían si el lobo era una hembra?* Las mujeres

lobo no eran muy comunes: Bran podría haber concluido que era un macho sin pensárselo dos veces.

Hacía más de medio siglo que no veía a la bruja. Desde que llegara al nuevo continente no había percibido su olor. Había cubierto su rastro y le había pedido a Bran que mantuviera en secreto su presencia en Aspen Creek.

Y si estaba allí y lo buscaba, ¿por qué no había venido aún a por él?

No era ella... esperó que le alcanzara de nuevo el alivio. *Probablemente* no era ella.

Sarai era inalcanzable para él. Llevaba dos siglos muerta: él mismo la había enterrado. Jamás había oído hablar de una ilusión que pudiera hacer daño a alguien.

Tal vez la ilusión fuese el cuerpo que enterró...

Descansa, le dijo Bran, y Asil notó cómo su cuerpo se relajaba pese a la frenética actividad de su mente. Puso la alarma a las 12:01, una alarma que apenas utilizaba. Puede que Bran le hubiera ordenado descansar hasta mañana, pero Asil podía interpretar ese «mañana» como quisiera. Y por la mañana, saldría en busca de respuestas.

Anna descubrió que se estaba moviendo incluso antes de pensar en hacerlo. Mary alargó la mano y le arrancó un manojo de sus cabellos cuando Anna se colocó en posición, entre la humana y lo que fuera que había salido de entre los árboles. Le pareció un hombre lobo, pero el viento no cooperaba y alejaba el olor de ella. ¿Habría dado media vuelta el lobo que perseguía Charles?

Sin embargo, el monstruo que emergió de entre las sombras de los arbustos era mucho mayor que el otro. Parecía más bien un pastor alemán, con la excepción de que pesaba unos cincuenta kilos más, tenía unos colmillos más largos y se movía más como un gato que como un perro.

Había dos hombres lobo.

¿Y si había más? ¿Y si Charles había salido tras la pista de un lobo y le habían rodeado?

El hombre lobo ignoró a la otra mujer, centrándose totalmente en Anna. Cuando se abalanzó sobre ella, Anna también corrió. Las raquetas no le ayudaron mucho, pero no tenía que ir muy lejos, y además ella también era una mujer lobo.

Tres zancadas y recogió de la nieve el fusil estropeado de Charles por el cañón. Plantando los dos pies en la nieve, lo hizo oscilar contra el monstruo atacante con la experiencia de cuatro veranos de *softball* y la fuerza de una mujer lobo.

Quedó claro que el otro lobo no esperaba que Anna tuviera tanta fuerza. Ni se había molestado en esquivar su golpe. Nadie iba a utilizar nunca más aquel rifle, pero Anna golpeó de lleno al lobo en el hombro con un crujido que hablaba de huesos rotos. Aprovechó el impacto para rodar por el suelo, pero emitió un aullido de dolor mientras volvía a ponerse de cuatro patas.

Algo le rozó el hombro y el lobo volvió a aullar al tiempo que empezaba a manarle sangre de la cadera. Una roca de pequeño tamaño golpeó el suelo. El lobo miró por encima del hombro de Anna y con un último gruñido desapareció entre los árboles. Anna no hizo ademán de ir tras él, pero mantuvo los ojos clavados en el bosque, justo por donde el lobo con aspecto de pastor alemán se había esfumado.

—¿Te encuentras bien, cariño?

El sonido de la cautelosa voz de Charles le hizo girar la cabeza con un alivio sincero. Pensaba que había sido él quien había lanzado la piedra, pero también podría haber sido el compañero desaparecido de Mary. Dejó caer los restos del rifle y corrió a sus brazos.

—Oye —dijo él mientras Anna le abrazaba—. Solo era un perro. Un perro jodidamente grande. Estás a salvo.

Pese a estar interpretando el papel de humano, sus brazos la presionaron con fuerza contra su abrigo; un abrigo rojo oscuro que le sentaba mucho mejor que el anorak de diversos colores que el lobo había despedazado.

Era una suerte, pensó, que pudiera vestirse después de transformarse, porque de no ser así hubieran tenido serios problemas para explicar por qué perseguía a un oso con su traje de cumpleaños.

—Menudo lanzamiento —le dijo en un susurro mientras reprimía un risita poco apropiada.

Lo había hecho, pensó. Se había defendido del ataque de un monstruo y había ganado. Al sentirse segura entre los brazos de Charles, la alegría eclipsó el resto de sentimientos que había tenido hasta entonces. No solo había evitado que le hiciera daño a ella sino que también había defendido a otra persona.

Inhaló una última vez por la nariz y se separó del calor que emitía Charles. La mujer estaba en cuclillas, con los ojos muy abiertos, apoyada en el tronco de un árbol.

—Mary, este es mi marido, Charles. Charles, esta es Mary...

—Alvarado —dijo la mujer con la voz temblorosa—. *Madre de Dios*, ¿qué era eso?

Evidentemente, Anna creía que la mujer era una simple montañera. La chaqueta de Anna estaba manchada de sangre, pero tenía el aspecto de ser simplemente producto de una hemorragia nasal, algo bastante frecuente cuando se estaba a gran altura. Charles frotó el rostro de Anna con su mano y dejó que su rostro se iluminara con la expresión a la que Samuel había apodado como la del «Viejo y Buen Indio».

Samuel siempre decía que resultaba aterrador ver aquella expresión jovial y saber qué se ocultaba detrás de ella. Aunque la mayoría de la gente no era tan perspicaz como su hermano.

—Encantado de conocerte.

Charles dejó que la sonrisa alcanzara sus ojos y que estos se iluminaran al mirar a la mujer.

Tenía el rostro cubierto para protegerse del frío, de modo que no pudo observarla como hubiera deseado. Aunque tampoco importaba mucho. Su memoria olfativa era mucho más fiable que la visual, y su nariz le decía que no la había visto antes.

Seguía pensando que había dos hombres lobo en las proximidades. Pero antes se la había visto con el primer monstruo a mano.

Soltó a su pareja y dio dos zancadas hacia delante, dos zancadas que le situaron, no accidentalmente, entre Anna y la otra mujer.

—Siento haber estado persiguiendo a ese...

Podía arrepentirse si cometía una distracción; no quería admitir aún que iba tras la pista de un hombre lobo. No es que aquella mujer supiera qué era lo que él y Anna habían ahuyentado, pero si aún no se había dado cuenta de que ellos eran también hombres lobo, no quería que acabara por descubrirlo. Y si lo hacía, bueno, entonces no quería que supiese que él sabía que ella era un ser sobrenatural, o al menos uno que usaba magia. Le daría tan poca información como pudiera. De modo que se detuvo a media frase, pero antes de que la pausa se alargara demasiado, Anna la terminó por él.

—... oso *estúpido*. —Anna le dirigió una mirada de reprensión como si creyera que su pausa se debía a que estaba a punto de decir una palabrota. No había esperado que fuera tan rápida—. ¿Encontraste la mochila con el encendedor?

¿Era eso lo que se suponía que estaba haciendo? Negó con la cabeza.

—¿Recuerdas que dicen que los osos corren más que los humanos? Pues es verdad. Sobre todo cuando te dejan sin raquetas y debes caminar sobre la nieve.

Aquel lobo era una de las presas más inteligentes que había perseguido. No le había visto ni oído antes del ataque, y había desaparecido con la misma rapidez con que había aparecido. Al principio pensó que Anna le había distraído y que por eso no le había oído aproximarse, aunque jamás le había ocurrido algo semejante. No obstante, había algo extraño en el modo en que ese lobo había desaparecido.

En cuanto comprendió que le había perdido la pista, Charles no se había molestado en volverla a recuperar y dio media vuelta. No quería arriesgarse a que el lobo hubiera vuelto sobre sus pasos para atacar a Anna. Así que lo dejó estar por el momento y regresó. Justo a tiempo, según podía comprobar.

Mary Alvarado se enderezó y dio un traspié, como si hubiera perdido el equilibrio. El movimiento la dejó frente a él, con una mano sobre su pecho. Sintió cómo el tejido del hechizo desarmaba todas sus defensas.

El olor de la furia de Anna se propagó por todo el bosque. ¿Estaba *celosa*? Aquella era una situación demasiado peligrosa para permitir que algo le distrajera... pero, ¿no sabía Anna que no estaba interesado en nadie más?

—No debería haber osos en esta altitud y en esta época del año —dijo la mujer.

Parecía agitada. Charles no pudo decidir si sabía lo que era o no.

—Los osos no duermen todo el invierno, señora —dijo Charles mirándola desde arriba como si no le importara la mano en su pecho, aunque sí le importaba. Le

hubiera importado incluso si no le erizara la piel. No era una feérica, decidió. Ni tampoco un espíritu o un demonio; se había topado con ambos en aquellos parajes una o dos veces. Era algo humano. Tampoco una hechicera, aunque su lobo reaccionaba ante ella como si lo fuese: algo maligno entonces—. La hibernación no es continuada. Se despiertan de vez en cuando. No es algo muy habitual, aunque de vez en cuando aparecen incluso en mitad del invierno. Mala suerte que nos hayamos topado con uno. Aunque el lobo que te atacó era realmente extraño.

Magia negra, a eso olía. Una bruja, entonces, una bruja negra. Maldita sea. Hubiera preferido enfrentarse a una docena de demonios que a una bruja negra.

—¿No hay perros salvajes? —preguntó Anna a la ligera—. Pensaba que formaban manadas, como los lobos.

—Este lugar es demasiado aislado para eso —le dijo Charles sin apartar la mirada de la bruja—. De vez en cuando aparece un perro suelto, pero la mayor parte de los perros domésticos no podrían sobrevivir un invierno de Montana sin ayuda.

Algo se agitó detrás de la mujer y Charles dejó que sus ojos se desenfocaran para ver con más claridad el espíritu. La sombra de un lobo le mostró los colmillos y desapareció súbitamente, como si necesitara otra advertencia aparte de su olfato para saber que aquella mujer era peligrosa.

Tal vez era el momento de aclarar algunas cosas antes de que Anna decidiera sentirse herida y no solo celosa.

Charles se deshizo de su máscara y sonrió amablemente a Mary, quien no estaba lo suficientemente atenta como para percibir la presencia del Hermano Lobo. O eso o disfrutaba con el peligro, ya que se apoyó aún más en su mano mientras miraba hacia arriba.

—Aunque saber que un animal doméstico no habría sobrevivido a este invierno no te importa mucho, ¿verdad, Mary Alvarado? Sabías perfectamente que era un hombre lobo.

La mujer adoptó un semblante carente de expresión. Si no hubiera sabido lo que era, la habría confundido por una expresión de sorpresa.

—¿Un qué? Los hombres lobo no existen.

Intentó mirarle a los ojos pero no lo consiguió; los había estado evitando todo el tiempo. Aunque una mujer acostumbrada a mirar a los ojos de un hombre sin pestañear, a veces olvidaba no hacerlo con un hombre lobo. No retrocedió, pero Charles vio en su cara que deseaba hacerlo.

—¿No? ¿Y tampoco existen las brujas?

La voz de Charles se suavizó aún más.

Mary dejó caer su mano.

—¿Quién eres?

—No. —Charles sacudió la cabeza—. Creo que eres tú quien debes responder a esa pregunta.

—Estoy buscando al cazador desaparecido —dijo ella.

Hasta donde podía percibir, le estaba diciendo la verdad. Charles frunció el ceño mientras intentaba convertirla en una verdad a medias.

—¿Para salvarlo? —dijo en un susurro—. ¿O para hacerte con su magia?

Mary le miró con una sonrisa triste.

—Dudo mucho que eso tenga importancia ahora mismo. Ha estado perdido en los bosques con un lobo solitario. ¿Cuántas probabilidades crees que hay de encontrarlo con vida?

—¿De modo que sabías lo del hombre lobo?

Mary levantó la barbilla.

—El hombre lobo es la razón que me ha traído hasta aquí. —Verdad—. ¿Quién eres? ¿Y por qué sabes tantas cosas de brujas y hombres lobo?

Era posible que fuera quien decía ser. Charles sabía que algunas brujas solían trabajar para diversas agencias gubernamentales. También sabía que por el mero hecho de que ser una bruja negra no significaba que no pudiera estar buscando al hombre desaparecido. De vez en cuando, las brujas aceptaban ciertos trabajos, y a veces, aunque solo fuera por casualidad, una bruja negra podía unirse al bando de los ángeles.

No obstante, Mary había sido muy cuidadosa con sus respuestas, y Charles no descartaba lo que le sugerían los espíritus. No era su aliada. Normalmente el espíritu del lobo era su guía, aunque a veces pensaba que habría sido más irónico si lo hubiera sido el del ciervo o el del conejo. Aunque la exhibición de colmillos no significaba necesariamente que fuera su enemiga, indicaba poca predisposición a ser su aliada.

—Nosotros nos encargaremos del hombre lobo —le dijo él—. No es asunto tuyo.

—Sí lo es —dijo ella con calma.

Otra vez la verdad. En aquella ocasión, toda la verdad. Interesante que una bruja considerara que un hombre lobo era un asunto que la concernía.

—No quieres entrometerte en mi camino —le dijo Mary suavemente, su aliento acariciándole el rostro con un flujo dulce.

—No —dijo él, dando un paso atrás y agitando la cabeza, aunque no pudo recordar contra qué estaba objetando.

—Ahora me toca a mí hacerte unas cuantas preguntas.

Si hubiera sido capaz, habría maldecido su propia arrogancia, la cual le había impedido coger a Anna del brazo y salir corriendo en cuanto se dio cuenta de lo que era aquella mujer. Por el contrario, lo único que pudo hacer fue esperar a que la bruja empezara con sus preguntas.

Bruja. Charles la había llamado de aquel modo y ella no lo había negado. Aunque Anna sabía que significaba algo, no podía precisar exactamente qué. ¿La bruja les había estado siguiendo? ¿O iba tras los hombres lobo?

Fuera lo que fuese, si no apartaba las manos de Charles pronto, Anna lo haría por él, usando un método que implicaría dolor y tal vez sangre.

El impulso violento la cogió desprevenida, y la vacilación duró lo suficiente para que fuera Charles quien se apartara de la bruja. Había ocurrido algo, algún equilibrio había cambiado. El aire olía ligeramente a ozono, como si, pese a la época del año, estuviera a punto de estallar una tormenta eléctrica.

Se le erizó el vello de la nuca. Como si necesitara más evidencias de que algo no iba bien. Lástima que el vello no pudiera decirle qué ocurría exactamente y qué podía hacer para remediarlo.

—Estoy buscando a un hombre —dijo Mary con una voz que continuaba sonando como la de una animadora—. Se llama Hussan, aunque también se le conoce por el nombre de Asil o el Moro.

—Le conozco —respondió Charles.

Su voz sonaba espesa y reacia.

—Ah —dijo ella con una sonrisa—. Eres un hombre lobo. ¿Pertenece al Marrok? ¿Asil también está en Aspen Creek? ¿Es uno de los lobos del Marrok?

Anna miró a Charles con el ceño fruncido, pero a este no parecían molestarle las preguntas de la bruja, ni la cantidad de información que obtenía de ellas.

Charles se limitó a asentir con rigidez y dijo:

—Sí —como si le estuvieran arrancando las palabras.

Algo iba muy mal. Anna dio un paso hacia un lado y los restos del rifle produjeron un ruidito seco al chocar con el borde de aluminio de su raqueta.

La bruja musitó una palabra y la lanzó contra Anna con un movimiento de sus dedos, dejando a esta completamente inmóvil.

Charles emitió un gruñido.

—Tranquilo, no le he hecho daño —le dijo la bruja—. No tengo intención de enfrentarme aún al Marrok, de modo que no les haré nada a sus lobos. Supongo que ella también lo es, ¿no? Eso explicaría por qué pudo golpear con tal fuerza a mi guardián. Dime, ¿cuál crees que es la forma más rápida de que Asil venga hasta aquí?

—Asil nunca sale de Aspen Creek —le dijo Charles, su voz áspera por la ira.

Anna se guardó la ira para sí misma; era mucho mejor alternativa que el pánico. Su lobo se revolvió en cuanto lo llamó. Que lo contuvieran contra su voluntad era algo que detestaba incluso más que Anna.

Anna no sabía casi nada de magia, ni siquiera si la magia que conocía era algo habitual en todas las manadas. Leo le había dicho que no necesitaba saber nada, y ella no había tenido el coraje para volver a preguntárselo. No sabía qué podía hacer Charles, o lo que no podía hacer, pero estaba bastante segura de que no estarían allí contestando las preguntas de la bruja si Charles pudiera hacer algo para evitarlo. Tenía miedo de que su ignorancia y estupidez tuvieran consecuencias para ambos.

Cuando su lobo le pidió tomar el control, Anna se lo permitió. Si ella no podía hacer nada con su mitad humana al mando, tal vez al lobo le fuera mejor.

Aunque no empezó a transformarse, su percepción del mundo cambió: las sombras se retiraron. Podía ver más lejos y con mayor claridad, aunque la belleza e intensidad de los colores se difuminó. El silencio no era tan profundo como había creído. Había pájaros en los árboles; podía oír el suave sonido de sus patitas al pasar de una rama a otra.

Aunque lo más interesante que percibió fue la red luminosa que inmovilizaba a Charles mediante pegajosos hilos amarillos y verdes. Al no poder bajar la cabeza, no pudo distinguir la red que también la envolvía a ella. No obstante, la sensibilidad de su piel le permitió sentir los suaves filamentos como si se tratara de una red de hilo dental.

Si solo hubiera estado ella en peligro, Anna estaba convencida de que habría permanecido en el mismo lugar hasta la llegada de la primavera. Su lobo se había sometido sumisamente a todas las palizas y a todo el sexo no deseado, proporcionándole únicamente la fuerza necesaria para sobrellevarlo y un lugar en el que ocultarse cuando se hacía insoportable. Pero su pareja estaba en peligro. Un rugido de ira empezó a crecer bajo su diafragma, dificultándole la respiración, pero la prudencia le dijo que debía esperar el momento oportuno.

—Si mueres, ¿a quién enviaría el Marrok? —preguntó la bruja.

La amenaza velada propició en Anna un rugido que quedó amortiguado por la respuesta de Charles. Una ira abrasadora pugnaba contra el hechizo que la mantenía inmóvil.

—Vendría él mismo.

La bruja frunció los labios como si intentara decidir si aquello era lo que realmente deseaba.

Anna tenía los pies inmovilizados, pero con el lobo al mando pudo mover la mano pese a la agonía provocada por el hechizo de la bruja. Agarró el extremo de la red en forma de cable que la rodeaba como si fuera una villana de un cómic de *Spiderman*. Lo enrolló varias veces alrededor de su mano y después se lo pasó a la otra.

No podía mirar durante mucho tiempo los múltiples filamentos que la inmovilizaban porque le deslumbraban los ojos y empezaba a dolerle la cabeza, pero no tenía necesidad de hacerlo: el cable mágico de la bruja pasaba por encima de sus manos, de modo que sabía dónde estaba.

Colocó la mano libre justo donde el cable se ensanchaba para formar la red alrededor de su cuerpo y estiró con ambas manos. Había esperado que se rompiera o que se quedara como estaba, como si fuera un cable de verdad, pero, en lugar de eso, empezó a apretar aún más, rodeándola con más fuerza a medida que intentaba deshacerse de él, como si fuera elástico.

Si la bruja hubiera mirado en su dirección, habría visto lo que Anna estaba haciendo. Pero la bruja solo tenía ojos para Charles.

Dominante, pensó Anna con satisfacción, era algo más que un simple rango en la manada. La presencia de Charles ejercía tal fascinación que, al entrar en cualquier sitio, todo el mundo le miraba. Y a aquello debía añadirse el frágil aspecto de Anna y su absoluta carencia de dominio. Sería necesario un esfuerzo monumental por parte de la bruja para fijarse en Anna mientras Charles estuviera presente. Un esfuerzo que Mary Alvarado no estaba haciendo.

Anna dejó de prestar atención a la sesión de preguntas y respuestas reacias. Todo su ser estaba centrado en su labor. Incluso las cosas elásticas terminaban por romperse en algún punto.

Anna se quedó inmóvil cuando el cable se disolvió solo. La bruja no pareció darse cuenta de que ya no mantenía a Anna sujeta.

¿Y ahora qué?

Se concentró en la red que rodeaba a Charles.

Tenía que ser muy rápida.

Los hombres lobo son muy rápidos.

Se abalanzó hasta situarse entre ambos y agarró los cables mágicos con ambas manos. El hechizo que la bruja usaba con Charles era mucho más potente. Cuando tocó los cables, sintió una oleada de dolor que le irradió desde la piel hasta los huesos y que se asentó en su mandíbula con un malestar intenso y punzante. Empezó a oler a carne chamuscada, pero no había tiempo para evaluar los daños. Un violento tirón y el hechizo se desvaneció.

Sin embargo, Anna no se detuvo. Recogió el fusil roto de la nieve y lo lanzó con todas sus fuerzas. Golpeó a la bruja en la cara con un ruido seco.

Se colocó en posición de ataque pero Charles la cogió por el brazo y la empujó para alejarla de él.

—Corre —le gritó—. Sal de su línea de visión.

Capítulo 10

Anna no tardó ni medio segundo en descubrir que correr con raquetas de nieve era una pesadilla. Tropezó con las rocas, con los arbustos, se golpeó dos veces en las rodillas y solo la mano de Charles bajo su codo evitó que cayera rodando por la ladera de la montaña. Saltar por encima de árboles caídos era... excitantemente difícil. No obstante, Charles, al no llevar raquetas, se hundía en la nieve hasta las rodillas, y cada vez más a cada paso que daba, por lo que se sintió agradecida de llevarlas puestas.

Pese a todo, no avanzaban precisamente despacio. Anna se sorprendió al descubrir lo que el pánico podía hacer aumentar su velocidad. Tras la primera carrera por la pendiente que habían tardado horas en escalar, perdió la noción del tiempo y del espacio. Mantuvo la vista clavada en el abrigo rojo de Charles y no se apartó de él. Cuando redujo finalmente el ritmo, se hallaban completamente solos en mitad del bosque.

Aun así, no se detuvieron. Charles continuó imponiendo un ritmo alto durante una hora o un poco más, pero eligió el camino con mayor atención, optando siempre por las zonas donde la nieve era menos profunda y la carencia de raquetas, en su caso, no les retrasara.

No había dicho una palabra desde que le dio la orden de huir, aunque Anna supuso que era incapaz de hacerlo: y no por culpa precisamente del hechizo.

Tenía los ojos de color amarillo brillante y mostraba los colmillos. Debía de existir una buena razón para que continuara en forma humana, aunque resultaba evidente que le costaba un gran esfuerzo. El lobo de Anna había vuelto a retirarse en cuanto se desvaneció el pánico inicial de la huida, pero el de Charles estaba a punto de tomar el control.

Anna tenía muchas preguntas que hacerle. Algunas eran preocupaciones inmediatas como: ¿Podía la bruja correr tan rápido como ellos? ¿Podía usar su magia para localizarles? Otras eran simples curiosidades: ¿Cómo te diste cuenta de que era una bruja? ¿Por qué solo había podido ver la magia cuando su lobo se hizo con el control? ¿Existía un modo más sencillo de romper el hechizo de una bruja? Una hora después, seguían escociéndole y doliéndole las manos.

—Creo... —dijo Charles finalmente a medida que sus rápidas zancadas se transformaban en una cojera vacilante. Las entumecidas piernas de Anna agradecieron que se estuviera quedando sin fuerzas—... que Asil me debe unas cuantas explicaciones.

—¿Crees que Asil la conoce? ¿Por qué le busca? —preguntó Anna.

Desde hacía tiempo suponía que los hombres lobo —aparte de ella— ocupaban el eslabón superior de la cadena alimenticia, pero la derrota de Charles a manos de la bruja le había obligado a modificar ciertas presunciones. Estaba dispuesta a creer que *cualquier lobo* habría huido de aquella bruja.

—No sé si Asil la conoce. Nunca la he visto por Aspen Creek, y debía de tener unos diez años cuando él se refugió aquí. Pero si le está buscando, es posible que él conozca el motivo.

Todo aquello lo dijo en una rápida sucesión mientras intentaba controlar los resuellos.

Anna se acercó a él y confió en que parte de la paz que supuestamente era capaz de conferir le ayudara en aquel momento. La respiración de Charles se normalizó mucho antes de que la suya perdiera el irregular resoplido producido por la carrera, aunque recuperó la regularidad antes de que él continuara hablando.

—No debería haber podido hacer *eso*. Me hizo besar sus pies como si fuera un cachorro.

Su voz se ensombreció hasta ser un simple gruñido.

—¿No debería haberte controlado con su magia? —preguntó Anna—. Creía que las brujas podían hacer ese tipo de cosas.

—Tal vez a un humano. El único que debería tener ese tipo de control sobre ellos es su Alfa. —Charles gruñó, apretó los puños y dijo con una voz ronca muy poco habitual en él—: Y ni siquiera mi padre puede obtener esa reacción de mí. Puede detenerme, pero no puede *obligarme* a hacer algo que no quiero hacer.

Charles respiró profundamente.

—Tal vez no sea culpa suya, sino mía. No oí aproximarse al primer hombre lobo. He estado pensando en ello y creo que teníamos el viento a favor. Tendría que haberle oído, u olido... y no tendría que haber escapado tan fácilmente.

La primera reacción de Anna fue la de intentar tranquilizarlo, pero se lo pensó mejor. Él sabía mucho más de magia que ella, por no hablar de seguir una pista. En su lugar, decidió buscar explicaciones. A modo de tentativa, se atrevió a proponer:

—Recibiste varios disparos hace un par de días.

Charles meneó la cabeza.

—No es eso. He estado herido otras veces y nunca me ha impedido hacer lo que tengo que hacer... y normalmente el hecho de estar herido me hace estar más alerta, no menos.

—¿Crees que los hombres lobo que perseguimos están conectados de algún modo con la bruja? —preguntó Anna—. Es decir, si te ha controlado a ti, quizá puedo hacer lo mismo con ellos. Tal vez hizo algo para que no pudieras detectar su presencia.

Charles se encogió de hombros, aunque Anna se dio cuenta de que aquello le preocupaba. Y algo le dolía. Al observarlo de cerca, comprendió que no era solo la pierna lo que le inquietaba. La huida tendría que haberle afectado también la herida del pecho.

—¿Necesitas nuevos vendajes? —le preguntó.

—Tal vez —dijo él—. Te dejaría comprobarlo, pero no tenemos nada para poder remediarlo. En el coche de mi padre hay un botiquín muy completo, y es allí adónde nos dirigimos.

Anna estaba a unos dos pasos por detrás de él, de modo que Charles no pudo ver la sorpresa dibujada en su rostro. Los lobos dominantes no solían retirarse tan fácilmente.

—¿No vas a perseguirla?

—Ya me ha cazado una vez —dijo él—. Y aún no sé cómo. En circunstancias normales, mi magia me habría permitido deshacerme de su hechizo de contención. Es un hechizo muy común. Tres brujas distintas lo han probado conmigo. Aunque no sé cómo lo hizo, no vale la pena intentar enfrentarse a ella y arriesgarnos a que nos derrote antes de alertar a papá. Los dos lobos no me preocupan tanto como ella. Papá ha de saber lo que está ocurriendo; y tal vez Asil pueda arrojar algo de luz sobre quién es esa bruja y cuáles son sus intenciones.

Aunque a Anna le preocupaba algo, tardó unos diez metros en precisarlo.

—¿Por qué aquí? Quiero decir, sé que está buscando a Asil, y parece ser que tiene información que lo sitúa en Aspen Creek. ¿Te fijaste en su entusiasmo cuando le confirmaste que estaba aquí? Hasta entonces no estaba segura. Por tanto, ¿qué está haciendo aquí en lugar de en Aspen Creek?

—Poniendo el cebo —dijo él con semblante severo—. Mi padre tenía razón, aunque se equivocaba de objetivo y de motivación. Lo único que debía hacer era matar a unas cuantas personas y que pareciera obra de un hombre lobo. El Marrok se encargaría de enviar a alguien para investigarlo, y entonces podría capturarlo e interrogarlo. Mucho más seguro que acercarse a Aspen Creek y enfrentarse a mi padre.

—¿Crees que los dos lobos son suyos?

Ya le había preguntado antes lo mismo... pero era algo que la inquietaba. Había establecido cierta conexión con el primero de ellos, el que había perseguido Charles. No le gustaba que estuviese, aliado con una bruja.

Como la primera vez que se lo preguntó, Charles se encogió de hombros, hizo un gesto de dolor y emitió un gruñido sordo.

—No sé más que tú. —Avanzó con dificultad unos cuantos pasos—. Es probable. El lobo que te atacó lo era casi con toda seguridad. Al ser una Omega, un lobo normal la habría atacado a ella en primer lugar.

Se detuvo bruscamente y se quedó inmóvil.

—Huimos del claro en la misma dirección que el lobo que te atacó.

Anna tuvo que pensar un instante. Tenía razón.

—Había un sendero entre los arbustos.

—¿Viste algún rastro? ¿Sangre? Le golpeaste en el hombro con el rifle y estaba sangrando mucho.

—Yo... —¿Se había fijado en aquello? Repasó detenidamente su huida, cuando Charles la había obligado a avanzar—. Había sangre en la nieve, en el lugar donde la golpeé, y el rastro continuaba entre los árboles. Pero en cuanto dejamos atrás el claro, avanzamos sobre nieve virgen. Debió de tomar otra ruta.

Charles dio media vuelta para mirarla. Las comisuras de sus labios estaban tensas por el dolor, y por el tono grisáceo de su piel, Anna comprendió que se encontraba en peor estado del que estaba dispuesto a reconocer.

—¿Ella? —dijo él suavemente.

—Sí. La vi de cerca, de un modo muy personal. Confía en mí.

—Ella —repitió Charles—. Eso hace las cosas aún más interesantes. Su pelaje tenía un color muy poco habitual.

—No. —Anna frunció el ceño—. Parecía un pastor alemán.

—Habitual para un pastor alemán —reconoció él—. Pero nunca había visto a un hombre lobo así. Aunque he oído hablar de ella.

—¿Quién?

—La pareja de Asil.

—¿No se supone que la pareja de Asil está muerta? —dijo Anna—. ¿Crees que en realidad está viva y trabaja para una bruja? ¿Por eso buscan a Asil?

—Asil le dijo a mi padre que estaba muerta y que él mismo quemó el cuerpo y esparció las cenizas. —Y casi como si se le hubiera ocurrido en el último instante, añadió—: Nadie puede mentir a mi padre. Ni siquiera Asil. Aunque eso hace muy interesante la inexistencia de un rastro.

—¿A qué te refieres? No era un fantasma. La culata del rifle golpeó contra *algo*. Si la pareja de Asil está muerta, el parecido tiene que ser casual.

Charles negó con la cabeza.

—No sé qué era, pero no creo en las coincidencias. —Y reemprendió la marcha.

—Creía que casi todas las brujas eran humanas —dijo ella tras reflexionar durante un rato.

—Así es.

—Entonces no son inmortales. Me dijiste que la pareja de Asil murió hace siglos. Y esta bruja no es mucho mayor que yo. ¿Crees que tal vez el lobo esté al mando?

—No lo sé —dijo Charles, sujetando una rama para que no le golpeará a Anna—. Es una buena pregunta.

Volvió a quedarse en silencio mientras la conducía por otra ladera. Las montañas parecían muy simples vistas de lejos: una larga caminata de subida y otra de bajada por el otro lado. Pero, en la práctica, requerían una serie de escaladas y descensos que parecían extenderse interminablemente pero que en realidad no llevaban a ninguna parte.

Debían de haber corrido más de lo que suponía porque estaba empezando a anochecer. Empezó a temblar.

—¿Charles?

—¿Mmm?

—Creo que tengo los calcetines mojados. Noto la punta de los dedos. —Charles no dijo nada, y Anna temió que pensara que se estaba quejando—. No pasa nada. Aún puedo seguir un poco más. ¿Cuándo llegaremos al coche?

—Esta noche no —dijo él—. Sobre todo si tienes los dedos entumecidos. Deja que encuentre un lugar donde podamos refugiarnos. Esta noche habrá tormenta.

Anna tembló con mayor intensidad ante aquella idea. Al final de un escalofrío particularmente largo, le empezaron a castañetear los dientes.

Charles posó una mano sobre su hombro.

—Una tormenta nos irá bien. Cuando golpeaste al lobo oí el sonido de huesos partiéndose. Si no es algún tipo de fantasma, le costará un poco volver a estar en forma. Una buena nevada y viento fuerte le impedirá seguir nuestra pista.

Charles vio algo en la cumbre de una ladera, y, antes de alcanzar un pequeño altiplano rodeado de árboles caídos, Anna tuvo la sensación de que la ascensión se hacía eterna.

—Probablemente quedo así tras una tormenta de primavera —le dijo él—. A veces ocurre.

Anna estaba demasiado cansada para hacer otra cosa que asentir mientras él avanzaba entre los árboles hasta encontrar lo que buscaba: un árbol enorme apoyado en otro y ambos apuntalados sobre un montículo de tierra que formaba una cueva cubierta por una poco acogedora capa de nieve.

—No tenemos comida —dijo Charles lúgubrementemente—. Y la necesitas para combatir el frío.

—Puedo cazar —se ofreció Anna.

Charles no podía, ya que había estado cojeando visiblemente desde hacía rato. Estaba tan cansada que podría haberse quedado dormida de pie, y tenía mucho frío. Pero, aun así, estaba en mejores condiciones que él.

Charles negó con la cabeza.

—Estaría loco si dejara que salieras por estos parajes con una tormenta avecinándose, por no mencionar a la bruja y a los dos hombres lobo.

Charles levantó el mentón y olfateó el aire.

—Hablando del diablo —dijo suavemente.

Anna también olfateó, pero no percibió nada. Solo árboles, invierno y lobo. Volvió a intentarlo.

—Será mejor que salgas —gruñó Charles con la vista clavada en la oscuridad más allá del altiplano—. Sé que estás ahí.

Anna se dio la vuelta, pero no vio nada fuera de lo normal. Entonces oyó el sonido de unas botas en la nieve y miró con más detenimiento. Un hombre avanzaba por el bosque a unos diez metros pendiente abajo. Si no hubiera estado en movimiento, probablemente no le habría visto.

Lo primero que le llamó la atención fue el pelo. No llevaba sombrero, y el color de su cabello era una extraña mezcla entre el rojo y el dorado; le colgaba en irregulares marañas por la espalda y se unía a una barba que podría haber competido con la de Hill o Gibbons de los ZZ Top.

Vestía una extraña combinación de pieles de animales y harapos, además de unas botas y unos guantes nuevos. En una mano sostenía el fardo que Anna había confeccionado con las cosas que no cabían en la mochila de Charles, y su mochila rosa brillante le colgaba de un hombro.

Lanzó ambas cosas en dirección a Charles y estas aterrizaron a medio camino entre ambos.

—Tus cosas —le dijo con una voz ronca y azorada, con un fuerte acento de Tennessee o Kentucky—. Vi cómo te dominaba con su bestia, lo que te convierte en su enemigo. Entonces recordé la cita: «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», y pensé que debía traerte tus cosas. Y que después podíamos hablar.

No había sido el olor lo que le dijo a Charles que alguien les seguía, sino una serie de pequeños detalles: un pájaro alzando el vuelo, el rastro de un sonido y la sensación de que estaban siendo observados.

En cuanto el extraño salió de entre los árboles, Charles pudo olerlo como tendría que haberlo hecho desde hacía rato, pues el viento soplaba a su favor. Hombre lobo.

Pese a traer con él una ofrenda de paz y a mostrar su intención de parlamentar, su lenguaje corporal le dijo a Charles que estaba dispuesto a salir huyendo.

Haciendo un esfuerzo por no mirarle directamente ni hacer ningún movimiento que pudiera incomodarle, Charles se separó de Anna y descendió por la ladera para recoger la mochila y la tela aislante, la cual, supuso, contenía todo lo que había estado en su mochila. Sin decir una palabra, le dio la espalda al extraño y regresó sobre sus pasos.

Aunque tuvo la precaución de no perder de vista los ojos de Anna para percibir cualquier señal de ataque por parte del extraño. A continuación, despejó la nieve acumulada sobre el tocón de un árbol y se sentó en él. Descubrió que el hombre le había seguido hasta el lugar donde habían aterrizado los bultos, aunque no pasó de allí.

—Creo que es buena idea que hablemos —dijo Charles—. ¿Te gustaría comer con nosotros?

Cruzó la mirada con el hombre e intentó transmitirle el peso de la invitación pese a tratarse casi de una orden.

El hombre cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro, como si se preparara para salir corriendo.

—Hueles igual que ese demonio lobo —le dijo con aspereza. Y entonces dirigió a Anna una tímida mirada—. Esa cosa ha estado matando sin parar por aquí arriba. Ciervos, alces, humanos, incluso un oso pardo.

Lo dijo como si la muerte que más sintiera fuera la del oso pardo.

—Lo sé —dijo Charles—. Me han enviado para que me encargue del lobo.

El hombre bajó la mirada como si no pudiera soportar ni un segundo más los ojos de Charles.

—El problema es... el problema es... que a mí también me atrapó. Me infectó con su mal.

Dio un paso atrás, cauteloso como un viejo venado.

—¿Cuánto tiempo hace que eres un hombre lobo? —le preguntó Anna—. Yo desde hace tres años.

El hombre levantó la cabeza al oír la voz de Anna, como si se tratara de música. Y durante un instante su agitación se desvaneció.

—Dos meses —conjeturó Charles cuando comprendió que el extraño estaba demasiado dominado por el hechizo de Anna para poder articular palabra.

Entendía aquella sensación. La súbita paz que seguía a la calma del Hermano Lobo resultaba tan alarmante como adictiva. Si él no la hubiera sentido ya en su propia carne, es probable que él también se hubiera quedado mudo.

—Te interpusiste entre el hombre lobo y el estudiante este otoño. Como te interpusiste entre nosotros cuando creíste que iba a hacerle daño.

Encajaba, pensó Charles, aunque añadía ciertas complicaciones a la pregunta de quién era el otro hombre lobo. Pese a que solo un hombre lobo podía infectar a un humano, estaba seguro de que el rastro de la bestia se detenía justo en el punto en que dejaba de ser visible.

La voz de Charles hizo que el hombre apartara los ojos de Anna. Sabía perfectamente quién de los dos era el más peligroso.

—Iba a dejarle morir. El estudiante, quiero decir —dijo el otro hombre, confirmando a Charles su teoría—. Se aproximaba una tormenta, y probablemente le habría matado de haber seguido en el bosque. Estas montañas exigen respeto. Si no se lo muestras, te comen para la cena. —Hizo una pausa—. Se acerca otra tormenta.

—Entonces ¿por qué no dejaste que lo matara el hombre lobo? —preguntó Anna.

—Bueno, señora —dijo el hombre con los ojos clavados en sus propios pies para no tener que mirarla a ella—. Morir por una tormenta, o a manos de un oso, son cosas que ocurren.

Se detuvo. Era evidente que le costaba expresar con palabras aquella diferencia.

—Pero el hombre lobo no pertenecía a este lugar —dijo Charles con la ligera sospecha de por qué aquel lobo era tan difícil de rastrear y por qué no había captado ninguna señal de su ataque. Por las ropas que llevaba, parecía que vivía en aquel lugar desde hacía mucho tiempo.

—Es maligno. Y me convirtió en el mismo monstruo que es él —musitó el hombre.

Si Charles hubiera sido una décima de segundo más rápido, podría haber contenido a Anna. Pero estaba cansado, y concentrado en el otro lobo. Antes de darse cuenta, Anna ya estaba deslizándose por la montaña. Lo hizo muy rápido, y a unos

cuatro pasos del recién llegado las raquetas hicieron las veces de unos excelentes esquís.

Charles se obligó a permanecer inmóvil mientras el otro hombre cogía a su pareja por el hombro para evitar que se despeñara por la ladera de la montaña. Estaba prácticamente seguro de que aquel hombre no representaba ningún peligro para ella. Charles consiguió convencer al Hermano Lobo para que siguiera oculto y dar la oportunidad a Anna de que utilizara su magia y domara al lobo solitario; después de todo, para aquello la había enviado su padre.

—Oh, pero *tú* no eres maligno —le dijo Anna.

El hombre se quedó petrificado con la mano aún apoyada sobre la manga de Anna. Entonces las palabras brotaron de él en un torrente incontrolable:

—Conozco el rostro del mal. He combatido bajo su manto y en contra de él hasta que la sangre manó como la lluvia. Aún veo sus caras y oigo sus alaridos, como si estuviera sucediendo ahora y no cuarenta años atrás.

Pese a todo, la tensión de su voz fue aminorando a medida que hablaba.

Entonces soltó a Anna y le preguntó:

—¿Quién eres? —Se puso de rodillas junto a ella, como si sus piernas rio pudieran sostenerlo por más tiempo—. ¿Quién eres?

El extraño se había movido demasiado rápido, y el Hermano Lobo no pudo contenerse más. Con la rapidez del rayo, y completamente indiferente a sus heridas, Charles se situó junto a Anna. Logró mantener las manos alejadas del lobo solitario solo porque al llegar junto a Anna, los efectos de su magia también le afectaron a él.

—Es una domadora de lobos —le dijo Charles al otro hombre. Ni siquiera Anna pudo evitar que su voz se tiñera de una ira posesiva—. Una pacificadora.

—Anna Cornick —dijo Anna.

A Charles le gustó el modo en que sus palabras tropezaban con su lengua, y el olor a verdad que contenían. Ella le pertenecía, y con aquella simple evidencia, el Hermano Lobo recuperó, satisfecho, el equilibrio. De modo que no le agarró la mano cuando Anna la alargó para tocar al extraño en el hombro mientras le decía:

—Él es mi pareja. Se llama Charles. ¿Cómo te llamas tú?

—Walter. Walter Rice. —Ignorando a Charles como si este no representara ninguna amenaza, Walter cerró los ojos y se balanceó ligeramente sobre las rodillas. Las tenía clavadas en la nieve—. No me sentía así desde... desde antes de la guerra, creo. Podría quedarme dormido. Creo que podría dormir eternamente sin tener ni un solo sueño más.

Charles alargó la mano.

—¿Por qué no comes antes algo con nosotros?

Walter dudó unos instantes y miró detenidamente a Anna una vez más antes de aceptar la mano enguantada de Charles y ponerse en pie.

El hombre que decía ser Walter comió como si estuviera hambriento; tal vez lo estaba. De vez en cuando, no obstante, dejaba de comer para mirar sobrecogido a Anna.

Sentado entre ambos, Charles contuvo una sonrisa, algo que últimamente estaba haciendo con mayor asiduidad de lo que lo había hecho nunca antes de conocer a Anna. Contemplar cómo se encogía ante la mirada reverente de Walter resultaba muy divertido. Charles confiaba en que él no la mirase de aquel modo, sobre todo en público.

—No es algo que haga conscientemente —musitó ella sin levantar la vista del estofado con zanahorias—. No pedí ser una Omega. Es como tener el pelo moreno.

Anna se equivocaba, pero Charles pensó que ya se sentía lo suficientemente avergonzada como para discutir con ella de algo sobre lo que no estaba muy seguro de tener el derecho de oír. O, al menos, no era toda la verdad. Como ocurría con los dominantes, ser una Omega dependía fundamentalmente de la personalidad. Y, como le gustaba recordar a su padre, la identidad era en parte herencia, en parte educación, pero sobre todo dependía de las decisiones que tomabas en la vida.

Anna aportaba paz y serenidad en cualquier lugar al que fuera, siempre y cuando no estuviese asustada, herida o irritada. Parte de su poder dependía del hecho de ser una mujer lobo, lo que magnificaba el efecto de su magia. Pero la parte más importante era su firmeza de acero, lo que le permitía salir airosa de cualquier situación en la que se encontrara, la compasión que le había mostrado a Asil cuando este intentó asustarla y el modo en que no pudo dejar al pobre Walter desamparado con aquel frío. Aquellas habían sido decisiones conscientes.

Un hombre se convertía en Alfa, no era un simple accidente de nacimiento. Lo mismo ocurría con los Omegas.

—En una ocasión —dijo Walter con calma, dejando de comer—, después de una semana muy mala, me pasé una tarde subido a un árbol, observando un pueblo. Ya no recuerdo si debíamos protegerlos o les estábamos atacando. Una chica se acercó para tender su ropa bajo el árbol. Tendría unos dieciocho o diecinueve años y era muy delgada. —Sus ojos viajaron de Anna a Charles y de vuelta a su comida.

Sí, pensó Charles, sé que aún está muy delgada, pero solo he tenido una semana para alimentarla.

—Da igual —continuó el viejo veterano—, al mirar a aquella chica, me di cuenta de que era como presenciar algo mágico. Las prendas salían de la cesta hechas un fardo, ella las sacudía una sola vez y quedaban perfectamente listas para ser colgadas. Tenía unas muñecas muy delgadas, pero fuertes, y unos dedos ágiles. Aquellas camisas no osaban desobedecerle. Cuando se marchó, estuve a punto de llamar a su puerta para darle las gracias. Me ayudó a recordar que existía un mundo de tareas cotidianas, donde se lavaba la ropa y todo tenía un orden.

Volvió a mirar a Anna.

—Seguramente se hubiera aterrorizado al ver a un sucio soldado americano en su puerta, y además tampoco habría entendido por qué le daba las gracias, incluso si entendía el inglés. Solo hacía lo que estaba acostumbrada a hacer. —Hizo una pausa—. Aunque tendría que habérselo agradecido de todos modos. Aquello me metió en unos cuantos problemas.

Después de aquello, se quedaron unos minutos en silencio. Charles no sabía si Anna había entendido la historia, pero él sí lo había hecho. Anna era como aquella chica. Le recordaba los inviernos frente al fuego mientras su padre tocaba el violín. Los tiempos en que todo el mundo era feliz y gozoso, cuando el mundo era un lugar seguro y ordenado. No es que eso ocurriera muy a menudo, pero era importante recordar que existía esa posibilidad.

—De modo que —dijo Charles mientras Walter devoraba el tercer sobre de comida liofilizada— has vivido en estas montañas desde hace mucho tiempo.

Walter contempló a Charles con suspicacia mientras sujetaba la cuchara a mitad de camino de su boca. Entonces resopló y sacudió la cabeza.

—Eso ya no tiene mucha importancia, ¿no crees? Noticias caducadas.

Comió otra cucharada, tragó y continuó:

—Cuando regresé de la guerra, todo fue bien por un tiempo. Tuve mis malos momentos, claro, pero nada del otro mundo. Hasta que empeoró. —Empezó a decir algo pero se detuvo para comer otra cucharada—. Supongo que esa parte tiene aún menos importancia ahora. Da igual, empecé a revivir la guerra, como si estuviera aún en ella. Podía oírla, saborearla, olerla, y entonces descubría que era simplemente un coche con el tubo de escape estropeado o un vecino cortando leña. Cosas así. Me marché antes de hacer más daño a mi familia del que ya les había hecho. Entonces, cierto día, un enemigo me atacó por la espalda. Fue por el uniforme, ¿sabéis? Le hice daño, tal vez le maté...

La última frase, que soltó tras atragantársele en la garganta, era mentira.

Walter bajó la mirada, resopló y giró la cabeza para encontrarse con los ojos de Charles. Cuando volvió a hablar, su voz era fría y controlada, la voz de un hombre que ha hecho cosas horribles... como Charles.

—Le maté. Cuando ya estaba muerto, vi que no era un soldado del Viet-Cong sino el cartero. Fue entonces cuando comprendí que nadie a mi alrededor estaba a salvo. Pensé en entregarme, pero la comisaría... bueno, los polis también llevan uniforme, ¿no es cierto? La estación de autobuses estaba justo al lado de la comisaría y acabé subiendo a uno que se dirigía a Montana. Había estado aquí una o dos veces, de acampada con la familia, de modo que sabía que aquí estaría alejado de la gente. Aquí no hay nadie a quien hacer daño.

—¿No has salido de las montañas en todos estos años?

Anna apoyó la cabeza en su mano, y Charles se dio cuenta de que tenía dos uñas rotas. Buscó a su alrededor hasta encontrar sus guantes.

Walter asintió.

—Os aseguro que se me da muy bien la caza. Pese a no tener fusil... bueno, la mitad de las veces los fusiles no sirven de nada en la jungla.

Extrajo de algún sitio un cuchillo casi tan largo como su antebrazo y lo contempló detenidamente. Charles intentó imaginar de dónde habría salido aquello. No había tanta gente que pudiera moverse con su rapidez, fueran o no hombres lobo.

Walter miró a Anna de soslayo y después siguió contemplando el cuchillo, pero Charles supo que había leído la compasión en el rostro de Anna, ya que intentó rebajar el mérito de su supervivencia.

—No ha sido tan horrible, de verdad, señora. Los inviernos son muy duros, pero hay una vieja cabaña en la que me refugio de vez en cuando, cuando las condiciones son extremas.

Walter no era el primero en huir a las montañas, pensó Charles. En algunos lugares, veinte años atrás, comunidades enteras de hombres trastornados se habían refugiado en los bosques. La mayor parte de aquellos soldados se curaron y se marcharon hacía años, pero muchos otros murieron.

Antes de empezar aquel viaje, no se le hubiera pasado por la cabeza la idea de que aún quedara alguien: las Cabinets no eran un lugar muy agradable para vivir. Charles nunca había pasado por allí sin sentir que aquel lugar tan antiguo quería deshacerse de él. No era adecuado para el hombre, ni siquiera para uno que convivía con el Hermano Lobo. Incluso, años atrás, los tramperos y cazadores evitaban aquella zona, prefiriendo naturalezas menos agresivas.

Aunque un hombre que hiciera treinta años que vivía allí podía haber dejado de ser un intruso. Puede que hubiera sido aceptado como parte de la montaña.

Charles contempló el cielo nocturno mientras pensaba que un hombre que hubiera vivido tanto tiempo en aquel lugar podría haberse convertido en un aliado de los espíritus. Unos espíritus que podían ocultarse incluso de los penetrantes sentidos de Charles.

Walter limpió la cuchara en la nieve y se la devolvió a Charles.

—Gracias. No comía así desde... hace mucho tiempo.

Entonces, como si se hubiera quedado sin palabras, cerró los ojos y se apoyó en el árbol más próximo.

—¿Qué sabes del hombre lobo que te atacó? —le preguntó Charles.

Walter se encogió de hombros sin abrir los ojos.

—Llegaron en otoño en un todoterreno y se instalaron en una cabaña. Después de que me Transformara... salí de caza. Ojalá lo hubiera visto antes de que se topara con aquel chaval. Si aquel día hubiera sido un poco más rápido, habría acabado con él. Si hubiera sido un poco más lento, me habría matado él a mí. Me alegro de que la plata no les sienta muy bien a los hombres lobo.

Walter dejó escapar un largo suspiro, abrió los ojos y volvió a extraer el largo cuchillo de su funda bajo el brazo. En aquella ocasión Charles vio cómo lo hacía,

aunque ahora que lo pensaba, no había visto cómo lo guardaba.

—Ahora este viejo cuchillo me abrasa la mano cuando lo limpio. —Se contempló las manos, o quizá el cuchillo—. Imaginé que estaba muerto. Esta hoja hizo mucho daño a ese demonio... tiene grabados de plata, ¿ves? Pero el monstruo me rebanó las tripas antes de huir.

—Si el ataque de un hombre lobo casi te mata, entonces te conviertes en uno —dijo Anna en voz baja.

¿Aún se arrepentía de ello? Charles se sintió invadido por el deseo salvaje de volver a matarlos a todos. A Leo y a su pareja, a toda la manada de Chicago... pero al mismo tiempo se sentía patéticamente agradecido porque su pareja fuera una mujer lobo que no se marchitaría ni moriría como lo habían hecho todas las parejas de Samuel.

El Hermano Lobo se agitó y volvió a calmarse, del mismo modo que había hecho Walter.

—Entonces, ¿el lobo que te atacó no regresó tras la Transformación? —preguntó Charles.

Normalmente, cuando un hombre lobo Transforma a alguien, se siente atraído por el nuevo lobo durante un tiempo. Según había teorizado Samuel en una ocasión, algún tipo de imperativo genético se aseguraba que un hombre lobo descontrolado y sin instrucción no llamara la atención más de lo necesario.

Walter negó con la cabeza.

—Como he dicho, fui yo quien le seguí el rastro a ella, hasta la primera luna llena, tanto a ella como a la otra mujer. Por cierto, ¿qué es esa mujer? Por todos los diablos, sé que no es humana... lo siento, señora. La primera vez que me transformé, intentó atraerme. No sabía lo que era, solo que olía muy mal... como la bestia. Al principio creí que ella y la bestia eran la misma criatura, pero entonces las vi juntas.

Una hora antes había empezado a nevar suavemente, pero ahora los copos aumentaron de tamaño y comenzaron a acumularse en las pestañas y el pelo. Notó cómo la tensión se desvanecía aún más: la nieve los mantendría ocultos.

—¿Has visto alguna vez al lobo en su forma humana?

Charles no sabía qué aspecto había tenido la pareja de Asil en forma humana, pero una descripción podría serle útil.

Walter negó con la cabeza.

—No. Tal vez no tenga.

—Tal vez no.

Charles ignoraba por qué estaba tan seguro de que el otro hombre lobo no era lo que aparentaba ser. Habían estado huyendo; entraba dentro de lo posible que hubieran perdido su rastro. Aunque cuando sus instintos insistían tanto, solía hacerles caso.

Volvió a centrar su atención en Walter. Dos meses y ya tenía el control necesario para detener un ataque en cuanto comprendió que Anna era una mujer lobo y no una víctima. Mucho más control que el que tenían la mayoría de hombres lobo.

—Tu control está muy desarrollado para alguien que hace tan poco que se Transformó, sobre todo para alguien que no ha tenido ayuda —observó Charles.

Walter le dirigió una mirada funesta y después se encogió de hombros.

—He estado controlando a mi bestia interior desde que acabó la guerra. La única diferencia es que ahora tiene colmillos y garras. He de ser prudente, como cuando te seguí el rastro. Cuando el lobo toma el control, disfruto con el sabor de la sangre. Si hubiera mordido carne en lugar de tu mochila... bueno, no pensarías lo mismo de mi control. —Volvió a mirar a Anna, como si temiera lo que ella podía pensar de él.

Anna miró a Charles con inquietud. ¿Estaba preocupada por Walter?

La idea de que pudiera proteger a otro macho le formó un gruñido en el pecho que, sin embargo, no permitió que se reflejara en su rostro. Esperó a que el Hermano Lobo se calmara para decir:

—Para alguien que hace solo dos lunas que es un lobo y qué no ha dispuesto de ayuda eso es *extraordinario*.

Miró directamente a Walter, y el otro hombre lobo bajó los ojos. Era dominante, juzgó Charles, pero no lo suficiente para retar a Charles; casi ningún lobo lo era.

—Creías que Anna estaba en peligro, ¿verdad? —dijo suavemente.

El hombre enjuto se encogió de hombros, haciendo que su ruda capa de pieles cosida por él mismo crujiera con el movimiento.

—No sabía que ella también era un lobo. No lo supe hasta que me coloqué en medio.

—Pero sabías que yo lo era.

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí. Es el olor, me llama. —Volvió a encogerse de hombros—. Hace mucho tiempo que vivo solo, pero cada vez es más difícil.

—Los lobos necesitan una manada —le dijo Charles.

A él nunca le había inquietado el hecho de necesitar la presencia de otros lobos, aunque algunos no se adaptaban nunca.

—Si quieres —le dijo a Walter—, puedes venir con nosotros.

El hombre se quedó inmóvil, con los ojos clavados aún en sus pies, pero el resto de su cuerpo centrado en Charles.

—No se me da muy bien la gente, ni los ruidos —dijo Walter—. En cambio... aquí no tiene mucha importancia si olvido que es un bosque en lugar de la selva.

—Oh, encajarías a la perfección —dijo Anna fríamente.

Walter levantó la cabeza con un movimiento brusco para mirarla. Cuando esta le devolvió una mirada de afecto, Charles vio que las orejas de Walter se enrojecían.

—En la manada del padre de Charles hay mucha gente que no encaja —le dijo ella.

—La manada de mi padre es un lugar seguro —dijo Charles—. Él se encarga de que lo sea. Pero Anna tiene razón, hay unos cuantos lobos que no podrían vivir en otra parte. Si más tarde quieres trasladarte a otra manada, él se encargará de buscarte

un lugar acogedor. Si no puedes soportarlo, siempre puedes volver a las montañas... en cuanto nos hayamos ocupado de la bruja y de su hombre lobo.

Walter volvió a mirar hacia arriba y a apartar la mirada.

—¿Bruja?

—Bienvenido a nuestro mundo —dijo Anna con un suspiro—. Brujas, hombres lobo y cosas que hacen ruido por la noche.

—¿Qué vais a hacer con ella?

—La bruja nos dijo que buscaba a Asil, un lobo muy viejo que pertenece a mi padre. De modo que pretendemos bajar de las montañas y tener una larga conversación con Asil —dijo Charles.

—¿Y mientras tanto? —Walter se frotó los dedos contra el antebrazo, donde su cuchillo descansaba en su funda.

—Tienes que venir con nosotros y conocer a mi padre —dijo Charles—. Si no lo haces, me enviará para que te lleve ante él, aunque sea contra tu voluntad.

—¿Crees que puedes obligarme a formar parte de la manada de tu padre?

La voz del hombre sonó ronca y mortífera.

—Oh, buen intento —dijo Anna bruscamente, obviamente molesta con Charles, aunque este no sabía exactamente por qué.

Su padre no toleraría la presencia de un lobo solitario tan cerca de su manada, y no consideraría a Walter un lobo solitario hasta conocerlo personalmente.

No obstante, Anna había vuelto a fijar su atención en Walter.

—¿Qué quieres hacer? ¿Quedarte aquí solo? ¿O acompañarnos para pedir ayuda y regresar para enfrentarnos al lobo solitario y a la bruja?

Charles enarcó una ceja y Anna le devolvió el gesto.

—Ese lobo le atacó. Para nosotros es una misión de la manada, pero para él es algo personal. —Y volvió a mirar a Walter—. ¿No es así?

—El mal ha de ser destruido —dijo Walter—. Si no lo hacemos, conquistará todo lo que toque.

Anna asintió, como si sus palabras tuvieran sentido.

—Exacto.

Charles decidió que aquella noche dormirían como lobos. Anna no hizo ninguna objeción, pese a que su estómago se tensó con solo pensarlo.

Se había ido acostumbrando a dormir con Charles, pero el otro lobo la ponía nerviosa pese al trato deferente que le dispensaba. Sin embargo, en cuanto el sol desapareció, la temperatura descendió otros diez grados. Con solo un saco de dormir, supo que Charles tenía razón: no había alternativa.

Anna se transformó a unos doscientos metros de los dos hombres, temblando al sentir los pies descalzos sobre la nieve. Se había trasladado allí tras intentarlo primero

sobre el suelo despejado de nieve bajo un gran abeto. La persona que les puso el nombre de agujas sabía de lo que estaba hablando.

El frío incrementó el dolor de la transformación, y Anna empezó a ver estrellas en su campo visual. Intentó respirar acompasadamente. Las lágrimas le inundaron las mejillas a medida que las articulaciones y huesos se reajustaban, los músculos se adaptaban a sus nuevas proporciones y la piel se convertía en pelo.

Tardó mucho, mucho tiempo.

Cuando terminó, se quedó tendida sobre la nieve cristalizada, jadeante, demasiado cansada para moverse. Hasta el frío, descubrió, tenía su propio olor.

Gradualmente, a medida que el dolor iba remitiendo, descubrió que, por primera vez desde la última noche, cuando Charles se acurrucó junto a ella y la envolvió con sus brazos, se sentía protegida del frío. A medida que la agonía inicial se convertía en una serie de molestias y pequeños dolores, se desperezó y alargó las uñas como si fuera un enorme gato. La espalda le crujió y restalló en toda su extensión.

No quería regresar y acurrucarse con un extraño a pocos metros de ella. El lobo no tenía miedo del macho, pues sabía que no era probable que actuara como los otros. Pero tampoco le gustaba la idea de tocar a otro que no fuera Charles.

Cerca pero fuera de su campo visual, un lobo, Charles, emitió un sonido suave, algo entre un ladrido y un aullido. Temblorosa como un potrillo, se puso de cuatro patas con dificultad. Se detuvo para sacudirse el pelaje de nieve y darse algo de tiempo para acostumbrarse a caminar a cuatro patas antes de regresar con su ropa entre los dientes. Charles trotó hasta ella, cogió con la boca sus botas, dentro de las cuales había guardado los guantes, y la escoltó hasta el lecho que compartirían aquella noche.

Walter les esperaba justo en el límite del refugio que Charles había escogido. En cuanto posó sus ojos en él, Anna comprendió que no era la única a quien no le hacía mucha gracia dormir con el hocico pegado al rabo de un extraño. Walter tenía un aspecto lamentable, encorvado y con el rabo entre las piernas.

Charles le indicó a Walter con un movimiento de su oreja que se tumbara en el refugio que había encontrado para ellos. Walter le hizo caso y llegó el turno de Anna. Charles la empujó para que siguiera el ejemplo de Walter, dejó las botas donde no se llenaran de nieve y se tumbó frente a ellos, desde donde podría protegerlos. Pese a que Walter se había colocado lo más cerca posible de los árboles, no quedaba mucho espacio.

Cuando Anna se acomodó a su lado, Walter se removió inquieto. Pobrecillo, pensó ella. Tanto tiempo solo y ahora debía ajustarse rápidamente al comportamiento típico de una manada. Su sufrimiento ejerció un extraño efecto en el malestar de Anna. Preocupada por él, alargó el cuello y enterró el hocico bajo el pelaje de Charles. Intentó relajarse, confiando en ayudar a Charles a hacer lo mismo.

Aquello era una manada, pensó, a medida que el calor de los dos lobos se extendía por su cuerpo. Confiar que Charles vigilara con sus sentidos más desarrollados. Saber

que los dos lobos habían demostrado estar dispuestos a defenderla de cualquier peligro. Saber que podía dormir segura. Aquello era mucho más de lo que le había ofrecido su primera manada.

Pasó mucho tiempo hasta que Walter dejó de parecer una estatua de piedra y se relajó pegado a su cuerpo. No obstante, no permitió que el sueño la venciera hasta notar su hocico bajo su cadera.

Capítulo 11

El dolor mantuvo a Charles despierto mientras su pareja y el lobo solitario dormían. Tanto la pierna como el pecho le dejaron claro que se había extralimitado. Si no se andaba con cuidado, no iba a lograr bajar de las montañas. Sin embargo, lo que le mantuvo alerta mientras la tormenta de nieve rugía a su alrededor era el recuerdo de la bruja.

Nunca se había sentido de aquel modo: capas y capas de obediencia cubriéndole de un modo imposible hasta que no le quedó otro remedio que responder a sus preguntas. Aunque era demasiado dominante incluso para su padre, le habían contado cómo era la sensación. Las descripciones se quedaban cortas. Si no hubiera estado convencido de lo necesario que resultaba el meticuloso control de los dominantes por parte de su padre antes de convertirse en Alfas, se habría venido abajo. La sensación de sentirse dominado por alguien era aterradora, incluso cuando confiabas en él. El respeto por la valentía de los lobos sumisos de la manada de su padre había aumentado un par de niveles.

Si Anna no hubiese distraído a la bruja y hubiera roto el hechizo... contuvo el aliento y Anna emitió un ruidito con la garganta. Le reconfortaba incluso mientras dormía.

Tras dejar atrás el pánico —o la mayor parte de él—, había tenido tiempo para reflexionar sobre la naturaleza del conjuro. Sin embargo, aún no tenía ni idea de cómo la bruja había sido capaz de utilizar de aquel modo sus... *los vínculos con la manada de su padre*.

Debía informar a su padre, contarle que una bruja podía penetrar en la magia de la manada. Hasta donde sabía, nunca había sucedido nada parecido. Solo su dolor, y la comprensión que iba a tener que prestar más atención a los límites que le imponía su cuerpo, le obligaron a seguir donde estaba en lugar de salir corriendo en dirección al coche. Debía alertar a su padre.

Si Anna no hubiera estado a su lado... ¿cómo habría sabido lo que debía hacer?

Lejos de la manada, la mayoría de los lobos disponían de muy poca magia, y habría jurado que Anna no era una excepción. Conocía perfectamente su olor, y no percibía nada de magia en él. Si su apareamiento hubiese sido completo, Anna podría haber recurrido a su...

Irguió la cabeza y sonrió con los dientes. Anna aún no se había apareado, pero su lobo sí. Había percibido cómo recurría a él cuando la bruja le lanzó su hechizo, aunque no había creído que sirviera de mucho. Aún le quedaba mucho por aprender. El lobo había utilizado su magia para romper el hechizo de la bruja. Y Anna aún no había sido aceptada en la manada del Marrok, de modo que la infiltración de la bruja

en los vínculos de la manada no le había permitido inmovilizar a Anna del mismo modo que a él.

Captó un sonido casi imperceptible por encima del aullido del viento que interrumpió sus pensamientos: algo se movía entre los árboles. Pese a estar a una distancia de seguridad de donde estaban durmiendo, se mantuvo alerta y esperó a que el caprichoso viento cambiara de dirección y le trajera algún olor. Si era la bruja, recogería a sus pollitos y saldría corriendo; sus doloridas piernas y pecho habrían de sacrificarse una vez más.

Sin embargo, quien salió de entre los árboles y se detuvo para que Charles le viera perfectamente era otra persona: Asil. Lentamente, Charles salió a gatas de debajo del árbol. Anna suspiró y se recolocó, aunque el cansancio le impidió despertar. Charles se quedó completamente inmóvil hasta que su respiración recuperó la cadencia anterior.

Entonces empezó a aproximarse al intruso.

Desde que Asil se uniera a la manada, Charles nunca le había visto fuera de Aspen Creek; no le hacía ninguna gracia que la primera vez fuera allí y en aquel momento. Supo que, independientemente de lo que le dijera, no conseguiría que su vida fuera más fácil. Tampoco le agradó su incapacidad para ocultar la cojera.

Aunque Charles no era muy dado a presumir, sintió que aquella ocasión lo requería. Convocó la magia y dejó que esta se extendiera por su cuerpo, transformándole mientras caminaba. Aunque fue doloroso, se esforzó para que el dolor no se reflejara en su rostro ni le obligara a cojear aún más. Si se hubiera sentido mejor o los espíritus hubiesen sido más cooperativos, incluso podría haber conjurado un nuevo par de botas para no tener que caminar con tantas dificultades. Por lo menos, en la mayor parte del altiplano, la nieve, regularmente peinada por el viento, no pasaba de los treinta centímetros de profundidad, y la mitad había caído aquella noche.

Asil sonrió fugazmente, como si reconociera el juego de poder planteado por Charles, pero bajó la vista. Aunque Charles sabía que no debía confiar en la sumisión que leía en su lenguaje corporal, decidió que por ahora le serviría.

Charles habló en voz baja:

—¿Cómo nos has encontrado?

Era una pregunta importante. No estaban muy cerca del lugar en el que deberían de estar acampados de haber seguido la ruta que estableciera con Tag. ¿Había cometido algún error que le permitiría también a la bruja dar con ellos? Las peculiaridades de las últimas veinticuatro horas habían afectado negativamente a su confianza. Aquello, unido a su cuerpo medio tullido, lo convertían en alguien más quisquilloso de lo habitual.

Asil mantuvo los hombros relajados bajo el grueso abrigo con que se cubría del frío.

—A medida que nos hacemos mayores, todos aprendemos nuevas habilidades. Tu padre puede comunicarse con sus lobos, por muy alejados que estén. Y yo siempre puedo rastrear a mis compañeros de manada. Si no hubierais salido de estampida como conejos asustados, os habría encontrado hace horas.

—¿Qué haces aquí? —dijo Charles con los dientes apretados.

No le había molestado el comentario sobre el «conejo asustado». De verdad.

No era buena idea enfadarse con Asil. El arrogante y narcisista Moro solía devolverte la ira con una dosis doble de humillación. Charles nunca había caído en una de sus trampas, pese a las numerosas humillaciones, pero había presenciado como otros lo hacían. No se puede sobrevivir como lo había hecho Asil sin ser un astuto depredador.

—He venido a disculparme —dijo Asil mientras alzaba los ojos para que Charles pudiera leer la sinceridad de sus palabras en ellos—. Sage me contó algo sobre lo que tuvo que soportar Anna. Si hubiese sabido por lo que estabas pasando, jamás habría interferido en la relación con tu pareja.

—No interferiste nada —dijo Charles.

No tenía ninguna duda de que Asil hablaba con sinceridad.

—Bien. Y también estoy aquí para ayudaros, a ti y a tu pareja, en todo lo que necesitéis. —Miró en dirección al tronco bajo el que dormían Anna y Walter—. Tras sentirme arrepentido, pensé que lo mejor era ayudaros con el lobo solitario. Aunque parece que lo tienes todo bajo control.

Charles sintió cómo sus cejas se arqueaban. *Bajo control* no era exactamente cómo describiría los acontecimientos del último día.

—Las apariencias engañan. ¿Tienes alguna idea de por qué te busca una bruja?

El rostro de Asil se quedó blanco como la nieve y su cuerpo rígido como una piedra.

—¿Una bruja?

—Para ser exactos, ha preguntado por ti. —Charles se frotó la frente porque tendría que haber estado loco para frotarse el pecho delante de Asil—. ¿O cómo pudo interceptar la conexión de la manada de mi padre para controlarme de un modo que él jamás ha conseguido?

—Una bruja —dijo Asil—. ¿Aquí?

Charles asintió con brusquedad.

—Si no sabes nada de ella, ¿qué tal una mujer lobo que parece tener algún tipo de conexión con ella? Una cuyo pelaje es muy similar al de tu pareja...

Su voz se desvaneció porque Asil, con el rostro aún extrañamente pálido, cayó al suelo de rodillas; no como si se arrodillara ante Charles, sino más bien como si las articulaciones hubieran dejado de sostenerle. Charles recordó que a Walter le había ocurrido algo parecido, pero en el caso de Asil no se debía al asombro ni al inesperado milagro que representaba la presencia de Anna.

Le embargó el olor de las violentas emociones de Asil, aunque le resultó imposible desentrañar algo específico en aquella tormenta salvo que el dolor y el pánico llevaban la iniciativa.

—Entonces es ella —musitó Asil—. Confiaba en que hubiera muerto hace tiempo. Incluso cuando descubrí qué aspecto tenía el lobo solitario, confiaba en que se tratara de otra persona.

Por eso Charles no creía en las coincidencias.

—¿Conoces a la bruja?

El Moro se contempló las manos cubiertas con unos guantes negros y las enterró en la nieve. Cerró los ojos y se encogió de hombros. Cuando volvió a abrirlos, despedían reflejos dorados.

—Es ella. Ella me lo robó, y ya no puede ocultarse de mí si la observo, como tampoco yo puedo ya seguir ocultándome de ella.

Charles respiró profundamente y decidió armarse de paciencia.

—¿Qué te robó exactamente y quién es?

—Ya lo sabes —dijo Asil—. La que mató a mi Sarai. —Sacó las manos enguantadas de la nieve y se frotó la frente con ellas. Entonces añadió la parte insoportable—: Robó el vínculo que me unía a mi pareja.

Charles sabía, como todos los que habían oído las historias del Moro, que el vínculo entre Asil y su esposa gozaba de un don poco común: la empatía.

No hizo nada estúpido, como preguntarle a Asil si estaba completamente seguro. Pese a todo, nunca había oído hablar de algo semejante. Estar unido a una bruja, a una bruja negra, mediante la empatía era probablemente una de las peores cosas que podían ocurrirte. Ahora comprendía por qué Asil le pidió a su padre que le matara.

—Esta bruja parece una adolescente, y Sarai murió hace dos, siglos.

Asil inclinó la cabeza y dijo en voz muy baja:

—Te juro que no esperaba que me encontrara. Las protecciones de tu padre han servido hasta ahora; de no ser por eso, le hubiera obligado a matarme el primer día que llegué a Aspen Creek. —Se detuvo para tragar saliva—. No debería haberle permitido que me convirtiera en un miembro de la manada. Si la bruja se ha colado en el vínculo de la manada, solo ha podido hacerlo a través de mí, a través de nuestro vínculo.

Rígido por el frío, Charles contempló al Moro y se preguntó si de verdad podía estar tan loco como él mismo aseguraba. Porque si no lo estaba, aquella bruja representaba un problema mayor de lo que Charles había creído en un principio.

Unos ojos de lobo cristalinos le contemplaron desde un rostro oscuro camuflado por la nieve.

—Háblame del lobo que se parece a Sarai.

La desesperación y el recelo tiñeron la voz de Asil.

—No conocí a tu pareja. —La voz de Charles se suavizó—. Pero el lobo que va con la bruja es muy grande, incluso para ser un hombre lobo. Parece un pastor

alemán: *beige* con franjas negras en la espalda. Creo que en la pata delantera izquierda tiene una mancha blanca.

—En los dos primeros dedos —soltó Asil, poniéndose en pie con una ira que no podía ser fingida. Era mucho lo que había tenido que aceptar—. ¿Cómo se atreve a usar la forma de Sarai para crear sus ilusiones?

Charles se cruzó de brazos. Iba a tener que sentarse dentro de poco, ya que el dolor empezaba a pasarle factura.

—No es una ilusión. A menos que una ilusión pueda contagiar la licantropía. El lobo solitario que encontramos fue su primera víctima. Ella le atacó y él consiguió deshacerse de ella... y se Transformó en la siguiente luna llena.

Asil se quedó inmóvil.

—¿Cómo?

Charles asintió.

—Ese lobo tiene algo extraño. Su solidez es intermitente. Anna la golpeó y huyó, pero en cuanto se perdió de vista, el rastro y la sangre desaparecieron.

Asil contuvo el aliento.

—¿Sabes algo?

—Estaban todas muertas —musitó.

—¿Quiénes?

—Todas las brujas que lo sabían... pero todas subestimaron a Mariposa.

—¿*Mariposa*? ¿Cómo el insecto?

Los ojos de Asil relucían negros en la oscuridad.

—Yo no soy una bruja.

Lo que le pareció una respuesta algo extraña a su pregunta. Charles lo estudió detenidamente.

—Pero hace mucho, mucho tiempo que estás vivo —sugirió Charles—. Y Sarai era herborista, ¿no es cierto? Sabes bastante de brujería. Sabes qué es ese lobo.

—Mariposa es la bruja. Nosotros la criamos, Sarai y yo —dijo Asil con acritud—. Provenía de una familia de brujas que conocíamos... mi pareja era herborista. Conocía a casi todas las brujas en aquella zona de España, les suministraba lo que necesitaban. Cierta día un calderero llegó a nuestra casa con Mari, quien por entonces tenía unos ocho o nueve años. Por lo que pudimos averiguar más adelante, la madre de Mariposa utilizó su poder para proteger a su hija pequeña del ataque de otro clan de brujas. Sus padres, abuelos, hermanos y hermanas murieron. El calderero la había encontrado deambulando por los restos carbonizados de su casa y pensó que mi mujer podría encargarse de ella, pues sabía que Sarai había hecho muchos negocios con aquella familia.

Asil suspiró y giró la cabeza, contemplando el angosto y oscuro valle que se extendía a sus pies.

—Aquella época fue muy mala para todos en Europa. Dos siglos antes, la Inquisición se había cobrado un terrible precio, y cuando aquello llegó a su fin, las

brujas empezaron a enfrentarse por el poder. Solo Napoleón consiguió evitar que se exterminaran entre ellas definitivamente.

—Conozco la historia —le dijo Charles.

La única estirpe de brujas en la Europa occidental que sobrevivió a la lucha de poder fue la de los Torvalis, la cual tenía sangre gitana. Las brujas continuaron naciendo aquí y allá en el seno de familias mundanas, pero raramente tenían más de una décima parte de su antiguo poder. Las brujas de la Europa oriental y las asiáticas jamás habían establecido el tipo de dinastías típicas en la Europa occidental.

—Mantén en secreto los hechizos en el seno de la familia —dijo Asil—. De modo que cada una tendía a la especialización. La familia de Mariposa era una de las más poderosas. —Dudó un instante—. Pero ella era solo una *niña*, y este era su hechizo mejor guardado. No puedo creer que se lo confiaran.

—¿Qué tipo de hechizo?

—Se comentaba que su familia disponía de guardianes en sus propiedades, grandes bestias que patrullaban y mataban por ellos... y que no necesitaban comer ni beber. Se rumoreaba que las habían creado a partir de criaturas vivas; tenían una reserva de animales salvajes. —Suspiró—. Ese tipo de hechizos tan poderosos, como sabrás, no se consiguen sin sangre y muerte.

—¿Crees que Mariposa lo utilizó contra Sarai?

Asil se encogió de hombros.

—No sé nada. Lo único que puedo hacer es especular. —Respiró hondo—. Antes de enviarla con otra bruja para que la adiestrara, me dijo que el único lugar en el que se sentía segura era a nuestro lado.

Se detuvo, y a continuación añadió con desesperación:

—Yo estaba en Rumanía cuando sucedió. Tuve un sueño en el que torturaban y consumían a Sarai. Pese a que su corazón dejó de latir y sus pulmones se bloquearon, continuó viviendo, consumiéndose en un infierno de dolor y dominio. Soñé que Mariposa la devoraba hasta que dejó de ser ella. Tardó mucho tiempo en morir, pero no el suficiente como para poder regresar de Rumanía. Cuando crucé el umbral de nuestra casa, Sarai llevaba varios días muerta.

Asil contempló el bosque, pero sus ojos no veían los árboles sino algo que ocurrió hacía muchos años.

—Quemé el cuerpo y enterré las cenizas. Dormí en nuestra cama y, cuando desperté, Mariposa me estaba esperando... en mi cabeza, donde solo Sarai podía entrar.

Suspiró de nuevo, recogió un puñado de nieve y lo lanzó hacia un lado.

—Yo no estaba tan ciego como Sarai, quien solo vio a la niña que había sido. Además, podía sentir su maldad. Supe cuando Mariposa decidió que también me quería a mí, de modo que hui. Me marché a África, y la distancia debilitó nuestro vínculo. Por entonces pensaba que si estaba demasiado cerca de ella, podía obligarme a hacer lo que quisiera.

Abrió la boca y respiró entrecortadamente varias veces, como si estuviera en forma de lobo y agitado.

—Esperé durante años, convencido de que un día u otro la bruja moriría. Pero no fue así. —Asil volvió a encogerse de hombros, se dio la vuelta y miró a Charles una vez más—. Creo que es algún tipo de efecto secundario provocado por lo que le hizo a Sarai; al robar nuestro vínculo, robó también su inmortalidad. No tengo ni la más remota idea de por qué hizo tal cosa, pero si intentaba crear a una criatura con el hechizo por el que era famosa su familia... todo tendría sentido. Presenció la muerte de toda su familia, vio cómo su madre moría protegiéndola del hechizo diseñado para matar a todos los que se encontraban en su casa.

Charles distinguió la compasión en la voz de Asil e intentó contrarrestar aquel sentimiento con un baño de realidad.

—De modo que mató a tu mujer, quien la había acogido, protegido y cuidado. La torturó hasta la muerte para fabricarse algo que pudiera protegerla. —Sus instintos no le habían engañado: bruja negra, y las brujas negras siempre eran algo desagradable, todas y cada una de ellas—. Y ahora te quiere a ti, probablemente por la misma razón.

—Sí —musitó Asil—. Hace mucho tiempo que estoy huyendo.

Charles volvió a frotarse la frente, en aquella ocasión porque sintió cómo se aproximaba el dolor de cabeza.

—Y ahora has decidido venir aquí para presentarte ante ella a modo de regalo.

Asil emitió una risa ahogada.

—Supongo que eso es lo que parece. Hasta que me dijiste que ella estaba aquí, seguía convencido de que mis suposiciones eran infundadas. —Su rostro perdió parte de su regocijo y añadió—: Me alegro de haber venido. Si tiene una parte de mi Sarai debo detenerla.

—Estaba barajando la posibilidad de avisar a Bran —dijo Charles—. Pero empiezo a creer que no sería lo más inteligente.

Asil frunció el ceño.

—¿Quién es más dominante? —le preguntó Charles—. ¿Tú o yo?

Los ojos de Asil se habían ido oscureciendo durante la conversación, pero la pregunta de Charles volvió a iluminarlos con fuerza.

—Tú. Ya lo sabes.

—Por tanto —dijo Charles mirando a Asil fijamente hasta que los ambarinos ojos de este se apartaron derrotados—, ¿cómo pudo la bruja controlarme *utilizando* el vínculo con tu pareja y tus lazos con la manada?

En cuanto Charles se marchó para hablar con Asil, Anna había empezado a transformarse. Debía enfrentarse a aquel lobo con la palabra en lugar de con colmillos y garras. Tenía cierta habilidad irritando a su pareja... y Charles aún era imprevisible tras su encuentro con la bruja.

No pensó en Walter hasta que se encontró desnuda y jadeante en mitad del aire congelado. Puede que ella hubiera dispuesto de tres años para acostumbrarse a estar desnuda delante de extraños, pero él no.

Cuando le miró, vio que Walter tenía la cabeza en la otra dirección y que miraba fijamente un tronco cercano: el perfecto caballero.

Dejó de preocuparse por él y se enfundó la fría ropa y las botas porque empezaba a percibir la ira creciente de Charles: Asil había puesto en peligro a su manada y al Marrok. Pero, más que eso, le preocupaba el hecho de que ni Charles ni Asil se dieran cuenta de lo cerca que estaba Charles de derrumbarse. Le resultó sorprendente que ella sí lo hiciera.

Cuando terminó de vestirse, Anna avanzó a rastras para salir de su escondrijo y se puso en pie. No se molestó en coger las raquetas; aún era noche cerrada. Contempló la luna creciente y recordó que aún quedaban unos cuantos días para la luna llena. Por primera vez aquello no le puso los nervios de punta. Con Walter en forma de lobo a sus pies, avanzó por el llano hasta donde estaban Charles y Asil.

Era una mala señal, pensó, que ninguno de los dos diera muestras de haber percibido su presencia.

—¿Podría estar interfiriendo con el Marrok en busca de poder, como hace Leah? —preguntó Anna.

Los dos hombres se dieron la vuelta. Era evidente que Charles se sentía incómodo por no haber reparado en ellos antes. Asil, quien tenía las perneras de sus tejanos empapadas, parecía más preocupado de Walter, quien mantenía las orejas alerta y mostraba los colmillos.

Anna apoyó una mano en su cuello mientras hacía las presentaciones.

—Asil, este es Walter. Walter, este es Asil, el lobo del que te hablamos.

Asil miró al lobo con el ceño fruncido, quien le devolvió la mirada y asomó aún más los colmillos.

—Basta ya —le dijo Anna a Walter, confiando en que le escuchara. Lo que menos necesitaban ahora era una lucha por el dominio. A los lobos nuevos siempre les costaba un poco establecer su lugar en la manada. Resultaba interesante que Walter no asumiera inmediatamente que Asil era el de mayor rango—. Todos debemos estar en las mejores condiciones para el combate.

—Walter protegió a una de las víctimas del lobo y este acabó Transformándole —dijo Charles—. Ha aceptado ayudarnos.

Podría haberlo expresado de un modo completamente distinto, pensó Anna. Acarició la parte superior de la cabeza de Walter de forma protectora. Con aquello, en lugar de desestimar al nuevo lobo, Charles pretendía dejar claro que Walter estaba bajo su protección y que era un elemento valioso en su intento de capturar a la bruja.

Aquello llenó de satisfacción a Anna, y como además no quería que Charles y Asil volvieran a discutir, dijo:

—¿Podría estar Mary... Mariposa recurriendo al poder del Marrok a través del vínculo de la manada?

Charles dejó de fruncirle el ceño a Asil para contestar:

—Es indudable que se parecía mucho al poder de mi padre. Pero él no podría controlarme de ese modo.

Asil parecía desolado. Una bruja lo suficientemente poderosa puede controlar a cualquier hombre lobo sin una manada que pueda protegerle. Está prohibido por la ley de brujería, pero es posible.

—Uno de los problemas que Sarai y yo tuvimos con Mariposa fue su tendencia a obligar a la gente a hacer cosas contra su voluntad, como matar a sus animales de compañía. Y ha tenido tiempo de hacerse aún más poderosa. Ahora, gracias a mí, se ha convertido en un miembro *de facto* de la manada. Puede que haya logrado combinar los poderes de tu padre con los suyos propios.

Anna no estaba segura de las implicaciones de aquello, pero era obvio que Charles no estaba muy satisfecho.

—¿El plan sigue siendo bajar de las montañas para hablar con el Marrok? —preguntó Anna—. Aunque no pueda venir, ¿no deberíamos alertarlo?

Charles se quedó completamente inmóvil.

—¿Qué crees que hará tu padre cuando le contemos lo que ocurre? —preguntó Asil.

Charles no respondió.

—Exacto —corroboró Asil—. Lo mismo que creo yo. Vendría él mismo en persona... después de obligarnos a todos a regresar a casa. No importa que sea una estupidez, el Marrok protege a los suyos y tiene tanta confianza en la reputación de su invulnerabilidad como el resto de lobos. La muerte de Doc Wallace fue un duro golpe para él, y no se arriesgará a perder a otro de los suyos. Sobre todo si es su hijo.

—Ninguna bruja puede controlar a mi padre —dijo Charles. Aunque Anna percibió cierta duda en su voz. Quizá él también se dio cuenta, ya que giró la cabeza y dijo, más suavemente—: tendremos que hacerlo nosotros.

Asil irguió la cabeza de repente y olfateó el aire con los ojos cerrados. Entonces se quedó inmóvil.

Charles se dio la vuelta hacia el refugio. Anna hizo lo mismo pero no vio nada. Al principio.

Parecía fundirse con el viento y la nieve. Su pelaje brillaba con tonos grises, dorados y tenebrosos. Todos se quedaron petrificados, contemplando cómo la loba observaba a Asil. Tras unos segundos, saltó por encima del tocón y se aproximó lentamente sin dejar de gimotear y agitar ligeramente el rabo.

Asil hizo ademán de aproximarse a la loba, pero Charles le agarró por el hombro, impidiéndole avanzar.

—¿Sarai? —dijo Asil con voz ronca mientras Charles continuaba sujetándole.

La loba inclinó la cabeza y bajó la cola adoptando la posición clásica de sumisión. Volvió a gemir. Junto a Anna, Walter gruñó y se colocó entre ella y la otra loba. Sin embargo, la mujer lobo solo tenía ojos para Asil.

La loba emitió un sonido suplicante, afligido. A continuación, se dio la vuelta y salió corriendo. Anna la estaba mirando, de modo que no vio lo que hizo Asil, tan solo que, de repente, se había liberado de la mano de Charles y corría detrás de la loba que tanto se parecía a su pareja.

Charles no le persiguió. Se limitó a observar cómo los dos desaparecían en la oscuridad.

—Eso no es muy bueno, ¿verdad? —musitó Anna.

—No —dijo Charles con severidad.

—¿Qué hacemos? ¿Los seguimos?

—No. —Charles miró a Walter—. Aunque no creo que sea necesario, ¿no crees? La bruja continúa en la vieja cabaña del servicio forestal.

Walter ladró para demostrar su conformidad.

—¿No se lo contaremos al Marrok? —El viento volvió a soplar con fuerza y Anna empezó a temblar—. ¿Estás seguro de que es lo más inteligente? ¿Tu padre no tiene una bruja a sueldo que pueda ayudarnos? Mi vieja manada compartía una con la otra manada de Chicago.

—La bruja de Asil ha encontrado el modo de controlar a un hombre lobo que tiene la protección de la manada —dijo Charles—. Es la primera vez que oigo algo semejante, de modo que su intención no parece ser hacerlo público. Afortunadamente, las brujas mantienen bien ocultos sus poderes. Pero si esta es la única que sabe cómo hacerlo, hemos de procurar que siga siendo así. No podemos involucrar a otra bruja.

Charles continuaba con la vista fija en el lugar por donde había desaparecido la mascota de la bruja.

—Asil tiene razón. Mi padre querría encargarse él solo de la bruja.

—¿Y podría hacerlo?

Charles empezó a encogerse de hombros pero se detuvo a medio camino, como si le doliera.

—No tuvo ningún problema conmigo. Lo que no significa que mi padre no pueda rechazarla, pero si no lo consiguiera... mi padre controla a todos los hombres lobo de Norteamérica, Anna. Si lo capturara, podría controlarlos a todos.

—¿Es eso lo que quiere?

Anna se dio cuenta de que Charles se balanceaba ligeramente.

—No lo sé. Lleva mucho tiempo buscando a Asil, pero mi padre es una pieza más valiosa.

Anna dio un paso hacia Charles y le rodeó la cintura con el brazo para calmarlo.

—¿Estaremos a salvo el resto de la noche? ¿O vendrá a por nosotros?

Charles la miró desde arriba y suspiró.

—No más que en cualquier otro lugar; espero. Asil la mantendrá ocupada. Pobre Moro. Si estuviera en mejores condiciones, habría ido tras ellos. Pero esta noche está solo. —Una sonrisa amarga cruzó por su rostro—. No nos queda más remedio que pasar el resto de la noche aquí —le dijo—. Necesito comer y descansar antes de poder recorrer un kilómetro más.

Anna lo acompañó hasta uno de los árboles caídos, un lugar protegido del viento, y volvió a encender la fogata. Walter bloqueó el viento mientras ella usaba una gotita de Sterno y el mechero para hacer prender las ramas más secas que había podido encontrar en los alrededores. Mientras el agua se calentaba, Anna le cambió a Charles el vendaje de las costillas utilizando una camiseta limpia que previamente había hecho jirones. Durante todo el proceso, él se mostró dócil como un niño.

Le obligó a comer dos sobres de comida liofilizada, le dio otro a Walter y ella comió otro. Cuando terminaron, cubrió la fogata con nieve hasta extinguirla completamente y acompañó a Charles al refugio. Se sentía demasiado cansada para volver a transformarse, y Charles aún estaba en peores condiciones. Walter se acurrucó frente a ambos, bloqueando de forma electiva el viento y la nieve que intentaban golpearles.

Anna abrió los ojos en la oscuridad, convencida que algo había vuelto a despertarla. Irguió la cabeza, se apartó de la cálida y dulce piel de Charles y miró a su alrededor. No había rastro de Walter, y en algún momento de la noche, ella y Charles habían intercambiado sus posiciones, de modo que ahora él se interponía entre ella y el peligro.

El viento y la nieve habían cesado, dejando el bosque silencioso y al acecho.

Me transmute sursum, Caledoni, musitó Anna. Una lástima que Scotty^[3] no estuviera allí para teletransportarlos a un lugar seguro. Había algo en la atmósfera cargada que resultaba aterrador.

Anna escuchó con toda su atención pero no percibió nada. El abrumador silencio palpitaba con fuerza en sus oídos, y los latidos de su corazón se hicieron aún más audibles en la quietud de la noche invernal.

Solo oía los latidos de su corazón y su propia respiración.

—¿Charles? —susurró mientras le tocaba un hombro con vacilación. No le respondió, por lo que empezó a zarandearlo.

Su cuerpo se alejó de ella. Estaba tumbado de lado, y rodó flácido hasta el exterior del reducido refugio, quedando sobre la nieve. La luz de la luna le iluminaba con la misma claridad que lo hubiera hecho la luz del sol.

Anna contuvo el aliento y una oleada de pánico le llenó los ojos de lágrimas: la sangre le empapaba la parte del abrigo que cubría su espalda. Se miró las manos y vio sus dedos manchados de sangre: de la sangre de Charles.

—No —dijo mientras se incorporaba. Se golpeó la cabeza en el tronco del árbol caído bajo el que se habían refugiado, pero ignoró el dolor y alargó los brazos—. ¡Charles!

Bran se irguió sobre su cama. El corazón le latía desbocado y respiraba con dificultad. El aire frío del dormitorio le recorrió el cuerpo empapado en sudor. *Bruja*.

—¿Qué ocurre? —Leah se dio la vuelta y apoyó la cabeza sobre las manos, su cuerpo relajado y saciado.

—No lo sé.

Respiró profundamente, pero no percibió ninguna presencia extraña en el dormitorio. A pesar de que la cabeza se le aclaró rápidamente, el sueño que acababa de tener le eludía. Todo salvo aquella única palabra: *bruja*.

El móvil empezó a sonar.

—¿Qué ocurre, papá? —Samuel parecía estar completamente despierto—. ¿Por qué me has *llamado*?

Bran tardó unos segundos en comprender que Samuel no se refería a una llamada telefónica. Se frotó el rostro e intentó recordar. *Bruja*. Por alguna razón, aquella palabra le producía escalofríos en la espalda.

Tal vez había soñado con el pasado. Ya no le ocurría tan a menudo como antes. Y cuando lo hacía, no soñaba con la bruja, sino más bien con toda la gente que había muerto entre sus colmillos tras la muerte de la bruja.

No, aquel no parecía un sueño de recuerdos. Parecía un aviso. En cuanto pensó en eso, volvió a sentir la alarma que le había despertado. Algo iba mal.

—¿Qué he dicho? —Su voz le obedeció, transmitiendo únicamente calma y curiosidad.

—Despierta —dijo Samuel fríamente.

—Eso no me ayuda mucho. —Bran se atusó el pelo con una mano—. Siento haberte molestado. Estaba dormido.

La voz de Samuel se suavizó:

—¿Era una pesadilla, papá?

Como en respuesta a su pregunta, Bran vio una imagen que *había formado parte de su sueño*:

—Charles está en peligro.

—¿Un lobo solitario? —Samuel habló con educada incredulidad—. Nunca he conocido a un lobo solitario que le hiciera perder el sueño a Charles.

Bruja.

Aunque no su bruja, la bruja que le había convertido en un monstruo hacía muchos años. Muerta, pero no olvidada. Otra bruja.

—¿Papá?

—Espera, déjame pensar.

Tras un momento, dijo:

—Charles y Anna salieron hace dos días en busca del lobo solitario.

En ocasiones decir las cosas en voz alta le ayudaba a recordar lo que había estado soñando. Los sueños de alerta siempre eran los peores; aunque terminaba recordándolos, a veces lo hacía cuando *todo* había terminado.

—Asil vino a verme aquella tarde. Estaba molesto conmigo por haber enviado a Charles sin esperar a que se recuperase de sus heridas —dijo Bran.

—¿Asil estaba preocupado por Charles? —dijo Samuel con un deje de escepticismo en la voz.

—Justo lo que yo pensaba. Sorprendente. Aunque no se mostró demasiado inquieto hasta...

—¿Qué?

Bran se frotó la frente.

—Soy demasiado viejo. Lo olvidé. Qué estúpido... Bueno, Eso lo explica todo.

Se puso a reír.

—Lo siento. Asil se marchó ayer por la mañana, presumiblemente para encontrar a Charles, pero acabo de entender la razón. La descripción del lobo solitario encaja con la del lobo de Sarai... la pareja de Asil.

—Lleva mucho tiempo muerta.

—Doscientos años. Asil me dijo que él mismo la incineró y enterró las cenizas. Y por muy viejo que sea, no puede mentirme. Sarai está muerta.

Leah bajó de la cama por su lado y recogió su ropa. Sin mirar a Bran, salió del dormitorio de este para regresar al suyo. Bran oyó cómo cerraba la puerta y supo que había herido sus sentimientos al mantener aquella conversación con Samuel en lugar de con su pareja.

Pero no tenía tiempo para disculpas; acababa de tener una extraña revelación.

Bruja.

—Samuel —dijo dejándose llevar por esta—, ¿por qué razón quemarías un cuerpo?

—Para ocultar su identidad. Porque es muy duro enterrar un cuerpo. Porque lo exige su religión. Porque hay demasiados cuerpos y nadie tiene a mano una excavadora. ¿Me estoy acercando?

Bran estaba demasiado preocupado para bromas.

—¿Por qué Asil incineraría el cuerpo de Sarai en España durante las guerras napoleónicas?

—Bruja.

Bruja.

—He soñado con una bruja —dijo Bran, seguro ya de que había dado en el clavo.

—La pareja del Moro fue torturada hasta la muerte durante días —reflexionó Samuel en voz alta—. Siempre pensé que fue obra de un vampiro. Una bruja no

habría podido controlar durante tantos días a un hombre lobo. Matarla, tal vez, pero no torturarla.

—Conozco a una que hubiera podido.

—La abuela lleva muerta mucho tiempo, papá —dijo Samuel con cautela.

—Muerta y devorada —dijo Bran con impaciencia—. Lo único que pretendía era señalar que existió una excepción. Si hubo una, puede haber dos.

—Sarai era la pareja del Moro, y los dos formaban parte de una manada. Es distinto de lo que nos ocurrió a nosotros. Y Sarai fue asesinada hace doscientos años. Las brujas viven los mismos años que los humanos.

—Asil me dijo que últimamente había estado soñando. Con *ella*. Supuse que se refería a Sarai.

Silencio al otro lado del teléfono. Samuel también conocía aquellos sueños.

—No sé *nada* —dijo Bran—. Quizá Sarai murió a manos de un vampiro, y el lobo que se parece al suyo es solo una coincidencia. Tal vez Asil incineró su cuerpo porque no podía soportar la idea de que se pudriera en la tumba. Tal vez mi sueño solo ha sido eso, un sueño, y Charles regresa en estos momentos a casa con el lobo solitario.

—¿Sabes una cosa? —dijo Samuel pensativamente—. Has demostrado mejor tu opinión argumentando en contra que a favor. Me pregunto si eso dice algo sobre cómo funciona tu cerebro.

—O el tuyo —dijo Bran con una sonrisa involuntaria—. Iré a comprobar cómo le van las cosas a Charles.

—Bien —dijo Samuel—. ¿Quieres que vuelva?

—No. ¿Estás en casa de Adam o de Mercy?

—Soy hijo tuyo —dijo con petulancia pese a la preocupación que transmitía su tono de voz—. En la de Mercy, por supuesto.

Bran sonreía al colgar el teléfono. Salió de la cama y se vistió para el paseo.

Se detuvo frente a la puerta cerrada de Leah pero decidió que no podía hacer nada por arreglar lo que no funcionaba entre ellos. Ni siquiera quería intentarlo, solo lamentaba herir sus sentimientos con tanta facilidad.

Anna, tumbada sobre el cuerpo cada vez más frío de Charles, notó la garganta dolorida de tanto llorar. El rostro, húmedo por las lágrimas y la sangre, se le estaba congelando rápidamente. La nieve le quemaba la punta de los dedos.

Estaba muerto, y era culpa suya. Tendría que haberse dado cuenta de que la hemorragia era peor de lo que él estaba dispuesto a admitir. Solo había estado con él unos cuantos días.

Se apoyó en él para sentarse con las piernas cruzadas sobre el suelo congelado mientras estudiaba su exótico y bello rostro.

Había vivido doscientos años o más y Anna sabía muy pocas cosas de todo aquel tiempo. Quería conocer todas las historias. ¿Qué había sentido al crecer siendo un hombre lobo? ¿Qué travesuras se le habrían ocurrido? Ni siquiera sabía su color favorito. ¿El verde? ¿Como su dormitorio?

—Rojo. Es el rojo —le susurró al oído, asustándola.

Pero aquello era imposible. ¿O no?

Alargó la mano para tocar el cuerpo de Charles, pero lo único que consiguió fue parpadear. Estaba tumbada de espalda bajo el peso de un Charles completamente vivo, aunque en la parte izquierda de su rostro vio la marca de una garra.

Anna estaba jadeando, y sintió un dolor punzante en las manos a medida que estas recuperaban lentamente la forma humana. *¿Había sido ella quien le había hecho aquello?* Sintió como si el corazón le hubiera dejado de latir durante varios minutos y ahora volviera a hacerlo.

—¿Charles? —logró decir con una gran esfuerzo.

Pese a que este no hizo ningún gesto, Anna percibió su alivio. También lo sintió en la relajación de la mano de Charles sobre su brazo.

Charles colocó brevemente su rostro contra su cuello y respiró junto a su oreja. Cuando la retiró, se apartó y le dijo:

—Lo único que debías hacer era preguntar.

Anna se irguió. Se sentía débil y desorientada.

—¿Preguntar?

—Cuál era mi color favorito.

Anna lo miró fijamente. ¿Se lo estaba tomando a broma?

—Estabas muerto —le dijo—. Cuando desperté, estabas cubierto de sangre y no respirabas. Estabas muerto.

Un gruñido a su espalda la asustó; se había olvidado completamente de Walter.

—Yo también lo he olido, lobo —dijo Charles. Las marcas de su rostro desaparecían rápidamente—. Brujería. Anna, ¿te quitó algo la bruja? ¿Piel, sangre, pelo?

Cuando había aparecido el lobo, Mary le arrancó un mechón de pelo.

—Pelo. —Su voz era tan ronca que casi no la reconoció.

—Cuando hay brujas cerca, es mejor mantenerlas a distancia —dijo Charles—. El pelo le ha permitido introducirse en tus sueños. Si hubieras muerto en ellos, también lo habrías hecho en la realidad.

Anna supo que aquello era importante, pero no en aquel momento. Le desabrochó la chaqueta frenéticamente pero Charles le cogió las manos.

—¿Qué buscas? ¿Puedo ayudarte en algo?

Tenía las manos calientes, aunque antes también las había tenido.

—He de comprobar tu espalda.

Charles la soltó, se deshizo de la chaqueta y, todavía de rodillas, se dio la vuelta para que comprobara que los retales de la camisa con los que había vendado su torso

seguían limpios. Anna apoyó la cabeza en su hombro y respiró el olor de su piel.

Además de esta, también percibió la sangre vieja y el olor penetrante de la herida curándose.

Le agarró la camisa con ambas manos e intentó recuperar la calma.

—¿Solo ha sido una pesadilla? —dijo Anna, temerosa.

Temerosa de que lo otro fuese la realidad y aquello solo un sueño.

—No —dijo él—. Era la suma de tus peores miedos. —Se dio la vuelta y la rodeó con sus brazos, envolviendo con su calor el frío cuerpo de Anna. Le susurró al oído —: llevábamos quince minutos intentando despertarte. —Hizo una pausa y después añadió—: No eras la única que tenía miedo. Se te paró el corazón. Durante casi un minuto no conseguía que volvieras a respirar... pen... pensé que te dejaría moratones. El masaje cardiovascular es una de las cosas más difíciles que hay: la línea entre conseguir que salga el aire y romper una costilla es muy delgada.

Charles intensificó aún más su abrazo y añadió:

—Uno de los problemas de tener un hermano médico es saber que muy pocos casos sobreviven a un masaje cardiovascular.

Anna descubrió que le estaba dando palmaditas en la espalda, en una zona bastante alejada de la herida.

—Sí, pero supongo que la mayoría no son hombres lobo.

Charles se separó tras unos momentos y le dijo con energía:

—Estás congelada. Creo que es hora de volver a comer. Aún nos quedan un par de horas antes de que salga el sol.

—¿Cómo estás?

Charles sonrió.

—Mejor. Mucha comida, un poco de descanso y estaré casi como nuevo.

Anna le observó detenidamente mientras extraía un par de sobres de comida de la mochila; escogió un par que no necesita un agua caliente. Más fruta liofilizada y cecina.

Anna abrió el sobre de cecina con los dientes y se puso a mascar.

—¿Sabes qué? Antes me gustaba mucho la cecina.

Mientras comía los trocitos que ella le iba dando, Charles se estiró hasta cubrirle los pies. Dado su gran tamaño, en poco tiempo notó cómo el calor le subía desde la punta de los dedos.

Volvieron a tumbarse. Anna entre de los dos machos y Charles de nuevo a su espalda.

—Tengo miedo de dormirme —dijo ella.

Y no solo porque la bruja podía matarla. No podría soportar otra vez ver el cuerpo sin vida de Charles.

Este la apretó aún más contra él y empezó a cantar suavemente. Era una canción india. Anna lo supo por el tono nasal y la escala poco familiar.

Walter suspiró y se removi6 hasta encontrar una posici6n m6s c6moda mientras los tres esperaban que llegara la ma1ana.

Capítulo 12

A Bran no le preocupaba la oscuridad mientras seguía las indicaciones de Tag hasta el lugar que este y Charles habían considerado el más adecuado para iniciar la búsqueda. Al pasar junto al Subaru de Asil, dudó un instante: si Asil iba en busca de Charles, habría seguido la ruta más rápida.

Pero si las cosas se habían puesto feas, Charles regresaría a su coche. Bran decidió avanzar un poco más con su vehículo.

También consideró otras posibilidades. Algunos lobos tenían brujas a sueldo. No su manada, ya que él nunca se relacionaba con brujas negras, y casi todas las brujas blancas no eran lo suficientemente poderosas como para resultar útiles. Pese a todo, podía recurrir a unas cuantas.

Si tuviera a una bruja de doscientos años capaz de inmovilizar y torturar a un hombre lobo durante dos días, no haría correr la voz ni permitiría que otras brujas la imitaran. Especialmente si la bruja en cuestión, como la madre de Bran, había obtenido su habilidad mediante algún tipo de vínculo con un hombre lobo.

No. Lo mejor era mantener a las brujas alejadas.

Podía contestar a Charles.

Aunque aquello era aún más complicado. Su madre se había valido de la telepatía para rodearle con sus asquerosas cadenas. Por su culpa, no podía leer los pensamientos de los demás.

Tras matar a la bruja que había sido su madre, la sacudida le había despojado de aquel talento; uno de los muchos regalos que dejó su muerte. Lentamente, logró recuperar la habilidad de hablar de una mente a otra, pero nunca la de escuchar.

El único motivo por el que su madre fue capaz de interferir en su talento es que ambos lo compartían. Un caso extraño, incluso para el hijo de una bruja. Resaltaba sorprendente que existiera otra bruja en Norteamérica con la misma habilidad. Aunque aún no se atrevía a intentarlo hasta estar seguro de que su hijo estaba libre del influjo de la bruja de Asil.

De entre todos los seres capaces de practicar la magia, Bran despreciaba y temía por encima de todos a las brujas. Probablemente porque, si las cosas hubieran sido de otro modo, él mismo habría sido un brujo.

Salió de la autopista y cogió el camino que llevaba a Silver Butte. Las roderas de un vehículo más ancho de lo normal le precedían. Charles había seguido el plan al pie de la letra.

Conseguir que la camioneta de Charles avanzara por el sendero que había recorrido el Vee fue una tarea ardua que le ayudó a apartar de su mente el resto de preocupaciones. Estaba empezando a pensar que tendría que haber aparcado junto al

coche de Asil cuando, al dejar atrás una curva cerrada, casi colisiona con el Vee, el cual estaba aparcado junto a un árbol.

Se detuvo a poco menos de quince centímetros del Vee. Apagó el motor y dejó la camioneta donde estaba porque el bosque era demasiado espeso para poder dar la vuelta, y además temía que la nieve recién caída ocultara la cuneta.

No había visto ningún lugar donde dar la vuelta en los últimos quinientos metros; se preguntó si, cuando regresara, iba a tener que conducir marcha atrás. Se permitió una sonrisa amarga; tampoco importaría mucho si finalmente no conseguían salir de allí.

Asil había dispuesto del tiempo suficiente para dar con Charles, y además estaba familiarizado con las brujas. Seguro que su hijo y el Moro podrían enfrentarse a cualquier situación. Si Charles seguía la ruta marcada, Bran confiaba encontrar a todo el grupo antes de que anocheciera. Cuando lo hiciera, los sacaría de las montañas.

Dejó la llave en el contacto. No era probable que nadie subiera hasta allí para robar una camioneta... y si lo hacía, bueno, tendría que vérselas con Charles.

No había cogido chaqueta porque pretendía internarse en la montaña en forma de lobo. Se quitó la ropa en la cabina, se armó de valor y saltó de la camioneta antes de completar la transformación. Abrir puertas de coche en forma de lobo era posible, pero solía provocar desperfectos en los vehículos. Y pese a los habituales comentarios de su hijo sobre el odio que sentía por los coches, sabía que Charles estaba orgulloso de su camioneta.

Bran adoptó un trote regular que pudiera mantener todo el día. Hacía mucho tiempo que no caminaba por aquellas montañas. Nunca habían sido uno de sus lugares favoritos de caza, aunque no sabía exactamente por qué. Según Charles, las Cabinets no aceptaban de buen grado a los intrusos, y suponía que esa era una explicación tan válida como cualquier otra.

Seguir la ruta de Charles a la inversa le pareció el mejor modo de empezar. Todo el circuito no tenía más de cincuenta kilómetros. Podía recorrerlo tranquilamente y regresar a los coches antes del anochecer.

A excepción de tos desconchones en la pintura verde del pequeño porche, el resto de la cabaña no había cambiado mucho desde la última vez que Charles estuvo allí, unos cincuenta años atrás. No era nada del otro mundo: una pequeña cabaña de troncos similar a muchas otras repartidas por los bosques de Montana, la mayoría construidas durante la depresión por pelotones de desempleados.

Los troncos estaban ajados por el sol, la lluvia y la nieve. Un todoterreno abollado con las cadenas puestas estaba discretamente aparcado entre la parte trasera de la cabaña y el bosque.

Charles detuvo a Anna a unos treinta metros de la cabaña, en un lugar donde los árboles aún les ocultaban, y a favor del viento. En cuanto lo hizo, Walter se tumbó en

el suelo junto a los pies de ella, como si fuera su devota mascota... una mascota que pesaba lo mismo que un oso pardo y que era capaz de provocar una considerable destrucción.

Era tan obvio que la devoción de Walter no tenía nada que ver con el sexo, que Charles no podía hacer nada por oponerse a ella. Continuamente le venía a la memoria la frase: «Creo que podría dormir». Sabía lo que se sentía cuando las pesadillas de muerte y destrucción no dejaban de acosarte. Si Anna lograba traerle un poco de paz, quién era él para impedirlo.

Charles observó detenidamente la cabaña, deseando no sentir aquel pánico. Hacía mucho tiempo que no se sentía de aquel modo. Estaba acostumbrado a preocuparse por Samuel, por su padre y, recientemente, por Anna, pero no por sí mismo. El recuerdo de cómo la bruja de Asil le había controlado como si fuera su Alfa había anulado parte de su autoconfianza mediante un baño de realidad.

Acarició el hombro de Anna ligeramente. Sabía que no era tan frágil como su apariencia podía indicar; ningún hombre lobo lo era. Y el viejo soldado era un superviviente, por lo que Charles obtuvo algo de consuelo con aquello.

—No os podré ayudar directamente —le dijo Charles—. Si entro en su línea de visión, volverá a controlarme. Con el Alfa de una manada, la distancia es crucial, y también el contacto visual o físico.

Ni Walter ni Anna eran miembros de la manada de su padre, de modo que no tenían conexión alguna con Asil. Salvo el vínculo que unía al lobo de Anna con el de Charles, aquello los dejaba tan vulnerables como cualquier otro lobo solitario. Pero Charles sabía que a las brujas les costaba un tiempo obtener el control de un lobo solitario; mucho más tiempo del que él podía ofrecer.

Su control había sido instantáneo.

Aborrecía a las brujas. Las habilidades de otros seres mágicos no le molestaban tanto. Los druidas manipulaban la naturaleza: el clima, las plantas y algunos animales. Los brujos jugaban con cosas inanimadas. Sin embargo, las brujas utilizaban la mente y el cuerpo. La mente y el cuerpo de cualquiera. Manipulaban cosas que estaban vivas, o que lo habían estado. Las brujas blancas no eran tan desagradables, aunque probablemente porque la mayoría de ellas disponían de poca más magia que él. Las brujas negras aumentaban su poder matando y torturando seres: desde moscas a humanos.

—De acuerdo —dijo Anna, como si se enfrentara a brujas a diario—. Si están aquí, tú encárgate del lobo... y probablemente de Asil. Eso te mantendrá ocupado, incluso a ti.

Las horas de descanso, la comida y el ritmo lento y constante de aquella mañana le habían ayudado a recuperarse, lo que le permitiría dominar a las mascotas de la bruja.

Anna tembló ligeramente bajo su mano; una combinación de impaciencia y nervios, pensó Charles. Había reaccionado al sueño como si se tratara de un ataque

contra él en lugar de contra ella, pese a que había sido ella quien había dejado de respirar.

Walter irguió la cabeza para mirar a Charles, y este vio en la mirada del otro lobo la determinación de proteger a Anna con todos los medios a su alcance. Al Hermano Lobo no le hizo mucha gracia ver aquello en los ojos de otro macho, pero, dadas las circunstancias, Walter estaba en mejor disposición que él de proteger a Anna.

—Voy a reconocer la zona. De momento quiero que os quedéis aquí, ¿de acuerdo?

—Esperaré —dijo Anna.

—No te impacientes, puedo tardar un poco.

La parte trasera de la cabaña estaba pegada al bosque; en la parte frontal y por uno de los lados había una distancia de unos Treinta metros. No era precisamente el lugar que hubiera elegido él para ocultarse de una manada de hombres lobo... aunque sabía que la bruja no les tenía ningún miedo. Por lo menos él no le había dado ninguna razón para que los temiera.

Para su sorpresa, Walter le siguió. Desapareció en las sombras y Charles solo pudo seguir su rastro por el olfato. Evidentemente, los espíritus de aquel bosque le habían aceptado como uno más, ofreciéndole su protección. Su abuelo también podía desaparecer de aquel modo.

Cuando estuvo a tiro de piedra de la cabaña, Charles llegó a la conclusión de que no había nadie en el interior. Walter apreció a unos cuantos metros por delante de él y meneó la cola para confirmar su sospecha. Sin embargo, esperó a rodear toda la estructura y a abrir la puerta antes de enviar a Walter en busca de Anna.

En el interior apenas había espacio para el estrecho catre y la mesita, los únicos muebles de la vivienda a menos que también se considerara como tal la estrecha repisa de la chimenea. El catre parecía nuevo y aún tenía las etiquetas con el precio. La mesa parecía más vieja que la propia cabaña.

El hogar mostraba señales de un fuego reciente. Los animales muertos frente a este indicaban la naturaleza de su ocupante: las brujas y las cosas muertas siempre iban juntas. Algunas brujas no mataban, pero eran mucho menos poderosas que sus hermanas negras.

En el suelo, algunos tablones tenían clavos nuevos y relucientes y las marcas de una palanca. La bruja los había arrancado y vuelto a clavar. Cuando se acercó al catre, comprendió la razón: no era la primera vez que veía círculos de poder. Algunas brujas los usaban para fijar hechizos de protección sobre cosas que consideraban valiosas o para almacenar poder al que podían recurrir más tarde. Dado que la cabaña no le había impedido la entrada ni sentía la necesidad de abandonarla, Charles comprendió que debía tratarse de esto último; lo que significaba que bajo el suelo había más cosas muertas. Respiró profundamente. El olor a muerte podía proceder del animal junto al hogar; además, no percibió ningún rastro de putrefacción. O bien el animal que había matado para trazar el círculo llevaba muy poco tiempo muerto —

y estaba congelado— o la bruja conocía un hechizo para ocultar el olor y mantener alejados a los carroñeros. Cambiar lo que otros podían percibir era uno de los poderes que mejor dominaba aquella bruja.

Su padre le había dicho que, de haber estudiado, él también podría haberse convertido en un brujo. Bran nunca le presionó, aunque tampoco le disuadió: alguien con poderes mágicos habría hecho que la manada fuera aún más poderosa. Pero a Charles le había atraído mucho más la sutil magia del pueblo de su madre. Nunca se había arrepentido del camino que tomó, y mucho menos ahora, en aquella mísera cabaña enturbiada por el mal.

El olor que desprendía el saco de dormir sobre el catre le dijo que la bruja había dormido allí la noche anterior. Sobre la mesa había restos de una gruesa vela negra que olía más a sangre que a cera y junto a esta, un mortero con un poco de ceniza en su interior; los restos del cabello de Anna, pensó Charles. Algo personal que le había permitido introducirse en sus sueños.

—¿Qué es eso? —musitó Anna desde el umbral de la puerta.

Su presencia le hizo sentirse inmediatamente mejor, como si esta consiguiera aliviar el mal que se había ido filtrando en la madera y el ladrillo.

Algún día se lo diría, solo para disfrutar de la desconcertada incredulidad reflejada en sus ojos: empezaba a conocerla lo suficiente como para predecir sus reacciones. Aquello le dio cierta satisfacción.

Siguió su mirada hasta el cuerpo destripado y desollado frente al hogar.

—Creo que es un mapache. Al menos huele a eso.

También olía a dolor, y había dejado marcas de uñas en el suelo, probablemente después de que lo clavara al tablón. No vio razón alguna para decirle a Anna que probablemente no estaba muerto cuando la bruja lo mutiló.

—¿Qué pretendía conseguir?

No se había movido de la puerta, y Walter se colocó detrás de ella. Ninguno de los dos hizo ademán alguno de entrar en la cabaña.

Charles se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Tal vez reforzar el hechizo que te lanzó ayer por la noche. Una bruja oscura obtiene su poder del sufrimiento y la muerte de los demás.

Anna parecía descompuesta.

—Hay cosas peores que ser un hombre lobo, ¿verdad?

—Sí —reconoció Charles—. Aunque no todas las brujas hacen cosas como esta, es difícil ser una bruja decente.

En el suelo, junto al mapache, había un cuenco de cerámica negra lleno de agua. La temperatura en el interior de la cabaña no era mucho más alta que la exterior; si llevara allí mucho tiempo se habría congelado. No habían coincidido con la bruja por muy poco tiempo.

Pese a sentir reticencias, tocó el cuerpo del animal para comprobar cuánto tiempo hacía que lo había torturado de aquel modo. Aún tenía la piel...

El animal se movió ligeramente, y Charles extrajo su cuchillo y le rebanó el cuello tan rápido como pudo, sintiendo náuseas al comprender que seguía con vida cuando llegaron: nada podría haber sobrevivido a una experiencia como aquella. Observó con más detenimiento los tablones del suelo. Tal vez no había percibido el olor a putrefacción porque lo que conservaba ahí debajo, fijando el círculo de poder, tampoco estaba muerto.

Walter emitió un gruñido, y Charles se hizo eco del sentimiento.

—Lo dejé con vida —musitó Anna.

—Sí. Y sabrá que nosotros lo matamos. —Charles limpió el cuchillo en el saco de dormir y volvió a guardarlo en la funda.

—¿Qué hacemos ahora?

—Quemar la cabaña —dijo Charles—. La mayor parte de la brujería consiste en pociones y hechizos. Si quemamos su centro de poder, la debilitaremos un poco.

Y también liberarían lo que fuera que estuviera atrapado bajo la cabaña. No quería decirle aquello a Anna si podía evitarlo.

Anna encontró una lata medio llena de veinte litros de gasolina junto al todoterreno, y Charles roció el catre y la leña que había acumulado en el centro de la cabaña. Envió a Anna y a Walter lejos de la construcción antes de encender la yesca con una cerilla. La gasolina le quemó la nariz cuando el fuego se extendió rápidamente. Esperó hasta asegurarse de que ardía con la suficiente intensidad para consumir toda la cabaña y se marchó.

Se acercó a Anna y a Walter a paso ligero. Cuando estuvo junto a ellos, cogió la mano de Anna y la alejó aún más al sentir una picazón entre los omoplatos. Cuando la cabaña explotó, estaban a unos cincuenta metros de distancia, pero, a pesar de eso, la explosión los lanzó al suelo.

Anna levantó la cabeza de la nieve y escupió algo que se le había metido en la boca.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Guardaba dinamita o algo así?

Charles se dio la vuelta y se quedó sentado en el suelo, intentando no demostrar lo doloroso que resultaba caer al suelo con una herida en el pecho.

—No lo sé. Pero a veces la magia y el fuego tienen un extraño efecto sinérgico.

Observó el lugar donde había estado la cabaña y silbó sonoramente. Prácticamente no quedaba nada, solo unas cuantas piedras en el suelo que indicaban la presencia anterior de una chimenea. Los restos del todoterreno y de la cabaña estaban esparcidos por todas partes y llegaban casi a sus pies; los árboles más cercanos a la cabaña se habían astillado como mondadientes.

—Guau —dijo Anna—. ¿Estás bien, Walter?

El lobo se acercó hasta sus pies y se restregó contra su pierna mientras la miraba con ojos que transmitían adoración.

—La bruja sabía que iríamos tras ella —dijo Charles—. Intentó ocultarnos este lugar. No percibí su rastro cuando Walter y yo rodeamos la cabaña. ¿Y tú, Walter?

El gran lobo tampoco había olido nada.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Pese a todos nuestros temores, creo que ha llegado el momento de avisar a mi padre. —Charles sonrió a Anna—. No estamos muy lejos del coche, y además ya sabe que algo ha salido mal. Anoche me despertó, por eso supe que estabas en peligro. No es precisamente estúpido, y conoce a unas cuantas brujas a las que podemos recurrir.

Bran llevaba varias horas corriendo cuando les oyó.

—Te dije que lo más probable era que enviara a Tag si Charles tenía problemas —dijo Asil—. Te dije que no cometería la locura de venir él en persona.

Bran hincó las cuatro patas en la nieve y se detuvo. Aunque Asil no había hablado muy alto, sabía que Bran no tendría dificultades para escucharle. Lo que significaba que era demasiado tarde para huir.

Las brujas pueden ocultarse en pleno día si ejercen algún upo de control sobre uno. Y como evidentemente Asil no estaba hablando con Charles, supo que se encontraba bajo la influencia de la bruja. Pero Asil también estaba bajo la influencia de Bran. Aquello era suficiente para que un hechizo de ocultación funcionara a ojos de Bran.

Se dio la vuelta para mirar a Asil y vio que se encontraba sobre un pedrusco del tamaño de un elefante. A su lado, una mujer más bien menuda estaba hecha un ovillo para protegerse del frío y se agarraba a Asil como si pensara que el viento la iba a arrancar de la roca.

—No sé qué le hace creer que Tag lo haría mejor que yo —continuó Asil con frialdad.

Sus ojos brillaban con fuego, pero el resto de su rostro y su lenguaje corporal encajaban con la voz.

—Ven aquí, *señor* —ronroneó la mujer, prestándose al encuentro mientras descendía de la roca con una elegancia poco habitual.

Tenía acento americano excepto cuando hablaba en español. Una parte de él se sorprendió al descubrir que llevaba allí el tiempo suficiente como para haber cogido el acento americano. Aunque tenía un oído demasiado bueno como para no reconocer cuál era su lengua materna, incluso si no hubiera sabido que estaba persiguiendo a la bruja que asesinó a la pareja de Asil en España. Y otra parte de él se sentía asombrada ante la destreza lobuna con que saltó de la roca tras Asil. Ningún humano podía moverse de aquel modo, fuera o no una bruja. Sin embargo, cuando la madre de Bran lo esclavizó, se había movido de un modo similar.

Se hubiera quedado horrorizado de no ser porque sucedió algo aún peor: Bran se acercó a ella cuando le llamó como la mascota bien adiestrada que un día había sido... hacía mucho, mucho tiempo.

—Tag —dijo la bruja en un ronroneo mientras caminaba a su alrededor—. Colin Taggart. Un poco pequeño... para ser un hombre lobo.

Bran era consciente, pese a que la bruja parecía no serlo, de la tensión con que Asil esperaba el momento en que se diera cuenta de que no le había contado la verdad. Aunque tampoco le había mentido. «Te dije que enviaría a Tag» no era lo mismo que «Mira, ahí está Tag». Asil hacía un gran esfuerzo por mantener el engaño, y Bran se lo agradeció, sabedor de la dificultad que entrañaba moverse por aquella línea tan delgada.

Por el miedo que irradiaba, Asil conocía las consecuencias a que habría de enfrentarse una bruja que intentara convertir a Bran en su mascota. No había mucha gente que recordara lo que había ocurrido cuando Bran logró finalmente liberarse de su madre: Samuel, Asil... No pudo recordar a una tercera persona, de aquello hacía mucho tiempo. De igual modo, las brujas ya no recordaban por qué se había prohibido la práctica de convertir a un hombre lobo en mascota o en familiar... aunque tampoco quedaban muchas con el poder para hacerlo.

Bran decidió esperar. En primer lugar porque la bruja podía cometer un error, sobre todo si no sabía a quién estaba controlando. Y, en segundo, porque temía que en aquella ocasión nadie podría matarlo. La última vez le había ayudado Samuel... pero Samuel ya no estaba tan seguro de sí mismo como antes.

Habría de vencer el control al que le tenía sometido la bruja con sangre y carne, y el único vínculo de carne y sangre era el que le unía a su manada. Debía de haber utilizado a Asil para introducirse en la manada... pero ¿cómo?

Mientras la bruja le observaba, Bran rastreó su vínculo con Asil para dar con algo que oliera a bruja mientras prestaba muy poca atención a las palabras que le dirigía esta. Con la destreza adquirida a lo largo de los años, Bran se deslizó suavemente a través de Asil y encontró a una mujer muerta; solo podía tratarse de la pareja de Asil. Imposible.

Nadie podía establecer un vínculo con una mujer muerta: lo sabía porque cuando murió Blue Jay Woman, la madre de Charles, él había intentado sujetarse a ella.

No obstante, lo imposible se hacía posible cuando añadías una bruja a la mezcla.

No podía seguir explorando más: la mujer estaba muerta, y su vínculo pasaba a través de Asil... pero el único modo de que el control de la bruja sobre él funcionara era mediante una relación estrecha con la pareja de Asil. De aquel modo podría aplicar su magia al vínculo para dominar a todos los lobos de Bran.

Se tomó su tiempo para observar con frialdad a Asil. Este tenía que saber que el vínculo con su pareja fallecida estaba intacto, y tendría que habérselo contado. Tenía la sensación de que debería haberle contado muchas cosas.

La bruja había encontrado el modo de mantener intacto el vínculo de apareamiento mientras mataba a Sarai.

Aborrecía a las brujas.

—Colín Taggart —volvió a ronronear la bruja—. Ahora me perteneces. Tu voluntad es mía.

Bran sintió cómo su magia le recorría el cuerpo. Una parte de la misma se deslizó más allá de él como miel sobre una tostada: acumulándose aquí y allá de forma irregular. Pero entonces se fijó y solidificó al tiempo que la bruja daba vueltas a su alrededor y susurraba las palabras del hechizo. No le dolió, más bien le produjo una sensación de claustrofobia, y cuando intentó moverse, no pudo.

El pánico hizo acto de presencia y algo enterrado tiempo atrás empezó a removerse en su interior. Tomó aire con dificultad e intentó apartar a la bruja de su conciencia. El pánico era extremadamente peligroso; mucho más que la bruja.

De modo que dirigió su atención a otras cosas.

En primer lugar, intentó aislar a Asil de la manada. Si lograba romper el vínculo entre él y Asil, podría disponer de una oportunidad para liberarse de la bruja. Debería ser capaz de hacerlo, pero las singularidades del vínculo de Asil con su pareja y el modo en que esta lo había retorcido obstruían la magia de la manada hasta tal punto que llegó a la conclusión de que no conseguiría aislar a Asil de nadie: ni de Sarai, ni de la bruja, ni de Bran, ni siquiera mediante una ceremonia de destierro de sangre y carne.

La bruja modificó el ritmo de su canto y Bran sintió cómo su control se tensaba a su alrededor hasta que le resultó imposible respirar... No.

Ignoró a la bruja completamente y se dispuso a minimizar el daño lo mejor que pudo.

Comprimió las conexiones que le unían a la manada hasta que prácticamente dejó de percibirlos. Si hubiera tenido una manada normal, podría haberse arriesgado a soltar las riendas totalmente. Sin embargo, muchos de sus lobos no podían quedarse solos durante mucho tiempo. Comprimir los vínculos les protegería de la magia de la bruja, y dificultaría cualquier intento de esta por utilizarlos.

A él había logrado controlarlo a través de Asil, pero si podía evitarlo, la bruja no contactaría con nadie más de su manada. Si Asil continuaba haciéndole creer que era Tag, ni siquiera sabría hacia dónde debía mirar.

En la manada había unos cuantos lobos viejos cuyo control se había debilitado mucho: se los entregó a Samuel, aislándolos de él completamente. Para Samuel sería una situación difícil, pero los lobos conocían a su hijo y no se quejarían. Samuel podría ocuparse de ellos durante un rato.

No sabía si la bruja, quien evidentemente tenía unos cuantos atributos de hombre lobo, conocería a estos lo suficiente como para contrarrestar lo que intentaba hacer, pero le dificultaría las cosas tanto como pudiera. Como mínimo la retrasaría.

Aunque lo que realmente le preocupaba era que cuando... si perdía la cabeza, no quería arrastrar a toda la manada con él. Alguien —Charles era su mejor opción, aunque Asil también podría hacerlo— tendría que matarlo.

Bran terminó su trabajo antes de que la bruja concluyera el suyo. Hacía siglos que no sentía aquella soledad en su propia mente. En otras circunstancias, incluso habría disfrutado de ella.

No opuso resistencia cuando la bruja chasqueó los dedos y le obligó a seguirla. Él caminaba a su izquierda mientras Asil, en forma humana, la escoltaba por la derecha.

De algún modo, Bran supo que la bruja no había reconocido la presencia de la criatura-sombra que caminaba junto a Asil. Él mismo no habría reparado en ella de no haber sido por las casi imperceptibles marcas en la nieve que recordaban a la zarpa de un lobo; pese a todo, podía olerla, tanto a ella como la magia que se agitaba en su interior.

Guardianes, así llamaban a aquellas cosas. Siempre había pensado que era un nombre demasiado carismático para tales aberraciones. Cuando descubrió que la familia que dominaba aquel hechizo había sido aniquilada, se había sentido aliviado. Obviamente, la información no era del todo correcta. Aunque jamás había oído que convirtieran a un hombre lobo en su mascota, ni siquiera en la cumbre de su poder.

Bran miró a Asil, pero no supo si el Moro era consciente de que una parte de su pareja les acompañaba, como si hubiera sido reclamada tantas veces que había acabado por tener una presencia independiente de la llamada de su creador. Los guardianes, recordó, eran destruidos cada siete años para evitar situaciones como aquella. El lobo de Sarai tenía más de doscientos años. Se preguntó hasta dónde llegaba su autonomía.

—Dime, Asil —le ordenó la bruja. Caminaba del brazo de Asil, como si este fuese un caballero de otra época y ella una dama paseando por una sala de baile en lugar de por un bosque cubierto por dos metros de nieve—. ¿Qué sentiste cuando Sarai decidió protegerme en lugar de seguir siéndote fiel?

Sus palabras eran sinceras; realmente creía que Sarai había tomado una decisión. Por la vacilación en el ritmo regular de sus pasos, Bran supo que Asil también se había dado cuenta.

—¿Es eso lo que hizo? —preguntó.

—A mí me quería más que a ti —dijo la bruja—. Yo soy su mariposa, y se preocupa por mí.

Asil se quedó un rato en silencio y después dijo:

—Creo que hace mucho tiempo que no eres la mariposa de nadie.

La bruja se detuvo y pasó repentinamente al español.

—Mentiroso. *Mentiroso*. No sabes nada. Ella me quería. ¡A mí! Se quedaba conmigo cuando tú te marchabas de viaje. Solo me envió lejos por tu culpa.

—Te *quería* —aceptó Asil—. Hace tiempo. Ahora ya no existe. Ya no puede querer a nadie.

Mirando de soslayo las casi imperceptibles pisadas sobre la nieve a pocos centímetros de las de Asil, Bran no estuvo tan seguro de aquello.

—Siempre fuiste un estúpido —le dijo la bruja—. La obligaste a que me enviara a otro lugar. Ella prefería que me quedara en su casa, donde pertenecía.

—Eras una bruja, y no tenías control sobre tus poderes —dijo Asil—. Necesitabas adiestramiento.

—Tú no me enviaste a que me adiestraran —gritó ella con lágrimas en los ojos mientras liberaba su brazo y daba un paso atrás—. Me enviaste a la *cárcel*. Y lo sabías. Leí las cartas que le enviabas. Sabías qué tipo de adiestramiento ofrecía aquella bruja. Linnea no era una maestra, era una carcelera.

Asil miró a la bruja con el rostro completamente pálido.

—Solo teníamos dos opciones: enviarte con Linnea o matarte. Linnea tenía reputación de ser una buena rehabilitadora.

—¿Rehabilitación? ¡Yo no hice *nada* malo!

Golpeó el suelo con los pies como si aún fuese una niña pequeña y no una bruja con cien años más de los que aparentaba.

—¿Nada? —dijo Asil con frialdad—. Intentaste envenenar a Sarai, dos veces. La gente del pueblo perdía a sus animales de forma inexplicable. Y te hiciste pasar por Sarai para colarte en mi lecho. Creo que Sarai te lo hubiera perdonado todo menos eso.

La bruja dio un alarido: un grito de rabia incomprensible, casi inhumano. Y, lejos de allí, se produjo una explosión.

La bruja se quedó petrificada donde estaba y, poco después, inclinó la cabeza y se llevó las manos a las sienes. Bran sintió cómo se debilitaba su control. Aprovechó la ocasión para atacar, aunque no físicamente. Aún no tenía control sobre su cuerpo.

Recurrió a los vínculos, como ella había hecho, lanzando su ira a través de la conexión entre Asil, Sarai y más allá. Si hubiera dispuesto de cinco minutos, o incluso tres, habría conseguido librarse de ella. Modificó el vínculo que la unía a Sarai, pero no lo suficiente.

La bruja se recuperó demasiado pronto... pero a un alto coste. Lo apartó del vínculo y cubrió con un hechizo los enlaces para que no volviera a hacerlo. Cuando terminó, Bran seguía siendo su lobo, pero a ella le manaba sangre de la nariz.

—Me dijiste que era un lobo menor —escupió la bruja, y Bran pensó que, de no haber estado tan afectada, habría matado a Asil en aquel preciso instante—. Y yo te creí... como también te creí cuando me dijiste que me enviabas a otro lugar por mi bien. Tendría que haberlo sabido. Bran es muy listo. Cuando fallasteis, tú y el otro lobo, Bran enviaría lo mejor que tenía. Solo sabes mentir, aunque crees decir la verdad.

—No quieres creerme —dijo Asil—. Pero puedes saborear la verdad... el vínculo que te une a Sarai es muy fuerte. Eras un peligro tanto para ti como para los demás. Lo hicimos por tu propio bien. Era eso o tu muerte.

La bruja le apuntó con un dedo tembloroso.

—Cállate.

El rostro de Asil perdió la compostura e hizo una mueca. Cuando continuó, lo hizo con una voz jadeante preñada de dolor.

—Lo que has hecho es una abominación. La cosa en la que has convertido a Sarai no te quiere. Te sirve como lo haría un esclavo, sin la posibilidad de elegir, como yo. No puedes manipular a Bran. Te matará... y tú serás la única responsable.

—No moriré —le gritó la bruja—. No lo hice cuando Linnea intentó matarme. Ella no sabía lo poderosa que era ni las cosas que me había enseñado mi madre. La maté, a ella y a sus alumnos, y estudié los libros que tenía en su casa. Durante meses te escribí y firmé las cartas con su nombre mientras seguía estudiando. Pero sabía que moriría sin alguien que me protegiera. Mi madre también había muerto. De modo que convertí a Sarai en mi guardiana, y ella me entregó su larga vida para no separarse jamás de mí. No se puede hacer algo así contra la naturaleza de uno. No se puede. Si funcionó significa que tenía que quererme mucho.

Aquello no era cierto para el hechizo del guardián, pensó Bran, pero podía serlo para el vínculo que le permitió a la bruja de Asil compartir la inmortalidad de un hombre lobo. Tal vez por eso lo había utilizado su madre, en lugar de la mascota que usó en su Transformación y la de su hermano Samuel.

—¿La querías? —le preguntó Asil.

—¡Por supuesto que la quería!

Asil hizo una mueca y le dijo un susurro:

—Yo hubiera dado la vida por ella, y tú se la arrebataste. No tienes ni idea de lo que es el amor.

De repente, la bruja se calmó. Irguió con majestuosidad la barbilla y dijo:

—Viviré mucho más que tú. Vamos, tengo asuntos que resolver. —Observó a Bran desde arriba—. Y tú también, Colin Taggart. Hay cosas que requieren nuestra atención.

Bran envió una pregunta a Asil sin estar seguro de si la magia de la bruja lo permitiría: *¿Hasta qué punto es importante que no sepa quién soy?* Su madre se había asegurado de que la única con la que pudiera comunicarse telepáticamente fuese ella. Pero aquella bruja no pertenecía a la familia de su madre, de modo que debería funcionar.

La bruja alargó una mano como lo haría una emperatriz y Asil le ofreció su brazo.

—Bien, ¿cuánto crees que tardará Bran en venir en persona? ¿Y cuántos lobos traerá con él?

Asil observó a Bran, y en cuanto estuvo seguro de que la bruja no le miraba, señaló con los ojos al cielo respondiendo a la pregunta de este. Era muy importante que ella no supiera quién era.

—Pronto —le dijo Asil a la bruja—. Y no creo que traiga ningún lobo. En cuanto sea tuyo, también lo será su manada.

La última frase estaba dirigida a Bran. De acuerdo, por ahora había protegido a la manada lo mejor que había podido.

—Bien —dijo la bruja—. Ocupémonos de su hijo y de esa puta metomentodo. Tal vez le prepare un regalito a Bran, un regalo de bienvenida. ¿Qué crees que le gustará más? Una piel de lobo o una humana. La de lobo es suave y cálida, pero la piel humana es mucho más horripilante, y más útil. Llévame hasta Charles.

Algo se removió en su interior: el guerrero reclamaba su presencia. Lo dominó, y él hizo lo mismo. Sabía que Charles era un lobo viejo y astuto, un cazador experimentado. Si la bruja aún no lo había hecho suyo, si era el responsable de aquella explosión, entonces Charles sabía a lo que se enfrentaba. No le cogería por sorpresa.

Cuidado, hijo. La bruja te busca. Corre.

Charles había esperado que la bruja les siguiera, pero no percibió ningún rastro de ella mientras se dirigían al Humvee. El lugar donde las cosas dejaron de estar solo en sus manos.

—¿No es esa tu camioneta? —le preguntó Anna.

—Sí —dijo lúgubrementes.

Abrió la puerta y dejó que el olfato le dijera lo que ya sabía. Su padre la había traído hasta allí. La cabina estaba fría. Hacía horas que se había marchado.

Como le había indicado Tag, no tardó en encontrar cobertura.

La llamada al móvil de su padre reveló que el aparato estaba en los pantalones que había dejado perfectamente doblados en el asiento de la furgoneta. La llamada a la pareja de su padre solo sirvió para confirmar algo que ya sabía: su padre había salido en mitad de la noche y a Leah no le caía mucho mejor el primogénito de su padre por ello. Samuel fue más útil, aunque a Charles no le gustó nada lo que tenía que decirle.

Charles cortó la llamada tras unos minutos bastante insatisfactorios.

—¿Lo has oído?

—Tu padre sabe que podemos estar persiguiendo a la bruja que mató a la pareja de Asil. Sabe que Asil vino a buscarnos.

Anna le tocó el hombro.

En un intento por descubrir dónde estaba su padre, Charles reunió la magia que había heredado de su madre e intentó contactar con la manada.

—¿Charles?

Se sorprendió al descubrirse completamente petrificado. Sentía la cabeza como si alguien se la hubiese golpeado con un garrote, y tuvo que pestañear un par de veces para ver algo. Lo único que se le ocurrió parecía inconcebible: su padre estaba muerto.

—Charles, ¿qué ocurre?

Levantó una mano al tiempo que se concentraba en la oscuridad que siempre había sido su vínculo con su padre, y a través de él, con el resto de la manada. Lo que

encontró le permitió recuperar el aliento.

—Papá ha desconectado los vínculos con la manada. —Observó a Anna con una sonrisa tan lóbrega como lo que sentía en su interior—. No está muerto. No han desaparecido.

—¿Por qué haría algo así? ¿Qué pretende?

—No lo sé. —Miró a Anna—. Quiero que cojas a Walter y que os marchéis a Kennewick, Washington, donde está mi hermano.

Anna se cruzó de brazos y le miró con su habitual gesto pertinaz.

—No. Y no vuelvas a intentarlo. He notado el *empujón*. Puedes ser todo lo dominante que quieras, pero recuerda que conmigo no funciona. Si la bruja está usando los vínculos de la manada, Walter y yo somos tus ases en la manga. No voy a dejarte aquí, y no vuelvas a intentarlo.

Charles la miró con el ceño fruncido, una mirada que había intimidado a gente mucho mayor y poderosa que ella, y Anna le golpeó con el dedo en el esternón.

—No funcionará. Si me dejas aquí, te seguiré.

No estaba dispuesto a atarla, el único modo, concluyó, de impedir que le siguiera. Resignado a su suerte, Charles volvió a organizar otra caminata por el bosque. Viajarían con poco peso. Rellenó la mochila de Anna con más comida, un equipo para hacer fuego y el cazo para calentar agua. Encontró el par de raquetas que vivían en el asiento trasero de su furgoneta durante el invierno. Todo lo demás lo dejó en el vehículo.

—¿Crees que ya la habrá encontrado? —preguntó Anna mientras regresaban a las montañas tras el rastro de su padre.

—No lo sé —dijo él, aunque temía que sí.

A menos que Bran pudiera leer las mentes, el único modo por el que Bran podía saber que la bruja estaba usando la magia de la manada contra ellos era haberlo visto directamente.

Le hubiera gustado estar seguro que seguir a su padre era más inteligente que meterse en el coche y conducir hasta el sur de México. Una parte de él quería creer en el mito de la invulnerabilidad del Marrok, pero una parte más pequeña, la que no había podido hacer nada para evitar contestar obedientemente a las preguntas de la bruja, sabía demasiado bien que su padre era una persona real, por muy viejo y poderoso que fuera. No era invulnerable.

Charles respiró hondo. Estaba completamente agotado, aparte del dolor en el pecho y la pierna. Estaba mucho peor que aquella mañana. No era estúpido, sabía la razón. Su padre le había estado prestando fuerzas de la manada.

Pese a las raquetas de emergencia, le resultaba difícil avanzar. Si la bruja tenía a Bran, las posibilidades de sobrevivir se reducían considerablemente.

No se lo dijo a Anna. No porque pensara que se asustaría, sino porque al verbalizar sus miedos, temía hacerlos más reales. De todos modos, Anna ya lo sabía; lo veía en sus ojos.

Cuidado, hijo. La bruja te busca. Corre.

—Muy útil, papá —dijo en voz alta—. ¿Por qué no me dices dónde estás o hacia dónde te diriges?

—¿Charles?

—Mi padre puede hablar telepáticamente —le dijo él—. Pero, según él, no puede escuchar. Lo que significa que cuando te dice algo, no puedes rebatirle ni decirle lo que necesitas.

—¿Qué te ha dicho?

—La bruja le tiene, y viene a por nosotros. También tiene a Asil, por lo que puede encontrarnos. No me dio ninguna información útil, como, por ejemplo, dónde están ahora o algo así.

—Te ha dicho que te marches.

—Me ha dicho que huya —gruñó Charles. Con los vínculos de la manada en aquel estado, las órdenes de su padre eran más bien sugerencias—. No voy a abandonarlo a la bruja.

—Por supuesto que no —dijo Anna—. Pero vamos en la dirección equivocada.

—¿Qué quieres decir?

—Irán a la cabaña que volamos por los aires. Charles se detuvo para observarla.

—¿Por qué crees eso?

—Si le pide a Asil que nos encuentre, él la llevará a la cabaña... para darnos la posibilidad de escapar. —Anna le miró con una sonrisa cansada—. Asil tiene mucha práctica con las órdenes de cobertura; yo también he oído las historias.

Encajaba con el modo de proceder del viejo bastardo. Si no hubiera estado tan agotado, a él también se le habría ocurrido. Su padre tenía razón: deberían echar a correr. Todos sus instintos le decían lo mismo. Pero mientras existiera una posibilidad de salvar a Bran, Charles no podía abandonarlo a su destino. Su padre solía decir que escuchar tus instintos no es lo mismo que obedecerlos ciegamente.

Anna comprendió el impulso que había llevado a Charles a intentar enviarlos, a ella y a Walter, con su hermano para alejarlos del peligro. Ella sentía lo mismo.

El ritmo de Charles era cada vez más lento. En parte por un terreno que tenía unos cinco centímetros de nieve en un punto y poco después te cubría hasta la cadera, y que, pese a las raquetas, resultaba agotador. Aunque sobre todo, sospechaba Anna, era por culpa de las heridas.

Walter, aún en forma de lobo, se había colocado junto a Charles y le marcaba el paso sin molestarlo, ofreciéndole el hombro.

Cuando Anna vio que Charles empezaba a temblar, se detuvo.

—Transfórmate.

Sabía que no serviría de mucho, pero el lobo repartiría el peso en cuatro patas en lugar de dos. El lobo generaría más calor que el humano, y su pelaje lo retendría.

Sabía por experiencia que el lobo funcionaba mejor que el humano cuando se estaba herido.

El hecho de que no discutiera y empezara a quitarse la ropa era un indicativo del cansancio al que estaba sometido Charles, guardando cuidadosamente bajo un arbusto las raquetas, los vendajes, las botas y la ropa.

Al quedarse desnudo, Anna pudo comprobar el estado de todas sus heridas. Parecía una horrible y abierta profanación de la suave perfección del músculo y el hueso.

Charles se puso en cuclillas para evitar caer desde tan alto si perdía el equilibrio al transformarse. La nueva perspectiva del agujero de bala en la espalda le permitió comprobar a Anna que estaba en mejor estado que el día anterior. A pesar de todo, se estaba curando.

La transformación no le llevó más tiempo del habitual. Sobre las costillas del lobo, el agujero de bala tenía un aspecto extraño: las heridas de entrada y de salida ya no estaban alineadas; la de salida, mucho mayor, se situaba ahora por encima de la de entrada.

—Debemos descansar y comer antes de llegar a la cabaña —le dijo Anna—. No le serviremos de nada a tu padre si estamos agotados.

Charles no respondió, se limitó a bajar la cabeza y seguir a Walter.

El atajo de Walter los obligó a circular por un terreno muy agreste, por lo que Anna se pasó el rato maldiciendo sus raquetas y la vegetación que se le enganchaba en la ropa y en el pelo. Cuando avanzaban por una pendiente escabrosa, los dos lobos se detuvieron en seco y se tumbaron en el suelo.

Anna les imitó mientras intentaba descubrir qué les había alarmado.

Capítulo 13

Como la bruja no le había dicho cómo encontrar a Charles, Asil los condujo a la cabaña. Le había explicado cuidadosamente a Mariposa que había percibido la presencia de Charles en aquel lugar y que este podría haber decidido esperarlos donde creía que regresarían.

Entraba dentro de lo posible que Charles hubiera hecho algo así, de modo que no le estaba mintiendo. Bran había desconectado los vínculos de la manada, por lo que Asil no podía comprobarlo, pero estaba bastante seguro de que Charles no se acercaría a la cabaña. El chico era prudente, y estaba con su nueva y frágil pareja. Sé habría marchado de allí a toda prisa para contactar con Bran antes de que el fuego provocado por la explosión se hubiera extinguido. La bruja y el lobo de Sarai eran una cosa, pero el chico sabía que no tenía ninguna opción frente a Asil.

Charles ya debía de estar cerca de los coches. Aunque Asil no conocía muy bien aquellas montañas, tenía un buen sentido del espacio. Tendría que rastrearle una vez llegaran a la cabaña —o a lo que quedaba de ella— pero si Charles tenía el buen juicio de huir de allí con el vehículo, la búsqueda de la bruja sería infructuosa.

Aunque, por supuesto, si descubría que su padre también estaba allí, el maldito loco probablemente regresaría a la boca del lobo: Charles era ese tipo de idiota heroico.

Aun así, tardarían bastante en llegar a la cabaña, de modo que Asil había conseguido darle la iniciativa. No sabía qué más hacer para ayudarlo.

Además, no quería perderse la cara de Mariposa cuando viera los restos de la explosión. Volar por los aires la cabaña había sido una decisión inteligente, mucho más de lo que creía capaz a Charles. Tal vez no había sido del todo justo con el matón de Bran.

Confiaba en que Charles hubiese matado al pobre coyote atrapado entre la vida y la muerte mediante la voluntad y la magia de Mariposa. No quería volver a pasar otra noche escuchando los irregulares jadeos de la pobre criatura torturada y atrapada bajo el suelo. Había tardado toda la noche en averiguar qué era. Durante mucho rato llegó a creer que era el cazador desaparecido que todo el mundo andaba buscando.

Tampoco deseaba volver a ver cómo alguien despedazada a un animal vivo. Ni a su amada Sarai poseída por un extraño que observaba a la bruja como si esta fuera una diosa y accediendo a todos sus deseos. Su Sarai nunca le hubiera ofrecido a Mariposa un animal para que esta lo torturara. Nunca le hubiera ofrecido a Asil. Y, además, lo había hecho sin recibir ninguna orden. Mariposa no le esperaba.

Los guardianes debían ser obedientes, incapaces de pensar por sí mismos. Asil creía que el lobo de Mariposa era algo más que un simple guardián. La misma

esperanza estúpida que los había conducido a aquella situación.

Si Anna no hubiese sido una Omega, pensó, su ira le habría impedido caer en las garras de la atracción que sentía por la forma de Sarai. Ahora sentía aquella rabia, un impotente pesar provocado por el hecho de que la bruja le arrebatara el lobo de su Sarai y lo convirtiera en... aquella cosa.

Si se hubiera quedado con Charles, podrían haber trazado un plan contra la bruja; tal vez hubiesen tenido una oportunidad. Pero la presencia de Anna había amortiguado su dolor, dejando tan solo el convencimiento de que, independientemente de lo que la bruja le hizo a Sarai, no había interrumpido el vínculo que le unía a ella. Cuando el lobo que se parecía a su Sarai se había marchado, no tuvo otra opción que seguir sus pasos.

No, era demasiado viejo para culpar a los demás de sus errores. No había sido culpa de Anua, sino suya. Era demasiado mayor para creer en finales felices. Lo mejor que podía hacer por Sarai era asegurarse de que esta vez su lobo moría delictivamente.

Cuando aquella mañana Mariposa había leído el futuro en el agua y descubrió que se acercaba otro lobo, Asil supo al instante de quién se trataba. Y también fue consciente del desastre que se desencadenaría si la bruja le ponía las manos encima a Bran. De modo que cuando le preguntó qué lobo enviaría Bran en busca de Charles, le mintió. Y mintió con la verdad. Si Bran no hubiera venido, la única opción que quedaba era Tag.

Asil se obligó a no mirar a Bran, quien caminaba a su lado con la ferocidad de un labrador: Bran era un cabrón embaucador; cordial y apacible hasta que te rebanaba el pescuezo. También tenía sus puntos buenos.

Asil estaba convencido de que, pese a lo debilitadas que le había dejado las defensas, el viejo lobo era capaz de salirse con la suya. ¿Tal vez si hubiese podido ponerlo en antecedentes? ¿Si le hubiese contado todo lo que sabía en cuanto llegó a Aspen Creek?

Demasiado tarde, demasiado tarde.

Asil no tenía problemas de modestia. Conocía perfectamente sus puntos fuertes, que eran muchos... y, pese a todo, no había podido hacer nada contra ella. Desconocía por qué se había convencido a sí mismo de que Bran podría resistir su influjo cuando él no había sido capaz.

Por lo menos la bruja no sabía que era Bran. Aún.

Habría preferido que fuera Samuel quien viniera a los bosques en lugar de Charles. Charles era un matón, un asesino. No hablaba mucho, simplemente se quedaba detrás de su padre infundiéndole el terror que Bran debería provocar de no estar tan preocupado por aparentar ser un chico indefenso.

Asil había visto a Bran en acción una o dos veces y debía reconocer que resultaba impresionante. Charles era fuerte y rápido pero lo que ahora necesitaban era sutileza, no fuerza física. Samuel era viejo y astuto. Culto. Charles era un asesino que estaría

medio distraído por su nueva pareja, una hembra indefensa y frágil. No como Sarai, quien había sido una guerrera por méritos propios.

Algo le rozó la cadera.

Miró hacia abajo pero no vio nada, ni tampoco cuando volvió a rozarle. Discretamente, evitando atraer la atención de la bruja, alargó la mano y esta se sumergió en una espalda peluda; ninguno de sus otros sentidos lo había detectado. Pese a todo, supo lo que estaba tocando. Una vana esperanza creció en su corazón cuando sus dedos se cerraron sobre un pelaje sedoso que tiempo atrás le había resultado tan familiar.

¿La bruja puede cambiar de forma?

De nuevo Bran, obligándole a volver a la realidad. Por desgracia, Mariposa percibió su indecisión.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Muchas cosas —le dijo Asil.

Ella tenía razón, disfrutaba confundiéndola con la verdad tanto como podía. Aún no había desarrollado la habilidad de todo buen Alfa para hacer las preguntas adecuadas. Bran era mucho más difícil de engañar.

—Mi Sarai está muerta, y yo no. —Degustó el aire con cautela y se relajó a medida que el bosque le ofrecía una respuesta mejor—. Y algo se oculta entre los árboles... un formidable depredador que no es un oso. He oído que por esta zona hay lobos salvajes.

Mariposa hizo caso omiso del depredador y dejó de prestar atención a Asil. Este se preguntó si sería consciente de estar tarareando la canción favorita de Sarai. ¿Lo hacía para atormentarle con el recuerdo de su pérdida o porque le ofrecía consuelo?

Bran esperó a que Mariposa volviera a centrarse en sus propios pensamientos para continuar hablando con Asil.

La bruja dispone de la inmortalidad, la fuerza y la velocidad de un hombre lobo. ¿También puede cambiar de forma? ¿Es realmente una mujer lobo? ¿Enmascara de algún modo su olor para oler a humana y a bruja pero no a lobo? ¿O simplemente lo obtiene de su creación?

Asil se encogió de hombros. Nunca la había visto transformarse. Sus ojos viajaron hasta su mano, enterrada en el pelaje invisible. Tal vez existía un modo de saber mis cosas sobre Mariposa.

Durante casi dos siglos, en cuanto se dio cuenta de que el vínculo de apareamiento le permitía a Mariposa acceder a él, Asil había bloqueado la conexión lo mejor que pudo. Sin embargo, sus peores pesadillas habían terminado materializándose, por tanto, ¿qué sentido tenía ya seguir haciéndolo?

Se deshizo de las barreras y solo un control de acero le permitió seguir caminando como si no hubiera sucedido nada a medida que el amor de Sarai le inundaba como una oleada. Durante un buen rato lo único que pudo hacer fue dar un paso después de otro.

Algunas parejas podían comunicarse telepáticamente, pero con Sarai siempre habían primado las emociones. Con el tiempo, y la práctica, lograron desarrollar algo no muy distinto a la comunicación mental.

Sarai no podía ocultar su felicidad por el hecho de por fin le permitiera beber de sus energías, recrearse a partir de él en lugar de Mariposa. Asil se abrió completamente a ella para que hiciera lo que deseara. Si la bruja hubiera estado tras ella, habría sido el final, pero Asil estaba convencido de que era su Sarai. Bebió de él a pequeños sorbos mientras le contaba todo lo que había ocurrido.

Sarai estaba muerta y jamás la recuperaría. Lo sabía porque era algo que aquella sombra medio viviente que tiempo atrás fue su pareja también lo sabía. Si lograba matar a Mariposa, la sombra desaparecería para siempre; si no lo conseguía, continuaría atrapada en aquel infierno, entre la vida y la muerte. Pese a ser consciente de todo aquello, no logró inquietarse por el dolor futuro cuando una parte de él seguía asimilando la alegría al descubrir que aún le quedaba algo de ella.

¿Qué?

Sentía la frustración de Bran y se preguntó si podría percibir algo de lo que Sarai y él estaban haciendo. ¿Era necesario que Bran lo supiera? Sarai pensaba que sí, por lo que intentó contárselo.

—Ahora sé que tu Guardián no es ella, aunque se parece mucho a Sarai. A veces me pregunto cómo sería volver a hablar con ella. Solo una vez más —dijo Asil, y obtuvo lo que buscaba cuando las uñas de Mariposa se clavaron en la manga de su chaqueta blanca.

—Ella está aquí. Es Sarai. Pero es *mía* —dijo Mariposa—. No puedes hablar con ella. No te quiere.

Pero Bran lo había entendido; lo percibió en la mirada pensativa que le devolvió su Alfa. Podría haberlo dejado ahí. Pero Mariposa había reclamado su autoridad sobre alguien que le pertenecía a él.

—Aún me ama —le contestó Asil, consciente de que con aquello solo conseguiría más hostilidad por parte de Mariposa—. Al menos una parte de ella. Lo vi en sus ojos cuando vino a buscarme. —Y ahora se daba cuenta de que lo que vio había sido *real*. Hizo un gran esfuerzo por guardarse para sí mismo aquel pensamiento—. Vino a buscarme sin que tú se lo pidieras.

—Ella me pertenece. —La bruja parecía nerviosa—. Igual que tú. —Se detuvo mientras reflexionaba sobre sus palabras. Encontró algo que la satisfizo y se dio la vuelta para mirarlo con una sonrisa seductora—. Tú también me quieres.

Asil sintió cómo le alcanzaba a través del vínculo que compartía con el lobo de Sarai, y también el pánico de esta porque la bruja no descubriera lo que estaban haciendo. Sarai estaba aterrorizada, y él no pudo soportarlo.

Decidió distraer a Mariposa, y le resultó más sencillo de lo que había supuesto en un principio.

Se inclinó hacia delante y tomó su boca en un ataque carnal. Tras un instante de vacilación, Mariposa le correspondió. Durante todos aquellos años había sido consciente de la auténtica naturaleza de su obsesión por Sarai. Asil había intentado contárselo cuando se dio cuenta por primera vez, pero Sarai siempre se quedaba con el lado bueno de las personas. Le había dicho que era demasiado desconfiado, y vanidoso, lo que era cierto, y que eso le nublaban el juicio, lo que no era cierto.

Sarai no le creyó cuando le dijo que Mariposa estaba obsesionada con él, hasta la noche en que la envenenó por segunda vez. La chica se hizo pasar por su pareja. Fue inútil, por supuesto. Puede que su aspecto físico fuera el mismo, pero el olor era inequívoco. Si Sarai hubiese sido solo humana, habría muerto envenenada; en lugar de eso, se pasó tres días enferma. La intención de Mariposa era matarla.

Solo entonces Sarai accedió a reconocer que a la chica le ocurría algo raro que ella no podía arreglar. Solo entonces accedió a enviar a Mariposa a otro lugar.

Asil besó a Mariposa hasta dejarla sin aliento, jadeante, hasta que la fragancia de su excitación se extendió en cálidas oleadas. Entonces la soltó, se limpió la boca con el dorso de la mano y le dijo la verdad:

—No te quiero. Nunca te he querido.

Ella lo percibió en su voz, lo sintió en su cuerpo impasible. Durante unos instantes su rostro mostró la palidez producida por la conmoción, y él estuvo a punto de sentir lástima por ella. A punto. Pero entonces pensó en Sarai, en el pobre coyote bajo el suelo de la cabaña, en el mapache que había desmembrado y aprisionado mientras aún vivía, no porque lo necesitara con vida para su hechizo sino por el placer que le proporcionaba.

La conmoción inicial no tardó en evaporarse. Mariposa le miró con una sonrisa cínica, la sonrisa de una puta.

—Tal vez no, pero me deseabas. Lo vi en tus ojos. Lo veo ahora. Soy joven, hermosa, y ella era vieja y gorda como una vaca. Me deseabas, y ella lo sabía. Se deshizo de mí porque estaba celosa.

Asil enarcó una ceja.

—Estás mezclando las historias. Creía que era yo quien estaba celoso del gran amor que te profesaba Sarai. Creía que era yo quien me deshice de ti porque Sarai te amaba. ¿No es eso lo que dijiste?

—¡Cabrón! —Mariposa golpeó el suelo con los pies—. *Hijo de puta.*

Resultaba difícil creer que fuera una bruja de doscientos años en lugar de la chica que aparentaba ser. Como Peter Pan, había dejado de crecer.

—Ella me *quería*. Me escogió a mí. Por eso está conmigo y no contigo. Pero —y le señaló con un dedo— *tú* me querías. Por eso me apartó de su lado. Tú me querías y eso le ponía de los nervios. Era joven e inocente, una niña a tu cuidado, y me deseabas.

—¿Por qué iba a desearte? —le preguntó Asil con frialdad—. Tenía a Sarai, quien era más mujer de lo que tú podrás llegar a ser jamás. Amaba a Sarai, por ella viví y

por ella morí. Nunca fuiste más que un perro abandonado al que Sarai quiso proteger.

Asil permitió que la verdad resonara en los oídos de la bruja, y cuando esta alzó las manos cargadas con su magia, no hizo ademán alguno por defenderse. Sabía que no le mataría, al menos no antes de convencerle de que ella tenía razón. O cuando consiguiera provocarla lo suficiente.

El honor le obligaba a enfrentarse a ella hasta el último aliento, para intentar detener la amenaza que por su culpa había caído sobre el Marrok. Asil podía soportar cualquier cosa menos la muerte. Y mientras la bruja estaba concentrada en él, no reparaba en lo que él y Sarai tenían entre manos. Y, lo que es más importante, no prestaba atención a Bran.

No obstante, el lobo de Sarai no era tan calculador. En los instantes previos a que el poder de la bruja le alcanzara, bombardeó a Asil con imágenes de cosas que había presenciado hacer a la bruja. Cosas que le obligaron a reconsiderar su valoración anterior: la muerte no era la peor de las opciones.

Si hubiera necesitado alguna otra prueba de que aquella no era más que la sombra de su pareja, con aquello se habría convencido. Sarai hubiera sabido que era inútil asustarle con lo que se avecinaba. Como mínimo sirvió para recordarle que si no cortaba su vínculo con ella, también sentiría su dolor. Y pese a ser solo una sombra, no quería verla sufrir. Levantó las barreras para bloquear a Sarai justo antes de que la bruja le golpeará con más furia que delicadeza.

Gritó porque no se sentía acompañado, porque le dolió más de lo que creía posible y porque su lobo decidió que no iba a permitir que se acobardara y aceptara su castigo.

Transformarse en aquel momento era tan urgente como estúpido. El dolor se cuadruplicó, haciendo chisporrotear las terminaciones nerviosas que ni siquiera sabía que tenía. El tiempo adquirió una nueva forma: los segundos se transformaron en horas hasta que solo existió en un limbo de agonía. Entonces se detuvo. Todo su cuerpo se quedó insensible mientras se enfrentaba a la última fase de la transformación. Fue solo un instante, un espacio de libertad que le proporcionó Sarai liberándolo de todo dolor y que lo dejó en forma de lobo a medio metro de Mariposa y con el control total de su cuerpo.

Por primera vez, Mariposa parecía asustada, y Asil degustó aquel miedo como si fuera carne fresca y jugosa. Tras recrearse en su sabor, se lanzó sobre la bruja. Sin embargo, aquello le dio el tiempo necesario a la bruja para gritar el nombre de su pareja.

—¡Sarai!

Y sus mandíbulas abiertas encontraron pelo en lugar de carne, la sangre de Sarai en lugar de la de Mariposa. A medida que sus colmillos se clavaban con más fuerza, el dolor producido por la magia de Mariposa volvió a desgarrarle por dentro y solo se detuvo cuando Bran decidió que había llegado el momento de intervenir.

—No está tan malo —le dijo Anna a Charles—. Si tuviera, pongamos, cinco años y me siguieran gustando las cosas dulces y pringosas, podría llegar a disfrutarlo.

Anna hablaba apenas en un susurro mientras mascaba helado deshidratado. Charles comprendió que había acabado convenciéndose de la importancia de ingerir calorías. El único problema es que también les obligaba a comer a Walter y a él. Aunque Walter parecía estar disfrutando.

Charles emitió un gruñido mientras observaba el valle desde su posición elevada y las pequeñas figuras que atravesaban la pradera. El viento traía de vez en cuando alguna palabra, pero soplaba en la dirección contraria, por lo que no podía alertar a los otros de que estaban siendo observados.

—Me pregunto por qué estará haciéndolo —dijo Anna cuando Asil empezó a transformarse.

Charles tenía la sensación de que no era deliberado; tal vez algún tipo de castigo estrambótico. Si era así, a la bruja le había salido el tiro por la culata. Asil se puso en pie con dificultades y, un instante después, sus movimientos se hicieron repentinamente gráciles y precisos al abalanzarse: sobre la bruja.

Charles, Anna y Walter se pusieron en pie. Estaban demasiado lejos para intervenir, pero...

La cosa que se parecía al lobo de la pareja de Asil apareció de la nada para interceptar su ataque. Y fue entonces cuando su padre decidió actuar. Casi sorprende a la bruja, la cual estaba distraída con el combate entre los dos lobos.

Casi.

Y Charles se encontraba demasiado lejos para poder evitar lo que ocurrió a continuación.

Asil sintió su frustración, pero Sarai no podía ignorar la primera directriz de su creación: proteger a Mariposa. Todavía no. No le había dado suficiente de sí mismo. De modo que se enfrentaron porque Sarai no se detendría hasta que él muriera o hasta que la bruja se lo ordenara.

En circunstancias normales, el combate habría sido corto. Pese a ser una guerrera, Asil le había enseñado todo lo que sabía, e incluso en forma de lobo le superaba en más de veinte kilos de músculo. Asil era más rápido y fuerte, pero ella luchaba para matarlo. Él luchaba para proteger su vida sin hacerle daño a ella.

Si le mataba, se arrepentiría de ello durante toda la eternidad, y Asil no podía permitirlo. Sintió cómo descendían las ataduras de la bruja y vio la duda en Sarai cuando esta también las percibió.

Y aquel instante de libertad se evaporó.

—Asil, siéntate —dijo Mariposa con voz ronca, y el azote de su poder se asentó sobre él, obligándole a obedecerle, sujetándole e inmovilizándole con fuerzas renovadas.

—Sarai, detente.

No se había dado cuenta de que Sarai no había hecho ademán de continuar la pelea. Porque no estaba mirando a Sarai; seguía con la vista clavada en Bran.

Asil siguió su mirada.

Al principio creyó que Bran estaba muerto. Pero Mariposa avanzó tambaleándose hasta la inmóvil figura y le propinó una patada.

—Arriba. Levanta.

Bran se puso en pie con rigidez. El cuerpo seguía siendo el de Bran, un lobo gris con una ridícula mancha blanca en el extremo de la cola, pero cuando levantó la cabeza para mirar a la bruja, no había vida tras sus ojos.

Asil había conocido a zombis con más personalidad. Y si no hubiese sido un lobo, habría recurrido al gesto que le enseñara su madre para alejar a los malos espíritus. Aunque hubiera sido inútil. No habría funcionado a menos que lo hiciera una auténtica bruja, y si Mariposa no lo sabía, no iba a ser él quien le informara.

Incluso el Guardián, una sombra de lo que una vez fue su pareja, tenía más vida en su interior de la que animaba al Marrok.

Satisfecha de que Bran volviera a obedecerle, la bruja dirigió su atención a Asil.

—Hussan, vuelve a transformarte en humano.

Por Alá, otra vez aquel dolor. Demasiadas transformaciones en tan pocas horas, pero sus órdenes eran implacables. Se puso en pie como pudo y notó el beso cortante de los cristales de hielo sobre la nieve. El frío no solía afectarle; menos incluso que a la mayoría de hombres lobo. Pero en aquel momento lo sintió.

—Vístete —le ordenó.

Aunque la ropa estaba rasgada y manchada de sangre, era mejor que enfrentarse desnudo a aquel viento gélido. Le temblaban las manos, lo que le dificultó atarse las botas. Solo encontró un calcetín, y estaba tan empapado que decidió no ponérselo: las llagas serían el menor de sus problemas.

Asil estaba asustado, aterrorizado. Ninguna de las brujas que había conocido, y durante su larga vida había conocido a muchas, había sido capaz de hacerle algo semejante a un lobo con poco más que la magia a su disposición. A un humano sí; a un humano muerto. Se dio cuenta de que había cometido un error. La había estado viendo como la niña que había sido, quien, por muy poderosa que fuera, no podía compararse con la bruja que había dispuesto de doscientos años para adquirir poder y conocimientos.

Con precaución, sondeó los enlaces de la manada hacia su Alfa y... no sintió nada. ¿Le había hecho a Bran lo mismo que le hizo a Sarai? Dos siglos son mucho tiempo para estudiar y aprender. Tal vez había descubierto el modo de crear otro guardián, un modo de hacerlo en unos cuantos minutos en lugar de cuatro días de torturas.

Entonces comprendió que era Bran quien había bloqueado el enlace, que los vínculos de la manada seguían intactos. Aquello le dio esperanzas: volvió a mirar al

Marrok, pero continuó viendo simplemente una tenue inteligencia que tenía muy poco que ver con el hombre que había sido... que *era*.

Para asegurarse, Asil volvió a comprobar los vínculos de la manada, pero *alguien* los mantenía sellados. Y la única persona que podía hacer algo semejante era el propio Bran.

Aunque no estaban perfectamente sellados.

Algo fluyó de Bran y le tocó con unos dedos fríos y negros, extendiéndose lentamente por su alma. Sarai gimió levemente al darse cuenta de lo que era antes que él; ella siempre había sido mejor con aquel tipo de cosas. Siempre había creído que la ira era algo caliente y afilado. Aquello era peor.

Berserker.

Estaba en el norte de África cuando ocurrió, hacía más de un siglo. Pero incluso hasta allí llegaron las historias. *Dadores de Muerte*. Pueblos enteros masacrados, desde ancianas hasta niños. Se compusieron historias y canciones, la mayoría de ellas perdidas hacía tiempo.

Una bruja había forzado la Transformación de su hijo y su nieto, por el mero hecho de jugar con ellos. Durante años los retuvo como mascotas que le proporcionaban todos sus deseos. Aquello la convirtió en la bruja más peligrosa de las islas británicas. Hasta que un día el hijo se liberó.

Mató a su madre y se la comió. Luego mató a todo ser vivo a varios kilómetros a la redonda. Encontró una casa en lo más recóndito de los bosques galeses y, durante años, nada creció a un día de distancia de su guarida.

Los grandes cazadores de su generación, humanos, hombres lobo y otros, pretendieron obtener honor o demostrar su coraje enfrentándose a él. Todos murieron. Algunos fueron a su encuentro para vengar a sus seres queridos. Todos murieron. También murieron los perturbados que no comprendían las advertencias y los desventurados que se aproximaban demasiado al monstruo.

Hasta que un día, o eso había oído, Bran salió del bosque con su hijo a su lado. Ya no era un *berserker*, sino simplemente un arpista, un contador de cuentos, y un lobo solitario.

Con el tiempo, incluso las historias más horripilantes se convierten en leyenda y, más adelante, desaparecen. Asil estaba prácticamente seguro de ser el único, con la excepción de Samuel, por supuesto, que sabía lo suficiente para entender lo que había hecho la bruja.

Mariposa creía tener al Marrok bajo su control. Pero Mariposa siempre había interpretado la realidad según sus deseos.

—... *him of eagum stod ligge gelicost leoht unfaeger* —citó Asil en voz baja.

—¿Qué has dicho? —Mariposa estaba pálida y visiblemente agotada, pero su control seguía siendo poderoso e inexpugnable.

—*Beowulf* —le dijo Asil—. Creo que vendría a ser algo así como... «sus ojos desprendían una luz llameante y maléfica». No puedo traducirlo en verso, no soy un

poeta.

Mariposa observó con recelo a Bran, pero solo vio unos ojos apagados que parecían más marrones que ambarinos. Asil sabía porque no apartaba la mirada de él.

Sus ojos desprendían una luz llameante y maléfica. El tiempo de Bran como Berserker le debía bastante a Grendel, como también otras historias transmitidas a lo largo de los siglos. Pero la falta de inteligencia en los ojos del Alfa y la fría y negra ira que fluía lentamente de Bran y se extendía a todos los hombres lobo conectados a él resultaba mucho más aterradora que Grendel o la madre de Grendel, los dos monstruos del poema épico. Asil confiaba en que solo estuviera propagándola a su manada aunque temía que pudiera extenderse más allá de esta.

La muerte se extendería por el mundo como no lo había hecho desde la Peste Negra, cuando una tercera parte de Europa había sucumbido ante ella. No volvería a haber un instante de paz en este mundo para los hombres lobo.

—Tienes miedo —le dijo Mariposa—. Es comprensible. Por ahora te permito que seas tú mismo, pero si continúas molestándome, te convertiré en mi mascota, como he hecho con él. Las mascotas no son tan útiles como Sarai, ya que solo responden a órdenes directas. Tenía planeado convertirte en un guardián, como Sarai. Será mejor que no me hagas cambiar de idea.

Mariposa creía que tenía miedo de ella. Y lo había tenido, hasta que el monstruo que había creado la superó. No tenía ni idea.

Mariposa avanzó un par de pasos hacia Asil y lo abofeteó con fuerza. Asil no hizo ademán de defenderse. Su escasa altura le dificultó el golpe, pero lo hizo con todas sus fuerzas, las fuerzas de Sarai. Asil se lamió la sangre del labio de forma refleja.

—Eso es por mentirme sobre quién era realmente el hombre lobo. Es el Marrok, no un estúpido lobo menor. Lo sabías, lo *sabías*, y me has hecho creer que era otra persona. Podría haberme hecho daño. Y se supone que debes defenderme, ¿lo recuerdas? Te dieron mi tutela para que me mantuvieras a salvo.

Con el tiempo, los lobos pierden contacto con la realidad. La primera crisis se produce cuando muere toda la gente que conocen y no queda nadie que recuerde cuando eran humanos. La segunda varía según el lobo, cuando los cambios en el mundo les dejan sin un lugar donde sentirse seguros.

Y Mariposa nunca había sido precisamente estable, ni siquiera antes de matar a Sarai. Sin embargo, si creía que deseaba protegerla... significaba que había perdido la cabeza definitivamente.

—Aunque tu traición no tiene importancia —le dijo con un movimiento infantil de la cabeza—. Sé cómo protegerme a mí misma. Ese lobo me pertenece. —Contempló a Bran—. Transfórmate. Quiero verte la cara. Nunca he podido encontrar una foto tuya, Bran Cornick.

Asil se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento mientras su Alfa obedecía las órdenes de la bruja. ¿El dolor de la transformación liberaría al monstruo de sus cadenas?

Asil, la sombra que había sido su pareja y la bruja contemplaron la transformación en el frío invernal. Sus alientos se elevaban como una cortina de vapor, recordándole a Asil, por alguna extraña razón, el día en que Bran llevó a la manada del Marrok, a todos los lobos que le pertenecían, en un autobús alquilado al gran hotel del Parque de Yellowstone en lo más crudo del invierno. Había alquilado todas las habitaciones para que la manada pudiera correr y aullar toda la noche por la llanura del géiser sin nadie que les viera salvo unos cuantos búfalos y alces.

—No puedes ocultarte eternamente en tu invernadero —le había dicho cuando Asil le pidió amablemente que le dejara quedarse en Aspen Creek—. Algún día deberás crear nuevos recuerdos.

Asil cerró los ojos y rezó por primera vez desde el día que perdió a Sarai. Tiempo atrás había sido un hombre muy devoto. Rezó a Alá para que Bran no se convirtiera en un monstruo y destruyera su creación: el hogar, el refugio que había construido para sus lobos.

Cuando Asil volvió a abrir los ojos, Bran estaba completamente desnudo sobre la nieve. Aunque estaban a pocos grados sobre cero, no temblaba. Tenía la piel blanca y demacrada, y a través de ella se veían las venas azules que llevaban la sangre a su corazón. Tenía unas cuantas cicatrices, una que le cruzaba las costillas y otra bajo el brazo derecho.

—Un cuerpo muy bonito —dijo Mariposa—. Pero todos los lobos lo tenéis. Demasiado delicado para mi gusto. —Se mordió los labios y agitó la cabeza—. Esperaba algo... un poco más impresionante. Un Marrok debería ser... —Giró la cabeza pura mirar a Asil—. Como Hussan. Un hombre que atrae las miradas de la gente. Un hombre que hace que la gente camine con cautela cuando está cerca. No alguien que necesita que su hijo impresione a los visitantes y ejecute sus órdenes. Sí, he hecho los deberes. Cuando me enteré, supe que eras demasiado débil para controlar a todas las manadas.

Mariposa intentaba provocar a Bran, pensó Asil incrédulo. Comprobaba su control sobre él para asegurarse de que su esclavo había perdido toda independencia. Respirar profundamente no servirá de mucho, pensó Asil exasperado. ¿La bruja no veía al monstruo interior bajo aquella aparente inmovilidad?

Lo único que le tranquilizaba era saber que probablemente la valoración de la bruja provocara en Bran más diversión que ira. Aunque, por supuesto, Bran ya no era el mismo de antes.

—¿Puedes transformarte otra vez? —le preguntó a Bran cuando este no respondió a su comentario—. No tengo zapatos para ti, y prefiero no tener que cortarte los pies cuando se te congelen.

—Sí. —Bran arrastró la palabra, deshaciéndose de ella como si estuviera borracho.

Mariposa esperó a que empezara a hacerlo, pero finalmente emitió un sonido de impaciencia y le dijo:

—Hazlo.

Antes de que completara la transformación, la bruja llamó a Sarai y se subió a su lomo como si su guardiana fuera una mula. Asil se tragó la ira; una ira que no guardaba relación con el insignificante ataque a la dignidad de una Sarai que ya no era su Sarai. Miró nerviosamente a Bran e intentó calmarse con todas sus fuerzas.

—Cuando termine, seguidnos.

Sarai se frotó contra él, dejando una estela de afecto e inquietud. En cuanto se perdieron de vista, Asil sintió aumentar en su interior aquella ira insidiosa, como si la presencia de Sarai le hubiera ayudado a permanecer en calma, como si aún fuese la Omega que había sido... ¿y por qué no?

Clavó una rodilla en la nieve e inclinó la cabeza con la vaga esperanza de que cuando el otro hombre lobo se levantara, continuara disponiendo de un vínculo, ya fuera con la bruja o con su propia voluntad.

Aunque no se atrevió a ejecutar el movimiento, completo, pues hacía mucho tiempo que había dejado de ser un buen musulmán, no pudo resistir el impulso de rezar:

—*Allaahu Akbar...*

La bruja extendió las manos. Aunque Charles estaba muy lejos, pudo percibir el hedor de su magia; una magia corrupta y podrida, pero poderosa. Muy poderosa.

Charles vio caer a su padre, y después vio cómo desaparecía.

Todo ocurrió de una forma tan repentina que se quedó petrificado, sin aliento. La tranquilizadora presencia que le había acompañado durante tanto tiempo dejó un silencio vacío, difícil de asumir. Sus pulmones se negaban a seguir insuflando aire, pero, repentinamente, cuando logró aspirar una bocanada, el Hermano Lobo le apremió a aullar a los cielos.

Charles se esforzó por controlarlo, aunque sentía una extraña inclinación salvaje completamente nueva, mucho más oscura y profunda que sus habituales impulsos violentos. Y comprendía el motivo, o al menos creía comprenderlo.

Bran no había desaparecido. Se había Transformado.

Su padre casi siempre hablaba del presente o del pasado reciente. Diez años, veinte, pero nunca de cien o más. Era algo que él mismo había aprendido a agradecer a medida que se hacía mayor.

Pero a veces había logrado convencer a Samuel para que le contara algunas historias. Y la de Bran como berserker era una de sus favoritas, hasta que creció lo suficiente para comprender que no era una simple historia. Si no hubiese sido por eso, habría sentido la tentación de pasar por alto la oscuridad que crecía en su interior, podría haber pensado que Bran había sido derrotado.

Utilizó aquella esperanza para calmar al Hermano Lobo, y juntos recorrieron la magia de la manada que los amparaba bajo la protección del Alfa. Buscaron y

buscaron hasta encontrarlo, transformado, casi completamente aislado, hasta que una pequeña parte de su ira envenenada se filtró en él. Bran aún vivía.

Pero ¿con qué forma?

Capítulo 14

Aunque Charles sintió el impulso de bajar de la colina lo más rápido posible en cuanto la bruja desapareció, dirigió el descenso con un ritmo lento y controlado para permitir a Anna seguir su paso fácilmente con las raquetas.

A medida que se aproximaban, los árboles y matorrales les ocultaron el lugar donde esperaban Asil y su padre. Precavidamente, Charles aminoró el paso y se detuvo.

Miró a Anna y después a Walter. Ella asintió en silencio y se agachó. Walter adoptó la posición del soldado que era. Si no hubiese sido por él, Charles se habría quedado allí. No estaba dispuesto a arriesgar la vida de Anna por una corazonada. Pero si ocurría algo, Walter la protegería, de modo que Charles podía permitirse el riesgo.

Cuando Charles apareció en el claro, Asil ya había terminado su plegaria, pero permaneció arrodillado y con la cabeza inclinada, como si se esforzara por no ofender al Marrok.

—Lentamente —musitó sin levantar la cabeza. Asil siempre había tenido un oído privilegiado, o tal vez había reconocido a Charles con el olfato—. Estamos unidos a ella, tu padre y yo. Debo obedecer a la bruja como si fuera mi Alfa. —Finalmente giró la cabeza y cruzó una mirada desesperada con Charles—. A tu padre lo tiene atado más fuerte. Descubrió quién era y le arrebató su voluntad como un titiritero que le pone los hilos a sus marionetas. Espero —continuo Asil con la misma voz suave— que cuando termine de transformarse continúe bien. —Se rascó el mentón con gesto cansado—. Tengo que esperar para comprobarlo, pero tú no. Coge a tu pareja y huye; reúne a la manada en Aspen Creek y escóndela en los confines de la tierra. Si la bruja logra controlarle, todos los lobos que le deben lealtad serán suyos. Está como una cabra, aunque nunca ha sido muy estable, pero ahora está unida al lobo muerto de Sarai. Los vivos y los muertos nunca han hecho muy buena pareja.

Charles esperó.

Asil le miró con una sonrisa fugaz.

—Creo que ha subestimado su poder. Si no logra controlarle... —Miró a Bran—. Bueno, entonces, *perdido*, será mejor estar muy lejos de aquí.

Bran se puso en pie con dificultad y permaneció de aquel modo como un potrillo recién nacido, con las piernas separadas para no volver a caer. Sus ojos no transmitían nada. Nada en absoluto.

Si no hubiese sido por el nudo helado que empezó a formarse en su estómago, un regalo de su padre, Charles habría creído que estaba completamente derrotado.

Una nueva transformación, pensó Charles, y quizá podría llevar a cabo otra más, aunque iba a tener el dolor de cabeza del siglo. No era la primera vez en su vida que deseaba tener la capacidad de su padre para hablar directamente con la mente de las personas. Le hubiera ahorrado mucha energía.

Se transformó, confiando en que Asil esperara hasta poder hablar con él. Le costó un poco más de lo habitual, y temió tener que quedarse en forma humana más tiempo del que había calculado.

Pero finalmente lo consiguió. Pese a quedar completamente desnudo, no tenía tiempo de satisfacer su modestia.

—Es demasiado tarde, ya viene para aquí —le dijo Asil—. Cuando una bruja ejerce este tipo de control, puede ver a través de sus ojos. —Su hermano ya le había informado sobre aquello—. Para ella son golems vivientes.

Asil cerró los ojos.

—Estamos condenados.

—Pierdes muy fácilmente las esperanzas —dijo Charles. No podía hablarle de Anna y Walter sin arriesgarse a que la bruja también se enterara—. Nuestra manada dispone de una Omega. Quizá con eso sea suficiente.

—¿Sabes lo que era? —le preguntó Asil.

—Sí.

Asil miró al Marrok.

—Mátalo ahora, si puedes. Si le quieres, si te preocupa la manada.

Charles miró a su padre. Tenía un aspecto frágil, todo lo frágil que podía parecer un hombre lobo. No parecía poder inspirar mucho miedo en los corazones de aquellos que le contemplaran, como mucho confundirlos.

Charles se puso a reír con aspereza.

—Si crees que puedo matarlo, te has vuelto loco. Es el Marrok, y no está ni la mitad de débil de lo que parece. Nunca creas a tus ojos cuando se trata de mi padre.

Era la verdad, y además él estaba herido. Le hacía daño hasta respirar.

Debería marcharse, pensó Charles mientras los ojos sin vida de su padre le examinaban. Ya había demostrado que la bruja podía controlarle a su antojo. Solo podía ser un estorbo.

Quédate. Te necesito.

—¿Para qué? —preguntó.

Le miró, pero incluso con la voz de su padre en su cabeza, solo pudo distinguir una bestia muda en los ojos del Marrok.

Porque eres el único al que sé que no mataré.

Anna se cubrió el cuerpo con los brazos mientras escuchaba atentamente la conversación. Sabía que Charles contaba con ella; que ella y Walter eran sus ases en la manga.

El problema era que no se sentía precisamente un as. Tal vez una pareja, o un comodín, pero no un as. Walter había estado en el ejército, por lo que era una apuesta más segura.

—¿Conoces este lugar? ¿Podríamos acercarnos un poco más y seguir ocultándonos? —le susurró a Walter.

El lobo empezó a avanzar manteniendo la distancia que los separaba de Charles y Asil. Anna le siguió haciendo tan poco ruido como pudo. Walter se movía entre los árboles como Charles, como si formara parte del bosque.

La llevó más cerca de lo que creía posible, hasta un viejo árbol con un denso ramaje que llegaba al suelo a no más de diez metros de donde el Marrok se mantenía sobre sus cuatro patas y observaba fijamente a su hijo.

El hombre lobo se agitó bajo las ramas y Anna avanzó con las manos y las rodillas hasta llegar a una cueva oscura y seca cubierta por una alfombra de viejas agujas que se clavaron en todas las partes de su cuerpo que no protegía la ropa pero que, al menos, acolcharon sus rodillas. Se arrastró sobre ellas y se tumbó sobre su estómago para poder ver por debajo de las ramas y más allá de los árboles.

Estaban un poco más altos que Charles, y, según pudo comprobar, con el viento en su contra. Debía transformarse. Como lobo era más fuerte y disponía de garras y colmillos en lugar de las simples uñas. No obstante, cuando lo intentó, comprendió que era demasiado pronto y que no iba a conseguirlo. El mero esfuerzo la dejó cansada y temblorosa.

Walter se acomodó a su lado, y el calor que desprendía su enorme cuerpo le permitió darse cuenta de lo frío que estaba el suyo. Se quitó un guante y enterró la mano en su pelaje para calentarla.

—¿Está hablando contigo?

Charles hizo un gesto con la mano para indicarle a Asil que guardara silencio. Necesitaba tiempo para pensar. Su padre tenía un plan, eso estaba claro. Pero no parecía dispuesto a compartirlo con nadie... si podía evitarlo.

—¿Qué quiere la bruja de mí? —preguntó Charles.

—No lo... —El rostro de Asil se iluminó con una extraña expresión—. Sarai cree que quiere matarte para doblegar a tu padre y recuperar el poder que perdió cuando destruiste su cabaña. Creo que ya ha hecho esto antes, me refiero a asumir el control de una manada. Por las palabras de Sarai, parece ser una especie de patrón. —Hizo una pausa—. Aunque, si no me equivoco, todos acabaron muriendo. Bueno, no exactamente. Más bien se fueron debilitando hasta que no quedó nada de ellos. —Se llevó las manos a las sienes, como si le doliera la cabeza.

Ah, pensó Charles a medida que notaba aumentar su adrenalina, los lazos del amor son muy fuertes. Tal vez la bruja acabara perdiendo a Sarai a manos de Asil.

Dejó de lado aquel pensamiento y se concentró en lo que le había dicho Asil.

—Se llevará una sorpresa cuando intente controlar a la manada de mi padre —dijo—. Según Anna, somos una pandilla de psicóticos.

Asil sonrió sin mucha convicción.

—Y no anda muy desencaminada.

Charles alargó una mano y ayudó a Asil a ponerse en pie; se tambaleó ligeramente, como si estuviera borracho.

—Pareces un poco cansado. ¿Estás herido?

Asil se sacudió la nieve de la desgarrada pernera pese a que estaba completamente empapada.

—No. Solo unos cuantos rasguños. Y la ropa hecha jirones. —Miró a Charles con sorna—. Al menos yo tengo ropa.

Charles estaba demasiado cansado para el estúpido juego de superar a los competidores.

—De modo que la bruja pretende matarme —dijo mirando a su padre e intentando descubrir qué tenía en mente el viejo lobo.

—Tal vez. —Asil volvió a sacudirse la nieve de la pernera—. O le ordenará a él que lo haga... o a Sarai o a mí. Lo importante es tu dolor, tu muerte, no quién lo lleve a cabo. Siempre y cuando esté cerca para alimentarse de ella. Aunque creo que se lo ordenará a tu padre. Siempre ha disfrutado con el sufrimiento ajeno.

Si no hubiera estado pensando en el modo en que la presencia de Asil le había permitido a Sarai deshacerse del control de la bruja, probablemente no habría captado el auténtico significado de sus palabras.

Viejo lobo astuto. Charles observó a su padre con admiración.

—De modo que es eso. ¿Qué te ordenó hacer tu madre? ¿Matar a Samuel?

Asil enarcó las cejas, pero antes de poder decir nada, un lobo salió de entre los árboles como una exhalación. La bruja iba montada a horcajadas sobre él. Charles sintió la familiar frialdad asentándose en su interior: el Hermano lobo se preparaba para la lucha. Puede que su padre fuera un experto manipulando a la gente, pero no se encontraba precisamente en su mejor forma y había demasiados factores que nadie controlaba.

Sarai se detuvo fuera de su alcance, situándose entre la bruja y Charles, mientras Mariposa bajaba de su lomo. Parecía estar protegiéndola de un modo instintivo, como una madre cuidando a sus cachorros.

La bruja —ella se había referido a sí misma como Mary, aunque Asil la había llamado Mariposa— era más menuda de lo que recordaba, aunque tal vez lo parecía al estar junto a la pareja de Asil. En aquella ocasión no llevaba ninguna bufanda que ocultara su rostro. Parecía muy joven, como si la fealdad del mundo no le hubiera afectado nunca.

—Charles —dijo la bruja—. ¿Dónde está tu mujer?

Charles esperó, pero el impulso que le había obligado a responderle aquella vez no se produjo. Recordó los vínculos bloqueados de la manada y una esperanza

repentina e intensa se extendió por todo su cuerpo. Su padre había resuelto uno de sus problemas.

—Está por aquí —le dijo.

Mariposa sonrió, pero sus ojos transmitían frialdad.

—¿Dónde, exactamente?

Charles ladeó la cabeza.

—No donde los dejé.

El Hermano Lobo estaba seguro, aunque Charles desconocía cómo podía saberlo.

La bruja se quedó inmóvil, observando a Charles detenidamente, con los ojos entreabiertos.

—¿Cuántos lobos tiene la manada de tu padre?

—¿Incluyéndote a ti y a tu criatura?

Mariposa abrió un poco más los ojos.

—Mi, mi... parece ser que Asil no ha tardado mucho en contarte nuestros planes. Sí, por supuesto, incluyéndonos a nosotros.

—Treinta y dos... quizá treinta y tres.

No existía razón alguna para ocultarle una información que tampoco le serviría de mucho. Charles dudó si incluir a Samuel o no.

—Dime por qué debería dejarte vivir —dijo la bruja—. ¿Qué puedes hacer por mí que tu padre no pueda hacer?

Sarai estaba concentrada en Asil. Por lo menos ella estaba convencida de que la bruja tenía a Charles bajo su control. No iba a disponer de otra oportunidad como aquella.

Una de las ventajas de la experiencia era que no se dejaba llevar por los impulsos de la adrenalina ni la ansiedad.

—Deberías dejarme vivir porque es lo único que te mantiene con vida.

—¿A qué te refieres?

Enarcó una ceja y ladeó la cabeza en un gesto casi lobuno.

¿Podía confiar en la evaluación de su padre? Bran confiaba en deshacerse del control de la bruja en cuanto esta le ordenara atacar y matar a su hijo.

Había otras cosas que Charles podía intentar. Tal vez se presentara la oportunidad de atacarla sin poner tantas cosas en peligro. Lo único que necesitaba era medio segundo y tenerla a su alcance mientras los otros no lo estaban.

Pero también podía luchar ahora. Era bastante improbable que la bruja bajara la guardia en algún momento.

Charles bajó la cabeza como si cediera ante su autoridad y musitó sus siguientes palabras muy lentamente; de forma inconsciente, la bruja dio un paso adelante para escuchar mejor:

—Mi pad...

Y en mitad de la segunda palabra, se abalanzó sobre ella con todas las fuerzas que aún le quedaban.

—¡Sarai! —Gritó la bruja aterrorizada.

Si hubiera estado en plena forma, no habría sido suficiente. Pero sus movimientos se resintieron por el cansancio y las heridas. El lobo que había sido Sarai le golpeó como un tren de mercancías y le derribó, lanzándolo lejos de la bruja antes de que Charles pudiera contactar con ella.

Aunque confiaba en que la sorpresa le permitiera matar a la bruja en el acto, también había sido realista. Por tanto, se había preparado para la colisión: dejó que la fuerza del contacto fluyera a través de él mientras se alejaba de Sarai para evitar otra fractura en las costillas.

Ahora que la lucha había comenzado, las viejas heridas dejaron de molestarle. Eran simplemente un lastre: una de sus piernas era más lenta y sus golpes serían menos eficaces.

Al estar herido y en forma humana, la mayor parte de la gente podría pensar que el otro lobo disponía de cierta ventaja. Se equivocaban.

Si de verdad hubiera sido la pareja de Asil, Charles habría estado en un dilema. Pero no lo era. Charles lo sabía, incluso si el pobre Asil estaba atrapado en su vínculo de apareamiento, confundido por la habilidad de aquella pobre imitación para copiar el comportamiento de un ser vivo. Los espíritus de las montañas sabían que estaba muerta, y así se lo comunicaron al tiempo que le entregaban parte de su fuerza.

Sarai le dio un zarpazo en un costado, pero, al fin y al cabo, no era más que un simulacro de una loba Omega, mientras Charles se había pasado media vida cazando a otros hombres lobo y matándolos. Pese a sus heridas, era más rápido que ella; se movía a su alrededor como el agua sobre una roca. Treinta años de práctica en diversas artes marciales le daban una ventaja que ni siquiera la edad de Sarai podía superar.

Pese a dominar la pelea como quiso, estaba agotado y sabía que el combate decisivo estaba aún por llegar.

Anna se peleó con las correas de las raquetas. La nieve que se interponía entre ellos y Charles estaba pisoteada y no parecía tener más de quince centímetros de profundidad. Se movería más rápido sin ellas. Solo le faltaba saber cuándo iba a resultar más útil.

Si se hubiera quitado antes aquellas malditas raquetas anticuadas, habría intervenido en cuanto la loba atacó a Charles. Pero mientras Anna arrancaba y desgarraba los pasadores endurecidos por la nieve, vio que Charles tenía controlada la pelea. Se quedó donde estaba, relajada y dispuesta, mientras la maltrecha loba daba vueltas a su alrededor, buscando una salida. Más calmada, Anna se arrancó literalmente la otra raqueta. No podría volver a utilizarlas, nadie podría, pero ahora podía moverse cuando fuera necesario.

Por desgracia, no fue la única que se dio cuenta de quién llevaba la iniciativa de la pelea.

—Asil —dijo Mary—. Ayúdale.

El Moro miró fugazmente a la bruja, se quitó la camisa y la dejó caer al suelo. Se unió a la pelea con la calma del guerrero que conoce y acepta la muerte. Si Anna no hubiese estado tan preocupada por Charles, si hubiera estado viendo una película, se habría recostado tranquilamente a comer palomitas y disfrutar del espectáculo. Aunque en este caso la sangre era real.

Se inclinó hacia delante y se dio cuenta de que estaba aferrándole el cuello a Walter con una fuerza desproporcionada. Relajó la mano y le acarició el pelaje a modo de disculpa.

Asil pasó en un segundo de caminar hacia la zona del combate a correr con todas sus fuerzas. Pasó junto a Charles en un ángulo oblicuo y golpeó con el hombro a Sarai en la parte lateral del cuello. La loba cayó al suelo flácidamente y Asil se la cargó al hombro y salió corriendo.

—¡Asil!

Pero no era una orden, y Asil saltó una pendiente y aterrizó con la punta de los pies en la parte más escarpada de la colina. Por la velocidad a la que iba, podría haber llevado esquís.

Anna comprendió que por ayuda podían entenderse muchas cosas. Desde su refugio bajo el árbol, no podía ver a Asil, pero oyó el sonido de algo moviéndose rápidamente por la pendiente de la montaña, alejándose de cualquier otra orden.

Todo había ocurrido en unos veinte segundos. Anna había estado distraída, pero Charles no. Se abalanzó sobre la bruja, pero esta le lanzó algo que acabó cayendo sobre la nieve pisoteada. La fuerza del ataque le permitió a Charles seguir avanzando en dirección a la bruja mediante una extraña voltereta.

—¡No! —gritó la bruja histéricamente al tiempo que intentaba apartarse de su camino. Anna tuvo que recordarse a sí misma que la bruja era muy vieja. Tan vieja como Charles pese a aparentar tener unos quince o dieciséis años—. *Tengo* que estar a salvo. ¡Sarai! ¡Sarai!

Anna se dispuso a intervenir pero vio que Charles apoyaba las manos en el suelo y se ponía en pie. Era evidente que, fuera lo que fuese lo que le había hecho, le había dolido, aunque no lo percibió en su rostro sino en la torpeza de sus movimientos. Si la necesitaba, seguro que encontraría el modo de indicárselo.

Anna contempló al lobo junto a ella, pero aparte de estar alerta y concentrado, no parecía estar demasiado preocupado. Por supuesto, no sabía mucho más sobre brujas que ella. Y solo hacía un día que conocía a Charles.

Anna no fue la única en percibir la torpeza de movimientos de Charles. La bruja se llevó las dos manos a la cara.

—Lo había olvidado —dijo en un jadeo. Con una risa ahogada, apuntó con un dedo a Charles y dijo algo que a Anna no le sonó en absoluto a español. Charles se

estremeció y se llevó las manos al pecho—. Lo había olvidado. Puedo defenderme a mí misma.

Pero Anna no estaba escuchándola porque estaba concentrada en el rostro de Charles. No respiraba. Fuera lo fuese lo que le había hecho la bruja, podía ser fatal si no hacía nada para detenerla. No sabía mucho de brujería, y seguro que lo poco que sabía no eran más que patrañas. Pero con la suficiente distracción ya había conseguido que la bruja soltara a Charles. Tal vez también funcionara en aquella ocasión.

Anna se cansó de esperar una indicación.

Salió de su refugio bajo el árbol y alcanzó la máxima velocidad a la segunda zancada: su antiguo entrenador de gimnasia hubiera estado orgulloso de ella. Ignoró el persistente dolor en sus cansados muslos y el mordisco helado en su pecho, centrándose solo en la bruja, apenas consciente del lobo que corría a su lado.

Vio cómo la bruja levantaba las manos y se concentraba en Anna. La vio sonreír y oyó cómo decía:

—Bran, Marrok, Alfa del Marrok, acaba con tu hijo Charles.

Entonces elevó un dedo y apuntó a Anna, quien no tuvo tiempo de prepararse cuando algo la golpeó desde un lado y la hizo caer al suelo, fuera del alcance del hechizo.

Por fin, pensó Charles. La orden de la bruja resonó en sus oídos, los cuales, de todos modos, ya estaban resonando con lo que fuera que le hubiera hecho. Llegó en el peor momento posible porque estaba medio ciego y aturdido; además, no tenía ni idea de cuánto tiempo tardaría su padre en deshacerse del control de la bruja.

Si lo conseguía.

Pero no podía cargar su muerte en la conciencia de su padre, de modo que se serenó e intentó establecer desde dónde le atacaba el lobo mediante su olfato y el sentido que siempre le informaba cuando algo hostil le estaba observando. Aquello era lo único que le funcionaba correctamente.

Se inclinó hacia delante, agarró el pelaje con toda la fuerza de que fue capaz y utilizó el impulso de la embestida casi silenciosa de su padre para subirse a su espalda y asegurarse con los pies de que Bran continuara hacia delante, lejos de él.

En la práctica, por supuesto, no fue tan sencillo. Su padre era más rápido que Sarai. Más rápido, más fuerte y mucho más habilidoso con sus garras. Aun así, el arma más formidable de su padre —su mente— estaba nublada por el control de la bruja, y Charles pudo lanzarlo sin recibir muchos daños. El impulso consiguiente le permitió rodar sobre sí mismo, ponerse en pie y prepararse para el siguiente ataque de su padre.

Walter era un peso muerto sobre Anna. Le dio la vuelta para sacárselo de encima lo más delicadamente que pudo. Si le hizo daño, no dio muestras de ello. Su cuerpo

estaba flácido y lo movió sin dificultad; confió en no provocarle más daños de los que ya tenía. La había apartado de en medio para recibir él el hechizo de la bruja.

Se puso en pie y gateó en dirección a esta. No podía esperar a asegurarse de que Walter estaba bien. Antes debía hacer algo, lo que fuera, para evitar que la bruja siguiera provocando más dolor.

—No quieres hacerme daño —dijo la bruja abriendo completamente sus ojos color chocolate—. Quieres detenerte.

Anua detuvo su carrera hasta quedar prácticamente inmóvil, a tan poca distancia de la bruja que podía oler la menta de su pasta de dientes. Durante un instante no supo qué estaba haciendo ni por qué.

—Quédate ahí.

La bruja se desabrochó la chaqueta y extrajo un arma.

Los Omegas, recordó Anna, no obedecen ninguna orden. Y gracias a aquello recuperó la movilidad. Con la precisión adquirida tras las lecciones de su hermano, el cual había practicado boxeo en la escuela, y la velocidad y poder que le otorgaba su naturaleza de lobo, le dio a la bruja un puñetazo en la mandíbula. Anna oyó el sonido del hueso al romperse y Mary cayó al suelo como un fardo, inconsciente.

Respiró profundamente y dirigió su atención al atroz combate entre Charles y su padre. Al principio no pudo distinguir nada porque se movían demasiado rápido, pero entonces Charles se quedó inmóvil, salvo por el frenético movimiento de su pecho al respirar, fuera del alcance de su padre, su cuerpo preparado, relajado. Le manaba sangre de algunos rasguños en el hombro y el muslo. Un corte que empezaba bajo su brazo izquierdo y que le recorría el abdomen hasta la cadera derecha parecía más preocupante. El Marrok permaneció de pie frente a él. Agitaba la cabeza lentamente y desplazaba el peso de su cuerpo de un pie al otro.

Si mataba a la bruja liberaría al Marrok.

Se dio la vuelta y observó el cuerpo tendido en el suelo. La chica parecía demasiado inocente y joven para haber causado toda aquella destrucción.

Anna ya había matado a alguien, aunque prácticamente había sido un accidente. Matar a sangre fría era muy distinto.

Walter sabía cómo hacerlo. Instintivamente, giró la cabeza para mirarle pero vio que seguía inmóvil... salvo sus ojos. Estaba segura de que los tenía cerrados cuando se separó de él. Ahora los tenía abiertos, y una película blanquecina los recubría.

Anna se encontró arrodillada a su lado sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. No le latía el corazón; no respiraba. Aquel hombre había sobrevivido a una guerra y a treinta años de aislamiento autoimpuesto, y había muerto por ella. Apretó los puños —uno enguantado, el otro no— contra su pelaje.

Entonces se aproximó a la bruja, la cual seguía inconsciente, le agarró con una mano la barbilla y con la otra la parte superior de la cabeza y se la retorció con un movimiento seco y con algo más de fuerza de la que habría utilizado un humano. Fue

bastante fácil, como en las películas. Un crujido y la bruja estaba tan muerta como Walter.

Respirando demasiado deprisa, soltó a la bruja, se puso de pie y dio un paso atrás. El bosque estaba tan silencioso que tuvo la sensación de que el mundo estaba conteniendo el aliento. Como si ella fuese la única criatura que quedaba en toda la tierra.

Entumecida, se dio la vuelta sobre sus pies congelados y vio al Marrok sobre el cuerpo de Charles. No había sido suficientemente rápida.

A medida que el sol se ocultaba por el horizonte, tiñendo el cielo de rojo sobre las oscuras montañas, Asil sostuvo a Sarai, aún inconsciente, entre sus brazos. Enterró su rostro en su cuello y se dejó embargar por aquel olor que le resultaba tan familiar y que había creído que no volvería a oler jamás. Era tan hermosa.

Pese a que no estaban muy lejos de donde se desarrollaba la pelea, había logrado que la bruja perdiera el contacto visual, de modo que le costaría mucho más ejercer su control sobre él.

Asil esperó. Había hecho todo lo que estaba en su mano para sacar a ambos del combate. Si hubieran permanecido junto a Mariposa, habrían luchado en el bando equivocado. No podía hacer mucho más.

Sostuvo a Sarai en su regazo e intentó olvidar que aquella sería la última vez que podría hacerlo.

Si Mariposa tenía éxito, le mataría. Había vuelto a arrebatarse a Sarai, y aquella vez no se lo pasaría por alto. Si Bran o Charles lograban denotarla, su Sarai desaparecería con ella. Las creaciones de una bruja no sobrevivían a su creador.

De modo que la sostuvo entre sus brazos y disfrutó de su olor y fingió que aquel momento no terminaría jamás. Fingió que era la auténtica Sarai... y casi percibió un rastro de canela.

A medida que su fragancia se desvanecía y era sustituida por el olor de los abetos y los pinos, de la nieve y del lóbrego invierno, se preguntó si, de haber sido capaz de vislumbrar el futuro aquel día tan remoto en que una niña asustada y magullada llegó a su casa, habría tenido la fortaleza para matarla. Apoyó la cabeza sobre la rodilla al sentir una sombría desesperación, sujetando con fuerza una pequeña mata de maltrecho pelaje castaño.

No sintió alegría alguna por el hecho de que Mariposa hubiese muerto y su Sarai fuera libre finalmente.

Lo que, por otro lado, habría sido una celebración anticipada, ya que una oleada de locura se extendió por su cuerpo como un fuego de agosto por el bosque. Pese a sentirse muy cansado, la ira tenía vida propia e insistió en acumularse en su interior de forma implacable, exigiéndole que se transformara. Un aullido salvaje resonó en las montañas y Asil contestó a la llamada.

La Bestia se había despertado.

Anna no pensó en correr hasta que estuvo a medio camino de donde se hallaba Charles.

No podía estar muerto. Tendría que haber matado a aquella maldita bruja dos o tres minutos antes. No podía ser que Charles hubiera muerto por culpa suya, que su padre le hubiera matado.

Rozó al Marrok al pasar junto a él y su poder rugió en su interior cuando se dejó caer sobre la nieve. Recorrió el último metro que la separaba de Charles a gatas. Tenía los ojos cerrados, y estaba cubierto de sangre. Anna alargó la mano pero tuvo miedo de tocarlo.

Estaba tan segura de que estaba muerto que cuando abrió los ojos, tardó un segundo en asimilarlo.

—No te muevas —le musitó con los ojos fijos en algo que estaba más allá de ella—. Si puedes, no respire.

Charles observó avanzar al lobo que ya no era su padre. Su rostro trasmitía una extraña combinación de locura y astucia.

Bran lo había calculado mal. Tal vez si la bruja no hubiera muerto, el control no se habría desvanecido de un modo tan repentino. Tal vez si Charles le hubiera mostrado el cuello a su padre al principio de la pelea, para demostrarle que era incapaz de matarle pese a encontrarse bajo el peso de semejante compulsión. Tal vez Samuel lo hubiera hecho mejor que él.

O tal vez hubiera sucedido lo mismo fuera quien fuese el protagonista en cuanto la bruja subyugó completamente a su padre. Del mismo modo que la madre de Bran le había subyugado muchos años atrás.

Aunque todo aquello ya no tenía importancia, pues su inteligente y camaleónico padre había dejado de existir. Frente a él tenía a la criatura más peligrosa que jamás había pisado aquellas montañas.

Charles estaba seguro de que aquel era el final. El pecho le ardía y le costaba mucho respirar. Una de aquellas afiladas garras se había clavado en su pulmón; le había ocurrido demasiadas veces para no reconocer la sensación. Estaba a punto de rendirse, pero Anna apareció de pronto, prestando a su padre la misma atención que hubiera dedicado a un cachorro.

Con Anna en peligro, Charles descubrió cómo aumentaba su estado de alerta, pese a que su atención estaba dividida por la urgente necesidad de saber si Anna se encontraba bien.

Su aspecto era desastroso. Tenía el pelo completamente empapado en sudor y deformado por un gorro que ya no llevaba. Tenía el rostro enrojecido por el viento y no se hubiera dado cuenta de que también lo tenía muy sucio de no ser por los surcos que le habían dejado las lágrimas al precipitarse de forma irregular desde los ojos hasta la barbilla. Intentó alertarla en un susurro, pero ella se limitó a sonreír (como si

no hubiera escuchado ni una palabra o descartara el peligro que estas implicaban). Pese al terror que lo dominaba, se quedó mudo durante unos instantes.

—Charles —dijo ella—. Yo también creía que habías muerto. No. No te muevas... —Y le puso una mano en el hombro para asegurarse de que no lo hacía—. Yo...

Asil gruñó con avidez y Anna se dio la vuelta para observarlo.

El lobo de Asil no era precisamente pequeño, aunque no tan grande como el de Samuel o el de Charles. Tenía el pelaje de un marrón tan oscuro que en la penumbra del crepúsculo parecía casi negro. Tenía las orejas alerta y le manaba saliva de la boca.

Pero Anna no era estúpida; su atención, como toda la que podía dedicar Charles, estaba centrada en el Marrok. Bran les observaba como un gato que espera que el ratón haga algo interesante. Como echar a correr.

Sintió el aliento de Anna muy cerca, y el miedo que percibió en él le obligó a incorporarse —un movimiento estúpido— pero su padre ahora estaba concentrado en Anna, ignorándolo a él.

Atrapada en la mirada perturbada de Bran, Anna alargó la mano de forma instintiva y cogió la mano de Charles.

Y sucedió.

Inesperadamente, sin avisar, el vínculo de apareamiento se asentó en él como una camiseta vieja, y durante un instante no sintió dolor alguno, ni cansancio, ni molestias, ni aturdimiento, ni terror. Durante un segundo, la ira de su padre, que le devoraba desde las sombras, quedó eclipsada por la dicha del momento.

Anna respiró profundamente y le dirigió una mirada cristalina que le decía: *Me dijiste que debíamos hacer el amor para que ocurriera esto. Se supone que tú eres el experto.*

Y entonces la realidad regresó con toda su intensidad. Charles tiró de ella para dejarla entre si y los dos lobos furiosos, quienes la observaban con dolorosa intensidad.

Cuando ella se liberó suavemente de su mano, Charles lo agradeció; necesitaba las dos para defenderlos. Siempre y cuando consiguiera ponerse en pie.

Aunque esperaba que opusiera resistencia, comprobó satisfecho cómo Anna retrocedía todavía más a su espalda. Pero entonces dos manos frías se posaron sobre sus hombros manchados de sangre y Anna se apoyó en su espalda, uno de sus pechos incómodamente cerca de la herida de bala.

Cogió aire y empezó a cantar. Y eligió la canción Shaker que su padre había interpretado en el funeral de Doc Wallace: «Simple Gifts».

La paz se extendió por todo su cuerpo como un viento tropical, como no le había ocurrido desde las dos primeras horas después de conocerla. Asil le había dicho que para transmitir aquella sensación ella también debía sentirse relajada. No podía

comunicar una calma que no sentía. De modo que cantó y dejó que la paz de la canción fluyera por su interior, para después trasmitírsela a los lobos.

En la tercera estrofa, Charles se unió a ella, aportando un contrapunto a su rica voz de contralto. La cantaron dos veces y, cuando terminaron, Asil emitió un suspiro y se tumbó sobre la nieve como si estuviera demasiado agotado para moverse.

Charles dejó que Anna eligiera las canciones. La siguiente fue una canción irlandesa, «The Black Velvet Band». Descubrió sorprendido que Anna decidió dotar al tema de una suave cadencia que recordaba al gaélico. Por el modo en que pronunciaba, comprendió que la había aprendido al escuchar la versión de los Irish Rovers. En mitad de «The Wreck of the Edmund Fitzgerald», su padre se acercó lentamente a Anna y con un suspiro colocó la cabeza sobre el regazo de esta.

La próxima vez que viera a Samuel le contaría que su Anna había derrotado a un Marrok desbocado con un par de canciones cuando él había, tardado años en conseguir lo mismo.

Anna continuó cantando mientras Charles se puso en pie trabajosamente. No fue una experiencia agradable, aunque, al menos, las garras y colmillos de su padre no eran de plata, e incluso las peores heridas recientes ya habían empezado a curarse. Pese a la oscuridad reinante, la luna brillaba intensamente. Aún no era llena, pero faltaban pocos días para que lo fuera.

Se aproximó a Asil, comprobó que estaba sumido en un sueño profundo y reparador, y después se dirigió hacia donde yacían los cuerpos. La bruja tenía el cuello roto, pero se sentiría mejor en cuanto la hubieran quemado y esparcido sus cenizas. Walter también estaba muerto.

Anna terminó la canción y dijo:

—Lo hizo por mí.

Charles levantó la cabeza para mirarla.

—La bruja me lanzó un hechizo y Walter se interpuso en su camino.

Anna estaba pálida, y le estaba empezando a aparecer un moratón en la mejilla. Pese a toda la comida que le había obligado a ingerir, tuvo la sensación de que durante los últimos días había perdido peso. Tenía las uñas destrozadas, y la mano derecha, con la que acariciaba suavemente el hocico de su padre, tenía un corte a la altura de los nudillos. Había golpeado a alguien, seguramente a Mariposa.

Temblaba ligeramente, y no supo si se debía al frío, a la conmoción o a una mezcla de las dos cosas. Mientras reflexionaba sobre aquello, Bran la arropó con su cuerpo para trasmitirle todo su calor.

Walter tenía razón: Charles no cuidaba de ella como se merecía.

—Walter murió como había vivido —le dijo a su pareja—. Como un héroe, como un soldado, como un superviviente que eligió proteger lo que consideraba más valioso. Si pudiéramos preguntarle, creo que no se arrepentiría de nada.

Capítulo 15

Finalmente fue el frío. Pese a que Anna no podía seguir contemplando los cuerpos, el hombre que había muerto por ella y la mujer que había matado, fue el frío, arrebatándole el calor de su cuerpo, lo que le dio el ímpetu necesario para moverse.

Se puso de pie con dificultad, desconcertando a los lobos que la rodeaban en un intento vano por calentarla. Miró a Charles con un semblante de disculpa:

—Sé que los coches solo están a un par de horas... ¿podrías indicarme el camino? —Miró los cuerpos un instante y después de nuevo a Charles—. No puedo seguir aquí.

Charles se incorporó con un gruñido. Bran le ayudó a mantener el equilibrio cuando le fallaron las fuerzas. Asil se levantó cuando lo hicieron los otros dos. Bran parecía el único con las fuerzas suficientes para caminar.

—Lo siento —dijo Anna—, pero por mucho que coma no voy a conseguir calentarme. Y tampoco puedo transformarme.

En cuanto cayó la noche, la temperatura no había hecho más que descender, y cada minuto era peor.

Charles le dio un golpecito con la cabeza y empezó a avanzar sin poder ocultar la cojera. Bran permaneció a su lado como lo había hecho Walter. Cerró sus dedos alrededor del pelo que le cubría la nuca, olvidando que se trataba del Marrok al sentir la necesidad del contacto físico.

En la oscuridad, el bosque debería haber resultado espeluznante, pero o bien se había acostumbrado a ellos o los espíritus de Charles empezaban por fin a ser de utilidad. El cansancio le impedía caminar con soltura y los dientes le castañeteaban sin parar. Dio un paso descuidado, rompió la capa de hielo que protegía la nieve y acabó enterrada hasta la cintura, demasiado cansada para intentar salir.

Notó cómo alguien rebuscaba en la mochila que llevaba a la espalda y, poco después, Asil le empujó con el hocico una barrita de caramelo. Con poco entusiasmo, abrió el envoltorio con los dientes y empezó a mascar. Sabía a cartón y lo único que deseaba era apoyar la cabeza contra la nieve y dormir. Pero Asil le gruñó, aunque dejó de hacerlo no muy convencido cuando Bran le respondió con otro gruñido. Charles no emitió ruido alguno, se limitó a mirar a Asil con sus ojos ambarinos. Anna se terminó la pegajosa barrita solo porque intuyó la amenaza latente de la violencia.

Salió trabajosamente de la nieve y evitó en lo posible las zonas donde esta se extendía formando sábanas impolutas. Aunque aquello tampoco le impidió volver a caer sobre montículos de nieve. Los lobos también tuvieron dificultades, pero muchas menos que ella.

Cuando finalmente avistó los coches, creyó estar viendo una alucinación.

Vio que la camioneta estaba aparcada detrás del Humvee, de modo que se dirigió hacia ella. Se peleó con la puerta pero logró abrirla. Aunque aparentemente no había espacio suficiente para tres hombres lobo y ella, consiguieron acomodarse como buenamente pudieron. Cerró la puerta, puso en marcha el motor y esperó, entumecida y paciente, a que la cabina se llenara de aire caliente.

Solo entonces se dio cuenta de que el lobo sentado a su lado era Bran. Charles se colocó entre los dos asientos y Asil se acomodó en el suelo del asiento del pasajero y cerró los ojos. Bran se acurrucó junto a ella y apoyó el hocico en su muslo. De vez en cuando temblaba, aunque Anna no creía que fuera de frío.

Cuando el aire de la cabina empezó a calentarse, se quitó los guantes y colocó los dedos frente a la calefacción hasta que volvió a sentirlos. A continuación, se desabrochó las botas y se quitó estas y los calcetines. El suelo de la camioneta estaba mojado, pero la nieve derretida se había templado y no le molestó demasiado. Dejó todas sus cosas detrás del asiento.

Hacer retroceder la camioneta por el estrecho sendero fue una pesadilla. La carretera subía y bajaba, de modo que la mitad del tiempo no vio nada por la ventanilla trasera y tuvo que guiarse exclusivamente por los retrovisores exteriores. Cuando finalmente consiguió dar la vuelta, las manos le temblaban por la tensión y el sudor le bajaba por la espalda, pero la camioneta seguía de una pieza.

La cabina olía a pelo mojado y tibio; el reloj del salpicadero le informó que eran las tres de la madrugada. A medida que entraba en calor, empezaron a dolerle los tobillos.

Llevaba conduciendo una media hora cuando un todoterreno gris apareció frente a ella y le hizo señales con las luces para que se detuviera. Pese a que estaban en mitad de la autopista, se detuvo junto al otro vehículo y bajó la ventanilla. No se había cruzado con nadie en toda la noche, de modo que decidió no preocuparse por el tráfico.

El todoterreno tenía las lunas tintadas, de modo que a la única persona que pudo ver fue a Tag sentado frente al volante. Le miró con el ceño fruncido.

—Bran me ha dicho que reúna a unos cuantos para una tarea de limpieza. ¿Estáis todos bien?

A Anna le costó un instante comprender cómo se había comunicado Bran con él. Echó un vistazo a sus camaradas y pensó que ninguno de ellos estaba precisamente bien.

—¿Qué te ha dicho Bran?

Su voz le sonó cansada, espesa.

Aunque Tag frunció aún más el ceño, le contestó.

—Que había un par de cuerpos ahí arriba, una bruja y un lobo. Hemos de recogerlos y limpiarlo todo.

Anna asintió.

—El Humvee está al final de la carretera. Las llaves están en el contacto. Supongo que Asil también subió con su vehículo, aunque no sé dónde lo dejó.

El rostro de Tag se quedó inmóvil durante un instante, como si estuviera escuchando algo que no debía. Le sonrió y se golpeó la sien con el dedo un par de veces.

—Bran lo sabe. Los traeremos de vuelta. ¿Puedes conducir hasta casa?

Era una buena pregunta. No supo si mentía cuando le dijo:

—Sí.

—De acuerdo. —El motor de su vehículo protestó cuando metió la marcha, pero no lo hizo avanzar ni subió la ventanilla. Y con algo de indecisión, añadió—: Ha ocurrido algo... Sentí una...

—Bruja —dijo Anna con seguridad, lo que, por otro lado, era cierto.

Si Bran pretendía que todo el mundo supiera lo que la bruja de Asil le había hecho, podía hacerlo él mismo. Anna subió la ventanilla y regresó a la carretera.

Temía que no supiera encontrar la casa de Charles, pero no le resultó muy difícil. Un nuevo manto de nieve le daba un aspecto cómodo y acogedor. Y seguro.

Acompañó a los lobos hasta la casa, y, una vez en ella, se dirigió tambaleante al cuarto de baño y después al dormitorio. Se deshizo de la ropa húmeda y sucia y se metió bajo las sábanas en ropa interior. Se quedó dormida antes de que los lobos decidieran cómo iban a caber todos en la cama.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó su padre.

Charles cerró los ojos y *escuchó*. Lo único que sabía era que el vínculo entre él y su pareja era fuerte y sólido. Aún no estaba seguro de qué significaba exactamente aquel vínculo, qué consecuencias acarrearía. Pese a todo, la oyó cantar.

—Lo superará —dijo Charles.

Asil levantó la taza de té a modo de brindis. Como su padre, Asil estaba recién duchado y se había vestido con una doble capa de jerséis.

Un coche se acercó por el sendero y aparcó delante de la casa.

—Mi coche —dijo Asil sin hacer ademán de levantarse.

Sage abrió la puerta sin llamar y asomó precavidamente la cabeza. Cuando vio a Bran, sacudió los pies en el umbral y entró en la casa.

—Alguien tiene que sacar toda esa nieve —le dijo a Charles—. Asil, he traído tu coche. Puedes recuperarlo siempre y cuando me acompañes a casa.

—¿Limpieza concluida? —preguntó Bran sin demasiado interés.

Sage asintió.

—Tag dice que sí. Cogió la camioneta de Charles para llevar los cuerpos al crematorio. Me pidió que te dijera que las cenizas del lobo se esparcirán en el lugar habitual y que tiene preparados dos kilos de sal para mezclarla con las cenizas de la bruja. En cuanto lo tenga listo, lo llevará a tu casa para su eliminación.

—Muy bien —dijo Bran—. Gracias.

Mientras Sage hablaba, Asil recogió los cacharros que había utilizado y los llevó a la cocina.

—Me marchó con Sage. —Respiró hondo e inclinó la cabeza formalmente ante Bran—. Respecto a las cosas que te oculté... espero tu visita en los próximos días.

Sage contuvo el aliento, pero Bran se limitó a suspirar.

—Eres muy viejo para unos azotes. No tengo nada que decirte que no sepas ya... —Enarcó una ceja—. A menos que conozcas a otra bruja o algo parecido que pueda poner en peligro a la manada. ¿No? Entonces ve a casa y descansa un poco, viejo amigo. —Dio un sorbito de té y añadió—: Espero que esto ponga fin a tus peticiones de ejecución. Me producen indigestión.

Asil sonrió.

—Espero seguir provocándote indigestión, aunque es probable que no sea por ese motivo. Por lo menos no durante un tiempo. —Se dio la vuelta y se inclinó ante Charles del mismo modo—. Gracias por tu ayuda.

Charles señaló con la cabeza el cuarto de baño donde Anna seguía aún bajo la ducha.

—Fue Anna quien mató a la bruja.

La sonrisa de Asil se tiñó de cierta malicia.

—Entonces tendré que agradeceréelo como merece.

Charles le clavó unos ojos de hielo.

—Atrévete.

Asil echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada. Cogió a Sage por el hombro y ambos salieron de la casa. Asil pisó la nieve descalzo sin una mueca de dolor.

Cuando oyeron alejarse el coche, Bran le dijo:

—Aún te dará problemas, pero ya no serán ni la mitad de preocupantes. Yo también me marchó, Leah debe de estar muy intranquila.

Charles se deshizo de Asil con un encogimiento de hombros, había cosas más importantes que solucionar.

—¿Estás seguro? Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

Jamás olvidaría al Otro, al berserker que se ocultaba bajo la fachada despreocupada que su padre se esforzaba por mantener.

Cuando Bran sonrió solo sirvió para enfatizar la mirada asesina de sus ojos.

—Estoy bien. Cuida de tu pareja... y en cuanto estéis preparados para oficializar vuestra situación, házmelo saber. Me gustaría vincularla formalmente a la manada lo antes posible. Esta semana hay luna llena.

—La próxima luna estará bien. —Charles se cruzó de brazos y ladeó la cabeza—. Pero debes de estar agotado si crees que puedes mentirme de ese modo.

Bran, quien se encontraba a medio camino de la puerta, se dio la vuelta. En aquella ocasión la sonrisa sí le iluminó los ojos.

—Te preocupas demasiado. ¿Qué tal un «Estaré bien»? ¿Mejor?

Supo que le decía la verdad.

—Si te metes en problemas, llámame y vendré con Anna al instante.

Bran asintió una sola vez y se marchó, dejando a Charles solo con sus dudas. Solo cuando Anna, tibia y húmeda tras salir de la ducha, apareció en la habitación silbando una melodía que le resultaba familiar, se evaporaron sus preocupaciones.

—*Crep, crep, venéfica est mortua* —le dijo ella.

—¿Qué es lo que está muerto? —le preguntó él.

Entonces recordó la canción y sonrió.

—Ding, dong, la bruja ha muerto —le aclaró Anna mientras se sentaba a su lado—. Y también un hombre bueno. ¿Lo celebramos o lloramos la pérdida?

—Siempre la misma pregunta —dijo él.

Anna desplegó los dedos sobre la mesa.

—Era un hombre muy bueno, ¿sabes? Merecía un final feliz.

Charles cubrió los dedos de ella con los suyos mientras intentaba encontrar las palabras más adecuadas, pero estas no llegaron.

Tras unos instantes, Anna apoyó la cabeza en su hombro.

—Podrías haber muerto.

—Sí.

—Y yo también.

—Sí.

—Creo que aprovecharé el final feliz que nos regaló y haré que funcione. —Y apretó su cuerpo con ambos brazos, con fuerza—. Te quiero.

Charles se dio la vuelta y la cogió para subirla sobre su regazo. Le temblaban los brazos, por lo que hizo un gran esfuerzo por no hacerle daño al abrazarla.

—Yo también te quiero.

Anna irguió la cabeza después de mucho tiempo y le dijo:

—¿También tienes hambre?

Bran sintió al monstruo removerse incómodo al marcharse de casa de su hijo. Estaba convencido de que por fin había logrado enjaularlo; resultaba desagradable descubrir que la jaula que había construido para él no era fiable. Más que desagradable.

La última vez que se había sentido de aquel modo fue cuando Blue Jay Woman murió. Logró contener a la Bestia mediante una compleja maraña de hilos, pero, pese a todo, se había sentido aterrorizado. No podía permitirse volver a amar a una mujer del modo en que la había amado a ella.

Aún era de noche cuando aparcó en el garaje. Habían dormido veinticuatro horas seguidas en casa de Charles, y aún faltaban un par de horas para el amanecer. Entró en su casa silenciosamente y subió las escaleras con dificultad.

Leah no estaba en su dormitorio.

Supo, antes de llegar a la puerta, que había dormido en su cama. Silenciosamente, penetró en el dormitorio y cerró la puerta tras él.

Leah estaba hecha un ovillo en su lado de la cama, con un cojín entre los brazos. Sintió cómo le embargaba la ternura; dormida tenía un aspecto vulnerable, apacible.

Apartó aquel sentimiento porque sabía que era muy peligroso. Sus hijos nunca habían acabado de entender aquel matrimonio, su apareamiento. Tras la muerte de Blue Jay Woman, había tardado varios años en encontrar a Leah, una mujer lo suficientemente egoísta y estúpida como para asegurarse de que nunca llegaría a amarla. Pero el amor no era necesario para el vínculo de apareamiento. Bastaba con la aceptación, la confianza, y el amor era una bonificación que él no podía permitirse.

Con Blue Jay Woman había descubierto que el vínculo de apareamiento era el modo de contrarrestar a la Bestia, extendiendo el coste del control. Necesitaba el vínculo para mantener bajo control al monstruo en el que podía convertirse. Sin embargo, no podía perder a nadie más que amara como había amado a Blue Jay Woman. De modo que en Leah encontró un compromiso aceptable.

Se quitó la ropa, aquella vez sin reparar en el ruido que hacía. Leah despertó cuando la chaqueta cayó al suelo.

Se sentó sobre la cama y se frotó la cara para desperezarse, pero cuando sus pantalones siguieron el mismo camino que la chaqueta, le hizo un mohín y le dijo:

—Si crees que vas a...

Bran le cerró la boca con la suya, alimentando a la Bestia con su piel, su olor y los sonidos que emitía al dejarse llevar por el placer. Dejó de resistirse tras el primer beso. Cuando terminaron, ella se acurrucó a su lado, temblando ligeramente con las réplicas.

Y la Bestia se sumió en el sueño.

La manada corría a través del bosque petrificado por el frío como la Caza Salvaje de los cuentos: mortal para cualquier criatura que tuviera la mala fortuna de cruzarse en su camino.

Anna se alegró de que ninguna lo hiciera. No le importaba una buena caza, al menos a su lobo interior no le importaba, pero aún tenía en la boca el regusto de la carne y la sangre de Bran que había consumido para cimentar su lugar en la manada. El sabor era dulce y sabroso —lo que inquietó a Anna mucho más que a su lobo— y quería decidir cómo le hacía sentir aquello antes de reemplazarlo con la sangre y la carne de otra criatura.

Charles se había quedado rezagado y ella permaneció a su lado, siguiéndole cuando se separó de la manada. Frente a los otros lobos, se había comportado con solemne dignidad. En cuanto se quedaron solos, Charles le golpeó súbitamente en el costado y Anna cayó al suelo antes de poder recuperar el equilibrio. Y empezaron a jugar. Lo hicieron hasta que ella se dio cuenta de que él tenía las de ganar, y entonces se tumbaron a descansar.

Se habían casado aquella mañana en la pequeña iglesia del pueblo. Sage la llevó en un viaje de emergencia a Missoula el día anterior para que pudiera comprarse un vestido adecuado. Asil le regaló el ramo y decoró la capilla con sus rosas.

No sabía que Charles se había puesto en contacto con su familia hasta que entró en la capilla y vio a su padre esperándola en la nave lateral para acompañarla al púlpito en lugar de Bran. Su hermano estaba junto a los padrinos, al lado de Samuel.

De modo que se había casado con el rostro inundado de lágrimas. El ministro había detenido la ceremonia y le había entregado un pañuelo para que se sonara, lo que le había hecho reír.

El mejor momento, sin embargo, se produjo después de la ceremonia, cuando su padre, alto, delgado y encorvado, señaló a Charles con un dedo y le amenazó con la muerte y el desmembramiento si no cuidaba a su hija como merecía. Todos los lobos que lo oyeron es decir, todos los lobos presentes en la sala habían observado sobrecogidos cómo Charles inclinaba la cabeza como si su padre fuera el Marrok.

Anna se acomodó junto a Charles bajo los árboles, su suave y espeso pelaje contra el suyo. Ahora se daba cuenta de que habían corrido en círculos, ya que se encontraban a poca distancia de la casa de Bran. Distinguió las luces, lo que indicaba que su padre y su hermano estaban aún despiertos, probablemente hablando de ella. Confió en que se sintieran felices. A juzgar por los acontecimientos de los últimos días, aquella nueva vida no iba a ser fácil, pero estaba convencida de que la disfrutaría.

En algún lugar de las montañas, un lobo salvaje llamó a su pareja. Anna se puso en pie de un salto, le acarició el hocico a Charles juguetonamente y ambos echaron a correr, persiguiéndose el uno al otro.

ALFA Y OMEGA

El relato que dio origen a la serie *Alfa y Omega*.

Capítulo 1

El viento era fresco y el frío le helaba las puntas de los pies. Uno de aquellos días iba a dejarse ir y a comprarse unas botas, aunque solo cuando pudiera prescindir de la comida.

Mientras recorría el último kilómetro hasta su casa, Anna se permitió sonreír bajo la protección de la chaqueta. Ciertamente, ser una mujer lobo le daba más fuerza y resistencia, incluso en forma humana. Pero el turno de doce horas que acababa de terminar en el Scorci's era suficiente para que le dolieran incluso *sus* huesos. ¿La gente no tenía cosas mejores que hacer el día de Acción de Gracias que ir a comer a un restaurante italiano?

Tim, el dueño del restaurante, quien, pese a ser irlandés y no italiano, hacía los mejores ñoquis de todo Chicago, le dejaba hacer turnos extra, aunque no le permitía superar las cincuenta horas semanales. El mejor sobresueldo era la comida gratis que tenía en cada turno. Aun así, sospechaba que tendría que buscarse otro empleo para poder cubrir todos los gastos: había descubierto que la vida como mujer lobo era tan cara financiera como personalmente.

Usó las llaves para entrar en el edificio. No había nada en el buzón, así que cogió el correo de Kara y el periódico y subió las escaleras hasta la tercera planta, donde estaba el apartamento de Kara. Cuando abrió la puerta, el gato siamés de Kara, Ratolín, le dirigió una mirada, escupió indignado y desapareció tras el sofá.

Durante seis meses había dado de comer al gato cuando su vecina estaba fuera, lo cual era frecuente desde que Kara empezó a trabajar para una agencia de viajes organizando *tours*. Ratolín aún la odiaba. Desde su escondite la maldecía como solo puede hacerlo un siamés.

Con un suspiro, Anna dejó el correo y el periódico sobre la mesita del comedor, abrió una lata de comida para gatos y la dejó junto al tazón del agua. Se sentó y cerró los ojos. Ya estaba lista para ir a su apartamento, un piso más arriba, pero antes debía esperar a que el gato terminara de comer. Si le dejaba solo, al regresar por la mañana se encontraría la lata intacta. Puede que la odiara, pero Ratolín no comía si no había alguien con él, incluso si era una mujer lobo en la que no confiaba.

Normalmente, encendía el televisor y se quedaba viendo cualquier cosa, pero aquella noche estaba demasiado cansada para hacer el esfuerzo, así que abrió el periódico para comprobar qué había ocurrido desde la última vez que ojeó uno, un par de meses atrás.

Repasó sin interés los titulares de la portada. Sin dejar de protestar, Ratolín salió de su escondite y se dirigió molesto a la cocina.

Al pasar la página, Ratolín supo que lo estaba leyendo de verdad. Anna dio un respingo al ver la foto de un joven. Era una foto tipo carné, obviamente de la escuela,

y a su lado había otra parecida de una chica de su misma edad. El titular rezaba: «La sangre encontrada en la escena del crimen pertenece al adolescente de Naperville desaparecido». Algo inquieta, leyó el resumen del crimen para los que, como ella, se habían perdido los reportajes previos.

Dos meses antes, Alan MacKenzie Frazier había desaparecido del baile del instituto la misma noche en que el cadáver de su cita había sido encontrado en los jardines del instituto. La causa de la muerte era difícil de determinar, ya que el cuerpo de la chica había sido destrozado por animales; los últimos meses, un grupo de animales callejeros había causado problemas en el vecindario. Las autoridades no estaban seguras de sí el chico desaparecido era sospechoso o no. Dado que su sangre también estaba en la escena del crimen, podría ser que fuera otra víctima.

Anna tocó la cara sonriente de Alan Frazier con dedos temblorosos. Ella lo sabía. Lo sabía.

Se levantó precipitadamente de la silla, ignorando los infelices maullidos de Ratolín, y se mojó las muñecas con agua fría para contener las náuseas. *Pobre chico*.

Ratolín tardó una hora en terminarse su comida. Para entonces, Anna había memorizado el artículo y tomado una decisión. Lo supo en cuanto leyó la noticia, pero tardó una hora en reunir el coraje para decidirse: si había aprendido algo en los tres años que llevaba siendo una mujer lobo era que lo mejor es no hacer nada que pueda atraer la atención de uno de los lobos dominantes. Y telefonar al Marrok, quien gobernaba a todos los lobos de Norteamérica, era el modo más rápido de atraer su atención.

No tenía teléfono en su apartamento, así que usó el de Kara. Decidió esperar unos minutos para calmarse, pero como no lo consiguió, marcó el número que tenía apuntado en un trozo de papel arrugado.

Tres tonos. Entonces comprendió que la una de la madrugada en Chicago sería considerablemente distinta en Montana, adonde el prefijo marcado indicaba que estaba llamando. ¿Eran dos o tres horas de diferencia? ¿Las horas eran de más o de menos? Colgó el teléfono precipitadamente.

De todos modos, ¿qué iba a decirle? ¿Que había visto al chico, obviamente víctima del ataque de un hombre lobo, semanas después de su desaparición, en una jaula en casa de su Alfa? ¿Qué pensaba que su Alfa había ordenado el ataque?

Lo único que debía hacer Leo para no recibir sanciones era decirle al Marrok que había encontrado al chico más tarde. Tal vez fue eso lo que ocurrió. Tal vez ella lo estaba proyectando todo desde su propia experiencia.

Anna tampoco sabía si el Marrok se oponía al ataque. Probablemente a los hombres lobo se les permitía atacar a quien quisieran. A ella le había pasado.

Le dio la espalda al teléfono y vio la cara del chico mirándola desde el periódico. Volvió a examinar la fotografía detenidamente y marcó de nuevo el número de teléfono; al menos el Marrok no estaría muy satisfecho con toda la publicidad que había atraído el caso. Esta vez descolgaron el teléfono tras el primer tono.

—Bran.

No sonó muy amenazador.

—Me llamo Anna —dijo ella, deseando que no le temblase la voz.

Hubo un tiempo, pensó con amargura, en que no tenía miedo ni de su sombra. ¿Quién hubiera pensado que convertirse en una mujer lobo la convertiría en una cobarde? Pero ahora sabía que los monstruos eran reales.

Puede que estuviera enfadada consigo misma, pero, en aquel momento, no supo qué más decir. Si Leo se enteraba de que había llamado al Marrok, podría dispararse la bala de plata que había comprado meses atrás ella misma y ahorrarle el esfuerzo.

—¿Llamas desde Chicago, Anna?

Aquello la sorprendió, pero al instante comprendió que debía de tener identificador de llamada en su teléfono. No parecía enfadado, de modo que supuso que no habría interrumpido nada importante; no se parecía a los otros dominantes que había conocido. Tal vez fuera su secretario o algo así. Aquello hizo que se sintiera mejor. El teléfono personal del Marrok no sería algo que circulara alegremente.

La esperanza de que no estuviera hablando con el Marrok la ayudó a serenarse; hasta Leo tenía miedo del Marrok. No se molestó en contestar a su pregunta, él ya conocía la respuesta.

—Me gustaría hablar con el Marrok, pero quizás tú puedas ayudarme.

Hubo una pausa, tras la cual, Bran dijo:

—Yo soy el Marrok, niña.

El pánico regresó con toda su fuerza, pero antes de que pudiera disculparse y colgar, le oyó decir de repente:

—No te preocupes, Anna. No has hecho nada malo. Dime por qué has llamado.

Respiró profundamente, consciente de que era su última oportunidad de ignorar lo que había visto y protegerse. En cambio, le explicó lo del artículo del periódico y que había visto al chico desaparecido en casa de Leo, en una de las jaulas que tenía para los nuevos lobos.

—De acuerdo —murmuró el lobo al otro lado del teléfono.

—No supe que algo iba mal hasta que lo vi en el periódico —dijo ella.

—¿Sabe Leo que viste al chico?

—Sí.

Había dos Alfas en el área de Chicago. Se preguntó cómo sabría de quién estaba hablando.

—¿Cómo reaccionó?

Anna tragó saliva, intentando olvidar lo que pasó después. En cuanto el colega de Leo intervino, el Alfa había terminado de hacerla circular a los otros lobos para satisfacer su capricho, pero esa noche Leo sintió que Justin merecía una recompensa. No tenía que explicarle eso al Marrok, ¿no?

Este le ahorró la humillación precisando la pregunta.

—¿Leo se enfadó porque viste al chico?

—No. Él estaba... contento con el hombre que lo había traído.

Justin aún tenía sangre en la cara y apestaba a la excitación de la cacería.

Leo también se había alegrado cuando Justin trajo a Anna por primera vez. Había sido Justin el que se había enfadado; no supo que no iba a ser una loba sumisa. Los sumisos son los que tienen el rango más bajo de la manada. Justin comprendió rápidamente que había cometido un error al Transformarla. Ella también lo pensó.

—Ya veo.

Por alguna razón tuvo la sensación de que así era.

—¿Dónde estás ahora, Anna?

—En casa de una amiga.

—¿Otra loba?

—No.

Entonces se dio cuenta de que quizás él pensara que le había contado a alguien lo que realmente era, algo que estaba estrictamente prohibido, así que se apresuró a explicarse.

—No tengo teléfono en casa. Mi vecina está fuera y estoy cuidando de su gato. He usado su teléfono.

—Ya veo —dijo él—. Quiero que te mantengas alejada de Leo y de la manada a partir de este momento. Puede que no estés segura si alguien averigua que me has llamado.

Por decirlo suavemente.

—De acuerdo.

—Por cierto —dijo el Marrok—, últimamente he recibido noticias sobre ciertos problemas en Chicago.

Al comprender que lo había arriesgado todo innecesariamente, no prestó mucha atención a lo que dijo a continuación.

—Normalmente hubiera contactado con la manada más cercana. Sin embargo, si Leo está asesinando a gente, no veo por qué el otro Alfa de Chicago no tendría que saberlo. Puesto que Jaimie no ha contactado conmigo, tengo que asumir que los dos Alfas están involucrados de una manera u otra.

—No es Leo el que está creando nuevos lobos —le dijo ella—. Es Justin, su segundo.

—El Alfa es responsable de los actos de su manada —respondió el Marrok con calma—. He enviado a un... investigador. De hecho, aterrizará en Chicago esta misma noche. Me gustaría que te encontraras con él.

Así es como Anna acabó desnuda en plena noche entre dos coches aparcados en el Aeropuerto Internacional de O'Hare. No tenía coche ni dinero para un taxi, pero, trazando una línea recta, su casa solo estaba a unos ocho kilómetros del aeropuerto. Pasaban unos minutos de la medianoche, su lobo tenía el pelaje oscuro y era de complexión bastante pequeña en comparación con los otros lobos, de modo que las

posibilidades de que alguien la viera y pensara que era algo más que un perro callejero eran escasas.

Había refrescado, por lo que temblaba de frío mientras se ponía la camiseta que había traído. No había suficiente espacio en su pequeña mochila para el abrigo tras meter en ella los zapatos, los tejanos y un jersey; todo lo cual era mucho más necesario.

En realidad, nunca había estado antes en O'Hare y tardó unos minutos en encontrar la terminal correcta. Cuando llegó, él ya la estaba esperando.

Tras colgar el teléfono, se había dado cuenta de que el Marrok no le había dado ninguna descripción del investigador. Durante todo el camino hasta allí había estado dándole vueltas a aquello, aunque realmente no hacía falta. No podría haberse confundido nunca. Incluso en la concurrida terminal, la gente se detenía para mirarle, y poco después apartaban la vista con disimulo.

Los nativos americanos, aunque poco habituales en Chicago, no solían llamar tanto la atención como él lo estaba haciendo. Probablemente, ninguno de los humanos que pasaban cerca de él era capaz de explicar por qué sentían aquel impulso, pero Anna lo sabía. Era algo muy común entre los lobos dominantes. Leo también lo ejercía, pero no a ese nivel.

Era alto, incluso más alto que Leo, y llevaba el pelo, de un negro muy intenso, recogido en una gruesa trenza que se balanceaba a la altura de un decorado cinturón de piel. Sus tejanos eran oscuros y parecían nuevos en contraste con sus gastadas botas de *cowboy*. Movi6 ligeramente la cabeza y las luces hicieron relucir unos pendientes de oro.

Sus rasgos, dominados por la juventud y la piel de color teca, eran prominentes y recios y reflejaban una opresiva inexpresividad. Sus ojos oscuros viajaban lentamente por la bulliciosa multitud buscando algo. Se posaron en ella un instante y el impacto que le provocó la dejó sin respiración. Entonces su mirada continuó recorriendo la terminal.

Charles odiaba volar. Especialmente cuando era otro el que pilotaba. Había pilotado el pequeño *jet* hasta Salt Lake City, ya que, de haber aterrizado en Chicago, habría alertado a su presa, y prefería coger a Leo desprevenido. Además, tras la clausura de Meigs Field, había dejado de volar hasta Chicago, y en los aeropuertos de O'Hare y Midway había demasiado tráfico.

Odiaba las grandes ciudades. Había demasiados olores que obstruían su olfato, demasiados ruidos. Captaba fragmentos de cientos de conversaciones diferentes sin pretenderlo, lo que podía impedirle percibir el sonido de alguien acercándose sigilosamente. Alguien chocó con él cuando bajaba del avión y tuvo que contenerse para no devolverle el golpe. Aunque volar a O'Hare por la noche evitaba las aglomeraciones, había demasiada gente para su gusto.

También odiaba los móviles. Cuando encendió el suyo después de que el avión aterrizara, tenía un mensaje de su padre. Ahora, en lugar de dirigirse hacia el mostrador de alquiler de coches y después a su hotel, debía encontrar a una mujer y quedarse con ella para evitar que Leo o los otros lobos la mataran. Todo lo que tenía era un nombre de pila. Bran no había creído necesario darle una descripción.

Se detuvo tras la puerta de seguridad y dejó que su mirada fuera a la deriva, esperando que su instinto diera con la mujer. Podía oler la presencia de otro lobo, pero la ventilación del aeropuerto bloqueaba su habilidad de localizar el rastro. Su mirada se posó primero en una joven con aspecto de irlandesa, pelo rizado color *whisky* y aspecto de alguien que es golpeado con regularidad. Parecía cansada, fría y demasiado delgada. No le gustó lo que vio. Demasiado enfadado para estar seguro, se obligó a mirar a otro lado.

Había una mujer enfundada en un traje que armonizaba perfectamente con su piel color chocolate. Aunque no tenía aspecto de llamarse Anna, parecía ser el tipo de persona que desafiaría a su Alfa y telefonaría al Marrok. Era evidente que estaba buscando a alguien. Hizo ademán de dirigirse hacia ella, pero su rostro se transformó al no reconocer en ella a la persona a la que había estado esperando.

Inició un segundo barrido de la terminal cuando, desde su izquierda, una voz delicada e insegura dijo:

—Señor, ¿acaba de llegar de Montana?

Era la chica de pelo color *whisky*. Debió de acercarse a él mientras miraba hacia otro lado, algo que no hubiera podido hacer de no estar en medio del maldito aeropuerto.

Al menos no tenía que buscar más al contacto de su padre. Con ella tan cerca, ni las corrientes de ventilación podían ocultar que era una mujer lobo. Pero no fue solo su olfato el que le dijo que era algo más que aquello.

Al principio pensó que era sumisa. Muchos hombres lobo eran más o menos dominantes. La gente dulce por naturaleza no estaba suficientemente preparada para sobrevivir al brutal cambio de humano a licántropo. Por eso existían tan pocos hombres lobos sumisos.

Entonces comprendió que el repentino cambio de humor y su deseo irracional de protegerla de la multitud que les rodeaba eran indicios de algo más. Aunque muchos se equivocaban con ella, no era una loba sumisa: era una Omega.

Justo entonces supo que, aparte de la misión que le había llevado a Chicago, iba a matar al responsable de aquellos moratones.

De cerca era aún más impresionante. Podía sentir su energía recorriéndole el cuerpo suavemente como una serpiente degustando su presa. Anna mantuvo la mirada baja mientras esperaba su respuesta.

—Soy Charles Cornick —dijo él—. El hijo del Marrok. Tú debes de ser Anna.

Ella asintió.

—¿Has venido en coche o has cogido un taxi?

—No tengo coche —dijo ella.

Él gruñó algo que ella no llegó a entender.

—¿Sabes conducir?

Anna asintió.

—Bien.

Anna conducía bien, aunque era demasiado prudente. Aunque no le importaba, se agarró con fuerza a la guantera del coche alquilado. No dijo nada cuando le pidió que fueran a su apartamento, pero había percibido su consternación.

Le podría haber dicho que su padre le había dado instrucciones de mantenerla viva, si podía, y para hacer eso debía permanecer a su lado. No quería asustarla más de lo que ya estaba. También le podría haber dicho que no tenía intención alguna de acostarse con ella, pero no quería mentirle. Y, sobre todo, no quería mentirse a sí mismo. Por eso se mantuvo en silencio.

Cuando se incorporaron a la autopista en el todoterreno alquilado, el Hermano Lobo pasó de sentir una furia asesina, causada por el bullicio del vuelo, a dejarse llevar por una satisfacción y una calma completamente nuevas para Charles. Los dos lobos Omega que había conocido a lo largo de su vida habían hecho algo similar en él, pero no con semejante intensidad.

Esto debe de ser lo más parecido a sentirse totalmente humano.

La furia y cautela de cazador que su lobo siempre demostraba eran apenas un recuerdo, dejando solo la determinación de acercarse a ella para aparearse. Aquello también era nuevo para él.

Aunque era muy guapa, lo que deseaba realmente era alimentarla y suavizar la rigidez de sus hombros. El lobo quería llevársela a la cama y reclamarla como suya. Pero, al ser más cauteloso que su lobo, esperaría a conocerla un poco mejor antes de cortejarla.

—Mi piso no es gran cosa —dijo ella con un esfuerzo evidente por romper el silencio.

La aspereza de su voz le indicó que su garganta estaba seca.

Tenía miedo de él. Aunque nunca le había gustado, era el matón de su padre, por lo que estaba habituado a despertar aquel tipo de sentimiento en la gente.

Se apoyó en la puerta del coche y contempló las luces de la ciudad. Quería darle espacio para que se sintiera más cómoda cuando decidiera mirarlo. Había guardado silencio para que ella se acostumbrara a su presencia, aunque ahora empezaba a pensar que podría haber sido un error.

—No te preocupes —dijo él—. No soy maniático. Da igual como sea tu piso porque sin duda será más civilizado que el poblado indígena donde crecí.

—¿Un poblado indígena?

—Soy más viejo de lo que parece —dijo él sonriendo ligeramente—. Hace doscientos años un poblado indígena era algo bastante extravagante en Montana.

Como a muchos otros lobos viejos, no le gustaba hablar del pasado, pero sabía que aquello ayudaría a Anna a tranquilizarse.

—Había olvidado que podías ser más viejo de lo que aparentas —dijo ella excusándose.

Había captado su sonrisa, pensó él, porque el nivel de su miedo se redujo considerablemente.

—En la manada de Chicago no hay lobos tan viejos.

—Hay algunos —discrepó él, dándose cuenta de que ella había dicho «*la* manada» y no «*mi* manada».

Leo tenía setenta u ochenta años y su mujer muchos más. Edad suficiente para apreciar el regalo que significaba poseer a una Omega. Por el contrario, habían permitido que la convirtieran en aquella chica degradada que se encogía cuando la mirabas demasiado tiempo.

—Puede ser complicado saber la edad exacta de un lobo. A la mayoría no nos gusta hablar del tema. Ya es bastante duro adaptarse sin tener que hablar constantemente sobre tiempos pasados.

Anna no dijo nada, por lo que pensó en otro tema del que pudieran hablar. Las conversaciones no eran su fuerte; las dejaba para su padre y su hermano, ambos muy buenos conversadores.

—¿De qué tribu eres? —preguntó ella antes de que él encontrara un nuevo tema—. No sé mucho sobre las tribus de Montana.

—Mi madre era salish —dijo él—. De la tribu Cabeza-Plana.

Anna le dirigió una rápida mirada a su frente con total naturalidad. Ah, pensó él aliviado, una buena historia que contarle.

—¿Sabes por qué los Cabezas-Planas se llaman así?

Ella negó con la cabeza. Su expresión era tan solemne que se sintió tentado de burlarse de ella. Pero no se conocían lo suficiente, de modo que le contó la verdad.

—Muchas de las tribus indígenas de la Cuenca del Columbia, la mayoría de ellos salish, solían aplanar las frentes de los recién nacidos; los Cabezas-Planas eran una de las pocas que no lo hacían.

—Entonces, ¿por qué son ellos los que se llaman Cabezas-Planas? —preguntó ella.

—Porque las otras tribus en realidad no pretendían aplanar la frente sino crear un pico en la parte superior de la cabeza. Como los Cabezas-Planas no lo hacían, las otras tribus empezaron a llamarlos de ese modo. No era un cumplido.

El olor de su miedo iba disminuyendo mientras él hablaba.

—Nosotros éramos los feos, los primos bárbaros, ¿sabes? —Se echó a reír—. Irónicamente, los esclavistas blancos malinterpretaron el nombre. Fuimos difamados

durante mucho tiempo por una práctica que no realizábamos. Así que los hombres blancos, como nuestros primos, nos consideraban unos bárbaros.

—Has dicho que tu madre era salish —dijo ella—. ¿El Marrok también es nativo americano?

Él negó con la cabeza.

—Mi padre es gales. Vino a cazar pieles en la época de los tramperos y se quedó porque se enamoró del olor de los pinos y de la nieve.

Su padre se lo había dicho con esas mismas palabras. Charles descubrió que volvía a sonreír sin que le doliera la cara, esta vez una sonrisa de verdad, y notó cómo ella se relajaba aún más. Tendría que llamar a su hermano, Samuel, para decirle que finalmente había aprendido a sonreír sin que el rostro se le cuarteara. Solo había necesitado a una loba Omega para conseguirlo.

Anna torció en un callejón y se introdujo en un pequeño aparcamiento tras uno de los omnipresentes edificios de ladrillo de cuatro plantas que inundaban los viejos suburbios de aquella parte de la ciudad.

—¿En qué barrio estamos? —preguntó él.

—En Oak Park —dijo ella—. El hogar de Frank Lloyd Wright, Edgar Rice Burroughs y Scorci's.

—¿Scorci's?

Ella asintió y salió del coche.

—El mejor restaurante italiano de Chicago y mi actual lugar de trabajo.

Ah, por eso huele a ajo.

—¿De modo que tu opinión es imparcial?

Charles salió del coche aliviado. Su hermano se burlaba de él porque no le gustaban los coches, pese a saber que existían pocas probabilidades de morir si tenía un accidente grave. Charles no tenía miedo de morir, simplemente le parecía que los coches corrían demasiado. Le impedía reconocer el terreno por el que circulaba. Y si le apetecía echar una cabezadita mientras viajaba, los coches no podían hacer solos el camino. Por eso prefería los caballos.

Después de que él sacara su equipaje del maletero, Anna cerró el coche con llave. El coche emitió un pitido, y Charles se sobresaltó y no ocultó su aspecto irritado. Cuando se dio la vuelta, Anna tenía la vista clavada en el suelo.

La ira, que en su presencia había desaparecido, reapareció en cuanto sintió la fuerza de su miedo. Alguien la había traumatizado.

—Lo siento —susurró ella.

Si en aquel momento hubiera estado en forma de lobo, tendría la cola entre las piernas.

—¿Por qué? —preguntó él, incapaz de ocultar su enfado—. ¿Porque me asustan los coches? No es culpa tuya.

Se vio obligado a controlar a su lobo, y entonces comprendió que en aquella ocasión tendría que ser más prudente. Normalmente, cuando su padre lo enviaba a

resolver algún problema, no tenía demasiadas dificultades. Sin embargo, con una loba Omega herida tan cerca, tendría que hacer un mayor esfuerzo por controlar su temperamento.

—Anna —dijo él en cuanto volvió a tener todo bajo control—, soy el sicario de mi padre. Es mi trabajo como su segundo. Pero eso no significa que me guste. No te haré daño, te doy mi palabra.

—Sí, señor —dijo ella sin creerle.

Charles recordó que en aquellos tiempos la palabra de un hombre no tenía mucho valor. Le ayudó a controlarse el hecho de percibir en ella la misma cantidad de ira que de miedo; aún no estaba anulada del todo.

Decidió no insistir al comprender que acabaría provocando el efecto contrario, Ella debería aceptar que él era un hombre de palabra. Mientras tanto, le daría algo en lo que pensar.

—Además —dijo él suavemente—, mi lobo está más interesado en cortejarte que en imponer su dominio.

Charles sonrió cuando percibió que tanto su miedo como su enfado habían desaparecido, siendo sustituidos por la sorpresa... y por algo que podría ser un principio de interés.

Anna abrió la puerta principal del edificio, entró antes que él y subió las escaleras sin dirigirle la mirada. Al llegar a la segunda planta, su olor no desprendía ninguna emoción, aparte del cansancio.

Se dio cuenta de que a Anna le costó un gran esfuerzo subir las escaleras hasta el ático. Su mano temblaba al intentar meter la llave en el cerrojo de una de las dos puertas del rellano. Debería alimentarse mejor. Los hombres lobo no deberían estar tan delgados; podría ser peligroso para los que le rodeaban.

Era un ejecutor, se dijo Anna, enviado por su padre para resolver los problemas que surgían en la comunidad de hombres lobo. Para sobrevivir en aquel trabajo, debía de ser incluso más peligroso que Leo. Anna podía sentir cuán dominante era, y sabía cómo eran los dominantes. Tenía que estar alerta, preparada para el más mínimo movimiento agresivo, dispuesta a soportar el dolor y el pánico, porque huir sería aún peor.

Entonces, ¿por qué se sentía más segura cuanto más tiempo pasaba con él?

Charles la siguió escaleras arriba sin decir una palabra, y Anna decidió no disculparse más por su apartamento. Al fin y al cabo, había sido idea suya pasar allí la noche y acabar durmiendo en un futón doble en lugar de en una agradable cama de hotel. No sabía qué ofrecerle para comer; esperaba que hubiera comido algo durante el vuelo. Al día siguiente iría a comprar algunas cosas, después de cobrar el cheque de Scorci's que había dejado en la puerta de la nevera.

Tiempo atrás, el ático estaba dividido en dos pisos de dos habitaciones, pero, en los setenta, alguien había hecho reformas y los había convertido en un piso de tres habitaciones y un estudio.

Su apartamento parecía usado y vacío, sin más muebles que un futón, una mesita y un par de sillas plegables. El suelo de parquet era lo único que lo hacía un poco acogedor.

Anna miró a Charles detenidamente cuando entró en el apartamento tras ella, pero comprendió que sabía controlar muy bien sus emociones. Aunque no pudo adivinar lo que pensaba, no le costó mucho imaginárselo al ver cómo miraba fijamente el futón, que era perfecto para ella pero demasiado pequeño para él.

—El cuarto de baño está ahí —dijo ella innecesariamente porque la puerta estaba abierta y se podía ver con claridad.

Él asintió mientras la observaba con los ojos opacos por la pobre iluminación.

—¿Tienes que trabajar mañana? —preguntó él.

—No. No trabajo hasta el sábado.

—Bien. Entonces podemos hablar por la mañana.

Charles cogió su pequeña maleta y se fue al cuarto de baño.

Mientras Anna buscaba en el armario una manta vieja y volvía a considerar que una alfombra barata sería mucho mejor que el pulido parquet, bonito pero demasiado frío y duro para dormir sobre él, hizo todo lo posible para aislarse de los extraños sonidos que producía otra persona disponiéndose a ir a la cama.

La puerta se abrió mientras seguía de rodillas en el suelo intentando extender la manta a modo de colchón lo más lejos posible de la cama.

—Puedes dormir en la cama —empezó a decir y, al darse la vuelta, se encontró cara a cara con un enorme lobo de pelaje marrón rojizo.

Le meneó la cola y sonrió ante su obvia sorpresa, antes de rozarla al pasar para acostarse en la manta. Se acomodó sobre ella, apoyó la cabeza en sus patas delanteras y cerró los ojos; aparentemente, se quedó dormido al instante. Pese a que Anna sabía que no era así, no se movió, ni le miró cuando fue al cuarto de baño o cuando salió vestida con un chándal más grueso.

No podría dormir con un hombre en su apartamento, pero, de algún modo, el lobo le resultaba menos amenazador. *Aquel* lobo. Pasó el pestillo de la puerta, cerró la luz y se arrastró hasta la cama sintiéndose más segura de lo que lo había estado desde el día en que descubrió que el mundo estaba lleno de monstruos.

Al principio, los pasos que oyó en la escalera a la mañana siguiente no le preocuparon. La familia que vivía en el apartamento de enfrente se pasaba el día y la noche entrando y saliendo. Se cubrió la cabeza con la almohada para amortiguar el ruido, pero entonces reconoció la manera de caminar de Kara y recordó que había un hombre lobo en su apartamento. Se incorporó repentinamente y miró a Charles.

El lobo era mucho más hermoso a la luz del día que por la noche; sus negras patas realizaban el rojo de su pelaje. Irguió la cabeza cuando Anna se incorporó y se levantaron al mismo tiempo.

Cuando Kara llamó a la puerta, Anna le indicó que se mantuviera callado.

—Anna, ¿estás ahí? ¿Sabes que alguien ha aparcado otra vez en tu plaza de *parking*? ¿Quieres que llame a la grúa o tienes un hombre ahí dentro?

Kara estaba esperando al otro lado de la puerta.

—Estoy aquí. Espera un minuto.

Miró a su alrededor frenéticamente buscando un sitio donde esconder al hombre lobo. No cabía en el armario y si cerraba la puerta del cuarto de baño, Kara querría saber por qué lo había hecho. Además, exigiría saber por qué tenía un perro del tamaño de un labrador, aunque menos amigable, en su sala de estar.

Le echó una rápida mirada a Charles y se dirigió hacia la puerta mientras él se encaminaba al cuarto de baño. Cuando oyó que la puerta del baño se cerraba, descorrió el pestillo de la puerta del apartamento.

—He vuelto —dijo Kara al entrar, dejando un par de bolsas sobre la mesa.

Su piel estaba más bronceada de lo habitual por la semana que había pasado bajo el sol tropical.

—De camino a casa he comprado algo para desayunar juntas. No comes suficiente.

Su mirada se dirigió a la puerta cerrada del cuarto de baño.

—Tienes a alguien ahí. —Sonrió, pero sus ojos mostraban preocupación. Kara nunca le había ocultado que Justin no le gustaba. Anna le había dicho que era un antiguo novio—. Mmm...

Anna era consciente de que Kara no se marcharía hasta saber quién había en el cuarto de baño. Por alguna razón, la había protegido desde el primer día que se mudó allí, poco después de su Transformación.

Justo en aquel momento, Charles abrió la puerta del baño y preguntó:

—Anna, ¿tienes una goma de pelo?

Aunque Anna sabía que era imposible, estaba totalmente vestido y en forma humana. Habían pasado menos de cinco minutos desde que entró en el baño, y un hombre lobo necesita más tiempo para recuperar su forma humana.

Lanzó una mirada desesperada a Kara, pero su vecina estaba demasiado ocupada observando al hombre de pie en la puerta del baño para percibir la sorpresa en el rostro de Anna.

El hecho de que Kara estuviera embobada le permitió observar a Charles con más detenimiento; debía admitir que, con su larga y espesa melena color azabache suelta hasta la cintura, dando la extraña sensación de estar desnudo pese a llevar una camisa de franela y tejanos, invitaba a que le observaran. Sonrió brevemente a Kara antes de volver a centrar su atención en Anna.

—No sé dónde he puesto la mía. ¿Tienes alguna?

Anna asintió desconcertada y entró en el cuarto de baño. ¿Cómo se había transformado tan rápido? Pero no podía preguntárselo mientras Kara siguiera en el apartamento.

Olía bien. Incluso después de tres años, le resultaba extraño percibir aquellas cosas de la gente. Normalmente intentaba ignorar lo que su olfato le decía, aunque en este caso tuvo que esforzarse para no detenerse a disfrutar de aquel olor tan embriagador.

—¿Y tú quién eres? —oyó preguntar a Kara con desconfianza.

—Charles Cornick.

Por el tono de voz, Anna no podía saber si le había molestado o no el recelo de Kara.

—¿Y tú eres...?

—Es Kara, la vecina de abajo —dijo Anna dándole la goma de pelo y marchándose a la sala de estar.

—Lo siento, os tendría que haber presentado. Kara, este es Charles Cornick. Ha venido a visitarme desde Montana. Charles, Kara Mosley, mi vecina de abajo. Ahora daros la mano y portaros bien.

Había amonestado a Kara, la cual podía ser muy seca si alguien no le gustaba. Charles levantó una ceja sorprendido y divertido a la vez, antes de darse la vuelta y ofrecerle a Kara su enorme mano.

—¿Desde Montana? —preguntó Kara al estrechársela firmemente.

Charles asintió y empezó a hacerse una trenza con rapidez, demostrando su práctica.

—Mi padre me envió porque se enteró de que alguien estaba molestando a Anna. Con aquello, Anna supo que se había ganado a Kara.

—¿Justin? ¿Te vas a ocupar de esa rata?

Kara miró a Charles con aprobación.

—Pareces estar en buena forma, no me malinterpretes, pero Justin es todo un personaje. Viví en Cabrini Green hasta que mi madre fue lista y se casó con un buen hombre. La gente como Justin crece como un depredador, es el tipo de persona al que le encanta la violencia. La primera vez que le vi, recordé lo que me había ocurrido veinte años atrás. Ya había hecho daño a otra gente y disfrutaba con ello. No lo vas a asustar solo con un aviso.

Charles puso cara de satisfacción, lo que transformó completamente su apariencia.

—Gracias por el consejo —le dijo.

Kara asintió majestuosamente.

—Como conozco a Anna, sé que no hay nada de comida en su apartamento. Tienes que alimentarla. Hay panecillos y queso cremoso en las bolsas que he dejado sobre la mesa. Y no, no pretendo quedarme. Tengo una semana de trabajo por delante, pero no me puedo marchar sin saber que Anna ha comido algo.

—Me ocuparé de que lo haga —dijo Charles con la sonrisa aún en el rostro.

Kara alargó el brazo para darle una palmadita de agradecimiento en la mejilla.

—Gracias.

Kara le dio un rápido abrazo a Anna y sacó un sobre de su bolsillo que dejó sobre la mesa, junto a las bolsas.

—Esto es por cuidar del gato. Así no tengo que dejarlo en la residencia de animales, con todos esos perros a los que odia, y pagando cuatro veces más. Si no lo aceptas, la próxima vez lo llevaré a la residencia solo para que te sientas culpable.

Tras aquello, se marchó.

Arma esperó hasta oír los pasos en la planta de abajo y entonces dijo:

—¿Cómo te has transformado tan rápido?

—¿Quieres ajo o arándanos? —preguntó Charles abriendo una bolsa.

Cuando vio que no iba a responder, apoyó las manos sobre la mesa y suspiró.

—¿Quieres decir que no has oído la historia del Marrok y su dama indígena?

Anna no pudo entender el tono de su voz ni descifrar la expresión de su rostro.

—No —respondió ella.

Charles soltó una breve carcajada aunque Anna no encontró la gracia por ningún lado.

—La belleza de mi madre le salvó la vida. Estaba recogiendo hierbas cuando sorprendió a un alce. Este la atacó violentamente. Mi padre, atraído por el ruido, fue hasta allí y le salvó la vida convirtiéndola en una mujer lobo.

Charles cogió los panecillos y los puso en la mesa usando las servilletas como platos. Se sentó y le indicó que hiciera lo mismo.

—Empieza a comer y te contaré el resto de la historia.

Le ofreció el de arándanos. Anna se sentó frente a él y le dio un bocado.

Charles asintió con satisfacción y continuó.

—Aparentemente era uno de esos amores a primera vista por ambas partes. Ninguno de los dos hablaba el idioma del otro, por lo que el amor que sentían se basaba en su belleza. Todo fue bien hasta que se quedó embarazada. El padre de mi madre era un chamán y le ayudó a conservar su humanidad hasta que yo nací. Entonces, cada mes, cuando mi padre y mi hermano cazaban bajo la luna, mi madre permanecía en su forma humana. Y con cada luna se hacía más y más débil. Mi padre discutió con ella y con su padre, preocupado porque se estaba matando.

—¿Por qué lo hacía? —preguntó Anna.

Charles frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo hace que eres una mujer lobo?

—Tres años hizo el pasado agosto.

—Las mujeres lobo no pueden tener hijos —dijo él—. El cambio es demasiado duro para el feto. Mueren al tercer o cuarto mes.

Anna le miró fijamente. Nadie le había contado aquello.

—¿Estás bien?

No sabía qué contestarle. No es que estuviera planeando tener hijos, especialmente con lo extraña que había sido su vida en los últimos tres años. Pero tampoco había planeado *no* tenerlos.

—Deberían habértelo explicado antes de decidir que querías Transformarte —dijo él.

Ahora fue Anna la que soltó una carcajada.

—Aquí nadie explica nada. Por favor, continúa con la historia.

Charles la contempló un buen rato y luego asintió con solemnidad.

—A pesar de las protestas de mi padre, ella esperó hasta mi nacimiento. Debilitada por la magia durante la lucha contra la llamada de la luna, no logró sobrevivir. Nací siendo un hombre lobo, no me transformaron como al resto, lo que me dotó de ciertas habilidades, como transformarme rápidamente.

—Eso estaría bien —dijo ella con convencimiento.

—Sigue siendo doloroso —añadió él.

Anna jugaba con un trozo de panecillo.

—¿Buscarás al chico desaparecido?

Su rostro se endureció.

—No. Sabemos dónde está Alan Frazier.

Algo en su voz se lo dijo.

—¿Está muerto?

Charles asintió.

—Hay gente muy buena investigando su muerte. Encontrarán a los responsables. Fue transformado sin su consentimiento y la chica que iba con él fue asesinada. Después lo vendieron como conejillo de indias. La persona responsable pagará por sus crímenes.

Anna iba a preguntarle algo más cuando la puerta del apartamento se abrió violentamente y golpeó contra la pared. Justin apareció en el umbral de la puerta.

Había estado escuchando a Charles tan atentamente que no había oído a Justin subir las escaleras. Había olvidado cerrar la puerta con el pestillo después de que se marchara Kara. Tampoco hubiera servido de mucho, ya que Justin tenía la llave.

Anna no pudo evitar sobresaltarse cuando Justin entró en el apartamento como si fuera el propietario.

—Día de pago —dijo él—. Me debes un cheque.

Miró a Charles.

—Lárgate, la señora y yo tenemos negocios que tratar.

Anna no podía creer que Justin hubiera empleado aquel tono con Charles. Lo observó para ver su reacción y comprendió que Justin había metido la pata.

Charles estaba entretenido con su plato, con la vista fija en la mesa. Ocultaba la fuerza de su asombrosa personalidad.

—No voy a largarme —murmuró sin levantar la mirada—. Tal vez necesite mi ayuda.

Justin hizo una mueca.

—¿Dónde le has encontrado, zorra? Ya verás cuando le diga a Leo que has encontrado a un perro callejero y no se lo has dicho.

Se aproximó a Anna y la agarró del pelo. La levantó de la silla y la empujó contra la pared, arrinconándola con un desagradable gesto sexual y violento mientras acercaba su cara a la de ella.

—Puede que decida volver a castigarte. Me encantaría.

Anna recordó la última vez que le castigaron y no pudo ocultar su miedo. Anna percibió cómo Justin disfrutaba con su pánico.

—Me parece que esta vez no va a ser ella quien reciba el castigo —dijo Charles en voz baja.

Anna se tranquilizó, porque sabía que Charles no permitiría que Justin le hiciera daño. No podía explicar cómo lo sabía. Había descubierto que, aunque un lobo no le hiciera daño, no significaba que fuera a protegerla.

—No te he dado permiso para hablar —gruñó Justin, volviendo la cabeza hacia el otro hombre—. Me ocuparé de ti en cuanto acabe con ella.

Charles se levantó con calma. Anna pudo oír cómo se limpiaba las manos con la servilleta.

—Creo que ya has terminado aquí —dijo Charles con una voz completamente diferente—. Suéltala.

Anna notó en los huesos el poder de sus palabras, calentando su estómago que se había helado del miedo. Justin disfrutaba más haciéndole daño que forzándola. Anna había luchado hasta que comprendió que aquello le satisfacía incluso más. No había tardado mucho en aprender que no tenía ninguna posibilidad de ganarle. Justin era más fuerte y más rápido, y la única vez que consiguió soltarse, el resto de la manada la sujetó para él.

Tras las palabras de Charles, Justin la soltó tan rápido que Anna se tambaleó, aunque aquello no impidió que se alejara todo lo que pudo hasta llegar a la cocina. Cogió el rodillo de mármol, que había sido de su abuela, y lo agarró con recelo.

Justin estaba de espaldas, pero Charles vio su arma y le dedicó una breve sonrisa antes de centrar su atención en Justin.

—¿Quién diablos eres? —escupió Justin. Anna percibió el miedo que se ocultaba tras su ira.

—Podría hacerte la misma pregunta —dijo Charles—. Tengo una lista con todos los hombres lobo de las manadas de Chicago y tu nombre no está en ella. Pero eso es solo una parte de los asuntos que me han traído aquí. Vuelve a casa y dile a Leo que Charles Cornick quiere hablar con él. Me encontraré con él esta tarde, en su casa, a las siete. Puede traer a sus seis primeros y a su pareja, pero no al resto de la manada.

Para sorpresa de Anna, Justin emitió un gruñido y se marchó sin más protestas.

Capítulo 2

El lobo que tanto había intimidado a Anna no deseaba marcharse, pero no era suficientemente dominante para hacer algo con Charles en el apartamento. Por eso, Charles esperó algunos segundos y después lo siguió silenciosamente por las escaleras.

En el piso inferior encontró a Justin a punto de llamar a una puerta. Charles estaba bastante seguro de que era la de Kara. No le sorprendió que Justin buscara otra manera de castigar a Anna por su forzada retirada. Charles golpeó el suelo con su bota y vio cómo el otro lobo se quedaba completamente rígido y bajaba el brazo.

—Kara no está en casa —dijo Charles—, y no sería aconsejable hacerle daño.

Charles se preguntó si debía matarlo allí mismo... Pero tenía una reputación que su padre no podía permitirse que perdiera. Solo podía matar a aquellos que infringían las reglas del Marrok, y solo después de que quedara demostrada su culpabilidad.

Anna le había dicho a su padre que Justin era el lobo que había Transformado a Alan MacKenzie Frazier en contra de su voluntad, pero, como en aquella manada se producían tantas irregularidades, podrían considerarse circunstancias atenuantes. Anna era una mujer lobo desde hacía tres años y nadie le había dicho que no podría tener hijos. Si Anna sabía tan poco, era probable que aquel lobo tampoco conociera las reglas.

Ignorara o no sus crímenes, Charles deseaba matarlo. Cuando Justin se dio la vuelta, Charles lo fulminó con la mirada y vio cómo el otro lobo palidecía de repente y empezaba a bajar las escaleras.

—Ve a darle el mensaje a Leo —dijo Charles.

Le hizo saber a Justin que lo estaba siguiendo, para que supiera qué se sentía al ser la presa de un depredador más violento que él.

Justin era un tipo duro. Mientras bajaba la escalera, se iba girando para enfrentarse a Charles, aunque solo con la mirada, viéndose forzado a continuar adelante. La persecución despertó al lobo de Charles, quien, aún molesto por el modo en que Justin había tratado a Anna, permitió que saliera a la superficie un poco más de lo estrictamente necesario. La lucha se detuvo en la puerta principal, donde dejó que Justin se marchara libremente. La cacería había sido demasiado corta.

Al lobo de Charles tampoco le había gustado ver a Anna asustada. Reclamaba sangre, y Charles tuvo que poner en práctica todo su autocontrol para no matar a Justin en el apartamento. Solo la firme sospecha de que Anna podría volver a tenerle miedo le ayudó a permanecer sentado hasta estar seguro de que podía controlarse.

Subir los cuatro pisos debería darle tiempo para tranquilizar a su lobo. Podría haberlo hecho, pero Anna le esperaba en el tercer piso con el rodillo en la mano.

Se detuvo a medio camino y Anna se dio la vuelta y empezó a subir sin decir una palabra. La siguió hasta la cocina de su apartamento, donde dejó el rodillo junto al pote de los cuchillos.

—¿Por qué el rodillo y no un cuchillo? —preguntó él con la voz áspera por la necesidad de acción.

Le dirigió la primera mirada tras el encuentro en las escaleras.

—Un cuchillo no lo detendría, pero los huesos necesitan tiempo para curarse.

Aquello le gustó. ¿Quién hubiera pensado que le excitaría una mujer con un rodillo?

—Muy bien —dijo él—. Muy bien.

Se dio la vuelta súbitamente y dejó a Anna en la cocina, porque si permanecía allí tendría que cogerla y seducirla, El apartamento no era suficientemente grande para andar de un lado a otro o para poner distancia entre ellos. Su olor, una mezcla de miedo y excitación, era peligroso. Necesitaba una distracción.

Se sentó en una silla y se reclinó sobre las patas traseras de la misma. Cruzó sus manos detrás de la nuca adoptando una postura relajada, entrecerró los ojos y dijo:

—Quiero que me hables de tu Transformación.

No le pasó desapercibido que la pregunta hizo estremecer a Anna. Algo malo había ocurrido durante su Transformación. Se concentró en eso.

—¿Por qué? —preguntó ella desafiante.

Imaginó que todavía estaba alterada por la visita de Justin. Anna se dio la vuelta y se encogió pensando que la ira le haría explotar.

Charles cerró los ojos. No podía más. Estaba a punto de dejar a un lado toda la caballerosidad que su padre le había enseñado y tomarla allí mismo, estuviera dispuesta o no. Pensó que eso le enseñaría a no tenerle miedo.

—Necesito saber cómo funciona la manada de Leo —dijo él pacientemente, aunque en aquel momento le importaba poco—. Prefiero que me des tu opinión primero y luego ya haré preguntas. Me dará una idea más clara de lo que está haciendo y por qué.

Anna lo miró cautelosa pero Charles ni se inmutó. Todavía podía oler la rabia en el ambiente, aunque podía ser una reminiscencia de la presencia de Justin. Charles también estaba excitado; Anna se encontró respondiendo a su pregunta aunque sabía que era el habitual resultado de la victoriosa confrontación entre machos. Como Charles lo estaba ignorando, ella también podía hacerlo.

Respiró profundamente y el olor de Charles llenó sus pulmones.

Tras aclararse la garganta, se esforzó por encontrar el principio de su historia.

—Trabajaba en una tienda de música en el Loop cuando conocí a Justin. Me dijo que era guitarrista, como yo, y empezó a venir varias veces por semana a comprar cuerdas, CD... pequeñas cosas. Flirteaba conmigo y hacía bromas.

Se dio cuenta de lo insensata que había sido.

—Pensaba que era buen chico, de modo que, cuando me invitó a comer, acepté.

Anna miró a Charles; parecía estar a punto de dormirse. Los músculos de sus hombros estaban relajados y su respiración era lenta y calmada.

—Tuvimos un par de citas. Me llevó a un pequeño restaurante cerca de un parque, una de las reservas forestales. Cuando terminamos, fuimos a dar una vuelta por el bosque «para contemplar la luna», según me dijo.

Incluso ahora, después de tanto tiempo, era consciente de la tensión en su voz.

—Me pidió que esperara un momento, que volvería enseguida.

Recordó que Justin se había excitado, que estaba casi frenético con las emociones contenidas. Se había palpado los bolsillos y le había dicho que había olvidado algo en el coche. Anna se temía que fuera a buscar un anillo de compromiso. Mientras esperaba, ensayó diversas formas amables de rechazar su propuesta. Tenían muy poco en común, y casi ninguna química. Aunque parecía agradable, había algo en él que no le cuadraba, y su instinto le decía que tenía que romper con él.

—Como tardaba mucho, decidí ir al coche cuando, de repente, oí algo entre los arbustos.

Sintió un cosquilleo en la cara, igual que aquella noche.

—¿No sabías que era un hombre lobo?

La voz de Charles le recordó que se encontraba a salvo, en su apartamento.

—No, pensaba que era solo una leyenda.

—Cuéntame qué ocurrió después del ataque.

No tenía que explicarle cómo Justin la había acechado durante una hora, mareándola de un lado a otro y evitando que se acercara a la salida del bosque. Solo quería saber cosas sobre la manada de Leo. Anna disimuló el alivio que le produjo aquello.

—Me desperté en casa de Leo. Al principio estaba muy excitado; su manada solo tiene otra mujer. Entonces descubrieron lo que era.

—¿Y qué eres, Anna?

Pensó que su voz era como el humo, suave y ligera.

—Sumisa —dijo ella—, la categoría más baja. —Y entonces, con los ojos cerrados, añadió—: Inútil.

—¿Eso es lo que te dijeron? —preguntó él pensativo.

—Es la verdad.

Debería estar más disgustada por eso; los lobos que no la odiaban la trataban con lástima. Pero no quería ser dominante y tener que luchar y hacer daño a la gente.

Como Charles no dijo nada, continuó con su historia, esforzándose por recordar todos los detalles.

Él hizo algunas preguntas:

—¿Quién te ayudó a controlar a tu lobo? (Nadie, lo hizo por su cuenta. Le dijeron que era otra prueba que demostraba que no era dominante).

—¿Quién te dio el teléfono del Marrok? (El tercero de Leo, Boyd Hamilton).

—¿Cuándo y por qué? (Justo antes de que la pareja de Leo intercediera por ella y evitara que la hiciera circular entre los machos que merecían una recompensa. Intentó evitar a los lobos de más categoría. No tenía ni idea de por qué le habían dado ese número ni quería preguntar).

—¿Cuántos miembros nuevos se han unido a la manada desde que lo hiciste tú? (Tres, todos machos, pero dos de ellos no podían controlarse y fueron eliminados).

—¿Cuántos miembros hay en la manada? (Veintiséis).

Cuando terminó, se sorprendió de estar sentada en el suelo, al otro lado de la habitación, con la espalda pegada a la pared. Charles apoyó la silla sobre las cuatro patas y se llevó una mano a la frente. Suspiró profundamente y la miró por primera vez desde que empezara el interrogatorio.

Anna se sobresaltó al descubrir el brillo dorado de sus ojos. Charles estaba a punto de transformarse, forzado por una intensa emoción y, aunque lo veía en sus ojos, no lo podía leer ni en su cuerpo ni en su olor; conseguía ocultarlo de algún modo.

—Hay reglas. La primera es que ninguna persona puede ser Transformada contra su voluntad. La segunda es que ninguna persona puede ser Transformada hasta que ha sido aconsejada y ha pasado una sencilla prueba que demuestre que comprende las consecuencias de la Transformación.

Anna no sabía qué decir, pero finalmente recordó que debía apartar sus ojos de su intensa mirada.

—Por lo que me has dicho, Leo está creando nuevos lobos y perdiendo a otros, y no ha informado de esto al Marrok. El año pasado vino a nuestro encuentro anual con su pareja y su cuarto, ese tal Boyd Hamilton. Nos dijo que su segundo y tercero estaban ocupados.

Anna frunció el ceño.

—Boyd ha sido su tercero desde que estoy en la manada, y Justin es su segundo.

—Has dicho que solo hay otra hembra en la manada aparte de ti.

—Sí.

—Deberían haber cuatro.

—Nadie ha mencionado a otras —dijo ella.

Charles miró el cheque que estaba sujeto en la puerta de la nevera.

—Se quedan tu sueldo. ¿Cuánto te devuelven?

El esfuerzo por controlar a su lobo hacía que su voz sonara muy profunda.

—El sesenta por ciento.

—Ah.

Cerró sus ojos de nuevo y respiró profundamente. Ahora, Anna podía oler su ira, aunque sus hombros continuaban relajados.

Cuando terminó de hablar, Anna dijo en voz baja:

—¿Puedo hacer algo para ayudarte? ¿Quieres que me vaya? ¿O que te cuente algo o ponga música?

No tenía televisión, pero sí un viejo aparato de música.

Aunque Charles continuó con los ojos cerrados, se permitió una leve sonrisa.

—Normalmente, mi control es mejor.

Anna esperó, pero las cosas parecían empeorar cada vez más.

Los ojos de Charles se abrieron de repente, y su mirada fría y amarilla la inmovilizó contra la pared en la que estaba apoyada, mientras se desentumecía y merodeaba por la habitación.

El pulso de Anna se aceleró y bajó la cabeza para encogerse. Notó que Charles se arrodillaba frente a ella. Cuando le acarició el rostro con sus cálidas manos, se sobresaltó, y lamentó haberlo hecho en cuanto le oyó gruñir.

Charles, aún de rodillas, enterró el rostro en su cuello y descansó su tenso cuerpo de hierro sobre el de ella, atrapándola contra la pared. Apoyó las manos en esta, rodeándola, y Anna dejó de moverse. Sentía su cálida respiración en el cuello.

Anna se sentó con un movimiento cauto, aterrorizada por hacer cualquier cosa que pudiera dificultar su control. Pero había algo en él que le impedía estar completamente aterrorizada, algo que insistía en que no le haría daño. Que nunca le haría daño.

Lo cual era estúpido. Todos los dominantes hacen daño a los que están por debajo de ellos. Lo había aprendido a golpes. Aunque las heridas se curaban rápidamente, no era menos desagradable. Aunque era inútil las veces que se repitiera a sí misma que debía estar asustada de él, un dominante entre dominantes, un extraño al que no había visto nunca hasta el día anterior, o para ser más precisa, desde aquella mañana. No podía tenerle miedo.

Olía a ira, pero también a lluvia de primavera, a lobo y a hombre. Cerró los ojos y dejó de luchar contra sí misma, permitiendo que su agradable olor se llevara todo el miedo y la rabia que sentía tras explicarle lo peor que le había pasado en la vida.

En cuanto ella se relajó, Charles también lo hizo. Sus rígidos músculos se aflojaron y sus brazos se deslizaron por la pared para descansar suavemente sobre sus hombros.

Poco después, Charles se echó para atrás, pero, como todavía estaba en cuclillas, sus cabezas quedaron casi a la misma altura. Puso delicadamente su mano en la barbilla de Anna y le levantó suavemente la cabeza hasta que su mirada se posó en sus ojos oscuros. Anna tuvo la súbita sensación de que si miraba aquellos ojos durante el resto de su vida, podría llegar a ser feliz. Aquella revelación la asustó más que el pánico anterior.

—¿Estás haciendo algo para que me sienta así? —preguntó ella sin pensar.

Charles no le preguntó qué sentía. En lugar de eso, inclinó su cabeza en un gesto lobuno, pero manteniendo el contacto visual. Anna tuvo la impresión de que estaba tan desconcertado como ella.

—No creo. No intencionadamente.

Charles le sujetaba la cara con ambas manos. Eran manos grandes y robustas, y temblaban ligeramente. Se agachó hasta que su barbilla descansó sobre su cabeza.

—Yo tampoco me había sentido nunca así.

Charles podría haberse quedado así para siempre, a pesar de la incomodidad de estar de rodillas sobre el duro parquet. Nunca había sentido nada igual, y mucho menos con una mujer a la que solo conocía desde hacía menos de veinticuatro horas. No sabía cómo enfrentarse a aquello; de hecho, aunque poco habitual en él, no quería hacerlo. Estaba dispuesto a aplazarlo indefinidamente mientras pudiera estar junto a ella.

Evidentemente, prefería hacer otra cosa, pero, si sus sentidos no le engañaban, alguien estaba subiendo por las escaleras. Cuatro pisos no eran suficientes para mantener alejados a los intrusos. Cerró los ojos y dejó que su lobo analizara el rastro e identificara al nuevo visitante.

Alguien llamó a la puerta.

Anna se sobresaltó. Una parte de él estaba satisfecha por cómo había conseguido distraerla. No había captado nada hasta entonces. A la otra parte le preocupaba su vulnerabilidad.

A regañadientes, se levantó y se separó ligeramente de Anna.

—Adelante, Isabelle.

La puerta se abrió y la pareja de Leo asomó la cabeza. Echó una mirada a Anna y sonrió con picardía.

—¿Interrumpo algo interesante?

A Charles siempre le había gustado Isabelle, aunque intentó no demostrarlo. En tanto ejecutor de su padre, hacía tiempo que había aprendido a no encariñarse de nadie que tal vez tuviera que matar algún día. Por tanto, su círculo de amistades era muy reducido y se limitaba a su padre y a su hermano.

Anna se levantó y le devolvió una tímida sonrisa, aunque Charles percibió que aún estaba asustada. Para su sorpresa, dijo:

—Sí, estaba a punto de pasar algo interesante, pero no importa, adelante.

Isabelle entró de golpe, cerró la puerta y le tendió la mano a Charles.

—Charles, me alegro de verte.

Charles tomó su mano y la besó suavemente. Olía a canela y a clavo. Había olvidado que usaba perfume para entorpecer los afilados sentidos de los hombres lobo. Suficientemente intenso para ocultarse y protegerse del agudo olfato de estos. A no ser que estuviera muy inquieta, nadie podía percibir lo que sentía.

—Estás muy guapa —dijo él consciente de que aquello es lo que esperaba. Era verdad.

—Debería parecer que tengo los nervios destrozados —dijo ella, atusándose el pelo, el cual, combinado con sus bellos rasgos, la hacía parecer una princesa de cuento.

Era más bajita y menuda que Anna, pero Charles nunca cometería el error de considerarla frágil.

—Justin llegó a casa enfurecido diciendo algo sobre un encuentro esta noche. Era de todo menos coherente y le dije a Leo que me pasaría por aquí a ver qué estabas haciendo. Por cierto, ¿qué hiciste para enfurecerlo de esa forma?

Aquella era una de las razones por las que no tenía amigos.

—¿Leo recibió mi mensaje? —preguntó Charles.

Isabelle asintió.

—Y parecía bastante asustado, algo que no le sienta muy bien.

Se inclinó hacia Charles y posó una mano sobre su brazo con demasiada familiaridad.

—¿Qué te trae por nuestro territorio, Charles?

Charles dio un paso atrás. Aunque parecía haberlo olvidado mientras estaba con Anna, no le gustaba tocar ni que le tocasen.

Su Anna.

Se esforzó por retomar la atención en los negocios.

—He venido para encontrarme con Leo esta noche.

El habitual semblante alegre de Isabelle se endureció y Charles esperó a que explotara. Isabelle era tan famosa por su carácter como por su carisma. Era una de las pocas personas que había estallado frente al Marrok y había salido indemne; al padre de Charles también le caía bien Isabelle.

Sin embargo, Isabelle no contestó. En lugar de eso, giró la cabeza para mirar a Anna, y Charles se dio cuenta de que la había estado ignorando hasta entonces. Cuando volvió a mirar a Charles, empezó a hablar de nuevo, pero no se dirigía a él.

—¿Qué historias has ido contando por ahí, querida Anna? ¿Te has estado quejando del lugar que ocupas en la manada? Escoge una pareja si no te gusta. Ya te lo he dicho otras veces. Estoy segura de que Justin te aceptaría.

No había veneno en su voz. Probablemente si Charles no hubiera conocido a Justin, no se habría fijado en la reacción de Anna. Tal vez ni siquiera hubiera captado la amenaza.

Anna no dijo nada.

Isabelle continuó observando a Charles pero evitando mirarle directamente a los ojos. Supo que estaba estudiando sus reacciones, pero sabía que estas no transmitían nada. En aquella ocasión estaba preparado para la reacción de su lobo, el cual podía estallar en cualquier momento para defender a Anna.

—¿Te estás acostando con él? —preguntó Isabelle—. Es un buen amante, ¿verdad?

Aunque Isabelle tenía pareja, le gustaba coquetear con otros, y Leo le dejaba hacer lo que quisiera, algo casi inaudito entre los hombres lobo. Esto no quería decir que *ella* no fuese celosa; Leo no podía ni mirar a otra mujer. Charles siempre pensó que era una relación rara, pero les funcionaba desde hacía mucho tiempo. Cuando, hace años, Isabelle lo intentó con él, se dejó seducir sabiendo que no era nada más que una aventura. No se sorprendió cuando le pidió que hablara con su padre para que Leo pudiera ampliar su territorio. Aunque Charles rechazó la petición, se lo tomó con buen humor.

El sexo no había significado nada para ninguno de los dos, aunque, al enterarse, a Anna sí parecía haberle afectado. Tendría que haber sido humano para no reconocer el dolor y la desconfianza en sus ojos ante las palabras de Isabelle.

—Sé amable, Isabelle —dijo él bruscamente.

Su voz sonó más seca cuando añadió:

—Vete a casa y dile a Leo que hablaré con él esta noche.

Los ojos de Isabelle se encendieron de ira y se puso en pie.

—No soy como mi padre —dijo él suavemente—. No intentes ese tipo de brujería conmigo.

El miedo calmó su temperamento, y de paso, Charles también se calmó. Puede que su perfume encubriera su olor, pero no podía ocultar la mirada fija en sus puños apretados. No disfrutaba asustando a la gente; casi nunca.

—Vete a casa, Isabelle. Habrás de guardarte la curiosidad hasta entonces.

Charles cerró la puerta suavemente tras ella y se quedó un instante de pie junto a esta, reacio a enfrentarse a Anna. Aunque no tenía ni idea de por qué se sentía culpable por algo que había pasado mucho antes de conocerla.

—¿Vas a matarla?

La miró, pero no supo qué pensaba realmente.

—No lo sé.

Anna se mordió el labio.

—Ha sido amable conmigo.

¿Amable? Por lo que sabía, todo lo que le había pasado a Anna desde su Transformación tenía poco que ver con la amabilidad. Pero la preocupación que leía en su rostro le obligó a guardarse el comentario.

—Pasa algo extraño en la manada de Leo —se limitó a decirle—. Lo descubriré esta noche.

—¿Cómo?

—Se lo preguntaré —dijo él—. Saben muy bien que no pueden mentirme. Y si se niegan a responder a mis preguntas o a recibirme significará que son culpables.

Anna parecía desconcertada.

—¿Por qué no pueden mentirme?

Charles le tocó la nariz.

—Oler una mentira es bastante fácil, a no ser que estés tratando con alguien que no sepa la diferencia entre la verdad y la mentira, aunque hay otras maneras de detectarlas.

El estómago de Anna rugió.

—Ya es suficiente —dijo él. Había llegado el momento de comer algo. Un panecillo no era suficiente—. Coge el abrigo.

Charles no quiso coger el coche para ir al Loop, donde sería difícil encontrar aparcamiento, porque su temperamento era demasiado imprevisible cuando estaba con Anna. No podía decirle que cogieran un taxi, lo cual era una experiencia nueva para él; no había mucha gente dispuesta a desoír sus órdenes. Pero Anna era una Omega y no estaba obligada, por una necesidad instintiva, a obedecer a los lobos dominantes. Con un suspiro, la siguió hasta la estación más próxima.

Nunca había viajado en el metro elevado de Chicago y, si no fuera por cierta mujer testaruda, seguiría sin haberlo hecho. Tuvo que admitir, aunque solo para sí mismo, que disfrutó cuando un escandaloso grupo de pandilleros disfrazados de adolescentes decidieron molestarle.

—Eh, tú, Indio Joe —dijo un chico con ropa holgada—. No eres de aquí, ¿verdad? La señorita está muy buena. Si le gusta la carne oscura, hay mucha por aquí.

Se dio un golpecito en el pecho.

En Chicago abundaban las bandas de verdad, nacidas en el centro de la ciudad bajo el lema «comer o ser comido». Pero aquellos chicos eran imitadores, probablemente chicos aburridos durante las vacaciones escolares. De modo que habían decidido entretenerse asustando a los adultos que no sabían diferenciar entre los auténticos y los imitadores. Aunque un grupo de chicos podía ser peligroso en las circunstancias equivocadas...

Una señora mayor sentada a su lado se encogió y el olor de su miedo le hizo perder la paciencia.

Charles se levantó, sonrió y vio cómo la suficiencia del chico se evaporaba por la confianza que desprendía.

—Sí que está buena —dijo él—, pero es mía.

—Eh, tío —dijo el chico que estaba detrás del que había hablado antes—, de buen rollo, tío.

Su sonrisa se amplió al comprobar cómo retrocedían.

—Hace un buen día. Creo que deberíais sentaros en aquellos sitios vacíos de allí. La vista es mucho más interesante.

Se apresuraron hacia la parte delantera del vagón y, después de que todos se hubieron sentado, Charles regresó junto a Anna.

Había tanta satisfacción en el rostro de Charles cuando se sentó que Anna tuvo que controlar una sonrisa por miedo a que alguno de los chicos les mirara y pensara que

se estaba riendo de ellos.

—Un excelente ejemplo de envenenamiento por testosterona —observó secamente—. ¿Después irás a por el grupo de exploradoras?

Los ojos de Charles brillaron divertidos.

—Ahora ya saben que deben elegir a su presa con más cuidado.

Anna iba pocas veces al Loop, ya que todo lo que necesitaba lo podía encontrar cerca de casa. Aunque no vivía allí, Charles lo conocía mejor que ella. Escogió la estación en la que tenían que bajar y se dirigió directamente a un pequeño restaurante griego, en una oscura callejuela bajo las vías del tren, donde lo recibieron por su nombre y los condujeron a una mesa situada en una salita privada.

Charles dejó que Anna pidiera lo que quisiera, entonces dobló el pedido y añadió algunos platos más.

Mientras esperaban la comida, extrajo del bolsillo de su chaqueta una pequeña libreta gastada de tres anillas que se cerraba con un cordoncito de piel. La abrió, sacó unas hojas de papel y se las tendió a Anna con un bolígrafo.

—Me gustaría que escribieras los nombres de los miembros de tu manada. Si puede ser, en orden decreciente, desde el más dominante hasta el menos.

Anna lo intentó. No sabía los apellidos de todos y, como estaban por encima de ella, no había prestado demasiada atención al rango.

Le devolvió el papel y el bolígrafo con el ceño fruncido.

—Me he dejado a mucha gente y, salvo los primeros cuatro o cinco lobos, es probable que me haya equivocado en la categoría de los otros.

Charles puso la hoja sobre la mesa, sacó otra con algo escrito en ella y empezó a comparar las dos listas. Anna arrastró su silla hasta quedar a su lado para ver qué estaba haciendo.

Charles colocó su lista frente a Anna.

—Esta es la gente que debería estar en tu manada. He marcado los nombres de los que no aparecen en tu lista.

Repasó las dos listas y rectificó algunas de sus marcas.

—Este todavía está. Me había olvidado de él. Y este también.

Charles cogió de nuevo la lista.

—Todas las mujeres se han ido. La mayoría de los desaparecidos son lobos viejos. No exactamente *viejos*, pero no queda ningún lobo mayor que Leo. También faltan algunos lobos jóvenes.

Charles señaló un par de nombres con el dedo.

—Estos eran jóvenes. Este, Paul Lebshak, debía de hacer solo cuatro años que era hombre lobo. George, no mucho más.

—¿Conoces a todos los hombres lobo?

Charles sonrió.

—Conozco a los Alfas. Celebramos reuniones anuales con todos ellos. También a la mayoría de los segundos y terceros. Una cosa que hacemos en las reuniones es

actualizar a los miembros de las manadas. Se supone que los Alfas tienen que informar al Marrok de las bajas y de los nuevos miembros. Si mi padre hubiera sabido que se habían ido tantos lobos, lo habría investigado. Leo ha perdido a una tercera parte de su manada, aunque ha hecho un buen trabajo reponiéndolos.

Le devolvió su lista con los nombres marcados, incluido el de ella.

—Todos estos son nuevos. Por lo que me has dicho, supongo que Transformaron a todos por la fuerza. El índice de supervivientes de víctimas atacadas al azar es muy bajo. Leo ha matado a mucha gente en los últimos años para mantener el número de su manada. Suficientes como para haber atraído la atención de las autoridades. ¿Cuántos de ellos han sido Transformados después de ti?

—Ninguno. El único lobo nuevo que he visto era aquel pobre chico.

Anna daba golpecitos con el bolígrafo sobre el papel.

—Si no dejan cuerpos y amplían la cacería, pueden haber ocultado fácilmente la desaparición de un centenar de personas en la gran área de Chicago durante algunos años.

Charles se echó hacia atrás, cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Ya recuerdo más datos. No he conocido a muchos de los lobos desaparecidos y no recuerdo la última vez que vi al antiguo segundo de Leo, solo que fue en los últimos diez años. Así que, pasara lo que pasase, ocurrió después de eso.

—¿Qué ocurrió?

—Algo le ocurrió a Leo, supongo. Algo le pasó que le hizo matar a todas las mujeres de su manada, exceptuando a Isabelle, y a la mayoría de los lobos mayores. Estos debieron de oponerse cuando empezó a matar a gente inocente y cuando dejó de enseñar a los nuevos lobos las reglas y sus derechos. Puedo entender por qué tenía que matarlos a *ellos*, pero, ¿por qué a las mujeres? Y, ¿por qué el otro Alfa de Chicago no le dijo nada a mi padre?

—Quizá no lo sabía. Leo y Jaimie mantienen las distancias, y nuestra manada tiene prohibida la entrada en su territorio. El Loop es territorio neutral, pero no podemos ir hacia el norte a no ser que tengamos un permiso especial.

—Oh, interesante. ¿Sabes por qué no se llevan bien?

Anna se encogió de hombros. Había oído hablar mucho sobre aquello.

—Alguien me dijo que Jaimie no se quiso acostar con Isabelle. Otro dijo que habían tenido una aventura, que él la dejó y ella se ofendió. O que no rompió y Leo tuvo que intervenir. Otra historia cuenta que Leo y Jaimie nunca se habían llevado bien. Yo qué sé.

Anna miró los nombres de la lista que estaban marcados como nuevos lobos de la manada y estalló en una carcajada.

—¿Qué ocurre?

—Es una tontería —dijo Anna sacudiendo la cabeza.

—Cuéntame.

Sus mejillas se sonrojaron por la vergüenza.

—Vale. Buscas algo que todos los nuevos lobos tuvieran en común, ¿no? Pues bien, estaba pensando que si alguien quisiera hacer una lista de los lobos más guapos de la manada, estarían todos estos.

Ambos se sorprendieron por el ataque de celos que Charles no se molestó en ocultar.

Probablemente era un buen momento para que el camarero trajera el primer plato.

Anna empezó a mover su silla hacia el lugar donde se había sentado al principio, pero el camarero, al verlo, dejó la bandeja con la comida, se acercó y la ayudó a sentarse educadamente.

—¿Cómo le va, señor? —dijo el camarero—. ¿Todavía viviendo lejos de la civilización?

—La civilización está sobrevalorada —contestó Charles mientras ponía las hojas de papel dentro de la libreta y la cerraba—. Con poder venir una o dos veces al año y comer aquí, me doy por satisfecho.

El camarero sacudió la cabeza fingiendo tristeza.

—Las montañas son bellas pero no tanto como nuestro horizonte. Un día de estos le llevaré una noche a la ciudad y no querrá irse jamás.

—¡Phillip!

Una mujer delgada como un pajarillo entró en la habitación.

—Mientras estás aquí charlando con el Sr. Cornick, los otros clientes están hambrientos.

El camarero sonrió y le guiñó un ojo a Anna. Besó a la mujer en la mejilla y salió de la habitación.

La mujer forzó una sonrisa y sacudió la cabeza.

—Este Phillip, siempre hablando. Necesita una buena esposa que lo tenga a raya. Yo soy demasiado vieja —dijo poniendo los ojos en blanco y siguiendo al camarero.

Durante un largo rato, una serie de camareros, que parecían de la misma familia, fueron trayendo comida sin parar. Ninguno de ellos mencionó lo extraño que resultaba que solo dos personas pudieran comer tanto.

Charles llenó su plato, miró el de Anna y dijo:

—Podrías haberme dicho que no te gusta el cordero.

Anna observó su plato.

—Sí que me gusta.

Charles frunció el ceño, cogió la cuchara de servir y puso más comida en el plato de Anna.

—Deberías comer más, mucho más. La transformación requiere mucha energía. Al ser una mujer lobo, tienes que comer mucho más para mantener tu peso.

Después de eso, Anna y Charles, por mutuo acuerdo, limitaron su conversación a trivialidades. Hablaron de Chicago y de la vida en la ciudad. Anna cogió un poco de arroz y Charles la miró hasta que se sirvió una segunda cucharada. Charles le habló de Montana. Se sorprendió al descubrir que era un buen conversador, y comprendió

que la única manera de poner fin a aquella conversación era preguntarle algo personal. No es que no quisiera hablar de sí mismo, pero pensó que no era lo suficientemente interesante.

La puerta se abrió una vez más y una chica de unos catorce años entró con el postre.

—¿No deberías estar en la escuela? —preguntó Charles.

La joven suspiró.

—Vacaciones. Todo el mundo tiene tiempo libre, pero yo... tengo que trabajar en el restaurante. Un fastidio.

—Ya veo —dijo él—. Quizá deberías llamar a una asistente social y decirle que te explotan.

La chica sonrió.

—Eso enfadaría a papá. Siento la tentación de hacerlo solo para ver la cara que pone. Si le dijera que me lo has sugerido tú, ¿crees que se enfadaría contigo en vez de conmigo...? Probablemente no —añadió arrugando la nariz.

—Dile a tu madre que la comida estaba perfecta.

Sujetó la bandeja contra su cadera y caminó de espaldas hacia la puerta.

—Se lo diré, pero me ha dicho que te diga que no lo estaba. El cordero estaba algo fibroso, pero es lo único que ha podido conseguir.

—Deduzco que vienes mucho por aquí —dijo Anna cogiendo un trocito de baklava sin muchas ganas.

No es que tuviera nada en contra de los baklava, pero había comido para una semana.

—Demasiado a menudo —dijo él.

Anna se dio cuenta de que *él* no tenía problemas en seguir comiendo.

—Tenemos negocios que tratar aquí, así que tengo que venir tres o cuatro veces al año. El dueño del restaurante es un lobo, uno de los de Jaimie. De vez en cuando me gusta tratar ciertos asuntos aquí.

—Creía que eras el asesino a sueldo de tu padre —dijo ella con interés—. ¿Tienes que cazar a gente en Chicago tres o cuatro veces al año?

Charles rio escandalosamente. Sonaba oxidado, como si no lo hiciera muy a menudo, aunque debería hacerlo porque le sentaba muy bien. Tan bien que, sin darse cuenta, Anna se metió en la boca el trozo de baklava con el que había estado jugando. Ahora tenía que encontrar la manera de tragárselo cuando ya no le cabía nada más en el estómago.

—No, también tengo otras tareas. Me encargo de los intereses de la manada de mi padre. Soy muy bueno en los dos trabajos —dijo él sin molestarse en ocultar la falsa modestia.

—Seguro que sí —dijo ella.

Era el tipo de persona al que se le daba bien todo lo que se propusiera.

—Te dejaría invertir mis ahorros. Creo que tengo veintidós dólares y noventa y siete centavos ahora mismo —añadió Anna.

Charles frunció el ceño y toda la diversión desapareció.

—Era una broma —aclaró ella.

Pero Charles la ignoró.

—La mayoría de los Alfa se quedan con el diez por ciento de las ganancias de sus lobos por el bien de la manada, sobre todo cuando es nueva. El dinero se invierte en comprar una casa franca, por ejemplo. Una vez que la manada ya está instalada, no se necesita tanto dinero. La manada de mi padre se estableció hace tiempo y no tenemos necesidad de cobrar el diezmo, ya que la tierra donde vivimos es nuestra y tenemos suficientes inversiones para el futuro. Leo lleva aquí treinta años, tiempo suficiente para estar bien instalado. Nunca había oído hablar de una manada que exigiera el cuarenta por ciento a sus miembros, lo que me lleva a creer que la manada de Leo tiene problemas financieros. Vendió al chico que salió en el periódico, entre otros, a alguien que los utiliza como conejillos de indias para desarrollar una droga que funcione para los lobos igual de bien que para los humanos. Ha debido de matar a muchos humanos para conseguir a un único hombre lobo que sobreviviera.

Anna pensó en las implicaciones de todo aquello.

—¿Quién quería las drogas?

—Lo sabré en cuanto Leo me diga a quién vendió al chico —contestó Charles.

—Entonces, ¿por qué no me vendió a mí?

Ella no tenía mucho valor para la manada.

Charles se recostó sobre la silla.

—Si un Alfa vendiese a un hombre lobo de su manada, se produciría una rebelión. Además, Leo tuvo muchos problemas para conseguirte. Desde que te hiciste miembro de la manada, no ha habido más asesinatos ni desapariciones.

No era una pregunta, pero la contestó igualmente.

—No.

—Creo que puedes ser la llave del misterio de Leo.

Anna no pudo reprimir un gesto de confusión.

—¿Yo? ¿Leo necesitaba un nuevo felpudo?

Charles se puso en pie tan bruscamente que la silla cayó al suelo, y, al mismo tiempo, levantó a Anna de su silla. Había creído que estaba acostumbrada a la rapidez y fuerza de los lobos, pero aquello la dejó sin palabras.

Mientras seguía paralizada por la sorpresa, Charles merodeó a su alrededor, hasta que se detuvo frente a ella y le dio un beso largo, oscuro e intenso que la dejó de nuevo sin respiración.

—Leo te encontró y decidió que te necesitaba —dijo Charles—. Envió a Justin porque los otros lobos se hubieran dado cuenta de lo que eras. Lo hubieran sabido incluso antes de la Transformación. Así que envió a un lobo medio loco, porque ningún otro hubiera sido capaz de atacarte.

Anna se apartó ofendida. Aunque la hizo sentirse especial, Anna sabía que estaba mintiendo. Parecía que estuviera diciendo la verdad, pero no era tonta. No lo era en absoluto. Durante tres años había sido menos que nada. Hoy la había hecho sentir alguien especial, pero ella sabía la verdad.

Cuando sus manos se posaron en sus hombros, notó que eran firmes y que no admitían resistencia.

—Déjame decirte algo sobre los lobos Omega, Anna. *Mírame*.

Anna reprimió las lágrimas e, incapaz de desobedecer su orden, le miró.

—Es prácticamente imposible —dijo él y la sacudió suavemente—. Trabajo con números y porcentajes constantemente, Anna. Tal vez no pueda calcular la cifra exacta, pero te diré que las posibilidades de que Justin te escogiera para Transformarte por mera casualidad son casi nulas. Ningún hombre lobo atacaría a un Omega solo por instinto. Y Justin me parece un lobo que solo actúa por instinto.

—¿Por qué no? ¿Por qué no me hubiera atacado? ¿Qué es un Omega?

Evidentemente era la pregunta correcta, porque Charles se calmó.

—Eres una Omega, Anna. Apuesto a que cuando entras en una habitación, la gente se acerca a ti. Apuesto también a que los desconocidos te confiesan cosas que nunca les dirían ni a sus propias madres.

Anna le miró incrédula.

—Tú mismo viste a Justin esta mañana. ¿Te pareció que estaba calmado?

—Vi a Justin —añadió Charles con calma—, y creo que en cualquiera otra manada habría sido eliminado poco después de su Transformación. Su control no es suficientemente bueno. No sé por qué no lo han hecho, pero creo que tú le ayudas a controlar a su lobo, y que por eso te odia.

Tras un instante, añadió:

—No deberías tener el rango más bajo de la manada.

Sus manos se deslizaron desde sus hombros hasta sus manos. Por alguna razón, aquel gesto fue más íntimo que el beso.

—Un lobo Omega es como un chamán para los indígenas, está fuera de las jerarquías normales de la manada. Tuvieron que enseñarte a bajar la mirada, ¿no? Estas cosas son instintivas para los lobos sumisos. Tú lo has aprendido a la fuerza.

Charles continuó con sus ojos clavados en los de ella:

—Traes paz a todos los que te rodean, Anna. Un hombre lobo, especialmente uno dominante, está siempre al borde de la violencia. Tras haberme pasado varias horas en el avión con toda aquella gente, llegué al aeropuerto deseando una masacre como un yonqui desea su próxima dosis. Pero cuando te acercaste a mí, la ira y el deseo desaparecieron.

Charles apretó sus manos.

—Eres un regalo, Anna. Un lobo Omega en la manada significa que más lobos sobreviven a la Transformación porque pueden controlar a su lobo más fácilmente

contigo a su lado. Eso significa que perdemos menos machos por las estúpidas luchas de dominantes, porque un Omega trae la calma a todos los que le rodean. O la rodean.

Pero algo fallaba en su argumento.

—Y, entonces, ¿qué te ha pasado antes? ¿Cuándo estabas tan enfadado que casi te transformas?

Algo cruzó el rostro de Charles, una emoción que no supo reconocer pero que sabía que era intensa.

Habló con un gran esfuerzo, como si tuviera la garganta agarrotada.

—La mayoría de los hombres lobo encuentran a alguien a quien aman, se casan y pasan mucho tiempo con el otro antes de que su lobo la acepte como su pareja.

Charles dejó de mirarla, cruzó la habitación y le dio la espalda.

Sin el calor de su cuerpo, se sintió fría y sola. Asustada.

—Algunas veces no ocurre de esa forma —dijo Charles mirando la pared—. Por ahora dejémoslo así, Anna. Ya has tenido bastante por hoy.

—Estoy harta de ser una ignorante —soltó Anna muy molesta—. Has roto todos mis esquemas, así que quiero que me cuentes ahora mismo todas las *dichosas* reglas.

La ira desapareció con la misma facilidad con la que había aparecido, dejándola al borde de las lágrimas.

Charles dio media vuelta y sus ojos se tornaron dorados, brillantes pese a la tenue luz de la habitación.

—Bien. Tendrías que haberlo dejado, pero quieres la verdad. —Aunque no subió el tono de voz, esta rugió como un trueno—. Mi hermano lobo te ha escogido como pareja. Si no significaras *nada* para mí, no me habría afectado el abuso que has sufrido desde tu Transformación. Pero eres mía, y la mera idea de que te hieran y no poder hacer nada hace surgir en mí una ira que ni una Omega puede calmar.

Vaya, pensó asombrada. Sabía que estaba interesado en ella pero había pensado que era por casualidad. Leo era el único lobo que conocía con pareja. No sabía nada de las reglas. ¿Qué quería decir con que su lobo había decidido que era su pareja? ¿Tenía elección en aquel asunto? ¿Era él el responsable de excitarla sin pretenderlo y de hacerla sentir de aquel modo, como si se conocieran de toda la vida?

—Si me hubieras dejado —dijo él—, te habría cortejado dulcemente hasta conquistar tu corazón.

Charles cerró los ojos.

—No quería asustarte —añadió.

Tendría que haber estado completamente aterrorizada. En cambio, pese a encontrarse en el ojo de un huracán de emociones, se sintió muy relajada.

—No me gusta el sexo —dijo ella, considerando que era algo que tenía que saber dadas las circunstancias.

Charles se atragantó y abrió los ojos, los cuales adquirieron, de nuevo, un aspecto humano.

—No es que me atrajera mucho antes de la Transformación —dijo ella claramente—. Y después de que me usaran como a una puta durante un año, hasta que intervino Isabelle, me gusta aún menos.

Charles apretó los labios pero no dijo nada, de modo que Anna prosiguió:

—Y nunca más volverán a abusar de mí.

Se subió las mangas de la camisa y le mostró las largas cicatrices en la parte interior del brazo, desde la muñeca hasta el codo. Se las había hecho con un cuchillo de plata y, si Isabelle no la hubiera encontrado, habría muerto.

—Gracias a esto, Isabelle convenció a Leo para que dejara de usarme como recompensa para sus machos. Me encontró y me salvó la vida. Poco después, me compré un arma y balas de plata.

Charles gruñó suavemente, pero no a ella; lo sabía perfectamente.

—No estoy amenazando con suicidarme, pero has de saberlo porque, si quieres ser mi pareja, no seré como Leo. No dejaré que te acuestes con otras. Pero tampoco permitiré que abusen de mí. Ya he tenido suficiente. Si eso me convierte en el perro del hortelano, que así sea. Pero, si soy tuya, entonces tú también serás *mío*.

—¿El perro del hortelano? —dijo Charles suspirando con una media sonrisa.

Volvió a cerrar los ojos y dijo en un tono razonable:

—Me sorprendería si Leo consiguiera llegar vivo hasta mañana. También me sorprendería si logró sobrevivir a ti. —Y mirándola fijamente, añadió—: Has de saber que hay muy pocas cosas que me sorprendan.

Recogió la silla del suelo y la puso en su sitio. A continuación, se detuvo frente a Anna, le acarició la barbilla suavemente y se puso a reír. Aún sonriendo, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y le musitó:

—Te prometo que conmigo disfrutarás del sexo.

Anna se esforzó por no caer al suelo. No estaba preparada para caer a sus pies. Todavía no.

—Isabelle dijo que eras un buen amante.

Charles volvió a reír.

—No hay razones para que estés celosa. El sexo con Isabelle no significó nada para mí y creo que menos para ella. No tiene ningún sentido intentarlo de nuevo.

Se oyeron susurros al otro lado del reservado y Charles la cogió de la mano.

—Es el momento de irnos.

Al entregarle la tarjeta de crédito, Charles le regaló unos cuantos cumplidos a un hombre de aspecto joven que le hablaba de usted y que olía a hombre lobo. Anna supuso que era el dueño del restaurante.

—¿Dónde quieres ir ahora? —preguntó Anna mientras salían del restaurante a la concurrida calle.

Se estaba acabando de poner la chaqueta cuando se apartó de una mujer con tacones que llevaba una maleta de piel.

—A algún sitio con menos gente.

—Podemos ir al zoológico —sugirió ella—. Por estas fechas hay muy poca gente, aunque los niños tienen vacaciones por Acción de Gracias.

Charles empezó a hablar cuándo algo en un escaparate captó su atención. Agarró a Anna y la tiró al suelo, cubriéndola con su cuerpo. Se oyó una fuerte detonación, como el estallido de un tubo de escape, y Charles se sacudió una sola vez. Después se quedó inmóvil.

Capítulo 3

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que le habían disparado, pero la horrible quemadura de una bala de plata aún le resultaba familiar. No había sido suficientemente rápido y la multitud de gente le impidió perseguir al coche, el cual se dio a la fuga inmediatamente después del disparo. Ni siquiera pudo distinguir al responsable, solo un reflejo.

—¿Charles? —preguntó Anna debajo de él. Tenía las pupilas dilatadas por la conmoción y le daba palmaditas en los hombros—. ¿Alguien nos ha disparado? ¿Estás bien?

—Sí —respondió él, aunque no pudo evaluar los daños hasta que se movió, algo que no quería hacer.

—No te muevas hasta que pueda echarte un vistazo —dijo una voz firme—. Soy médico.

La autoridad con la que el médico dio la orden no impidió que Charles se moviera. No aceptaba órdenes de nadie más que de su padre. Se levantó y le tendió una mano a Anna para ayudarla a levantarse del frío suelo.

—¡Maldita sea! Está sangrando. No sea estúpido —dijo bruscamente el extraño—. Siéntese.

El disparo había enfurecido a su lobo y se giró para gruñir al médico, un hombre de mediana edad rubio, de aspecto competente, con un bigote pelirrojo.

Entonces, Anna le apretó la mano al hombre y le dijo:

—Gracias. —Y después se dirigió a Charles—. Deja que te eche una mirada.

Charles contuvo las ganas de gruñirle ferozmente.

Soltó un gruñido contenido cuando el extraño inspeccionó la herida; nunca muestras debilidad ante un posible enemigo. Se sentía demasiado observado; mucha gente se había detenido para fisgonear.

—Ignórelo —le dijo Anna al médico—, se vuelve gruñón cuando está herido.

George, el hombre lobo dueño del restaurante, trajo una silla para que pudiera sentarse. Alguien había llamado a la policía, que llegaba en ese momento con las luces y las sirenas encendidas, seguida por una ambulancia. A Charles le dolían los oídos por el ruido.

Alguien le dijo que la bala había alcanzado la parte superficial del músculo del hombro sin causar demasiados daños. ¿Tenía enemigos? Anna les explicó que acababa de llegar de Montana y que debía de ser alguien que disparaba desde un coche, pese a no ser el típico barrio para aquel tipo de crímenes.

Si el agente hubiera tenido el olfato de un hombre lobo, no se habría tragado la mentira. Aunque era un policía veterano, la respuesta de Anna le incomodó un poco. Pero cuando Charles le mostró su carné de conducir de Montana, se relajó.

Como Anna estaba a su lado, Charles permitió que le limpiaran y vendaran la herida y le hicieran algunas preguntas, pero por nada el mundo hubiera permitido que le metieran en la ambulancia y lo llevaran al hospital, aunque las heridas con balas de plata dificultan el proceso de recuperación. Podía sentir el escozor de la plata filtrándose a través de sus músculos.

Mientras dejaba que los extraños le manosearan para curarle, y mientras se controlaba para no perder el control, no podía sacarse de la cabeza la imagen del tipo que le había disparado. Había mirado el escaparate y había visto el reflejo del arma, y, a continuación, el rostro de la persona que la sostenía, envuelta en una bufanda y con gafas de sol oscuras. No podía identificarla, pero hubiera jurado que el hombre no lo miraba a él cuando apretó el gatillo. Miraba a Anna.

No tenía ningún sentido. ¿Por qué alguien querría matar a Anna?

No fueron al zoológico.

Mientras usaba el lavabo del restaurante para limpiarse, George le dio una chaqueta para cubrirse los vendajes. A Charles no le gustaba mostrar sus debilidades. Esta vez Anna no objetó cuando le pidió que llamara a un taxi.

Su móvil sonó mientras se dirigían al apartamento, pero lo silenció sin mirarlo. Quizá era su padre, Bran, que tenía una extraordinaria habilidad para saber cuándo estaba en un aprieto. Sin embargo, no tenía ningunas ganas de hablar con el Marrok mientras el taxista pudiera escuchar la conversación. Aunque seguramente sería Jaimie. George debía de haber llamado a su Alfa cuando le dispararon. En cualquier caso, fuera quien fuese, tendría que esperar hasta que estuviera en un lugar más privado.

Hizo que Anna esperara en el taxi frente al edificio de apartamentos hasta haber comprobado que no había nada sospechoso. Nadie les había seguido desde el Loop, pero los agresores probablemente pertenecieran a la manada de Leo y estos sabían dónde vivía Anna. No había reconocido al autor de los disparos pero tampoco conocía a todos los hombres lobo de Chicago.

Anna se mostró paciente. No discutió con él cuando le hizo esperar en el taxi, pero el conductor le miró como si estuviera loco.

La paciencia de Anna ayudaba a Charles a controlarse, tarea difícil durante las últimas horas. Se preguntó cómo se comportaría si su Anna no fuera una Omega, cuyo efecto calmante era tan bueno que casi anulaba la ira protectora causada por el atentado que había sufrido. La dolorosa quemazón en el hombro, la cual cada vez era más intensa, como todas las heridas producidas por la plata, no le ayudaba a mejorar las cosas, como tampoco lo hacía saber que su habilidad para la lucha estaba seriamente condicionada.

Alguien estaba intentando matar a Anna. Aquello no tenía sentido, pero durante el camino de vuelta a Oak Park, aceptó la idea.

Satisfecho al no encontrar una amenaza inmediata en los alrededores del edificio, tendió su mano a Anna para ayudarla a salir del taxi y pagó al taxista, todo ello sin

dejar de vigilar. Pero no había nada.

Justo en el vestíbulo del edificio, un hombre que estaba recogiendo su correspondencia sonrió y saludó a Anna. Intercambiaron una o dos frases, pero al ver la expresión de Charles, Anna empezó a subir las escaleras.

Había sido incapaz de entender una palabra de lo que había dicho Anna, lo cual era muy mala señal. Adusto, la siguió escaleras arriba, percibiendo la vibración de su pulso en el hombro. Mientras Anna abría la puerta del apartamento, Charles extendió y contrajo los dedos de ambas manos. Le dolían las articulaciones por la necesidad de transformarse, pero, aunque le costó mucho, se contuvo. Si estaba tan mal en forma humana, el lobo podría controlarlo; siempre y cuando se transformara.

Se sentó en el futón y observó cómo Anna abría la nevera y después el congelador. Finalmente, vio cómo cogía una lata grande del fondo del armario de la cocina. La abrió y vació el contenido en una cacerola que después dejó sobre los fogones.

Entonces, se arrodilló delante de Charles.

—Transfórmate —le dijo mientras le acariciaba la cara.

También le dijo otras cosas que no logró entender pero que le parecieron mariposas acariciándole las orejas.

Cerró los ojos.

Había una razón importante por la que no debía transformarse, pero la había olvidado mientras la observaba a ella.

—Tienes cinco horas antes de la reunión —dijo ella con calma. Su voz adquiría mayor sentido ahora que tenía los ojos cerrados—. Si puedes transformarte en lobo y luego recuperar la forma humana, te ayudará a recuperarte.

—No tengo control —le dijo él.

Era eso. Esa era la razón.

—La herida no es tan grave, el problema es la plata. Mi cambio será demasiado peligroso para ti. No puedo —añadió.

Se produjo una pausa y, poco después, Anna dijo:

—Si soy tu pareja, tu lobo no me hará daño, aunque no tengas ningún control, ¿verdad?

Sonaba más esperanzada que convencida y Charles no podía pensar con la suficiente claridad para saber si tenía razón.

Los dominantes eran poco dados a aceptar sugerencias de lobos menores, de modo que Anna dejó que Charles tomara la decisión por sí mismo mientras controlaba que el guiso de ternera no se quemara. Aunque tampoco sabría mucho peor si se quemaba. Lo había comprado en las rebajas, hacía seis meses, y no había tenido el hambre suficiente para comérselo, pero tenía proteínas, que es lo que Charles tenía

proteínas, que es lo que Charles necesitaba en aquel momento. Además, era la única carne que había en el apartamento.

Aunque la herida parecía dolorosa, estaba controlada, y ninguno de los médicos se había mostrado excesivamente preocupado.

Sacó la bala del bolsillo de los tejanos y sintió cómo le quemaba la piel. Mientras el médico estaba atendiendo el hombro de Charles, este captó su atención y le señaló la pequeña y sangrienta bala sobre el pavimento.

Respondiendo a su silenciosa instrucción, se la había guardado en el bolsillo. Ahora la dejó en la encimera. La plata no les sentaba demasiado bien a los hombres lobo, lo que significaba que no había sido un disparo al azar. Anna no había visto quién había disparado y solo podía asumir que había sido uno de sus compañeros de manada, probablemente Justin.

Las heridas con plata tardan mucho más en cicatrizar, por tanto, Charles tendría que acudir herido a casa de Leo.

Oyó el ruido de uñas en el parquet. Charles, en forma de lobo, se desplazó hasta la cocina y se desplomó con la cabeza en los pies de Anna. Su ropa estaba hecha jirones, esparcida por todas partes. Anna echó un vistazo al futón y vio que no había tenido tiempo de quitársela; los vendajes tampoco habían sobrevivido al cambio. El corte del hombro era profundo y le sangraba.

Parecía más cansado que enfurecido, y hambriento, así que supuso que sus temores sobre no perder el control no se habían cumplido. Un hombre lobo fuera de control, según su experiencia, no dejaría de gruñir y moverse, y nunca se quedaría tumbado tranquilamente a sus pies. Vertió el guiso en un cuenco y se lo colocó delante.

Comió un poco y se detuvo después de tragar.

—Ya lo sé —dijo ella excusándose—, no es alta cocina. Puedo ir a casa de Kara a ver si tiene algún bistec o algo que pueda tomar prestado.

Aunque continuó comiendo, Anna sabía, por propia experiencia, que se encontraría mejor después de comer algo más de carne. Kara no estaría en casa, pero tenía la llave y sabía que no le importaría si cogía prestada alguna cosa de su despensa si luego la reponía.

Charles parecía absorto en la comida, de modo que se dirigió hacia la puerta. Antes de alcanzarla, Charles se había olvidado de la comida para ir tras ella. Aunque pareció dolerle, Anna no estaba muy segura de cómo lo sabía porque no había mostrado ningún signo de ello.

—Necesitas quedarte aquí —dijo—. Volveré en un momento.

Pero cuando intentó abrir la puerta, Charles se interpuso entre esta y Anna.

—Charles —dijo ella.

Entonces vio sus ojos y tragó saliva. No reconoció a Charles en la mirada del lobo.

Dejar el apartamento no era una opción.

Volvió a la cocina y se detuvo junto al cuenco que había dejado para él. Charles se quedó un momento en la puerta antes de seguirla. Cuando terminó de comer, Anna se sentó en el futón. Charles saltó para colocarse a su lado, apoyó la cabeza en su regazo y cerró los ojos con un sonoro suspiro.

Abrió un ojo y lo volvió a cerrar. Anna le acarició el pelaje, con cuidado de no tocar la herida.

¿Eran una pareja? No se lo parecía. ¿Una cosa tan seria no tendría una ceremonia más formal? Ella no le había dicho que lo aceptaba, y él tampoco lo había preguntado.

Todavía... Cerró los ojos y dejó que su olor le empapara mientras le agarraba posesivamente un mechón de su pelaje. Cuando Anna volvió a abrir los ojos, descubrió que el lobo la miraba fijamente.

El móvil de Charles sonó en algún lugar bajo su cuerpo. Recogió del suelo lo que quedaba de sus pantalones y sacó el teléfono para comprobar quién le llamaba. Le dio la vuelta para mostrarle al lobo la pantalla.

—Pone *papá* —le dijo.

Pero evidentemente el lobo todavía ejercía el control porque ni siquiera se molestó en mirar el teléfono.

—Supongo que puedes devolverle la llamada cuando vuelvas a ser tú.

Confiaba en que fuera pronto. Imaginaba que se encontraría mejor en un par de horas, aunque todavía le afectara el veneno de la plata.

El teléfono dejó de sonar para volver a hacerlo inmediatamente después. Sonó tres veces. Se detuvo. Tres veces más. Se detuvo. Cuando volvió a sonar, contestó a su pesar.

—¿Sí?

—¿Está bien?

Recordó al hombre lobo que había traído la silla para que Charles se sentara mientras era atendido. Había llamado al Marrok.

—Creo que sí. La herida no es muy grave, solo tiene un corte profundo en el hombro, pero la bala era de plata y parece ser que no le ha hecho muy buena reacción.

Hubo una breve pausa.

—¿Puedo hablar con él?

—Está en forma de lobo —dijo ella—, pero está escuchándote ahora mismo.

Una de sus orejas estaba orientada hacia el teléfono.

—¿Necesitas ayuda con Charles? Su reacción a la plata puede ser un poco extrema.

—No. No está causando problemas.

—La plata hace que el lobo de Charles pierda el control —explicó el Marrok suavemente—. ¿Por qué no te está dando problemas?

Aunque no conocía al Marrok en persona, no era tonta. La manera en que lo preguntó era peligrosa. ¿Acaso pensaba que tenía algo que ver con el hecho de que dispararan a Charles y que ahora lo tenía prisionero en alguna parte? Intentó contestar a su pregunta a pesar de la vergüenza.

—Um... Charles cree que su lobo me ha escogido como pareja.

—¿En menos de un día?

La pregunta del Marrok convertía en absurda su anterior afirmación.

—Sí.

No podía esconder la inseguridad en su voz y aquello molestó a Charles, que rodó hasta sus pies gruñendo suavemente.

—Charles también me dijo que era una Omega —le dijo al Marrok—. Tal vez eso también tenga algo que ver.

El silencio se alargó y pensó que quizá se había cortado la comunicación. Entonces el Marrok se puso a reír.

—Oh, su hermano va a burlarse de él sin piedad. ¿Por qué no me dices todo lo que ha pasado? Empieza desde que has recogido a Charles en el aeropuerto, por favor.

Anna sujetaba con fuerza el volante, pero Charles no estaba de humor para apaciguar sus miedos.

Había intentado dejarla en casa. No quería que estuviera en medio de la lucha que probablemente tendría lugar aquella noche. No quería que le hicieran daño y tampoco que lo viera en el rol que habían escogido para él muchos años atrás.

—Sé dónde vive Leo —había dicho ella—. Si no me llevaras contigo, hubiera cogido un taxi y te hubiera seguido. No irás allí solo. Tus heridas todavía están frescas y pueden detectarlas y tomarlas como un signo de debilidad.

La verdad tras sus palabras casi le hizo ser cruel. Estuvo a punto de preguntarle qué pensaba que podría hacer ella, una loba Omega, para ayudarle en la pelea, pero el Hermano Lobo le obligó a morderse la lengua. Ya le habían hecho suficiente daño y el lobo no permitiría que le hicieran más. Era la primera vez en su vida que el lobo detenía a su parte humana, cuando normalmente ocurría lo contrario. En aquella ocasión también se habría equivocado. Recordó cuando Anna empuñó el rodillo de mármol. Puede que no fuera agresiva, pero su paciencia tenía un límite.

Finalmente, accedió a que le acompañara. Sin embargo, cuanto más se aproximaban a la residencia que Leo tenía en Naperville, más se arrepentía por su incapacidad de alegrarse por su presencia.

—La casa de Leo tiene seis hectáreas —dijo ella—. Es suficientemente grande para que la manada cace libremente, pero, aun así, tenemos que ser muy silenciosos.

Su voz estaba tensa. Trataba de darle conversación para controlar su ansiedad. Aunque le costaba colaborar porque estaba enfadado, hizo un esfuerzo.

—Es complicado cazar en las grandes ciudades —añadió él.

Entonces, para comprobar su reacción y porque no había tenido la oportunidad de terminar la discusión sobre lo que sentía realmente por ella, le dijo:

—Te llevaré a Montana para una cacería de verdad. Nunca querrás volver a vivir en una gran ciudad. Normalmente cazamos ciervos y alces, pero como hay muchísimos alces americanos, también los cazamos de vez en cuando. Son todo un reto.

—Creo que prefiero quedarme con los conejos, si no te importa —dijo ella—. En las cacerías me limito a rastrear —añadió con una leve sonrisa—. Creo que he visto *Bambi* demasiadas veces.

Charles soltó una risotada. Sí, le gustaba. Le había aceptado sin discutir. Le había retado, pero no se lo había discutido. Charles recordó cuando le dijo que no estaba interesada en el sexo.

—Cazar es parte de lo que somos. No como los gatos, los cuales prolongan la matanza. Además, los animales que cazamos nos necesitan para mantener las manadas fuertes y sanas. Pero si te molesta, puedes también rastrear la caza en Montana. Disfrutarás igualmente.

Anna condujo hasta un poste con un teclado numérico delante de una verja de cedro gris e introdujo un código de cuatro dígitos. Tras una breve pausa, la verja se abrió automáticamente.

Ya había estado un par de veces allí. La primera fue hace más de un siglo y la casa era poco más que una cabaña. En aquel entonces, el terreno se extendía a lo largo de veinte hectáreas y el Alfa era un irlandés católico llamado Willie O'Shaughnessy, el cual, sorprendentemente, había congeniado con sus vecinos, la mayoría alemanes y luteranos. La segunda vez fue a principios del siglo xx, para el funeral de Willie, un lobo realmente viejo, casi tanto como el Marrok. Los que viven tantos años suelen enloquecer. Cuando se manifestaron los primeros signos en Willie, decidió dejar de comer, una muestra más de la fuerza de voluntad que le llevó a convertirse en Alfa. Charles recordó el profundo dolor que provocó en su padre la muerte de Willie. Charles y su hermano Samuel pensaron durante los meses siguientes que su padre decidiría seguir el mismo camino que Willie.

Tanto la casa de Willie como sus tierras habían pasado al siguiente Alfa, un hombre lobo alemán que se había casado con la hija de O'Shaughnessy. Charles no podía recordar su nombre, ni qué ocurrió finalmente con él. Hubo varios Alfas después de aquel, antes de que Leo se hiciera con el mando.

Willie y un grupo de picapedreros alemanes habían construido la casa con una artesanía que ahora sería prohibitiva. Recordó el tiempo en que aquellas ventanas habían sido nuevas.

Charles odiaba que le recordaran lo viejo que era. Anna apagó el motor e hizo ademán de abrir la puerta, pero Charles la detuvo.

—Espera un momento.

Gracias al legado de su portentosa madre, había aprendido a mantenerse alerta. Una sospecha de inquietud hizo que sus sentidos se estremecieran. Miró a Anna y frunció el ceño. Era demasiado vulnerable. Si le ocurría algo, no se recuperaría.

—Necesito que te transformes —le dijo Charles.

Algo en su interior se relajó: era eso.

—Si me pasa algo, quiero que corras y busques un lugar seguro. Entonces llama a mi padre y dile que te saque de aquí.

Anna vaciló.

No era propio de él dar explicaciones. Como lobo dominante en la manada de su padre, raramente tenía que hacerlo. Pero hizo un esfuerzo por Anna.

—Es importante que entres allí en forma de lobo —dijo mientras se encogía de hombros—. He aprendido a seguir mis instintos.

—De acuerdo.

Anna se tomó su tiempo, y Charles lo aprovechó para sacar la libreta y revisar la lista. Le había dicho a Justin que Leo podía traer a Isabelle y a sus cinco primeros. Según la lista de Anna, aparte de Isabelle, solo Boyd figuraba también en la lista que le había dado su padre. Si Justin era el segundo de Leo, no había ningún otro lobo que supusiera una amenaza para él.

El dolor de la herida le hizo regresar a la realidad. Ninguno de ellos tenía la menor oportunidad con él.

Anna terminó de transformarse. La observó sentada en el asiento del conductor, jadeante, y pensó que era preciosa. Negra como el carbón con una mancha blanca en el hocico. Era pequeña para ser una mujer lobo pero mucho más grande que un pastor alemán. Sus ojos eran de un azul pálido, lo cual era extraño porque como humana eran marrones.

—¿Estás preparada? —preguntó Charles.

Aulló al incorporarse, haciendo pequeños agujeros con sus uñas en el asiento de piel. Se sacudió como si estuviera mojada e inclinó la cabeza una sola vez.

Charles no vio a nadie observándoles desde las ventanas, pero había una pequeña cámara de seguridad ingeniosamente situada en el porche. Salió del todoterreno, asegurándose de no mostrar el dolor que sentía al caminar.

En el cuarto de baño de Anna había comprobado que la herida se estaba curando con normalidad en cuanto había pasado el efecto de la plata. Había considerado la posibilidad de fingir estar en peor estado, y lo habría hecho de haber estado totalmente seguro de que aquello era obra de Leo. Actuar de aquella forma habría hecho que Leo le atacara, pero Charles no tenía ninguna intención de matarlo hasta saber exactamente qué estaba ocurriendo.

Aguantó la puerta del todoterreno hasta que Anna salió y, juntos, se dirigieron hacia la casa. No se molestó en llamar a la puerta. No era una visita de cortesía.

El interior de la casa había cambiado mucho. Las oscuras paredes habían sido blanqueadas y la luz eléctrica había sustituido las lámparas de gas. Aunque Anna iba

a su lado, no necesitaba que le guiaran hacia el salón porque aquella era la única habitación con gente.

Pese a las reformas en la decoración, el orgullo y la alegría de Willie eran irremplazables. La enorme chimenea de granito hecha a mano todavía dominaba el salón. Isabelle, que siempre quería ser el centro de atención, estaba sentada en la repisa de la misma. Leo estaba frente a ella, con Justin a su izquierda y Boyd a su derecha. Los otros tres lobos estaban sentados en refinadas sillas victorianas. Todos, excepto Leo, iban vestidos con oscuros trajes de raya diplomática. Leo solo llevaba unos pantalones, para exhibir su piel morena y demostrar que estaba en buena forma.

El aspecto amenazador que pretendían transmitir quedaba mitigado tanto por el color entre rosado y púrpura de la decoración y las paredes como por la ropa del mismo color de Isabelle.

Charles avanzó un par de pasos por la habitación y se detuvo. Anna se apretó contra sus piernas, no lo suficiente para hacerle perder el equilibrio pero sí para recordarle que estaba allí.

Nadie habló porque le tocaba a él romper el hielo. Charles tomó aire y lo contuvo mientras esperaba a ver qué le decían sus sentidos. Había heredado de su madre mucho más que el tono de piel, las facciones y la habilidad de cambiar más rápido que los otros hombres lobo. También tenía su poder para *ver*. No con los ojos, sino con el espíritu.

Y había algo corrupto en la manada de Leo; podía sentirlo.

Miró en el interior de los ojos azules de Leo y no vio nada que no hubiera visto antes. Ningún indicio de locura. No en él, pero sí en alguien de su manada.

Observó a los tres lobos que no conocía y comprendió lo que Anna había comentado sobre su aspecto. En su estilo de vikingo danés, Leo era un hombre bastante atractivo, pero era un guerrero y aquel era el aspecto que transmitía. Boyd tenía una afilada nariz y el corte militar de su pelo hacía que sus orejas parecieran más puntiagudas de lo que eran en realidad.

Todos los lobos que no conocía parecían modelos de pasarela. Delgados y fibrosos, y encajaban perfectamente en sus trajes. A pesar de pequeñas diferencias en el color de su piel, existía cierto parecido entre ellos. Isabelle se recogió las piernas y lanzó un profundo suspiro.

Charles hizo caso omiso de su impaciencia porque en aquel momento ella no era lo más importante. Lo más importante era Leo. Centró su mirada en el Alfa y dijo:

—El Marrok me ha enviado para preguntarte por qué has vendido al niño como esclavo.

Se dio cuenta de que no era la pregunta que Leo esperaba. Isabelle pensaba que iban a hablar sobre Anna. De hecho, debían hacerlo, pero Charles pensó que empezar con la pregunta de su padre era mejor porque no les sorprendería.

—No tengo hijos —dijo Leo.

Charles negó con la cabeza.

—Todos los lobos son tus niños, Leo, y tú lo sabes. Son tuyos para que los ames, los alimentes, los protejas, los guíes y los eduques. Vendiste a un joven llamado Alan MacKenzie Frazier. ¿A quién y por qué?

—No era de la manada —dijo Leo mientras extendía los brazos—. Es caro mantener a tantos lobos felices en la ciudad. Necesitaba el dinero. No tengo ningún problema en darte el nombre del comprador, aunque creo que solo era el intermediario.

Verdad. Todo era verdad. Pero Leo había sido muy cuidadoso con las palabras que había empleado.

—Mi padre quiere el nombre y la manera en que contactaste con él.

Leo hizo un gesto con la cabeza a uno de los hombres apostados, quien pasó junto a Charles con la mirada baja, aunque dedicó un instante para mirar a Anna, que bajó las orejas y gruñó.

Charles concluyó que aquel había ejercido poca influencia sobre ella.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —preguntó Leo educadamente.

Todos los lobos de Leo usaban el truco de Isabelle con el perfume, pero Charles poseía un agudo olfato y percibió que Leo estaba... triste.

—No has actualizado a los miembros de tu manada en los últimos cinco o seis años —dijo Charles, preguntándose aún sobre la reacción de Leo.

Se había topado con rebeldía, ira, miedo, pero nunca con tristeza.

—Sabía que te darías cuenta. ¿Has revisado la lista con Anna? Sí, he sufrido una pequeña rebelión y la he sofocado con severidad.

De nuevo la verdad, aunque no toda. Leo tenía la habilidad de un abogado para utilizar la verdad precavidamente y para mentir dejando una pista falsa.

—¿Por eso mataste a todas las hembras de tu manada? ¿Se rebelaron todas?

—No había muchas mujeres. Nunca hay suficientes.

Otra vez. Había algo que se le escapaba. Leo no era el lobo que había atacado al joven Frazier. Lo había hecho Justin.

El lobo de Leo regresó. Le dio a Charles una nota con un nombre y un número de teléfono escritos en tinta púrpura.

Charles guardó la nota en su bolsillo y asintió.

—Tienes razón. No hay suficientes hembras. Por eso tenemos que protegerlas, no matarlas. ¿Las mataste tú?

—¿A las mujeres? No.

—¿A cuántas?

Leo no contestó y Charles sintió que su lobo se fortalecía por la proximidad de la caza.

—No mataste a ninguna de las mujeres —dijo Charles.

Miró a los hombres esculturales y luego a Justin, quien tenía un atractivo menos evidente.

Leo estaba protegiendo a alguien. Charles alzó la mirada hasta Isabelle, una mujer con una predilección especial por los hombres guapos. Tenía más años que Willie O'Shaughnessy cuando este empezó a volverse loco.

Charles se preguntó cuánto tiempo hacía que Leo sabía que se había vuelto loca. Volvió a mirar al Alfa.

—Deberías haber pedido ayuda al Marrok.

Leo negó con la cabeza.

—Sabes lo que habría ocurrido. La habría tenido que matar.

A Charles le hubiera encantado ver la reacción de Isabelle pero no podía apartar los ojos de Leo: un lobo acorralado es algo muy peligroso.

—¿Y cuántos han muerto en su lugar? ¿A cuántos de tu manada has perdido? ¿Y las mujeres que ella mató por celos y los que tú has tenido que matar para protegerla? ¿Y los lobos que se rebelaron contra lo que vosotros dos estabais haciendo? ¿Cuántos en total?

Leo levantó la barbilla.

—Ninguno en los últimos tres años.

La ira se despertó en su interior.

—Correcto —asintió Charles suavemente—. No desde que tienes a un matón abusando de una mujer indefensa a la que transformaste sin su consentimiento. Una mujer a la que has tratado brutalmente sin descanso.

—Si la hubiera protegido, Isabelle habría acabado odiándola —explicó Leo—. En cambio, obligué a Isabelle a protegerla. Ha funcionado, Charles. Isabelle está estable desde hace tres años.

Hasta que había acudido a casa de Anna aquella mañana y había descubierto que Charles estaba interesado en ella. A Isabelle nunca le había gustado que prestaran atención a otras hembras mientras ella estaba cerca.

Se arriesgó a echar un vistazo a Isabelle y vio que, aunque no se había movido de la repisa, se mantenía en posición de alerta por si decidía atacar. Sus ojos habían cambiado y reflejaban un entusiasmo por la violencia que sabía que estaba a punto de desatarse. Se relamió los labios y empezó a balancearse con impaciencia.

Charles sintió asco por el desperdicio que se había producido en la manada. Volvió a centrar su atención en el Alfa.

—No se han producido más muertes porque tenéis a una Omega para mantener la calma, y porque no hay otras mujeres que puedan hacerle competencia, salvo Anna, la cual no está interesada en ninguno de tus lobos, no después de que la violaran cumpliendo tus órdenes.

—Eso mantuvo a Anna con vida —insistió Leo—. A las dos.

Leo agachó la cabeza pidiendo protección.

—Dile a tu padre que está estable. Dile que yo me encargaré de que no haga daño a nadie más.

—Hoy ha intentado matar a Anna —dijo Charles con calma—. Y aunque no lo hubiera hecho... es una demente, Leo.

Vio cómo el último atisbo de esperanza abandonaba el rostro de Leo. El Alfa sabía que Charles no dejaría a Isabelle con vida; era demasiado peligrosa, demasiado impredecible. Leo sabía que también estaba muerto. Había trabajado muy duro para salvar a su pareja.

Leo lanzó su ataque sin avisar, pero Charles estaba preparado. Leo no era el tipo de lobo fácil de matar. Aquella era una pelea sin concesiones. Pero los dos sabían quién iba a salir vencedor.

Anna se había quedado petrificada ante las revelaciones de Leo, pero aquello no le impidió reaccionar cuando este inició el ataque. No pudo contener su instinto de proteger a Charles y se abalanzó hacia donde estaban. De repente, y pese a su feroz resistencia, un par de fuertes manos la agarraron del cuello y la arrastraron hacia atrás.

—Quieta aquí —la voz de Boyd sonó como un estruendo—. Tranquila. Esta no es tu lucha.

Aquella voz, a la que estaba acostumbrada a obedecer, la calmó y le dio la posibilidad de pensar. También ayudó el hecho de que Charles evitara el primer ataque de Leo con un mínimo movimiento de sus hombros.

Los otros lobos se habían puesto de pie y podía distinguir cómo Justin repetía insistentemente:

—Mátalo, mátalo.

No supo decidir a qué lobo se refería. Justin odiaba a Leo por el control que ejercía sobre él y por ser la pareja de Isabelle. Tal vez no le importaba cuál de los dos muriese.

Leo lanzó tres puñetazos seguidos, pero todos fallidos. El tercero, en el que puso todo su empeño, casi le hizo perder el equilibrio y dio un torpe paso hacia delante. Charles aprovechó la ocasión para acortar la distancia entre ambos y, con un movimiento que Anna fue incapaz de percibir, golpeó al Alfa en el hombro, dejándolo gruñendo de ira y dolor.

Todo lo que pasó después fue tan rápido que Anna no fue capaz de precisar el orden en que se produjo.

Hubo dos disparos seguidos. Boyd dejó de sujetar a Anna mientras maldecía e Isabelle soltó una frenética y excitada carcajada. Con una sola mirada, Anna supo lo que había ocurrido. Isabelle sostenía una pistola mientras observaba la lucha, esperando una oportunidad para disparar a Charles. Anna se deshizo de Boyd y cruzó

la habitación a toda velocidad. Desde la chimenea, Isabelle miró a Anna directamente a los ojos y dijo bruscamente:

—Detente, Anna.

Estaba tan convencida de que Anna obedecería que ni siquiera se aseguró de que esta la hubiera oído, volviendo a dirigir toda su atención a la lucha entre Leo y Charles. Aunque Anna sintió la fuerza de la orden que le había dado Isabelle, la ignoró. Se impulsó con las patas traseras y se abalanzó sobre ella. Mordió ferozmente el brazo de Isabelle sintiendo el chasquido del hueso, satisfaciendo así la ira de su lobo. La fuerza de su salto precipitó a Isabelle de la repisa de casi dos metros de altura y ambas golpearon el suelo. Anna continuaba mordiendo el brazo que sostenía el arma.

Anna se agachó esperando que Isabelle hiciera algo, pero esta no se movió. Alguien se acercó por detrás y Anna le gruñó amenazadoramente.

—Tranquila —dijo Boyd con una voz serena que al menos consiguió que Anna le escuchara.

Puso las manos sobre la espalda de Anna y esta gruñó aún más fuerte. Pero Boyd no le prestaba atención; estaba mirando a Isabelle.

—Está muerta —dijo—. Se lo merecía, por olvidar que no eres una loba sumisa que debe obedecer sus órdenes. Déjala, Anna. Le has roto la cabeza contra la chimenea. Ya está.

Cuando Anna la soltó a regañadientes, Boyd se aseguró de que Isabelle no volviera a levantarse partiéndole el cuello. A continuación, recogió el arma del suelo.

Mirando fijamente el cuerpo destrozado de Isabelle, Anna empezó a temblar. Levantó una pata dudando de si debía acercarse o alejarse. Una silla la golpeó de repente y aquello le hizo recordar que todavía había una lucha pendiente y que Isabelle había disparado a Charles dos veces.

Si Charles estaba herido, no lo demostraba. Estaba tan fresco como al principio. En cambio, Leo se tambaleaba con un brazo inservible. Charles se situó detrás de él, le golpeó en el cuello con el borde de la mano y Leo se desplomó como una cometa cuando el viento deja de soplar.

Todos los lobos presentes, excepto Anna, soltaron un suave aullido, llorando la muerte de su Alfa. Ignorándolos, Charles se arrodilló junto a Leo y, tal y como Boyd había hecho con Isabelle, se aseguró de que el cuello estaba realmente roto. Charles permaneció inmóvil, con si fuera un hombre proponiendo matrimonio. Inclino la cabeza y le cerró los ojos al difunto.

Justin se movió tan rápido que Anna no tuvo oportunidad de avisar a Charles. De hecho, ni siquiera se había dado cuenta de que Justin se había transformado. Golpeó a Charles como un ariete y este cayó al suelo debajo de Justin. Pero, aunque Anna se había quedado inmóvil, Boyd no. Disparó a Justin en el ojo en cuanto este golpeó a Charles. Todo había terminado.

Boyd apartó el cuerpo inerte de Justin de encima de Charles. Anna no recordaba haberse movido, pero se encontró sobre Charles mientras no dejaba de gruñir a Boyd. Este retrocedió lentamente, con las manos extendidas y la pistola en el cinto. Cuando Boyd dejó de ser una amenaza, Anna centró su atención en Charles, que estaba tendido en el suelo, boca abajo, cubierto de sangre. La nariz de Anna le decía que parte de la sangre era de Justin.

Por lo menos, uno de los disparos de Isabelle le había alcanzado. Podía ver el agujero sangriento en su espalda. En su forma de lobo no podía ayudarlo y necesitaba demasiado tiempo para transformarse. Miró por encima del hombro a Boyd, quien se encogió de hombros y dijo:

—No puedo ayudarle si no me dejas acercarme.

Lo miró fijamente, desafiándole con la mirada como nunca había hecho antes. A Boyd no pareció importarle. Esperó a que se decidiera. Su lobo no se fiaba de nadie cuando se trataba de su pareja, pero no tenía otra opción.

Se apartó de Charles dejando espacio a Boyd, pero no pudo evitar gruñirle cuando lo puso boca arriba para examinar las heridas. Boyd encontró el segundo balazo en la pantorrilla izquierda. Se quitó la chaqueta del traje y desgarró su camisa de seda, esparciendo los botones por todo el suelo. Hizo jirones la camisa y, mientras vendaba a Charles con mano experta, empezó a dar órdenes.

—Holden, llama al resto de la manada, empezando por Rashid. Dile que traiga todo lo necesario para curar heridas de plata y que hay orificio de salida. Cuando acabes, llama al Marrok y explícale lo que ha pasado. Encontrarás su número en la agenda de Isabelle, en el cajón que hay en la cocina, debajo del teléfono.

Anna aulló. Le habían alcanzado los dos disparos de Isabelle.

—No morirá —le dijo Boyd atando los últimos vendajes. Echó un vistazo a la habitación y maldijo—. Este lugar parece la escena final de *Hamlet*. Gardner, tú y Simón empezad a limpiar este desastre. Vamos a llevar a Charles a un sitio más tranquilo. No estará muy contento cuando despierte y toda esta sangre no ayudará mucho.

Boyd cogió a Charles en brazos y lo llevó a otra habitación. Anna le siguió.

De nuevo en forma humana, Anna reposaba en la cama junto a Charles. Había venido Rashid, quien era médico además de hombre lobo, y había sustituido los vendajes provisionales por otros esterilizados; después se había marchado. Le comunicó a Anna que Charles estaba inconsciente por la pérdida de sangre. Boyd entró en la habitación poco después y le aconsejó que dejara a Charles solo antes de que despertara. La habitación estaba reforzada para resistir las embestidas de un lobo rabioso; Anna no.

No discutieron cuando Anna se negó. Cuando salió de la habitación, Boyd la cerró con llave. En cuanto Anna estuvo segura de que se había marchado, se cambió.

La mayor parte de la ropa que había en el viejo armario era de talla única. Encontró una camiseta y unos tejanos que no le quedaban demasiado mal.

Charles no se dio cuenta cuando regresó a la cama. Anna colocó la cabeza junto a la de él y escuchó su respiración.

No se despertó tranquilo. Estaba descansando mansamente y, de repente, se levantó sobresaltado. Anna no lo había visto nunca transformarse y, aunque sabía que lo hacía increíblemente rápido, ignoraba que fuese tan hermoso. Empezó por los pies y, como una manta de pelaje rojizo, la transformación recorrió todo su cuerpo, dejando a un abominable y airado hombre lobo que sangraba a través de los vendajes.

Los brillantes ojos amarillentos observaron la habitación: primero la puerta cerrada, después los barrotes en la ventana y finalmente a Anna. Ella estaba estirada, muy quieta, permitiéndole que absorbiera el ambiente y comprendiera que no había ninguna amenaza. Cuando la miró por segunda vez, Anna se incorporó y le examinó los vendajes. Charles gruñó y, entonces, le acarició el hocico.

—Has perdido mucha sangre. Los vendajes no te harán parecer más débil que si estuvieras sangrando por todas partes. Al menos así no arruinarás la alfombra.

Cuando terminó, le acarició el cuello y acercó su cabeza a la de él.

—Pensaba que te había perdido.

Permaneció un instante junto a ella y después se dirigió hacia la puerta.

—Está cerrada con llave —dijo Anna bajando de la cama y dirigiéndose hacia él.

Le dirigió una mirada paciente.

Se oyó un ruido sordo y un hombre delgado de aspecto corriente que parecía tener poco más de veinte años abrió la puerta. Se arrodilló y observó a Charles detenidamente antes de fijarse en ella. La fuerza que transmitían sus ojos la dejó sin respiración, de modo que no se sorprendió cuando reconoció su voz.

—Te han disparado tres veces en un día —murmuró el Marrok—. Creo que Chicago ha sido más duro de lo normal, hijo. Será mejor que te lleve a casa, ¿no crees?

Anna no sabía qué decir, de modo que no dijo nada. Apoyó una mano en la espalda de Charles y tragó saliva.

Charles miró a su padre.

—¿Se lo has preguntado? —dijo el Marrok dirigiéndose a Charles.

Este emitió un suave gruñido. El Marrok se rio y se puso en pie.

—No pasa nada, ya lo haré yo. ¿Eres Anna?

Aquello no era exactamente una pregunta. Su garganta estaba demasiado seca para contestar. Decidió asentir.

—A mi hijo le gustaría que vinieras con nosotros a Montana. Te aseguro que si hay alguna cosa que te incomode, me encargaré personalmente de que puedas instalarte en cualquier otro sitio donde te sientas mejor.

Charles gruñó y Bran levantó una ceja mientras miraba a su hijo.

—Soy el Marrok, Charles. Si la chica quiere ir a otro sitio, he de dejarla.

Anna se apoyó en la cadera de Charles y dijo:

—Creo que me gustaría conocer Montana.



PATRICIA BRIGGS (Montana, EE. UU., 1965) es una escritora estadounidense de fantasía. Su madre bibliotecaria le inculcó desde pequeña el amor a los libros y los cuentos de hadas. Al crecer, estudió Historia y Alemán en la Montana State University, y trabajó algunos años como profesora suplente. En 1990 comenzó a escribir y en 1993 publicó su primera novela, *Masques*.

En sus primeros años como escritora se dedicó a la fantasía épica con las series *Sianim*, *Hurog* y *Raven*. Sin embargo, animada por su editor, probó suerte en el género de la fantasía urbana. En 2006 publicó *La llamada de la luna*, primera novela de la exitosa serie *Mercy Thompson*, que no tardó en convertirse en un *best-seller*. En 2008 publicó *Cry Wolf*, el primer libro de la serie *Alfa y Omega*, ambientada en el universo de *Mercy Thompson*. También ha escrito relatos cortos para diversas antologías de fantasía urbana.

Actualmente vive en Montana con su marido, sus hijos y seis caballos, y allí se dedica a la escritura a tiempo completo.

Notas

[1] La Sociedad Unida de Creyentes en la Segunda Venida de Cristo, conocidos también como Shakers, es un grupo religioso protestante que se originó en Manchester, Inglaterra, en 1747 en el hogar de Jane y James Wardley. Los Shakers nacieron a partir del grupo religioso de los Cuáqueros, originado en el siglo xvii. (*N. del T.*) <<

[2] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[3] En referencia a la serie de TV *Star Trek (N. del T.)* <<